







HISTORIA MÍNIMA DEL
FUTBOL
EN AMÉRICA LATINA



Colección
HISTORIAS MÍNIMAS

Director
Pablo Yankelevich

Consejo editorial
Soledad Loeza
Carlos Marichal
Óscar Mazín
Erika Pani
Francisco Zapata



HISTORIA MÍNIMA DEL
FUTBOL
EN AMÉRICA LATINA

Pablo Alabarces



EL COLEGIO DE MÉXICO



TURNER

796.334098

A3168h

Alabarces, Pedro

Historia mínima del futbol en América Latina / Pedro Alabarces

-- 1a. ed. -- Ciudad de México, México : El Colegio de México, 2018

269 p. ; 21 cm -- (Colección Historias mínimas)

Incluye bibliografía

ISBN 978-607-628-251-9

I. Futbol -- América Latina -- Historia. I. t. II. Ser.

Primera edición, 2018

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

Carretera Picacho-Ajusco 20

Ampliación Fuentes del Pedregal

Delegación Tlalpan

14110 Ciudad de México

www.colmex.mx

ISBN 978-607-628-251-9

Impreso en México

ÍNDICE

Introducción
Una historia posible de lo inexistente
11

PRIMERA PARTE

Fútbol e imperio

1. Las invasiones inglesas
23
2. Historias de padres, de pioneros y de fundaciones
41

SEGUNDA PARTE

Las invenciones

3. La Suiza de América, o la anomalía uruguaya
59
4. La herencia del escocés
74
5. *A pátria das chuteiras*
86
6. Entre ingleses, mestizos y obreros:
la fundación del fútbol chileno
104

7. Tradiciones peruanas
116

8. Al norte de Paraguay
124

9. Mucho más lejos de dios: futbol, beisbol y garrote
135

10. ¡Que viva México!
148

11. Las invenciones isleñas
159

TERCERA PARTE

El juego del pueblo

12. Cobrar por jugar, jugar para cobrar
169

13. La internacional futbolística
184




14. Raza, Estado y nación
203

15. La guerra por otros medios
221

Epílogo: Antes de Moscú
244

Bibliografía
253


Agradecimientos
267



Sin los tres grandes maestros que inventaron
la posibilidad de estudiar el futbol latinoamericano,
este libro no existiría. Por eso, está dedicado a ellos:

Eduardo “Lali” Archetti, Roberto da Matta
y Simoni Lahud Guedes.

Y para los que hacen posible y mejor cada idea,
cada línea, cada hora de trabajo, la vida entera:
los insustituibles Caro, Santi, Agus y Cata.









INTRODUCCIÓN

UNA HISTORIA POSIBLE DE LO INEXISTENTE

Ésta es una historia de algo que no existe. Y, sin embargo, es una historia posible.

El *fútbol latinoamericano* no existe como narrativa unificada, como desarrollo homogéneo, como modo de jugarlo o de mirarlo, ni siquiera como origen común —y, mucho menos, como destino—. Algo similar ocurre con el fútbol europeo, por cierto, pero al menos la unificación es institucional: hay una Unión de Asociaciones Europeas de Fútbol (Union of European Football Associations, la UEFA), con 55 asociaciones, algunas cuya condición europea admitiría algunas discusiones (Turquía, Chipre o Kazajistán caben dificultosamente en esa categoría). Nuestro continente tiene dos asociaciones confederales, la Confederación Sudamericana de Fútbol, o Conmebol, y la Confederación de Norteamérica, Centroamérica y el Caribe de Fútbol, o Concacaf. La Confederación Sudamericana no incluye a todos los países del Cono Sur —excluye a las viejas Guayanas: Guyana, Surinam y la Guayana Francesa. La Concacaf, a su vez, además de incorporar estos tres territorios sudamericanos —cuya lengua oficial no es ni el español ni el portugués, y ni siquiera el quechua o el guaraní—, se subdivide en tres grandes zonas: la Norte, procedente de la vieja NAFC, o Confederación Norteamericana, y que hasta su extinción incluía a Cuba; la Centroamericana, entre cuyos integrantes se cuenta la excolonia británica de Belice, y la Caribeña, con 31 asociaciones nacionales, muchas de las cuales serían difícilmente clasificables como latinoamericanas (y que, en muchos casos, jamás han disputado un juego contra algún equipo sudamericano). Entre ellas



se cuentan dos asociaciones con desempeños internacionales exitosos, Jamaica y Trinidad y Tobago, cuya lengua oficial y popular es el inglés y que representan, para cualquier imaginario latinoamericano, apenas una otredad pintoresca (pero que, a la vez, nos han legado alguno de los mayores corruptos de la historia de la dirigencia subcontinental, con peso decisivo sobre todo el continente, indiferentes al mayor o menor latinoamericanismo de su tierra natal).

Podríamos agregar: el fútbol europeo despliega su hegemonía deportiva, la condición de deporte más popular, en todo su continente. El fútbol latinoamericano compite, y no siempre con ventaja, con el béisbol fundamentalmente caribeño, pero también mexicano y venezolano.

Proponer una historia, entonces, es una decisión: proponer una historia de esa complejidad, de esas divergencias y desgarramientos que además se cruzan todos los días con otredades enfáticamente no latinoamericanas —la relación permanente de México con Estados Unidos y Canadá, por ejemplo—. Este libro existe, claro, porque tomamos esa decisión; porque postulamos que puede *entenderse* un fútbol latinoamericano en los pliegues de sus historias poscoloniales y sus desarrollos asimétricos; en los modos en que los distintos *hinchismos* —es decir, los estilos del ver y el alentar— dialogan y se contaminan, cuando no se imitan; en la manera como los héroes deportivos locales se vuelven continentales (desde Di Stéfano y Pelé a Messi, Neymar y Suárez, para apenas ejemplificar de manera arbitraria); y también, aunque más negativamente, en una dirigencia emparentada, ya no por sus afanes de hermandad sino por su corrupción desaforada.

* * *

Las pocas historias del fútbol latinoamericano que existen demuestran, paradójicamente, aquello que afirmo. No por pocas, sino por el modo en que postulan la existencia del objeto. Las tres —son

sólo tres— fueron escritas por anglosajones, incluso considerando la doble ciudadanía de Andreas Campomar, un anglouruguayo. La primera, hace más de 20 años, la escribió el historiador inglés Tony Mason, profesor de la Universidad de Warwick: la tituló con una pregunta, *Passion of the People?* (¿Pasión del pueblo?) y la subtituló *Football in South America* (Fútbol en Sudamérica), restringiendo así el campo de lo posible a una zona específica del continente. En realidad, para Mason, Sudamérica se limitaba a tres países (Argentina, Brasil y Uruguay), con lo que los debates geográficos, políticos o lingüísticos quedaron organizados por el mero *exitismo* deportivo: la *pasión del pueblo* se explicaba sólo por los triunfos y la gloria. Aunque en la introducción del libro afirmaba su esperanza de no ser etnocéntrico, no fue un deseo cumplido. En primer lugar, porque redujo Sudamérica a tres países, los “más exitosos”, pero que, como veremos, no permiten trasladar sus historias por homología a las de Chile, Perú, Bolivia, Paraguay, Ecuador, Colombia o Venezuela, para no hablar del resto del subcontinente. En segundo lugar, porque Mason no leía español, con lo que sus fuentes fueron reducidamente en inglés: no pudo encontrar, entonces, todos los matices que escapan a una visión colonialista y difusionista —según la cual, el fútbol sudamericano se explica únicamente por la acción de la colonia británica local—.

Por supuesto que, a despecho de los múltiples errores de una historia *sudamericana* escrita sin salir de Inglaterra, esa historia limitada sólo a las grandes potencias futbolísticas sudamericanas era y es posible. No es, por supuesto, el camino que tomaremos aquí.

* * *

El aumento de las publicaciones sobre fútbol es enorme en todo el mundo: un aluvión de libros en los últimos 10 años, fenómeno que se vuelve casi meteorológico, con tono de aguacero, cada vez que se acerca una Copa del Mundo. Eso permitió en 2014 la aparición de un libro que en el original inglés se tituló *Golazo!: The Beautiful*

Game from the Aztecs to the World Cup: The Complete History of How Soccer Shaped Latin America (¡Golazo!: del juego hermoso de los aztecas a la Copa del Mundo: la historia completa de cómo el fútbol moldeó América Latina, pero que en su edición en español cambió su subtítulo ligeramente a *De los aztecas a la Copa del Mundo: la historia completa del fútbol en América Latina*), de Andreas Campomar. Aunque uruguayo nativo, Campomar vive, trabaja y escribe en Inglaterra —para su investigación recorrió varios países de la región—, y quien hojee la traducción al español comprobará que también escribe en inglés: la traducción es muy mala. Pero, aunque Campomar cuida el trabajo con las fuentes (y las exhibe en una profusa bibliografía), su trabajo es básicamente periodístico, y no se cuestiona, en ningún momento, de qué hablamos cuando hablamos de América Latina. Su estrategia es la acumulación de anécdotas y mitos, con un criterio de selección organizado de un modo bastante discutible: *de los aztecas a la Copa del Mundo* supone un criterio cronológico (según el cual el juego de pelota, no sólo azteca, habría tenido algo que ver con el entusiasmo continental con el fútbol) y a la vez geográfico, de norte a sur del subcontinente. Sin embargo, toda América Central está ausente del relato, no sabemos si por ausencia de fútbol o de latinoamericanismo.

* * *

En el mismo 2014 —la Copa desata, como dijimos, la temporada de libros *ad hoc*—, Joshua Nadel, un joven profesor de estudios latinoamericanos en la Universidad de North Carolina, publicó su *Futbol!: Why Soccer Matters in Latin America* (¡Futbol!: por qué el fútbol importa en América Latina), libro que es, sin duda, el mejor de la serie que estamos presentando. Nadel tiene ventajas de las que carecía Mason: conoce la región y conoce sus idiomas, lo que le permite una profusión de fuentes examinadas con rigor. Aunque no se presenta como una historia, lo es: la *historia completa* prometida por Campomar, fatalmente incompleta, se transforma para

Nadel en una selección de casos que permite mostrar problemas como la función de los mitos, la invención de las narrativas del estilo, lo que todo eso tiene que ver con la invención de las naciones, el peso desmesurado de lo racial como problema y una novedad radical, que es la preocupación por el género —es el único de los tres en preocuparse, y mucho, por el fútbol femenino—. Pero Latinoamérica se presenta como casos, dijimos: Argentina, Brasil y Uruguay, por un lado; Chile y Perú, por otro; Paraguay, como ejemplo máximo de la corrupción que organiza el fútbol de la región; México y Honduras, como casos mesoamericanos que le permiten analizar cosas distintas: en el mexicano, las discordancias entre las historias de la eterna promesa de futuro y las, finalmente, derrotas; en el caso hondureño, una narrativa de mestizaje que obtura la explicación de la presencia, indisimulable y mayoritaria, de afroamericanos en sus equipos. Y el fútbol femenino, finalmente, como tensión permanente (y oculta) con los relatos masculinos de la patria soportados en las hazañas deportivas.

* * *

El libro de Nadel es un hallazgo que repite los viejos esfuerzos de otro norteamericano, Joseph Arbena, historiador de la Universidad de Clemson, en South Carolina, que desde mediados de los años ochenta del siglo pasado hasta su muerte, en 2013, dedicó su trabajo a la investigación sobre el deporte —no sólo el fútbol— del subcontinente. Además, no conforme con eso, compiló toda la producción bibliográfica sobre el tema, desde los tiempos en que era sumamente escasa —pero profusamente periodística— hasta los años más recientes, cuando nuevas generaciones de historiadores y científicos sociales se dedicaron intensamente a producir conocimiento sobre el tema. Para Arbena, América Latina significaba toda la región, de México a la Argentina: por eso, en uno de sus últimos libros compiló estudios sobre algunas nimiedades —entre otras cosas desconocidas hasta entonces—, como la influencia de

la Iglesia en el fútbol de Costa Rica (obra del gran investigador del deporte en América Central, Chester Urbina Gaitán).

* * *

Repasemos los subtítulos de los tres libros: “pasión del pueblo” (aunque interrogada); “cómo el fútbol moldeó América Latina” (en el original inglés); “por qué el fútbol importa en Latinoamérica”. Los tres afirman como punto de partida una posible excepcionalidad: que el fútbol es clave en nuestro subcontinente, como en ningún otro. Nadel es el único que cuestiona las razones de esa condición. Aunque sus respuestas no son completas ni definitivas, vamos a recuperarlas en este libro.

* * *

Una historia compleja de esa complejidad: básicamente, podría hablarse de cinco historias, a la vez paralelas y completamente entrecruzadas.

Una es la historia institucional, legible en actas y reglamentos y fundaciones y afiliaciones. Con particularidades que trataremos de descifrar, cada país latinoamericano tiene una historia oficial de su fútbol, iniciado con la fecha de fundación de su Liga o de su Asociación o de ambas; cada zona geográfica, a su vez y como ya dijimos, tiene su o sus confederaciones, el momento en el que las asociaciones nacionales deciden pegar un salto internacionalista —a tono con la organización que el deporte fue tomando desde finales del siglo XIX y con vértigo en el siglo XX— y constituir organismos supranacionales (donde destaca la antigüedad de la Confederación Sudamericana, anterior incluso a la europea). Pero es una historia a la vez sencilla —relativamente bien documentada— y que merece atención: porque es normalmente una historia de cómo las viejas élites locales toman a su cargo un fenómeno novedoso, a veces más popular —generalmente, menos—, y le imprimen rum-

bos particulares. Dije *viejas élites*: porque es también la historia de cómo esas viejas élites —más o menos burguesas, más o menos aristocráticas o militares— van siendo reemplazadas con las nuevas a lo largo del siglo xx, tejiendo lazos particulares con el mundo político y económico —y mediático, por supuesto, de modo decisivo—. Una historia institucional que es necesariamente política: cómo administrar un mundo que se vuelve radicalmente popular, con todos sus beneficios y también con todas sus amenazas.

Otra es la historia deportiva, si puede hablarse de una serie *estrictamente* deportiva en un mundo caótico como el del fútbol latinoamericano. Es una historia que también puede reconstruirse estadísticamente —y que Wikipedia o las infinitas fuentes en la web permiten reconstruir con cierta precisión—. Cuántas veces ganó Paraguay la Copa América; cuántas veces clasificó Cuba a una Copa del Mundo; cuál fue el resultado del primer clásico entre Universitario y Alianza Lima. Pero esa historia estadística se teje con la anterior, porque depende de las instituciones para su organización y su despliegue, y a la vez nos permite —nos permitirá— ver las relaciones entre desempeños y desarrollos. Joshua Nadel afirma que los éxitos tempranos del fútbol uruguayo —que entre 1924 y 1930 gana las tres competencias mundiales, dos de ellas contra Argentina— son decisivos, no sólo para el desarrollo del fútbol uruguayo sino para la misma construcción de sus narrativas nacionales como país.

Inevitablemente, estas dos historias se entretrejen con una tercera: la de la popularización del fútbol en cada sociedad latinoamericana. Ésta es la historia menos conocida y menos transitada, sobre la que es más difícil construir datos y a duras penas proponer hipótesis. En todos los casos locales se produce una secuencia fija, que analizaremos: el fútbol aparece —es incorporado, importado, transplantado, aculturado— como deporte de élites, y en un momento —a lo largo de un proceso— se transforma en popular, no sólo en el sentido de su impacto como práctica y espectáculo de masas, sino en el de una práctica especialmente marcada por su apropiación por las clases populares —con más precisión: por los hombres

de las clases populares—. La secuencia se repite una y otra vez, con cierta minucia, pero al mismo tiempo con pliegues locales especialmente distintivos: la historia de la incorporación de los afroamericanos, por ejemplo, implica historias y construcciones locales de lo racial que no se reproducen en otras sociedades (Argentina, Chile o México, por ejemplo, donde la historia de los futbolistas negros no es tan relevante). Pero esta secuencia es decisiva: porque si el fútbol nos importa, y por eso estamos presentando este libro, es exactamente por ese fenómeno. Sin esa popularización, posiblemente, el fútbol nos importaría mucho menos.

Esa popularización produce, y es uno de sus rasgos más destacados, la aparición de una figura clave: el aficionado (hinja, torcedor, fan, fanático, forfo). Toda la bibliografía latinoamericana coincide en que, en el momento en que la práctica se populariza, aparecen grupos de jóvenes (invariablemente jóvenes) que acompañan a los jugadores por razones de amistad o, mejor aún, por amistades territoriales o laborales —el caso de los clubes organizados en torno de espacios de trabajo como las fábricas o los ferrocarriles—. Son aquéllos a los que sus disposiciones corporales no les alcanzan para ser buenos practicantes, diferencia que se acentúa a medida que la práctica se especializa. Poco a poco, como iremos viendo, la relación con los jugadores será reemplazada por un mediador: el club, el equipo, los colores, que a su vez representan al territorio, al grupo, a la comunidad. Esos públicos se irán transformando en parte importante de la historia: una historia de los “hinchismos latinoamericanos”, aunque sea la que menos podremos desarrollar —porque merecería un libro autónomo, que no puede ser éste—.

Pero nos queda una quinta historia, más tramada con las últimas que con las primeras: es la historia de los héroes deportivos, casi todos ellos —las excepciones son mínimas— provenientes de esas clases populares que se adueñan de la práctica (no de la administración, como fue dicho) desde comienzos del siglo xx. Desde José Andrade, David Arellano (una de esas excepciones), Nolo Fe-

rreyra o Leônidas hasta Hugo Sánchez, Carlos Caszely, Luis Suárez o el Pibe Valderrama, junto a esos clímax de la heroicidad y la idolatría que fueron Alfredo di Stéfano, Obdulio Varela, Garrincha, Pelé, Maradona. El fútbol latinoamericano, aceptando provisionalmente que podamos postularlo, tiene una galería de grandes héroes, con repercusiones más locales o más internacionales, hasta la aparición de sus estrellas globales. Hacer su historia no es sólo la de sus hazañas o récords, sino —muy especialmente— la del modo como repercutieron en las narrativas populares extrafutbolísticas: el relato del ascenso social, del éxito económico, de la fidelidad a los orígenes, de la decadencia y la pobreza o el olvido. Los héroes son uno de los elementos clave en los que el fútbol es mucho más que fútbol: se vuelven modelos, argumentos, destinos, y a la vez mercancías, objetos transables, *merchandising*.

Esta tensión entre lo inolvidable y la mercancía nos reenvía a la primera historia —la relación entre un fútbol *popular* administrado, llevado, traído y corrompido por sus élites—. Y demuestra que, para hacer esta historia, debemos tejer todas ellas.



PRIMERA PARTE
Futbol e imperio





1

LAS INVASIONES INGLESAS

UN DESEMBARCO FALLIDO

En junio de 1806, una expedición inglesa desembarcó en Buenos Aires y ocupó la ciudad durante poco más de un mes. Fue desalojada en la llamada “Reconquista” por las fuerzas conjuntas del virreinato español y los sectores criollos que preferían, como dijo el luego prócer independentista Manuel Belgrano, “el viejo amo o ninguno”. Las fuerzas británicas volvieron a atacar en enero de 1807 y ocuparon Montevideo (en ese entonces, parte del virreinato del Río de la Plata), pero fracasaron en un nuevo intento de invadir Buenos Aires en julio de ese año.

La rendición definitiva del general Whitelocke el 7 de julio de 1807 tuvo enormes consecuencias. Entre ellas, la retirada definitiva de las tropas de ambas ciudades; la cancelación de los intentos de invasión mediante tropas inglesas en América del Sur; el comienzo de una intensa y eficaz acción diplomática que derivaría, años más tarde, en la creación de la República Oriental del Uruguay; el inicio de los movimientos independentistas en el Río de la Plata, que contabilizaban la victoria como antecedente de autogobierno frente a los delegados de la Corona española; la consolidación del contrabando como modo de comercio preferido por los nativos; la fundación de varios mitos, entre ellos el de la victoriosa defensa rioplatense frente a la “pérfida Albión” —el viejo epíteto del viejo antiimperialismo— con menores recursos y la colaboración de un pueblo en armas; la institución de una efeméride que, sin embargo, hoy ya nadie conmemora (“día de la Reconquista de Buenos Aires”,



un 12 de agosto). Y también el descubrimiento del futbol en el Río de la Plata.

Porque la derrota de las invasiones inglesas, como se les conoce escolarmente, también produjo otro fenómeno, mucho más extenso en el tiempo: el surgimiento de una pequeña colonia británica de expatriados que se fueron integrando a la vida local como comerciantes visibles e ideólogos en las sombras de la apertura comercial con la Corona británica. Entre ellos se contaba Thomas Hogg, que arribó con el general William Carr Beresford en la primera invasión de 1806 y se afincó en Buenos Aires. Míster Hogg fundó, a lo largo de los años, una asociación comercial británica, una biblioteca, un colegio y un club de *cricket* (en 1819), además de una familia. Con dos hijos, Thomas y James, nacidos en Yorkshire, quienes al crecer siguieron los pasos de su padre: fundaron, juntos o separados, un Dreadnought Swimming Club en 1863, una Buenos Aires Athletic Sports en 1866 —que organizó el 1 de mayo de 1867 el primer encuentro atlético de *track&field* [pista y campo]— y, en los años setenta del siglo XIX, el primer Golf Club de Latinoamérica. Las mismas fuentes aseguran que en 1866 jugaron por primera vez al *squash*, que el 14 de mayo de 1874 jugaron el primer partido de *rugby*, aprovechando el Buenos Aires Cricket Club fundado por su padre, y que en 1890 jugaron el primer *match* de *lawn tennis* [tenis sobre hierba].

El 9 de mayo de 1867, los hermanos Hogg fundaron el Buenos Aires Football Club y convocaron, por medio de las páginas del periódico en inglés *The Standard*, a la realización de un *match* que, luego de suspenderse por lluvia el 25 de mayo, se llevó a cabo el 20 de junio de 1867. La documentación existente —la cobertura de *The Standard*— permite reconstruir las formaciones de ambos *teams*: el equipo identificado por sus gorras blancas se integró con Thomas Hogg, James Hogg, W. Forrester, T.B. Smith, J.W. Bond, E.S. Smith, J. Rabsbottom y N.B. Smith; el que usó gorras rojas, con William Heald, T.R. Best, U. Smith, H.J. Barge, H. Willmont, R.M. Ramsay, J. Simpson y W. Boschetti (¿un mestizo?). Alguna fuente invierte los colores, aunque no creemos que sea decisivo

quién era rojo y quién blanco. Sabemos también que el juego duró dos horas, entre las 12.30 y las 14.30 horas, y que se desarrolló en la zona del parque de Palermo —una placa cerca del actual Planetario de Buenos Aires afirma con típica jactancia argentina que allí se jugó el primer partido de fútbol del continente americano—.

La información nos permite saber, como queda claro al contar los participantes, que jugaron ocho hombres en cada equipo, porque no pudieron conseguir más voluntarios, y que ganaron los hermanos Hogg.

Lo que no sabemos es si jugaron al fútbol. En 1874, el Buenos Aires Football Club decidió respetar las Reglas de Rugby (el balón jugado con las manos y la posibilidad del *tackle*) en lugar de las de Cambridge (el balón jugado con los pies y la prohibición de tomar al adversario). No hay ningún testimonio de qué reglas se respetaron en 1867: nunca sabremos si el balón se jugó con los pies o con las manos. Incluso, si toda la mitología fundacional del fútbol latinoamericano incluye la llegada de una pelota traída por algún migrante providencial que deviene padre fundador, en este caso pretendidamente inaugural no tenemos ninguna información sobre el balón en cuestión. La introducción del balón es, en todas las historias, las leyendas, los mitos y las fábulas, aquello que decide la fundación mítica. En el caso del celebrado partido de los hermanos Hogg, ese balón no aparece ni es mencionado.

Es decir, no sabemos a qué jugaron ni con qué lo hicieron.

LA INVENCION DE LOS DEPORTES

Y sin embargo, la trayectoria de la familia Hogg, de la que no tenemos más noticias que las que el historiador norteamericano Allen Guttman recopiló en su libro *Games & Empires* (Juegos e imperios), es muy ilustrativa del fenómeno que queremos narrar.

Obviamente, los seres humanos no comenzaron a jugar a juegos con balones en 1848, en Cambridge. Entre una extensa lista de

antecedentes, en los que la pelota puede impulsarse con manos o pies —o, incluso, con la cadera—, se cuenta el *tsu chu* chino, el *kemari* japonés, el *harpaston* griego, el consecuente *harpastum* romano, la *soule* normanda y bretona, el *calcio* florentino y el juego de pelota mexicano (*tlachtili*, *ulama*, pelota mixteca). Ese listado demuestra al menos dos cosas: la primera, que los ingleses no inventaron los juegos con pelota; la segunda es que tampoco lo hicieron los pueblos precolombinos, demoliendo así cualquier posibilidad de que el interés latinoamericano por el fútbol moderno responda a atavismos, precisamente, premodernos o a influencias subterráneas preservadas por memoria oral.

Como señala Guttman, en una clasificación muy aceptada, los deportes modernos capturan distintos tipos de juegos tradicionales o arcaicos y los transforman en deportes mediante la institución de una serie de características particulares. Ellas son:

a) Secularismo: el deporte pierde vinculación con todo tipo de rituales religiosos, lo que lo separa de sus antecedentes grecorromanos o precolombinos. Que los practicantes de los deportes modernos sean a su vez creyentes o usuarios de prácticas religiosas, o que alguno de sus organizadores disponga ese tipo de rituales junto a la práctica deportiva (o que algún sacerdote bendiga un campo de juego), no quita que el deporte sea estrictamente secular: sus objetivos son la competencia, el éxito, el prestigio, la fama o el dinero, o todo junto, pero no el homenaje a alguna deidad presente, pasada o futura —salvo, justamente, el dinero—.

b) Igualdad: las regulaciones se instituyen con el doble propósito de establecer la igualdad entre los contendientes y de que todos respeten las reglas por igual. De ese modo, la igualdad establece un orden meritocrático, en tanto el triunfador debería ser, inevitablemente, el mejor de los competidores. Esto tiene una relación particular con el progresivo establecimiento, en el siglo XIX, de instituciones democráticas en las sociedades: la igualdad deportiva reproduce la igualdad democrática traducida en el derecho al voto, pero a la vez la perfecciona, en tanto la victoria depende únicamen-

te del desempeño deportivo. El grado en que ese *únicamente* sea en realidad único está en la base del imaginario democrático del deporte, ya que sabemos porfiadamente que no está en el imaginario democrático de las sociedades capitalistas.

c] Burocratización: la institución del deporte moderno incluye la creación de organismos que, primero, establecen las reglas y, segundo, las administran. Pero esa administración supone, con el paso breve del tiempo, también la organización de la competencia y sucesivamente la administración de todo lo que la rodea; primero en un plano local, luego nacional, más tarde regional, finalmente internacional. Es lo que separa el establecimiento de las Reglas de Cambridge en 1848 de la creación de la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA) en 1904. La inclusión o no en la supervisión de los organismos burocráticos es lo que diferencia al practicante “federado” (es decir, burocratizado por la pertenencia a un club, por ende a una liga o asociación, por ende a una confederación y así hasta el nivel más alto que se pueda alcanzar —normalmente, el Comité Olímpico Internacional) del practicante ocasional o aficionado.

d] Especialización: los deportes modernos se caracterizan por la especialización en una práctica. La ubicuidad deportiva de los hermanos Hogg, para proseguir con nuestro ejemplo inicial, es en realidad premoderna o fundacional del periodo moderno. El desarrollo de los deportes irá exigiendo —hoy lo hace de modo casi absoluto— una especialización tanto de la práctica —la diferencia entre rugby “unión”, rugby “league”, fútbol “soccer” o “asociación”, fútbol americano, beisbol, cricket, sóftbol— como de los practicantes. Y también de las funciones burocráticas o deportivas: jugadores, árbitros, entrenadores, dirigentes.

e] Racionalización: contemporáneos del capitalismo industrial y privados de sus relaciones rituales con las religiones, los deportes modernos implican su racionalización, es decir, su sujeción a organizaciones, regulaciones y administraciones definidas estrictamente por su racionalidad, con un objetivo primario (la administración de la regla y del principio de igualdad para el control de adecuados

y justos desempeños deportivos) y uno secundario, derivado de la progresiva profesionalización: la obtención de plusvalía. La racionalidad deportiva se transformará con el tiempo (muy breve) en pura racionalidad capitalista: la obtención de ganancia. Esto no obstruye la racionalización —es decir, la transformación en mercancía— de los elementos afectivos: identidad, memoria, relatos o pasión.

f] Cuantificación: los deportes modernos dejan rápidamente de ser simples competencias para transformarse en series de competencias. Es decir, torneos, series de torneos. El partido o el rendimiento, que a su vez deben ser cuantificados —como resultados: 1 a 0, 2.35 metros, 4 horas 45 minutos—, se incorporan a series acumulativas: tantos puntos por juego, tantos puntos en un torneo, tantas victorias, tantas derrotas. El juego individual —entre dos equipos o dos competidores, o la práctica individual— queda confinado al territorio de lo no burocratizado: el deporte moderno es principalmente cifras, tablas, *rankings*, medición de rendimientos.

g] Obsesión por los récords: en consecuencia, si los desempeños se cuantifican, la racionalidad de los números conlleva la búsqueda de la superación de los números registrados: más goles a favor, menos goles en contra, menos minutos por tramo, más rápido, más alto, más fuerte. Objetivos que luego deben ser superados, en una rueda infinita. El campeón de la temporada pasada debe ser superado en puntos, juegos ganados y diferencia de goles; el nuevo goleador debe marcar más goles que el que más haya marcado en un periodo histórico.

* * *

El éxito de estas codificaciones, iniciadas a mediados del siglo XIX en las escuelas públicas de la Inglaterra industrial, fue absoluto. Los juegos tradicionales o populares pre o poscolombinos no fueron sus únicas víctimas: toda Europa transformó sus prácticas lúdicas adoptando los deportes ingleses. Esto no significó la desapa-

rición del juego, sino la aparición del deporte como un territorio exclusivamente moderno y novedoso. Las otras prácticas quedaron confinadas al espacio del juego popular, no organizado, o de la rareza étnica (que pudo, con el tiempo, transformarse a su vez en mercancía turística, como es el caso del *calcio* florentino).

Y las razones de estas invenciones son también ampliamente conocidas, y fueron por eso escolares y escolarizadas: se buscaba racionalizar los niveles de violencia en las relaciones personales —el proceso civilizatorio del que hablaba el sociólogo alemán Norbert Elias— y educar también corporalmente a las élites para su desempeño guerrero. Sin embargo, la progresiva popularización del fútbol en Gran Bretaña, luego de la fundación de la Football Association en 1863, extendió ese proceso a las clases populares. Los historiadores británicos coinciden en que esa popularización conjuga varios factores, que deberemos revisar en el caso latinoamericano.

Por un lado, factores intrínsecos al juego: todas las fuentes, latinoamericanas o europeas, están de acuerdo en la combinación de la simplicidad de las reglas y la economía del juego —que precisa sólo un campo abierto y un balón, reemplazable por cualquier objeto con cierta condición esférica, a veces sólo un conjunto de paños o calcetines— en relación con la cantidad de participantes, que no puede exceder de 22, pero puede reducirse en la práctica informal. Sobre todo, hay factores que llamaremos de manera general político-culturales y sociales. Con la aparición del tiempo libre entre la clase obrera británica —el descanso sabático—, distintas instituciones comenzaron a difundir la práctica del fútbol como una herramienta ampliamente disciplinadora: las escuelas de la clase obrera, reproduciendo el modelo de las élites, pero principalmente las fábricas y las congregaciones religiosas. Las primeras (con ejemplos como West Ham, el Arsenal o el Manchester United), porque el fútbol permitía la creación simultánea de sentimientos de solidaridad entre sus obreros y a la vez de orgullo por la empresa; las segundas (cuyos ejemplos más tradicionales son clubes como el Aston Villa o el Bolton Wanderers), porque los religiosos veían en el deporte un modo

de sustraer a los obreros de distracciones poco santificadoras —el alcohol, antes que nada, pero también la sexualidad— mediante la convocatoria a prácticas tan atractivas como el fútbol. Todas estas pautas, en mayor o menor medida y con características particulares en el continente, reaparecen en el caso latinoamericano.

Lo cierto es que esa popularización se reveló como masiva hacia la década de 1880, por lo que la Football Association británica reconoció ese carácter de *people's game* (el juego del pueblo) sancionando el profesionalismo en 1888: esto terminó de decidir la apropiación definitiva del juego por la clase obrera británica, ya que le permitía una dedicación exclusiva que, hasta ese momento, estaba limitada por los ingresos y el tiempo libre. Cuando los jugadores provenientes de la clase obrera transforman la práctica en trabajo, el ciclo de popularización está terminado. Como ocurrirá en todos los casos, en Europa o en nuestro continente, que los practicantes sean de origen obrero suele influir en sus públicos: el fútbol británico será, hasta la última década del siglo xx, una marca clave de la cultura obrera. Sin embargo, sus administradores seguirán siendo miembros de las élites —progresivamente, más burgueses que aristócratas—.

LOS DEPORTES DEL IMPERIO

En pocos años, esos deportes codificados en la Inglaterra industrial invaden el mundo. En el caso del fútbol, la difusión europea permite la creación, en 1904, de una federación internacional, en la que participan Bélgica, Dinamarca, España, Francia, Holanda, Suecia y Suiza, y que será llamada definitivamente en francés *Fédération Internationale de Football Association* gracias a la ausencia británica —los ingleses se unieron al año siguiente, se retiraron en 1920, regresaron en 1924, volvieron a retirarse en 1928, regresaron definitivamente en 1946—. Para ser una potencia imperial que inundaba con fútbol el mundo, el Imperio británico fue bastante renuen-

te a dominar las organizaciones mundiales. Al mismo tiempo, esto respalda las afirmaciones del historiador holandés Maarten van Bottenburg: aunque la invención fuera británica, cada cultura deportiva —europea, pero también las latinoamericanas— se desarrolló con bastante autonomía. Incluso, las dos grandes figuras de la explosión de las competencias internacionales fueron dos franceses: Pierre de Coubertin, el inventor de los Juegos Olímpicos modernos, y Jules Rimet, el creador de las Copas del Mundo de fútbol.

El gran crítico literario palestino Edward Said afirma, en *Imperialismo y cultura*, que la historia de todas las culturas es la historia de los préstamos culturales. La expansión de los deportes modernos parece seguir, en el caso europeo, la misma pauta. Sin duda, la difusión global de los deportes modernos ocurre al mismo tiempo que la constitución de los mercados globales y los imperios coloniales, pero los países europeos que adoptaron el fútbol inglés no se vieron sujetos a dominaciones imperiales o a situaciones coloniales o poscoloniales. Parece tratarse, más bien, de una situación de hegemonía cultural, en la que el fútbol aparece como una práctica atractiva organizada por el prestigio del sistema escolar británico para la formación de las élites, y luego se difunde y populariza siguiendo el mismo modelo: desde las clases altas anglófilas se produce una masificación a cargo de las clases medias para luego completarse el proceso con la apropiación de las clases obreras —y el consecuente abandono por parte de las élites—. Distinto será el caso prusiano, renuente al prestigio educativo británico y en el que tendrán un papel fundamental, como en América Latina, los educadores migrantes formados en Gran Bretaña, o al menos eso intenta narrar el film alemán *Unidos por un sueño* (en el original, *Der ganz große Traum*), una mediocre película de 2011 que cuenta las andanzas de Konrad Koch para enseñarles fútbol a sus discípulos alemanes. Por supuesto —infaltable para proponer un mito democrático—, entre los esforzados escolares habrá un niño obrero infiltrado.

Estas afirmaciones no implican abandonar la hipótesis del imperialismo en la difusión de los deportes fuera de Europa. Hay un dato irrefutable: como recuerda Allen Guttman, tanto Gran Bretaña como Estados Unidos, las dos grandes potencias imperiales en el tránsito del siglo XIX al XX, son los únicos países en los que los deportes modernos más importantes no se desarrollaron bajo la influencia de actores o modelos extranjeros. Sea el caso del fútbol como del rugby, el basquetbol, el voleibol, el fútbol americano, el beisbol o incluso el cricket —que cuenta aún con importancia relativa en el Caribe, India y Oceanía—, todos ellos fueron “inventados” —lo que siempre significa codificados, es decir, modernizados— en alguna de ambas potencias. De la misma manera, el mapa de la expansión de esos deportes, especialmente el fútbol y el beisbol, es el mapa de su expansión imperial: de manera rápida —porque debemos discutirlo en el caso latinoamericano—, el fútbol responde a la expansión inglesa y el beisbol a la norteamericana. En algunos casos, que aparecen más crudos cuando el imperialismo es francamente colonialista —es decir, con ocupación armada del territorio colonial—, el deporte aparece, como señala Guttman, como instrumento útil para propósitos políticos: es el caso del cricket en India, el lugar donde el Imperio británico desarrolla estrategias de dominación complejas que incluyen la construcción de élites locales mediadoras.

Pero incluso en esos casos extremos, con el Imperio ocupando el territorio local, es difícil afirmar que la expansión de los deportes en las colonias o en las neocolonias funcionara únicamente como herramienta de control social y, mucho menos, imperial. Como veremos con detenimiento, en América Latina esa afirmación es refutable: no se trata de simple reproducción del orden metropolitano, especialmente porque no hay ocupación territorial —salvo en el caso cubano o en el nicaragüense, pero incluso aquí se trata de una ocupación “compartida” con las clases dominantes locales—. Ni siquiera se trata de imposición disciplinadora de las pautas sociales y culturales de la potencia imperial, en tanto hay

una mediación —decisiva, sin la cual no puede narrarse el desarrollo del deporte latinoamericano— de las élites locales, sobre las que no se ejecuta ninguna imposición, sino que despliegan lo que el sociólogo norteamericano Thorstein Veblen llamaría una “emulación”. Distinto es el análisis de las funciones que cumplen los deportes una vez que las élites locales los asumen y difunden, y se encuentran con su popularización: allí las posibilidades del control social reaparecen, pero ya no como control colonial, sino estrictamente local. Como ya dijimos, en el caso del fútbol británico puede verse bastante del ímpetu disciplinador por medio de las instituciones escolares, fabriles y religiosas; en el norteamericano, que sigue otras pautas más ligadas a lo mercantil, una institución civil pero religiosa como la Young Men Christian Association (YMCA) es clave para la difusión del basquetbol y el voleibol. Los modos en que esto ocurrió en América Latina son parte central de aquello que queremos narrar.

Lo cierto es que los deportes modernos no pueden ser vistos como instrumentos de represión política y económica, ni imperial, como estamos argumentando, ni local, como trataremos de demostrar. En relación con su expansión poscolonial, desde finales del siglo XIX, los deportes se difundieron a partir de la adopción por parte de las élites locales de las prácticas de las élites imperiales, mediante dos caminos: el viaje iniciático o la reproducción implantada, como veremos en el próximo capítulo. Por supuesto que hay casos particulares en esta historia, dada la extensión territorial que estamos estudiando. En principio y mayoritariamente, la difusión en nuestro subcontinente pertenece a la etapa poscolonial, incluido el caso cubano: los deportes se arraigaron en la etapa independentista, y la disputa con la metrópoli española fue justamente uno de los ejes que decidió el éxito del beisbol. En casi toda Sudamérica y en casi toda América Central, los deportes aparecen en el cambio del siglo XIX al XX, es decir, cuando las naciones modernas están —más o menos— bien constituidas, con territorios definidos y gobiernos unificados, sin ocupación

imperial. Pero en la mayor parte del Caribe, la dominación imperial directa perduró hasta entrado el siglo xx, especialmente por parte de Gran Bretaña, lo que decidió un mayor alcance del cricket, por ejemplo, o la ausencia casi total del beisbol: las “potencias” futbolísticas son Jamaica y Trinidad y Tobago, únicos países antillanos en clasificar a una Copa del Mundo —junto a Haití y Cuba, una vez cada uno— y, en ambos casos, dominios británicos hasta 1961-1962.

Guttmann señala que, en el campo deportivo, los dominados pueden vencer finalmente a los dominantes: más aún, que sólo en el campo deportivo es posible esa inversión. Por ello, no podemos afirmar que los deportes se inventaron e implantaron para recibir victorias falsas por parte de los viejos dominados o colonizados. Lo que los inventores y difusores del deporte moderno nunca tuvieron en consideración fue que, junto a sus posibilidades disciplinadoras —para formar buenos ciudadanos con mentes sanas en cuerpos sanos—, el deporte tuviera posibilidades indisciplinadoras: la derrota del maestro, entre ellas. Y también, lo que será un foco importante de nuestra historia, los deportes demostraron, rápidamente, posibilidades narrativas: no sólo como objeto de la prensa popular —que lo fueron, largamente— sino por su capacidad para crear y soportar relatos de identidad, local o nacional. Guttmann acota que, si las naciones son comunidades imaginadas, como afirmaba el historiador británico Benedict Anderson, entonces “los deportes modernos fueron una ayuda importante y popularmente accesible para esta forma políticamente indispensable de imaginar”. Éste es un eje que profundizaremos —que debemos profundizar— en los próximos capítulos. Porque también, al ser tan buenos para narrar las identidades, los deportes pudieron ser grandes auxiliares para marcar barreras étnicas, religiosas o raciales, lo que nos obliga a analizar el rol de los afroamericanos o las poblaciones originarias en el futbol moderno latinoamericano, o la presunta “Guerra del Futbol” entre Honduras y El Salvador en 1969.

PELOTEROS Y FUTBOLEROS

Como dijimos anteriormente, el mapa de la expansión del fútbol y el béisbol en América Latina reproduce las zonas de influencia inglesa y norteamericana, respectivamente. Pero esto debe ser revisado con más detalle. Joseph Arbena, el ya mencionado gran historiador norteamericano que dedicó su trabajo a la investigación sobre los deportes en el continente, señala que el béisbol es el rey de los deportes en las naciones insulares (Cuba, Puerto Rico y República Dominicana); en el norte de México y en la costa del Golfo, incluido Yucatán, y en Nicaragua, Panamá y las zonas caribeñas de Colombia y Venezuela. Esta descripción es correcta, pero exige explicaciones más detalladas.

Por un lado, Arbena sostiene que la razón para esa expansión no es sólo la influencia norteamericana, sino el bajo costo del deporte para la práctica popular: es decir, un argumento también esgrimido para explicar el éxito del fútbol. Del mismo modo, el béisbol aparece como un deporte asociado, en las naciones “receptoras”, con los imaginarios de progreso político y económico que trae la nación “donante” (Estados Unidos). Y nuevamente se trata de una razón que explica la difusión del fútbol en el resto de la región. El caso cubano puede ayudarnos a entender la complejidad del fenómeno.

La expansión del béisbol en Cuba está ligada al hecho de que sus élites enviaban a sus hijos a estudiar a Estados Unidos, mientras que en el resto del subcontinente solía predominar el viaje europeo —para los administradores de las empresas poscoloniales, el viaje inglés—. El retorno de esos estudiantes, en algunos casos de modo anticipado por la Guerra de Secesión, llevó a que ya en 1874 —cuando el fútbol casi no existía fuera de las Islas Británicas— haya un juego oficialmente registrado entre el Habana y el Matanzas Baseball Club, y que en 1878 se funde una liga profesional; entre 1870 y 1890 se crearon más de 200 equipos en la isla. Pero

hay otro detalle local: Cuba fue un territorio colonial español hasta 1898, y la administración ocupante veía con malos ojos el crecimiento de un deporte norteamericano. A la inversa, los jóvenes independentistas entendían el deporte como una suerte de afirmación antiimperialista, porque era antiespañola. Por eso es que en ese primer juego aparece el nombre de Emilio Sabourín, jardinero izquierdo campeón del Habana, organizador de esa primera Liga Profesional cubana en 1878 y luego encarcelado por España, para morir como mártir de la Independencia cubana en Ceuta, en 1897; o puede recordarse el de José Manuel Pastoriza, *pitcher* del Club Almendares, quien fue fusilado por los españoles en 1896, durante la sublevación anticolonial. Cuentan sus compañeros que Sabourín era devoto, en partes iguales, del “beisbol, su familia y su patria”. En 1895, temerosos de su influjo antiimperialista, los administradores coloniales españoles habían prohibido el beisbol. El futbol, como veremos, tuvo su entrada justamente por medio de los españoles, que completaban su Liga con equipos de oriundos de la península y con nombres derivados de gentilicios peninsulares.

El beisbol cubano despegó con la llegada del protectorado norteamericano, luego de la Independencia. La Liga amateur fue establecida en 1914, y la profesional en 1917. Muchos peloteros norteamericanos que fallaban en alcanzar las Ligas Mayores probaban suerte en la isla. Asimismo, el hecho de que la temporada cubana fuera en invierno en vez de en verano aumentaba las oportunidades de estos intercambios. También la “cláusula de reserva”, que dominó el beisbol norteamericano hasta los años sesenta e impedía la libre contratación de los jugadores, llevaba a muchos peloteros a tratar de incrementar sus ingresos en la “liga de invierno”. También para los negros, que escapaban del racismo norteamericano, la liga cubana les permitía vivir una integración *de facto*.

Este éxito temprano en Cuba influyó en la expansión del beisbol por el Caribe, ya que la isla funcionó como mediadora: no es necesariamente la presencia norteamericana la que despliega el beisbol como deporte local en el resto de su zona de influencia, sino que

los marineros, ingenieros, educadores y militares que recorren las islas y el subcontinente en la primera mitad del siglo xx proceden de la metrópoli o de la neocolonia cubana, luego de su Independencia y el establecimiento del “protectorado” norteamericano. Eso explicaría, por ejemplo, el éxito del beisbol en la República Dominicana. En otros casos, como el de Panamá, la presencia norteamericana es directa desde la construcción del Canal; lo mismo ocurre con Puerto Rico, administrado por Estados Unidos desde 1898.

La República Dominicana terminó siendo el centro de gravedad del beisbol hispano. Introducido por los cubanos exiliados en la primera Guerra de la Independencia (1868-1878), los primeros clubes dominicanos nacieron en 1891, fundados por Ignacio y Ubaldo Alomá, dos cubanos: fueron El Cauto y Cervecería, los Azules y los Rojos. En 1907 apareció el primer club puramente dominicano, el Lacey. En 1891 se jugó el primer partido interurbano (Lacey contra San Pedro de Macorís) y en 1912 el primer campeonato. La ocupación norteamericana de 1916 a 1924 expandió la práctica. Ante el dominio del Lacey, el dictador Trujillo disolvió los dos grandes equipos de la capital, el Lacey y el Escogido, para formar el Ciudad Trujillo, con ocho afrodescendientes norteamericanos, seis cubanos, un puertorriqueño y un único dominicano. El saqueo de los equipos negros norteamericanos fue tal que interrumpió la Negro National League. Además, Trujillo incentivaba a sus jugadores amenazándolos con el pelotón de fusilamiento. Con esta motivación, el dictador consiguió que su equipo ganara el campeonato en 1937; luego, disolvió el beisbol profesional hasta 1951.

A partir de ese momento, el flujo se invirtió: del Caribe hacia tierra firme. Desde 1947, la integración racial del beisbol norteamericano abrió las puertas para los jugadores afrodominicanos. En 1956, los San Francisco Giants reclutaron a Ozzie Virgil. La Revolución cubana, por su parte, cerró las puertas para el reclutamiento norteamericano, por lo que la República Dominicana se transformó en el primer semillero. El hecho de que 65 dominicanos jugaran en las Grandes Ligas en los años noventa llevaba a afirmar que Santo

Domingo y San Pedro de Macorís eran, proporcionalmente, las más importantes fuentes mundiales de talentos beisbolísticos.

Distinto fue el caso mexicano, donde el momento de expansión deportiva, cuando el beisbol y el futbol disputaban su predicamento, se vio interrumpido por la Revolución de 1910, luego de la cual se produjo un realineamiento de las influencias en disputa —y en el que asistiremos a la confluencia, aunque competitiva, del imaginario británico y la migración española frente a la influencia norteamericana en el norte y la cubana en Yucatán—.

En México se registran juegos de cricket desde 1827. Pero hacia fines de siglo el favoritismo, siempre de las clases altas, había cambiado al beisbol. Hacia 1890, también las inversiones norteamericanas habían prevalecido sobre las británicas. Y también entre los empleados de comercio o bancarios y ferrocarriles: Mexican Central vs. Mexican National, o en 1882, el juego entre el National Baseball Club vs. Telephone Company.

Los jugadores nativos aparecieron poco después: en 1886 se realiza un partido benéfico en Corazón de Jesús. En 1895, un equipo nativo venció al American Base-ball Club y al Cricket Club (con ingleses que “más o menos se ajustaban a las reglas americanas”, como testimonian las fuentes). En 1890, los cubanos introdujeron el juego en Yucatán, a partir de la relación de la península con la isla por el comercio de fibras vegetales. En 1892, la burguesía de Mérida fundó el Sporting Club. En 1905 nació una liga regional, alimentada por jugadores cubanos, sobre la que volveremos.

En 1904 se crearon dos ligas mexicanas: una amateur, para el verano, y otra semiprofesional, para el invierno. El club El Récord jugó —y perdió— en 1907 contra los Chicago White Socks. Siempre, claro, fueron fenómenos de clases altas. Después de la Revolución, en 1920, el beisbol no sólo revivió sino que se popularizó. Hacia 1924, la Ciudad de México tenía 56 equipos, ya con jugadores y públicos populares. En 1925 se creó la Liga Profesional. Todos estos esfuerzos fueron apoyados por el Partido Nacional Revolucionario, antecesor del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que

declaraba, en 1932, que tenía la “sagrada obligación” de fomentar el progreso físico tanto como el económico y social, lo que incluía también el fútbol.

En los años cuarenta, un millonario de Veracruz, Jorge Pasquel, llegó a la presidencia de la Liga y constituyó un gran desafío para el beisbol norteamericano. Comenzó a seducir beisbolistas profesionales triplicando sus salarios, así como de la Negro League, por ejemplo, el pitcher de los New York Giants, Tom Gorman. Los jugadores que pasaban a la liga mexicana eran sancionados por Albert Chandler, el representante de las Grandes Ligas, pero los salarios eran imbatibles (nuevamente, esto les permitía escapar de la “cláusula de reserva”). Este intento fracasó hacia 1947, cuando Pasquel debió comenzar a reducir costos: la Liga era inviable, considerando que el mayor estadio mexicano tenía capacidad para 22 000 espectadores, y que no había televisión que auxiliara con el patrocinio.

LO LLEVO EN LA SANGRE

En conclusión, la mayor o menor expansión de los dos deportes no puede explicarse por ningún dato intrínseco, étnico o demográfico. No hay ningún tipo de disposición innata en los distintos pueblos latinoamericanos que haga de alguna comunidad una fanática del beisbol y de otra un semillero inagotable de talentos futbolísticos; esto contraría alguna narrativa periodística del “estilo” latinoamericano —generalmente sudamericano y originalmente “rioplatense”, en tanto esa narrativa fue inventada a medias entre Buenos Aires y Montevideo—. Las razones por las que los cubanos amaron el beisbol y los uruguayos el fútbol son ampliamente culturales, sociales y económicas; de ninguna manera genéticas o milagrosas. Aunque esto es puramente contrafáctico, si la República Dominicana hubiera reproducido las condiciones estructurales que configuraron el Uruguay moderno a comienzos del siglo xx, podría haber ganado el fútbol en Juegos Olímpicos de 1924.

Como sabemos, no fue así, y por eso, mucho después, Luis Suárez nació en Uruguay y no fue dominicano.

En ambos casos, como dijimos, se trata de deportes adoptados por élites locales y luego difundidos “hacia abajo” y popularizados; en los dos casos, la práctica deportiva es vista como representante de los valores de modernidad, progreso y civilización, a partir de su enlace con la potencia imperial o neocolonial dominante. En ambos casos, también, aparecen los argumentos de la economía —su baratura—, aunque no el de la simplicidad. Para los dos, es valedero el contraargumento propuesto por el historiador norteamericano Joshua Nadel: no se trata del mayor o menor éxito alcanzado por una comunidad en competencias internacionales, lo que impediría la popularización de cualquier práctica hasta ganar algo contra alguien; la mayor parte de nosotros, de nuestras comunidades o de nuestras naciones, pasa toda la vida sin ganar absolutamente nada.

Justamente por esas coincidencias es que la respuesta reside en un doble juego, siempre restringido a las élites locales: la predominancia de un modelo de modernidad u otro, británico o norteamericano, en estrecha relación con la influencia de un capitalismo u otro sobre la economía del país, por un lado; por otro, con su capacidad para expandir —y controlar— la práctica deportiva hacia las clases populares por medio de la educación, con la debida colaboración de los grupos religiosos o las políticas deportivas.

El historiador alemán Stefan Rinke enfatiza el primer aspecto: la historia del deporte en América Latina es el de la integración en el mercado mundial capitalista. Pero también el segundo: los comienzos del fútbol en Latinoamérica muestran, para Rinke, por un lado, el alto nivel de entrelazamiento transnacional de esa fase temprana de la globalización. Por otro lado, afirma, “constituyen una muestra impresionante de la rápida criollización de las influencias culturales en Latinoamérica en el temprano siglo xx”. A eso habrá que sumarle el papel local de la prensa, la radio y, finalmente, la televisión. Pero eso precisa explicaciones en otros capítulos.

2
HISTORIAS DE PADRES,
DE PIONEROS Y DE FUNDACIONES

LOS DUEÑOS DE LAS PELOTAS
O LOS IMPORTADORES DE BALONES

No hay documentación que lo pruebe —un despacho o registro de aduana que lo certifique, una carta que lo narre, un testimonio grabado que lo atestigüe—, sino apenas una película de ficción. El film argentino *Escuela de campeones*, de 1950, afirmó que Alexander Watson Hutton llevaba consigo un balón de fútbol británico cuando desembarcó en el puerto de Buenos Aires el 25 de febrero de 1882. Watson Hutton no era inglés: había nacido en Glasgow en 1853 y estudiado en Edimburgo, donde obtuvo un grado en Filosofía. Llegó a Buenos Aires contratado por la St. Andrew's Scotch School, de donde se fue en 1884 para fundar su propia escuela, la Buenos Aires English High School. La historia del balón parece ser falsa: dos fuentes afirman que los balones llegaron el 27 de julio de 1886 en el vapor *Caxton*, procedente de Liverpool, traídos por William Waters, otro escocés amigo de la juventud de Watson Hutton y contratado para trabajar en su escuela.

Unos años después, en 1891, el secretario del St. Andrew's, Alex Lamont —también escocés— y W.H. Mc Intoch, otro de los profesores —obviamente, también escocés—, estuvieron entre los fundadores de una efímera liga —duró apenas un año—, The Argentine Association Football League, la primera fundada fuera de las Islas Británicas. En la liga jugaron cinco equipos: Old Caledonians (escoceses: Caledonia es el viejo nombre en latín de Escocia), Buenos Aires and Rosario Railways, Buenos Aires Football Club,

Belgrano Football Club y el St. Andrew's Scotch Athletic Club, siendo éste uno de los dos campeones: sus jugadores eran todos escoceses, entre ellos su capitán, William Waters. Old Caledonians compartió el título, como buenos escoceses.

Watson Hutton, que se fue del St. Andrew's principalmente por su defensa del deporte como parte del currículo escolar, impulsó el fútbol en su nueva escuela, y nuevamente con Lamont —es decir, dos escoceses— fundaron, el 21 de febrero de 1893, sobre los restos de la vieja, una nueva Argentine Association Football League. A la nueva Liga se incorporó el Quilmes Rovers Club, fundado en 1887 por el reverendo Joseph T. Stevenson, un presbiteriano descendiente de escoceses y en cuyo equipo jugaban los escoceses Alex Lamont, L.C. Penman, R. Muir y D. Moffat. La escuela de Watson Hutton, que a partir de 1901 jugó en la Liga con el nombre de Alumni, incorporó a los siete hermanos Brown, todos ellos convertidos en jugadores de fútbol en la escuela: Jorge Gibson, Ernesto, Eliseo, Alfredo, Carlos Carr, Tomás y Diego Hope Brown. El abuelo, James Brown, había migrado de Escocia a Buenos Aires en 1825.

No hay un solo inglés en la fundación del fútbol argentino.

* * *

Sí lo hay en Uruguay: el padre fundador es William Leslie Poole, un inglés graduado en Cambridge y profesor del English High School de Montevideo desde 1885. Ya había habido un partido documentado en junio de 1881, entre el Montevideo Cricket Club y el Uruguayan Montevideo Rowing Club, y otro, más supuesto que documentado, en 1878, con participación de marineros británicos. Poole impulsó el fútbol en la escuela, aunque también practicó remo, cricket y rugby (recordemos que esos dos primeros clubes uruguayos habían sido fundados, en 1861 y 1874, respectivamente, bajo la advocación del cricket y el remo). En 1901, Poole sería segundo presidente —el primero fue Pedro Charter— de la primera asociación, por entonces The Uruguay Association

Football League, que había sido fundada el 30 de marzo de 1900. Pero el decisivo impulsor del fútbol uruguayo fue Henry Candid Lichtenberger Levins, alumno de Poole, fundador del primer club específicamente futbolero, el Albion Football Club, en 1891, e inventor de la primera liga y la primera asociación. Lichtenberger era uruguayo, aunque hijo de alsaciano —alguna fuente dice inglés, otra afirma alemán, una tercera brasileño— e inglesa, y el Albion, contrariamente a lo que su nombre indica, se fundó como club estrictamente criollo (Albion fue el nombre primitivo, supuestamente celta, de la isla de Gran Bretaña). La presencia de los nativos parece haber sido mucho más poderosa que en Buenos Aires: no sólo por el dato de la fundación del Albion como equipo criollo, sino también porque ya en 1901 se funda el Football Club Nacional, con jugadores desprendidos de los primeros clubes y que afirmaban, en el nombre, una elección nativista. Pero además, entre los clubes fundadores de la primera asociación de 1900, está el Deutscher Fussball Club, insospechado de inglesidad. No sabemos nada sobre los balones.

Por las dudas, para reponer la presencia escocesa en ambos márgenes del Río de la Plata, está la figura de Thomas Lipton, magnate del té y nativo de Glasgow —su familia era vecina de la de Watson Hutton—, quien a partir de 1905 auspició la Copa que lleva su nombre, para ser disputada entre los equipos nacionales argentinos y uruguayos. Si Argentina-Uruguay es el segundo clásico internacional más antiguo, detrás del Inglaterra-Escocia, que se juega desde 1872, se debe a la idea de un escocés.

* * *

La extensión de Brasil permite que la fundación del fútbol sea un hecho disputado geográficamente. Hay versiones diversas, hay documentación variada, hay varias leyendas. Se dice, pero no se documenta, que los marineros del vapor *Crimea* jugaron un partido enfrente de la residencia de la princesa Isabel en Río de Janeiro, en

1878 o 1879. También se afirma que los padres jesuitas del colegio São Luís, en Itú, en la periferia paulista, difundían el futbol entre sus alumnos en los años ochenta del siglo XIX (la historia de Andreas Campomar que citamos en la Introducción de este libro sitúa el colegio en el interior carioca, donde no está Itú, y fecha esa práctica a 1872). Los primeros juegos documentados parecen haber sido en 1895, en São Paulo, y en 1901, en Rio. Lo cierto es que la leyenda de los balones se reparte: la primera mención aparece con Charles William Miller, que llega a São Paulo en 1894 trayendo en sus maletas un libro con las Reglas de Cambridge, dos pelotas (*duas bolas*), una bomba de aire para inflarlas, un par de botines (las primeras *chuteiras*), una camiseta del Banister Court School, de Hampshire, y otra del Saint Mary's Football Club, de Southampton, los clubes donde había jugado entre 1884 y 1894, en los 10 años que pasó como estudiante en Inglaterra. Miller había participado, entonces, en el crecimiento del futbol inglés, en el momento de su popularización. Pero Miller, claro, no era inglés, sino brasileño, hijo de escocés y brasileña (a su vez, de familia inglesa), enviado a estudiar a la madre patria como su tradición familiar lo exigía.

Distinto es el caso del fundador del futbol carioca, Oscar Cox; distinto porque, aunque también brasileño, sus años de estudiante los pasa en Lausana, estudiando en el Collège de la Ville, de donde regresa en 1897. A ellos se les suma Hans Nobling, alemán nacido y educado en Hamburgo, que migra a São Paulo y funda el Sport Club Germânia en 1899. En Rio Grande do Sul, en la ciudad de Rio Grande, el alemán Johannes Christian Moritz Minnemann (según otros, Johannes Minerman, junto a un tal Richard Woelckers), en 1900, funda el Sport Club Rio Grande. El brasileño José Ferreira Filho, o Zuza Ferreira, que regresa a Salvador desde Inglaterra, en 1901, con la pelota en la maleta, es el primer bahiano. El nativo pernambucano Guilherme de Aquino Fonseca llega a Recife en 1903 después de haber estudiado en la inglesa Hooton Law School y funda el Sport Club Recife. El también brasileño Víctor Serpa

estudia en Suiza antes de llegar a Belo Horizonte, en 1904, para organizar el fútbol mineiro. Otro brasileño, Joaquim Moreira Alves dos Santos, conocido como Nhozinho, vuelve en 1907 desde Liverpool a su São Luís de Maranhão. El paradójicamente argentino Federico Fernando Essenfelder, también conocido como Fritz (lo que supone su origen alemán), es el que lleva la pelota a Curitiba en 1909 y funda el Clube Coritiba, aunque lo llama Teuto-Brasileiro.

Pero no podía faltar un escocés, Thomas Donohoe, técnico de la empresa Platt Brothers and Co., de Southampton, al que se envía en 1894 para colaborar con la fundación de la fábrica textil de Bangu, en la periferia carioca. Donohoe trae una pelota consigo y organiza un juego en mayo de 1894, presumiblemente —según la versión del Bangu Atlético Clube— cuatro meses antes que Miller. La historia del Bangu es crucial, pero la retomaremos más adelante.

El fútbol brasileño es, entonces, un invento brasileño, con toques suizos, alemanes y escoceses.

* * *

En Chile, en cambio, tenemos un problema: el fundador tiene nombre y apellido, es un periodista británico llamado David N. Scott, radicado en Valparaíso, donde funda el Valparaíso Football Club en 1892, aunque sus andanzas se rastrean hasta 1889. Todas las fuentes hablan del inglés Scott, pero se llamaba, insisto, Scott, es decir, escocés, en español.

* * *

En Perú aparecen nuevamente los marineros: son los del buque inglés *Anfion*, que juegan en 1899 el primer partido internacional de la historia peruana contra un combinado del Unión Cricket y el Lima Cricket, el cual —cuenta la leyenda— ganaron los peruanos. Poco tiempo después, son los marinos del buque *Líder* los que juegan contra el Unión Cricket, y vencen 5 a 0; esto supone la

preexistencia de dos clubes. El Lima Cricket Club fue fundado en 1857 por miembros de la colonia británica; en 1885 se fusionó con el Lima Lawn Tennis Club, originando el Lima Cricket and Tennis Club. En 1906 se transformó en el Lima Cricket & Football Club, uno de los clubes fundadores de la Liga peruana. El Unión Cricket & Tennis Club se fundó en 1893, pero en este caso se trata de la aristocracia limeña, sin apellidos anglos. El historiador Jorge Basadre le pone fecha al primer juego: el domingo 7 de agosto de 1892, y sostiene que se trató de dos equipos que combinaban ingleses y peruanos, que representaban a Lima y al puerto de El Callao.

Pero como siempre hace falta un prócer, éste habría sido Alexander o Alejandro Garland, hijo de británico, peruano, estudiante en Gran Bretaña, que trajo la pelota en su equipaje antes de la Guerra del Pacífico de 1879. La guerra, lamentablemente, postergó el nacimiento del fútbol peruano.

* * *

En Paraguay, en cambio, no hay mayores dudas: el fundador es un holandés, Friedrich Wilhelm Paats Hantelmann, nativo de Rotterdam, que migra por razones médicas y llega a Asunción en 1894, previo paso por Buenos Aires, donde parece que no encontró cura, pero sí balones de fútbol, que llevó a Paraguay (aunque el historiador Julio César Maldonado sostiene que los balones los lleva un paraguayo, Lucio Sila Godoy). Como instructor de educación física, diseminó la buena nueva del fútbol entre los alumnos de la Escuela Normal de Maestros; se le adjudica la organización del primer juego, el 23 de noviembre de 1901, y la fundación del primer club, el Olimpia, el 25 de julio de 1902. Por si todo esto fuera poco, también participó de la fundación de la primera Liga, en 1906, la que presidió entre 1909 y 1910. Una leyenda alternativa habla de partidos entre obreros de la empresa que construía el ferrocarril, en Borja, pero no está documentada. La leyenda del holandés errante, sin duda, es mucho más atractiva.

* * *

En Colombia, como en Brasil, los relatos son variados y dependen de la región: las costas, las sierras. En Cali habría sido un francés, Paul de Leon, hermano marista, en 1898. En Barranquilla, los empleados de The Colombia Railway Company en 1900. En Pasto, un comerciante inglés, Leslie Spain, en 1909. En Medellín, dos suizos, Juan Henizeger —en realidad, hijo de suizos, pero nacido en Medellín— y Jorge Herzig, fundaron el primer club, el Sporting, en 1912. En Santa Marta, hay versiones de un juego en 1909 entre empleados de la compañía bananera United Fruit. En Cúcuta, dos extranjeros, pero latinoamericanos (el dominicano David Maduro y el venezolano Federico Williams) fundan en 1913 el Club Deportivista.

Pero todas las fuentes apuntan sus índices al fundador indiscutido del fútbol colombiano: el coronel estadounidense Henry Rowan Lemly, héroe de la guerra contra los nativos norteamericanos (su tumba está en el cementerio de Arlington) y director contratado de la Escuela de Ingeniería Civil y Militar en Bogotá, que impulsa los deportes en la escuela hacia 1891, entre ellos el fútbol, organizando un juego en junio de 1892 al que habría asistido el presidente Miguel Antonio Caro (aunque las relaciones entre la política latinoamericana y el fútbol tienen infinitos pliegues, éste sería el primero). La fuente es un artículo del 21 de julio de 1892 en el diario bogotano *El Telegrama*, en el que se transcribe el reglamento del fútbol propuesto por el coronel norteamericano.

De todas las historias, es la única en la que aparece un habitante del país del beisbol.

* * *

En Bolivia es un nativo quien lleva el balón de Chile a Oruro gracias al ferrocarril que unía esta ciudad con Antofagasta: Leoncio Zuaznabar, fundador del Oruro Royal Football Club en 1896. En

Ecuador son los hermanos Juan Alfredo y Roberto Wright, que traen la pelota desde Gran Bretaña, donde habían estudiado, y fundan el Sport Club en Guayaquil, en 1899. En Venezuela es un galés (al fin), A.W. Simpson, un maestro que organiza el primer juego en un muy temprano 1876, en los campamentos mineros de El Callao. En todo el resto de América Latina es más difícil identificar un único pionero, salvo en Honduras, donde se llama Julio Luis Ustáriz, hijo de inmigrantes franceses a quien unos connacionales, llegados en un barco de esa bandera, le regalaron un balón en 1896 —aunque hay que esperar a 1906 y la aparición del guatemalteco Miguel Ángel Saravia, contratado por el gobierno hondureño para enseñar en la Escuela Normal de Varones de Tegucigalpa, para la real fundación del futbol hondureño—. En México se repite el fenómeno del Cono Sur de las fundaciones simultáneas: ingenieros ingleses y escoceses de la Pachuca Mining Co. hacia 1880; ingleses como Percy Clifford y Robert Blackmore en la Ciudad de México, alrededor de 1902 —cuando se juega el primer torneo, de cuatro equipos; Blackmore habría sido el proveedor de los balones—; el escocés Duncan Macomish, que funda el Orizaba Athletic Club en dicha ciudad, en Veracruz, en 1898 —aunque primero lo llamó Fibras Duras del Yute, un nombre maravilloso—.

Pero México tiene una originalidad irrepetible: el fundador del futbol tapatío fue un belga, Edgar Everaert, que fundó el Union Football Club de Guadalajara en 1906 (junto al francés Calixto Gas). El Union devino Guadalajara Football Club en 1908 y luego, en 1923, Club Deportivo Guadalajara. El equipo que más orgullosamente reivindica su identidad mexicana es obra de un belga.

INSTITUCIONES Y DISCIPLINAMIENTO

En realidad, los pioneros importan poco, aunque les permitieron a los distintos “fútboles” locales un mapa de efemérides y homenajes. Dicho rápidamente: si Watson Hutton hubiera naufragado en

la travesía de Edimburgo a Buenos Aires, alguien habría tomado su lugar —incluso, podría haber sido otro escocés, que abundaban—. El historiador inglés Matthew Brown señala con agudeza que la teoría del Gran Hombre —el prócer, el sujeto excepcional— como motor de la historia ha sido abandonada por la historiografía, salvo en el caso de los deportes. El mapa que acabamos de trazar muestra con claridad otra cosa: lo decisivo son las instituciones involucradas en la fundación del fútbol latinoamericano. Siempre hay pioneros y migrantes, y muchos de ellos nativos, pero lo importante son los lugares donde despliegan su actividad pionera: las instituciones.

Son, primero, los clubes de la colectividad británica, luego imitados por las burguesías locales; son también las escuelas originalmente para expatriados y más tarde las escuelas privadas de la burguesía o las estatales; son a la vez las compañías mineras, de ferrocarriles o industriales. No hay sorpresas: la lista de los fundadores no se aparta, en todo el subcontinente, de esa pauta. No hay asociaciones populares ni grupos políticos ni reuniones vecinales. No hay cárceles, pero sí escuelas, cuarteles y fábricas, y no falta alguna iglesia. Es decir, lugares donde disciplinar los cuerpos y las mentes —y las almas, si fuera posible—.

Los clubes se fundaron para el esparcimiento de la colectividad británica, siguiendo el modelo metropolitano: por eso aparecieron primero los dedicados al cricket, el deporte más antiguamente reglado (desde 1787) y expandido en todas las colonias del Imperio. Cuando el empleo de los deportes como herramienta educativa quedó instalado —como dijimos, desde mediados del siglo XIX en las escuelas públicas de la aristocracia y la burguesía británicas—, los clubes fueron el espacio de su reproducción y expansión. Los deportes educaban a los caballeros en cuerpo y alma, en *mens sana in corpore sano*: cuerpos aptos para la guerra, mentes disciplinadas para el servicio de la Corona y para el ejercicio de la moralidad del caballero —lo que incluía el *fair play*, entendido como respeto por las reglas y por el adversario—. Los clubes criollos, fundados en toda la región como epígonos del modelo británico, se crearon

sobre los mismos valores; incluso, varios clubes latinoamericanos tomaron el *mens sana* explícitamente como lema (por ejemplo, los clubes Gimnasia y Esgrima desparramados por la Argentina).

La expansión de los deportes en el subcontinente tuvo también a las escuelas de la colectividad como espacio de reproducción. Allí, la insistencia en el fútbol como disciplinador y educador era pura continuidad de lo ocurrido en Gran Bretaña —y los ex alumnos luego se integraban a los clubes o fundaban nuevos, provistos del mismo espíritu desde pequeños—. En muchos países latinoamericanos —no en Argentina, por ejemplo—, los modelos educativos tomaron desde comienzos del siglo xx estas instrucciones y las repitieron incluso en las escuelas populares, como veremos en el próximo capítulo. Los ejércitos fueron sólo una extensión necesaria de lo anterior, especialmente aquellos más vinculados al modelo británico: el deporte optimizaba la formación militar, de cuerpos mejor preparados para la contienda. (No fue el caso de los ejércitos cuyo modelo fuera el prusiano, que reemplazaba los deportes competitivos por la gimnasia, aunque con el mismo objetivo.) El ejemplo del coronel Lemly en Bogotá es ilustrativo de ello.

Este proceso no es idéntico al que ocurrió en el espacio que llamaremos “la fábrica”, aunque reúne lugares distintos: el taller, el ferrocarril, la mina, a veces sólo la empresa comercial. Especialmente, porque los destinatarios fueron los primeros grupos populares en adoptar el fútbol. En los comienzos, los precursores dependían de la nacionalidad del capital: en la serie que narramos, se repiten los ferrocarriles, las compañías mineras, los frigoríficos, las empresas textiles, todos con capitales británicos. Iniciado el proceso de la práctica luego de la acción de algún o algunos pioneros migrantes, estas instituciones admitieron su extensión a los sectores obreros, porque eso permitiría el desarrollo de la solidaridad entre los trabajadores, solidaridad que se extendía a la empresa, como señalamos para el caso inglés en el capítulo anterior. Algún gerente del ferrocarril Central Uruguay Railway avaló la fundación del club correspondiente, añadiendo el Cricket Club (creando el célebre CURCC) en 1891, con

el argumento de que los obreros que jugaban al fútbol no hacían huelgas. Cuando en 1913 el Club Peñarol se independizó del CURCC, los directivos del ferrocarril expresaban su preocupación por el ausentismo de esos obreros, al parecer menos disciplinados de lo que el modelo permitía prever.

Las iglesias participaron del mismo proceso y, aunque se trató, en nuestro subcontinente, de distintas órdenes católicas —salesianos, jesuitas, dominicos, entre otros—, compartían convicciones con sus pares anglicanos: el fútbol permitía blindar los cuerpos en comportamientos más ascéticos que los esperables en las clases obreras. El fútbol apareció, tempranamente, como una herramienta que alejara a los obreros del alcohol, el tabaco y el sexo. Eran tiempos de higienismo, de convicciones redentoras respecto de los peligros que acechan a los pobres; convicciones compartidas por los religiosos, los educadores, los militares y los empresarios. Y por algunos políticos, también: luego de algunos primeros rechazos, incluso grupos socialistas terminaron defendiendo la práctica deportiva como un medio para alejar a los grupos populares de los peligros tenebrosos de la disipación.

Como sabemos, las clases populares latinoamericanas terminaron jugando al fútbol, fumando, bebiendo, teniendo sexo —y bailando, no lo olvidemos—, a veces simultáneamente. Parafraseando al filósofo francés Michel Foucault, la existencia de instituciones disciplinadoras no implica la necesaria existencia de comunidades disciplinadas. En el caso del fútbol latinoamericano, ambas cosas aparecen como indiscutibles: la pretensión disciplinadora de las élites y sus instituciones, pero también el fracaso relativo de sus esfuerzos.

LAS TRES VÍAS

Julio Frydenberg, historiador argentino y autor de una ejemplar *Historia social del fútbol argentino*, afirma que hay tres vías en la fundación del fútbol en ese país, que en muchos casos aparecen en

el resto del subcontinente. Una de ellas es mítica, y no es sólo argentina, sino latinoamericana: la de los marineros ingleses. Barcos y marineros hay en todos los relatos, aunque no constan —casi— en ningún documento. Cuando los barcos aparecen —lo veremos en el próximo capítulo, en el caso uruguayo— es jugando partidos contra clubes de élites, y los marineros no se nombran; puede tratarse sólo de oficiales. Sin embargo, todas las historias nacionales, generalmente escritas por periodistas deportivos, encuentran siempre el rumor de algunos marineros que juegan al futbol en los puertos de la región —que tiene muchos— ante la atenta pero asombrada mirada de los nativos. La razón de esas historias es sencilla: el mito marinero permite sugerir —a veces, explicitar— una transferencia horizontal, “de obrero a obrero”, una explicación sencilla de la popularización vertiginosa del futbol. El problema con esta explicación es que, además de que no se basa en datos, es muy esquemáticamente populista: busca desviar la atención de la difusión “hacia abajo”, de las burguesías hacia las clases populares, y proponer una apropiación horizontal que, insisto, no hay modo de probar, aunque sí de desmentir. Sencillamente, porque no hay documentación que la pruebe. Por otro lado, que la difusión haya seguido el esquema “arriba-abajo” —una perífrasis vulgar de la difusión desde las clases dominantes a las populares— no cambia el hecho de su popularización: una apropiación horizontal no hubiera modificado su sentido.

La segunda vía señalada por Frydenberg para el caso argentino se frustra, y esto también ocurre en el resto del subcontinente: son los clubes de la colectividad británica, los inventos de la familia Hogg en Buenos Aires. Aunque el inicio aparece claramente ligado a estas instituciones, que se transforman en ejemplo y modelo para los clubes criollos, el devenir del futbol y su proceso de popularización termina dejándolas de lado. Los clubes de la colonia británica abandonarán el futbol progresivamente, hasta olvidarlo por completo: la popularización terminó siendo irritante, plebeyizadora, violatoria de los principios del *fair play* que esos clubes defendían,

como veremos más adelante. Cuando el deporte se vuelve demasiado “indígena”, los británicos deciden olvidarlo: se refugian, en muchos casos en Argentina, en el rugby, al que defenderán como amateur hasta el siglo XXI, como forma de resguardar un “principismo”, a esa altura, decididamente anacrónico. En otros países latinoamericanos será el cricket, nuevamente, o el polo o el golf. Sin embargo, esa frustración no alcanza a la sucesión del modelo: los que los nativos van a fundar, vertiginosamente, son clubes y asociaciones atléticas, aunque en muchos casos se limitaron —originalmente— a sólo jugar fútbol. Lo que se frustra es el club inglés, no el club nativo, que compite exitosamente y termina apropiándose de la práctica. En muchos casos, el énfasis nacionalista es explícito: el Club Nacional de Fútbol en Montevideo, como ya dijimos; el Club Argentino de Quilmes, en 1899, cercano a Buenos Aires, fundado para competir con el Quilmes Athletic Club (uno de los pocos clubes originalmente británicos que ha perseverado en la práctica futbolística hasta el presente).

Frydenberg califica la tercera vía como “heroica”: son las escuelas de la colectividad británica. Esta heroicidad no resulta de alguna condición épica, sino de su éxito: en el caso argentino, termina determinando la creación de una liga local. Esto no es una fórmula latinoamericana, aunque el peso de lo escolar en la difusión del fútbol en la región fue muy importante. En varios casos, los determinantes son las empresas y fábricas, en otros son los clubes. En Argentina son las escuelas, con el Buenos Aires English High School y el St. Andrew’s —los escoceses— a la cabeza. Alexander Watson Hutton es el que funda una liga definitiva en 1893, la más antigua del continente y octava del mundo, como Argentine Association Football League. El fenómeno convivía con un crecimiento explosivo de las escuelas estatales, públicas, para los nativos: en 1884 se había sancionado la Ley de Educación Pública (“laica, común y obligatoria”, como se le definió). Pero la escuela argentina, como recuerda Frydenberg, era radicalmente “letrada”, represiva de la práctica corporal; cuando se creó, en 1906, una

escuela de educación física (el Curso Normal de Educación Física, hoy Instituto Superior de Educación Física), el modelo fue la gimnasia sueca y alemana, no el deporte británico. No en vano, su fundación es contemporánea a la del Servicio Militar Obligatorio argentino: cuando los argentinos decidieron formar a los cuerpos, pretendieron formar soldados, no deportistas.

* * *

El gran antropólogo argentino Eduardo Archetti, fundador de los estudios históricos, sociales y culturales del deporte en América Latina, indica la existencia de un partido jugado, en 1890, entre los obreros del Ferrocarril Nordeste Argentino y los estudiantes del Colegio Nacional de Santiago del Estero, en el noroeste argentino. Archetti conocía el dato porque él mismo era nativo de Santiago del Estero. Esto nos indica tres cosas: la primera, la rápida expansión del futbol en toda la Argentina gracias a la extensión de las vías férreas: en 1890 alcanzaban los 9 397 kilómetros. La segunda es la reiteración de las instituciones futboleras: las escuelas y los ferrocarriles. La tercera, más problemática, es que el futbol reproduce la invención de todo el país: hablamos de Buenos Aires cuando suponemos hablar de Argentina. Si la fundación brasileña, la colombiana o la mexicana son múltiples, en varias ciudades a la vez, no sabemos nada de las múltiples fundaciones argentinas, que también existieron en un territorio de esa magnitud. Pero la centralidad económica y política del puerto absorbió todo: la riqueza y también el futbol, aunque éste se diseminó rápidamente mediante los ferrocarriles —la riqueza, claro, no se distribuyó—. Las ligas en el interior del país son antiguas, pero no tienen incumbencia en el futbol de la metrópoli. La Liga de Rosario, por ejemplo, apenas a 350 kilómetros de la capital argentina, y fundada en fecha tan antigua como 1905 —antes de la Confederación brasileña e incluso de la Liga carioca—, sólo se integró al futbol “argentino” —es decir, porteño— en 1939, años después de la profesionaliza-

ción. La historia social del fútbol de Frydenberg, la mejor e inigualada investigación sobre una historia del fútbol nacional en el subcontinente, es fatalmente una historia del fútbol del puerto de Buenos Aires. La historiografía académica del subcontinente adeuda las historias locales escritas por historiadores profesionales, deuda que sólo en los últimos años comienza tímidamente a pagarse (César Cervantes en Guanajuato, Diego Roldán en Rosario, Franco Reyna en Córdoba, Sarah Teixeira Sotomayor en Belo Horizonte, como algunos ejemplos).

* * *

A pesar de que la Liga Argentina reiteró el nombre de la anterior, creada en 1891, no hay continuidad jurídica: la primera se había extinguido en 1892 y nadie se preocupó en resucitarla, aunque varios de los miembros de la primera participaron en la segunda.

Los fundadores definitivos fueron St. Andrew's, Buenos Aires English High School Athletic, Quilmes Rovers, Old Caledonians, Lomas Athletic y Flores Athletic. Dos escuelas y cuatro clubes, todos británicos, en sabio equilibrio. Como se ve, de la primera a la segunda fundación desapareció el ferrocarril: Buenos Aires and Rosario Railways no participó en esta fundación definitiva, aunque los ferrocarriles seguirían proveyendo de equipos al fútbol argentino, antes y después. El Central Argentine Railway Athletic Club, de Rosario (hoy Rosario Central), fue fundado en 1889; Ferro Carril Oeste, de Buenos Aires, en 1904; Central Norte, de Salta, en 1921.

Lo más divertido de la fundación de la Argentine Association Football League es que, apenas terminada el acta de fundación, Watson Hutton la envió a la Football Association británica solicitando su reconocimiento, el cual se demoró 10 años, pero en 1904 la Asociación británica reconoció a la Liga argentina como miembro. Para ese momento ya existía una Scottish Football Association, pero la fidelidad de Watson Hutton a la Corona fue más importan-

te. No era una excepción para el país: 30 años después, en un brindis en Londres, el vicepresidente argentino Julio Roca (hijo) se jactó de que su país era la joya más preciada de la Corona británica. Después de todo, su única infidelidad había sido, en esos años, la criollización del fútbol local.

La afiliación a la Liga inglesa fue un gesto repetido por uruguayos y chilenos. A esto (entre otras cosas) se le llamó, mucho más tarde, pos o neocolonialismo. En ese momento fue apenas el gesto reverencial del expatriado —recordemos el peso que tienen las colectividades británicas locales en la fundación de esas primeras ligas. La comparación con el resto de la región nos permite ver que no es una receta única: que el peso de las élites locales fue más importante en el resto de América Latina y que la cuestión decisiva será, antes que la “dominación imperial”, la integración en el mercado mundial. Como afirma Matthew Brown, la teoría difusionista —la que explica la expansión de los deportes británicos por obra de la acción imperial— no suele tomar en cuenta las dinámicas locales, las distintas composiciones de las élites locales y de sus clases populares, los procesos históricos particulares: es decir, lo que hizo de Uruguay —y no de Sudáfrica— una potencia mundial futbolística en apenas 30 años.

SEGUNDA PARTE
Las invenciones





3

LA SUIZA DE AMÉRICA, O LA ANOMALÍA URUGUAYA

Un país pequeño, deshabitado y rural fue la primera potencia futbolística de la historia, ganando todos los torneos internacionales organizados entre 1924 y 1930. No fue un milagro, ni una casualidad, ni un error.

La República Oriental del Uruguay había nacido como país independiente en 1830, simultáneamente a los conflictos y guerras civiles que desgarraban a su vecino occidental —años más tarde, la República Argentina— y debiendo expulsar de su territorio a su vecino oriental, el entonces Imperio del Brasil. Algunos historiadores sugieren que su independencia se debió a la diplomacia británica, que de ese modo establecía un “tapón” entre ambos vecinos. Sin embargo, hasta el último cuarto del siglo XIX el Uruguay independiente vivió también atravesado por conflictos civiles como los que asolaron casi toda América Latina durante el periodo poscolonial —y a veces, por mucho más tiempo—. A partir de ese momento, alrededor de 1876, en cambio, su desarrollo moderno fue veloz, gracias a una temprana unidad política, el arribo masivo de inmigrantes calificados, la orientación económica hacia la exportación agropecuaria y la llegada de capitales británicos.

A la integración en el mercado mundial —fundamentalmente, mediante la exportación de lanas y carnes—, Uruguay le sumó una modernización acelerada en un contexto de mucha estabilidad política. Uruguay condimentó la combinación de inversiones extranjeras e inmigración europea con un proyecto modernizador original que combinaba liberalismo económico y concentración de la propiedad de la tierra con un inédito “Estado de Bienestar” latino-



americano desde comienzos del siglo xx. Incluso, la pequeñez territorial y la escasez demográfica jugaron, en ese punto, a su favor: la unificación fue más sencilla y veloz que entre sus vecinos. El “batllismo”, como se llamó al periodo que comienza en la primera presidencia de José Batlle y Ordóñez (1903-1907, luego reelegido para el periodo 1911-1915), combinó todos esos elementos hasta ganarse el apodo de la “Suiza de América”.

INGLESES CRIOLLOS

La integración en el mercado mundial fue administrada por los capitales británicos, como en buena parte del subcontinente, lo que permitió, como hemos visto, la aparición de los expatriados y las instituciones británicas de modo temprano: el Montevideo Cricket Club se fundó en 1861 y el Montevideo Rowing Club en 1874. El fútbol llegó al mismo tiempo que a Buenos Aires: hay testimonios de un partido en 1878 entre marinos británicos y miembros del Montevideo Cricket Club —de nuevo, no pueden faltar los marinos—, pero el primer juego documentado enfrentó a ambos clubes británicos en junio de 1881. Como señalamos en el capítulo anterior, el actor decisivo es una escuela y un maestro, William Leslie Poole en el English High School a partir de 1885: de allí surgió la primera figura local, el ya citado Henry Candid Lichtenberger Levins, más conocido como Enrique Lichtenberger y tan uruguayo como Luis Suárez.

Lichtenberger decidió separarse del Montevideo Rowing Club, del que era socio como buen hijo de familia inglesa, y crear el 1 de junio de 1891 un club al que él y sus compañeros llamaron, sonora y británicamente, Foot Ball Association, aunque luego, el 21 de septiembre, y después de dos derrotas abultadas frente al Montevideo Cricket, cambiaron su nombre por el de, no menos sonoro y británico, Albion Foot Ball Club. El primer presidente fue William Mac Lean, hijo indudablemente de escoceses. En su debut contra

el Montevideo Cricket jugaron J. Adams, H.C. Lichtenberger, T.J. Smith, C.A. Pratt, A. Lichtenberger, W.L. Pepper, A. Clark, E. Decurnex, E.A. Shaw, M. Sardeson, J.D. Woosey, W. Mac Lean, G.P. Swinden y H.A. Woodcock. A pesar de lo que esos apellidos sugieren, todos eran uruguayos: el estatuto del club prohibía la participación de jugadores extranjeros, en lo que puede ser considerada la primera afirmación criollista o criollizadora del fútbol latinoamericano. Más aún: el Albion es el segundo club fundado específicamente para jugar al fútbol en toda la región, ya que otros clubes latinoamericanos fundados con anterioridad (el limeño Lima Cricket, de 1859; el Mercedes, de la ciudad argentina homónima, de 1875; el ya mencionado y bonaerense Quilmes, de 1887, o el Gimnasia y Esgrima de La Plata, del mismo año) fueron inventados para otras prácticas deportivas, para luego devenir futboleros. El decano del fútbol latinoamericano, según este criterio organizado para la práctica exclusiva del fútbol, es un club de ferrocarriles y originalmente inglés: el Central Argentine Railway Athletic Club, de 1889, transformado en 1903 en Club Atlético Rosario Central, en la ciudad de Rosario, en el litoral argentino.

En el mismo año que Albion, pero el 28 de septiembre, la empresa de ferrocarriles decidió crear un club propio, para sus gerentes, pero luego ampliado a sus empleados: el Central Uruguay Railway Cricket Club, el CURCC. Los datos afirman que los primeros miembros fueron 118, de los cuales 72 eran británicos —la historia de Campomar dice “ingleses”, pero algún escocés debe haber habido—, 45 eran nativos y el restante, un alemán. Su sede y campo de juego estaba ubicado en el centro de la actividad de la Central Uruguay Railway, la villa de Peñarol, a 11 kilómetros de Montevideo. En mayo de 1892, por iniciativa de uno de sus empleados, John Woosey (a la sazón, también socio del Albion), el CURCC comenzó a jugar fútbol. Junto a Woosey, otro miembro del Albion se enroló en el CURCC, un tal Herbert C. Sagehorn, por lo que ambos fueron expulsados como castigo por su traición. Este dato resulta contradictorio con el “criollismo” del Albion: las fuentes describen a John

Woosey como un ingeniero británico llegado a Uruguay en el mismo 1891, lo que vuelve imposible que se haya naturalizado en algunas semanas. Woosey no traía balones, pero sí una “libreta de apuntes” con las más recientes reglas vigentes en la metrópoli.

La existencia de cuatro clubes que jugaban al fútbol permitió que desde 1892 comenzaran los partidos amistosos entre ellos, a los que luego se sumarían el Deutscher Fussball Klub, luego Teutonia, obviamente de la colectividad alemana y fundado en 1897, y el Uruguay Athletic, fundado en 1898. En 1900, cinco años más tarde que los clubes de Buenos Aires, el Albion, el CURCC, el Deutscher y el Uruguay decidieron fundar una Liga, The Uruguay Association Football League, cuyas actas se escribieron en inglés hasta 1903, cuando se llamó Liga Uruguaya de Football; en 1915 cambió a Asociación Uruguaya de Football; en 1932, el profesionalismo permitió el surgimiento de la Liga Uruguaya de Football Profesional, que volvió a ser Asociación Uruguaya de Football en 1936; y se castellanizó definitivamente, como Asociación Uruguaya de Fútbol, sólo en 1970.

Que la Liga haya comenzado oficialmente en 1900 no puede esconder que ocho años antes había juegos relativamente regulares entre los primeros cuatro equipos de Montevideo. Esa “protoliga”, entre 1892 y 1900, luego fue incluyendo otros actores. Montevideo habría sido, en esta historia, la primera ciudad latinoamericana en albergar juegos de fútbol con cierta constancia, antes incluso que Buenos Aires. Pero cualquier debate sobre preeminencias y anterioridades es ridículo, apenas estimulante para nacionalismos torvos. Ambas ciudades inventaron el fútbol latinoamericano en simultáneo, pero la explosión uruguaya en los años siguientes fue absolutamente anómala.

* * *

Una *Memoria* del Albion, recopilada por el historiador uruguayo Juan Carlos Luzuriaga, afirma que, entre 1891 y 1901, el equipo jugó 217 encuentros, contra equipos locales o de marinos. De ellos,

55 fueron contra tripulaciones de naves británicas, 48 frente al CURCC, 21 ante el Buenos Aires, 20 contra el Deutscher, 14 frente al Uruguay Athletic y siete ante Nacional (fundado en 1899). Luego le siguen el American, con el que se enfrentaron varias veces, y el Victoria, con tres partidos. Dos encuentros se jugaron contra Rojo y Blanco, Triunfo, Centro Atlético Uruguay, Bremen y 19 de Abril. Finalmente, se registran solitarios encuentros con 14 clubes más (Cerro, Phoenix, Titán, Progreso, Treinta y Tres, Blanqueada, London, Colón, Sayago, Colombia, Independientes, Wanderers, Cagancha e Eastern).

Esta información es fantástica. Por un lado, porque reintroduce a los “marineros”, los que, según las fuentes, son los oficiales de las naves británicas. Por otro, porque nos marca la aparición del primer encuentro clásico: el Albion frente al CURCC —con, además, una notoria “paternidad” del primero sobre el segundo: entre 1892 y 1897, el Albion venció en 16 oportunidades, empató dos y fue vencido en sólo una. Finalmente, porque permite ver la aparición de los clubes “criollos”, que van surgiendo durante la década, aunque ninguno de ellos alcance la importancia suficiente como para ser invitado a la primera Liga. En esos años, el fútbol es *football*, reservado para británicos o descendientes de británicos, todos ellos *gentlemen*, como lo muestra esta crónica del diario *El Día*, de 1893:

Después del partido, el equipo de Peñarol [hace referencia al CURCC] fue homenajeado por el Albión F.C. con una cena, ofrecida en el Hotel Pirámides, donde transcurrió una velada de lo más entretenida. El Sr. W.J. Maclean comenzó con un brindis pidiendo por la salud de la Reina y la prosperidad del C.U.R.C.C. El Sr. A.W. Davenport, propuso entonces lo mismo para el A.F.C. Y, después, para el M.V.C.C. y la República Oriental del Uruguay los brindis fueron propuestos por los Sres. Messrs, Marchbanks y Sturzenegger.

Las canciones fueron ofrecidas por Messrs. Barker, Davies, Adam, Rouse, Clark, Sturzenegger, Marchbanks, Broker, Davenport y Thomas...

Después de haber cantado “Auld Lang Syne”, “God Savethe Queen” [la tradicional canción del Adiós y el Himno real] y el Himno Nacional, el grupo se dividió y el equipo de Peñarol fue acompañado hasta la Estación Central, donde un tren especial los esperaba, y se escucharon alegres despedidas, conformando una muy agradable conclusión a la Temporada de Futbol de 1893.

En 1894 el Montevideo Rowing dejó de jugar futbol; lo mismo hizo el Montevideo Cricket al año siguiente. En ese mismo 1895, Lichtenberger impulsó una modificación de los estatutos del Albion para autorizar el ingreso de los nativos del Imperio, lo que permitió el arribo de Mr. Poole, el padre ausente, y el inicio del ciclo de hegemonía del Albion, que duraría exactamente hasta el inicio de la Liga uruguaya, en 1900. Ese año, el Albion fue derrotado en la primera final de campeonato contra el CURCC; en 1898 había perdido jugadores que, quejosos de su excesiva permanencia en el banco de suplentes, lo abandonaron para fundar el Uruguay Athletic; en 1899, otros desertores participaron en la fundación del Club Nacional de Football. En 1902, los hermanos Sardeson hicieron lo mismo para fundar el Montevideo Wanderers. Ese año, Nacional salió campeón y el Albion penúltimo. En 1905, mientras estaba último en la tabla de posiciones, no pudo completar el torneo. Sobrevivió jugando en ligas universitarias y menores.

Pero antes de su desaparición y del inicio del ciclo hegemónico del CURCC y el Nacional, el Albion también inventó los partidos internacionales. No sólo contra la sucesión de navíos de su majestad que frecuentaron la rada montevideana: el 15 y 16 de agosto de 1896 Albion viajó a Buenos Aires y venció al Retiro Athletic Club (4 a 1) y al prestigioso Belgrano Athletic Club (5 a 3). Al año siguiente, el argentino Lobos Athletic Club viajó a Montevideo y venció sucesivamente al Albion y al CURCC. En 1900, The Argentine Association Football League invitó a su par uruguaya a participar de una Cup Tie Competition, que luego se llamó Copa Chevallier Boutell en homenaje al presidente de la Liga argentina, Frank H. Chevallier

Boutell, quien donó un trofeo. En esa competencia participaron clubes de Buenos Aires, Rosario y Montevideo —la primera edición la ganó el Belgrano Athletic de Buenos Aires— y por el lado uruguayo jugaron, como siempre, el Albion y el CURCC. El 16 de mayo de 1901, el Albion organizó el primer partido entre lo que podrían llamarse selecciones nacionales, aunque no lo fueran tanto: el combinado uruguayo vestía la camiseta del Albion. El primer juego oficial se realizó un año después, porque no vamos a contabilizar un partido jugado en Buenos Aires en 1889 por expatriados de ambos países, para festejar el 70° cumpleaños de la reina Victoria. Cuenta sólo como anécdota. De todos modos, sea en 1889, en 1901 o en 1902, el clásico entre Uruguay y Argentina es el más antiguo del mundo, luego del que juegan Inglaterra y Escocia desde 1872.

* * *

La lista de equipos contra los que jugó el Albion, dijimos, muestra la aparición de los clubes criollos. Los nativos, aunque de familias europeas, están en la misma fundación del fútbol uruguayo, pero los criollos y plebeyos precisaron unos pocos años para surgir: por ejemplo, el River Plate, que apareció en la Liga en 1903, en Segunda Categoría, y llegó a primera en 1907. Todas las fuentes coinciden en señalar a Juan Negrón como el primer capitán criollo del fútbol local —capitaneó los equipos del CURCC desde 1895—, pero Negrón era un funcionario de jerarquía del ferrocarril y había estudiado en la English School de Poole (fue compañero de banca de su par en la zaga aurinegra, John Mc Gregor, seguramente escocés). No hay en él, entonces, un ascenso de clase de ningún tipo. Cuando en 1899 el Club Nacional debutó en un amistoso contra el Uruguay Athletic, sus jugadores fueron Alejandro Cordero, Arturo Corradi, Jorge Ballestero, Félix N. Rosati, Carlos Carve Urioste, Bernardino Daglio, Jaime Gianetto, Sebastián Puppo, Domingo Prat, Juan Vallarino y Melitón Romero. Es decir, todos sus apellidos eran italo-españoles. Fueron hijos de inmigrantes que afirmaron su “na-

cionalización” como una suerte de conversos —por eso mismo más radicales—, en un país que buscaba construir una identidad. Pero esto no significó aún popularización o plebeyización en los campos de juego: todos ellos eran estudiantes de clases medias y acomodadas. Hasta 1901, los plebeyos estaban todavía fuera de la línea de juego, observando. Pero, inmediatamente, el proceso se aceleró. En ese mismo año, jugadores del Nacional, necesitados de trabajo, pasaron al CURCC, que proveía empleo en el ferrocarril. A lo que le debemos sumar la aparición de los afroamericanos: el primero, recién en 1908, fue Federico Arrieta, arquero del Intrépido.

RELATOS

El historiador Joshua Nadel señala que, al igual que en Argentina y como veremos a continuación, el fútbol uruguayo construyó una “narrativa de diferenciación”. Esto significa que, pasado el tiempo, los periodistas deportivos comenzaron a construir relatos con muy poco basamento empírico —ayudados por la falta de documentación— que permitieran presentar una visión determinada —y de ser posible romántica— de la historia: una historia de nacionalización y apropiación exitosa del juego por medio, también, de su popularización. En el caso de todo el fútbol latinoamericano, esa diferenciación consistía en dos fases: la primera, la introducción del deporte por la acción de los “ingleses”; la segunda, la nacionalización mediante la criollización, es decir, el camino a la hegemonía de los jugadores nativos (que en Uruguay se habría iniciado con la aparición del Nacional en 1899 y especialmente con su triunfo en la Liga de 1902). Las inconsistencias, como venimos argumentando, surgen a cada paso: por ejemplo, porque los ingleses no son ingleses, sino escoceses, alemanes como en el Deutscher o francamente nativos, como en el caso de los uruguayos amigos de Lichtenberger que fundan el Albion. En última instancia, a pesar de que la afirmación nacionalista del Club Nacional es

muy convincente, sus miembros eran tan uruguayos como los del primer Albion.

Nadel agrega otro dato en esa dirección: la primera Copa Lipton, disputada en 1905 en Buenos Aires entre los equipos representativos de ambas Ligas, exigió que todos los jugadores fueran nativos. Los apellidos de los dos equipos repitieron los de los juegos de 1902 y 1903, los primeros partidos oficiales: Brown, Butchanan, Morgan, Anderson, Dickinson, Moore, Sarderson, Carve. Todos, absolutamente todos, eran nativos del Río de la Plata.

Las narrativas de diferenciación, generadas en ambos países —en sus respectivas prensas populares— en los años veinte del siglo pasado, echaron mano de otro eje clave para la construcción de sus relatos: la invención de un “estilo criollo” —rioplatense— de juego. Esas narrativas eran coherentes, además, con las que inventaban los intelectuales nacionalistas de ambos países, como demostró el trabajo de Eduardo Archetti en el caso argentino. Los primeros años del siglo mostraron la aparición de un primer nacionalismo, basado en la reivindicación americana e hispanófila y en la resistencia al cosmopolitismo anglosajón, conocido con el nombre de “arielismo” y originado, precisamente, en la obra del uruguayo José Enrique Rodó, quien publicara su *Ariel* en 1900. Ese nacionalismo desplegó sus convicciones en torno de una postulada “raza americana” y en la combinación de las nociones de sangre y nación, en la mezcla de etnicidad y fenotipo. En el caso argentino se basaba en la mixtura de la inmigración europea —italiana y española— con una mítica continuidad del “gaucho” de las pampas, sabiamente acompañada con la invisibilización de su componente indígena y afroamericano; en el uruguayo, esa misma mezcla incorporaba a los afrodescendientes en la práctica —sin reivindicarlos— y la condimentaba con la recuperación meramente legendaria de un espíritu indígena —radicalmente inexistente: los pueblos originarios habían sido exterminados—, a la que llamaron (desde 1930) “garra charrúa”, en referencia al pueblo indígena más importante del territorio uruguayo.

Ese estilo criollo para jugar al fútbol, compartido por ambas narrativas, se diferenciaba en estas dos últimas peculiaridades: los uruguayos vencían finalmente por su garra y porque tenían grandes jugadores “negros”; los argentinos carecían de ese rasgo de carácter, aunque luchaban por incorporarlo. Por supuesto, se trata de fantasías: los fantasmas de los indígenas se agitaban en sus tumbas mientras escuchaban esos mitos. Del mismo modo, una presunta caracterización del estilo rioplatense, como de gran dominio del balón y predominio de los pases cortos, chocaba con el reconocimiento de que quienes jugaban con pases cortos eran los jugadores profesionales ingleses del Southampton FC, que visitó el Río de la Plata en 1904. El estilo, entendido como modo “real” de jugar, no era central en la diferenciación y la nacionalización del juego: pero la “narración del estilo”, a través de sus mitos, fue decisiva.

Ya sabemos que los estilos —insisto, entendidos como modos de jugar, no como relatos periodísticos de modos de jugar míticos— proceden de la imitación, la práctica o las elecciones tácticas, que son además variables en el tiempo y en el espacio. Que no proceden del suelo o de la sangre o de la historia. Pero todo esto era inexplicable en 1924, cuando la Selección Uruguaya de fútbol ganó por primera vez los Juegos Olímpicos de París, en Colombes.

* * *

Juan Carlos Luzuriaga, en su excelente trabajo sobre la historia del Albion, apunta un dato clave para esta historia: que ya desde finales del siglo XIX, las compañías de tranvías (*tramways*) habían detectado el crecimiento del número de pasajeros los días en que había juegos, por lo que colaboraron con los primeros clubes en la instalación de sus estadios (relacionados, claro, con el recorrido de los servicios). Así, la Compañía de Tranvías al Cerro y Paso Molino colaboró con el Albion en la construcción del primer campo deportivo dedicado al fútbol, en 1899, con sus correspondientes tribunas. Eso nos habla de una expansión de los públicos; si lo su-

mamos a la aparición, que ya indicamos, de clubes plebeyos a finales de la década, debemos preguntarnos por la popularización. Si la aparición del club Nacional en 1899 —o mejor aún, su triunfo en los torneos de 1902 y 1903— es la aparición mítica de la nacionalización, son los jugadores de River Plate y los afroamericanos en la Primera División de la Liga los que indicarían una popularización definitiva, hacia 1907. Vamos a sumar otro dato: la desaparición del CURCC y su reemplazo por Peñarol, en 1913.

Aunque la incorporación de los afroamericanos en el fútbol uruguayo no presenta las aristas conflictivas que sí veremos en el caso brasileño, la sociedad uruguaya del cambio de siglo no era necesariamente más abierta y tolerante que las del resto de las naciones latinoamericanas —aunque Uruguay había abolido la esclavitud 50 años antes que Brasil—. Las instituciones británicas no incorporaron jugadores negros; el primer jugador afrodescendiente de que hay constancia en la Liga fue, como dijimos, Federico Arrieta, arquero del Intrépido, en 1908. Nacional incorporó en 1911 a Antonio Ascunzi y en 1912 a José María Viamont, provocando una disidencia entre algunos de sus socios que preferían la segregación. El CURCC se extinguió sin tener jugadores negros, pero su sucesor, Peñarol, creado en 1913, incorporó a las dos primeras estrellas negras del fútbol uruguayo: en 1916, Isabelino Gradín, y en 1917, Juan Delgado. Ambos jugaron el primer Campeonato Sudamericano de 1916, motivando la protesta de la Liga chilena, que exigió la pérdida de los puntos para el equipo uruguayo por alistar “jugadores africanos”. A partir de 1921, con su debut en Bella Vista, y 1924, con su participación en los primeros Olímpicos, aparece la figura de José Leandro Andrade, “La Maravilla Negra” (como lo apodó la prensa francesa en 1924), que fue decisiva en los éxitos nacionales entre 1924 y 1930, y la primera gran figura afroamericana del fútbol latinoamericano.

Andrade, descendiente directo de africanos esclavos, era más afroamericano que su contemporáneo brasileño, Arthur Friedenreich, mulato hijo de alemán y brasileña, dueño de unos germáni-

cos ojos verdes; algunas fuentes lo califican como el goleador más grande de la historia del futbol universal, con 1 379 goles en toda su carrera, cifra totalmente indemostrable e indemostrada. Pero Andrade ganó los tres títulos mundiales de la década para Uruguay, lo que nos permite asignarle una mínima preeminencia.

La presencia de Gradín, Delgado y Andrade nos muestra que a mediados de la década la popularización del futbol uruguayo ya era definitiva. Luzuriaga indica un dato incluso anterior: que en 1905 ya había casos de “amateurismo marrón”, es decir, de pagos indirectos a los jugadores (como darles empleos en el Ferrocarril a jugadores del Nacional, para llevarlos al CURCC, como ya señalamos), dato complementado con la sanción de directivas explícitamente condenatorias del profesionalismo en 1915. Esto es revelador de la presencia de jugadores de las clases populares —los jugadores procedentes de las clases acomodadas no precisaban ese incentivo, e incluso lo despreciaban enfáticamente— y, en el mismo movimiento, el hecho de que la conducción burocrática de la Liga permanecía en manos férreamente burguesas, que rechazaban el profesionalismo.

PLEBEYOS

En el mismo momento, en 1913, las autoridades británicas del Central Uruguay Railway se lamentaban de dos consecuencias indeseadas de la participación futbolística de sus obreros en el CURCC: el ausentismo laboral, primero, y los destrozos en los vagones en los días de partido. En consecuencia, decidieron poner fin a la asociación de la compañía con el futbol. Lo que sucedió es confuso: algunas fuentes sostienen que hubo una escisión lisa y llana —lo que significaría discontinuidad— y otras, una simple separación de la sección deportiva de la empresa —lo que significaría continuidad—. A partir de ese momento, surgió el Club Atlético Peñarol: el nombre procedía del suburbio original donde se había afincado el primitivo CURCC. El debate sobre la continui-

dad atañe únicamente a fanáticos defensores de la tesis del “decanato”: como el CURCC era anterior a la fundación de Nacional, le corresponde a Peñarol la categoría de “club más antiguo” sólo si se reconoce la continuidad, cosa que todos los partidarios de Nacional niegan enfáticamente. Es, en consecuencia, una discusión tan banal como limitada a hinchas fanáticos de ambos equipos—que todavía hoy perseveran en ella—.

Como ya sabemos, el club decano fue el Albion de Lichtenberger. Y no se discute más.

* * *

Lo realmente importante del fin del CURCC es su justificación: ausentismo de los obreros, destrozos de la parcialidad. Ninguno de esos rasgos puede ser atribuido a los *gentlemen*, que no podían ser obreros ni, presuntamente, causar destrozos sin violentar sus normas morales. Es el mejor indicio de que el proceso de popularización había finalizado. Los héroes futbolísticos, de allí en más, serán todos de origen popular: comenzando con José Nasazzi, el capitán de los tricampeones del mundo entre 1924 y 1930, hijo de dos inmigrantes pobres (italiano y vasca), obrero él mismo antes de brillar como futbolista y obtener, en compensación, un empleo en la Intendencia de Montevideo.

Como ocurre con todos los datos y todas las historias de los “fútboles” latinoamericanos, las explicaciones sobre la popularización —exitosa— del fútbol uruguayo son solamente hipotéticas. Incluso en el caso argentino, en el que el trabajo del historiador Julio Frydenberg permite la lectura más minuciosa del proceso —como veremos—, no podemos saber con precisión qué mecanismos funcionaron. Los sectores populares aparecen primero como espectadores de la práctica de las élites, pero ni siquiera esto está estrictamente documentado (apenas inferido). El punto de contacto más estrecho parece haber sido la fábrica o el taller ferroviario, con la precisión que nos permite el CURCC. Y la razón del desplazamien-

to estaría en esa combinación que ya hemos desplegado: baratura más simplicidad. El juego es económico porque sólo es necesario simular una pelota, si no se tiene, y disponer de espacios que las ciudades como Montevideo o Buenos Aires tenían en exceso a comienzos del siglo xx. El historiador centroamericano Chester Urbina Gaitán revisó, para sus historias deportivas de Mesoamérica, los indicadores de importación de artículos deportivos en varios países; datos similares en el Río de la Plata nos permitirían establecer alguna curva respecto de la importación —que suponemos creciente— de balones en esos años fundacionales. Sólo tendremos relatos periodísticos o de ficción tardíos: posiblemente el mejor sea *Pelota de trapo*, del periodista y narrador uruguayo Eduardo Lorenzo (popularmente conocido como “Borocotó”, y uno de los fundadores del periodismo deportivo rioplatense, especialmente en Argentina), de los años cuarenta del siglo pasado, cuando el futbol ya era una pasión de masas, y luego filmado en Argentina con el mismo título en 1951. El relato describe con minucia melodramática los modos en que un grupo de niños de un barrio popular accede a su primera pelota de cuero, tras prolongadas escenas en las que lo único disponible es un balón compuesto con telas viejas (trapos) mal cosidas.

Y el juego es además simple: son pocas reglas, instrucciones mínimas. El resto es práctica. Patear en una dirección determinada opuesta a la del rival, hacer pasar la bola por algo llamado meta, no tocarla con la mano. Para las honduras de la ley del *offside*, hay tiempo. La combinación de simplicidad y baratura parece haber sido insuperable si en la ecuación de la baratura entra, además, la relación entre costos bajos y cantidad de participantes.

Pero, además, el juego aparecía como un símbolo de modernidad en sociedades que se modernizaban aceleradamente y que exhibían esa modernización como marca de la vida cotidiana y el éxito social. Si la Montevideo de comienzos del siglo xx se caracterizaba por algo, no era por la renta agropecuaria, sino por el modo en que esa renta se transformaba en urbanización, transporte, educación pública, prensa de masas, servicios públicos. Es decir, en

rasgos modernos experimentados como vida cotidiana. Esa modernidad, que Beatriz Sarlo llamó “periférica”, alcanzaba a las clases populares también en sus experiencias o en sus deseos: la anomalía uruguaya que invocamos en el comienzo de este capítulo consistió en que esos sectores, los protagonistas del fútbol desde la segunda década del siglo, la vivían más como experiencia que como deseo. Como anticipamos, el contexto batllista fue decisivo en la instauración de una suerte de Estado de Bienestar distante de cualquier experiencia socialdemócrata, pero eficaz en dos aspectos centrales: el tiempo libre y la educación pública. No puede haber experiencia deportiva de masas sin “sábado inglés” (el descanso semanal desde el mediodía del sábado) y sin progresiva reducción de la jornada laboral; y Uruguay fue el pionero: en 1915 ya estaba establecida la jornada de ocho horas —por mucha diferencia, el primer país latinoamericano en establecerla; Argentina apenas lo hizo en 1929—.

No hay milagro, entonces, ni casualidad ni error, sino una serie de disposiciones estructurales que permitieron la explosión popular de la práctica. A las antes citadas tenemos que sumar: una masa crítica de la colectividad británica, suficientemente importante como para difundir el deporte en 10 años, y a la vez suficientemente débil como para ser desbordada por los criollos en cinco; y la estabilidad política y la rapidez con que el Estado aceptó —no podemos decir *asumió*— la facilidad con la que el fútbol emergió rápidamente como un símbolo y una narrativa de unidad nacional, ya en los años veinte del siglo pasado. En 1916, el presidente de la Asociación Uruguaya de Fútbol, Héctor R. Gómez, lideró la creación de la Confederación Sudamericana de Fútbol y organizó el primer Campeonato Sudamericano en Montevideo, un año más tarde, después de un primer torneo realizado el año anterior en Buenos Aires, como celebración del centenario de la Independencia argentina. Esto señala que los dirigentes uruguayos decidieron prestar especial atención a las disputas internacionales, sabedores de sus beneficios simbólicos. El proceso desembocó en la consagración olímpica —mundial— de 1924, pero volveremos sobre ella más adelante.

LA HERENCIA DEL ESCOCÉS

Conozco sólo dos filmes en la historia de la cinematografía mundial que homenajeen a “padres fundadores” de algún futbol local. Ambos ya fueron citados en capítulos anteriores. El primero es el más reciente, el film alemán *Unidos por un sueño* (en el original, *Der ganz große Traum*), de 2011, que cuenta la historia de Wilhelm Carl Johann Conrad Koch o Konrad Koch, el pionero del futbol alemán. La película es apenas una buena anécdota bien contada, aunque un tanto previsible, y no busca el homenaje, sino apenas la taquilla —y le fue bastante bien—.

El segundo es el más antiguo. El film argentino *Escuela de campeones*, de 1950, relata la historia del escocés Alexander Watson Hutton y su club, el Alumni, fundado en 1898 sobre la estructura de su escuela, la Buenos Aires English High School. En él, una suerte de típica *biopic*, se acumulan los signos que permiten vincular el futbol con la historia de la patria: por ejemplo, una supuesta entrevista entre Watson Hutton y el prócer Domingo Faustino Sarmiento, expresidente y ministro de Educación argentino —y polígrafo, autor de *Civilización y barbarie*, uno de los grandes libros latinoamericanos del siglo XIX—, en la que Sarmiento apoya decisivamente la empresa educativa del escocés. Todo en el film apunta a decidir que, en tanto fundador del futbol argentino, Watson Hutton, nuestro escocés, merece su incorporación al “Panteón de los Padres Fundadores de la Patria”.

De todos modos, nadie iba a prestar atención al hecho de que cuando Watson Hutton fundó su escuela, Sarmiento ya no era funcionario educativo nacional —peor: había sido despedido del cargo de Superintendente de Escuelas—, estaba muy enfermo y, supo-

nemos, con pocos deseos de entender qué sentido tenía jugar al fútbol para los escoceses en Buenos Aires —murió muy poco tiempo después, en 1888 y en Asunción del Paraguay—. Eso es historia, cosa que a la película le importaba bastante poco.

PORTEÑOS Y PIONEROS

Lo que el film relata con claridad meridiana es el papel desempeñado por Watson Hutton y el club Alumni en la invención del fútbol argentino: sencillamente, una condición pionera que en 1950 ya había quedado establecida fuera de toda duda. Como señalamos en los capítulos anteriores, el “pionerismo” no significaba exclusividad: el decanato de los clubes dedicados al fútbol le pertenecía al club del ferrocarril rosarino, en 1889, frente a la fundación del Alumni recién en 1898; pero el metropolitanismo descomunal de la organización política, económica y cultural de Argentina lo volvía invisible ante los ojos porteños —el gentilicio que aún nombra a los habitantes de Buenos Aires—. Como también narramos, el motor de la fundación no fue el Alumni sino la escuela de donde procedieron sus *alumni*, la Buenos Aires English High School, que encabezó la organización de una Liga definitiva en 1893 junto a Quilmes Rovers, Old Caledonians, St. Andrew’s, Lomas Athletic y Flores Athletic. En 1895, la escuela terminó última en la Liga, por lo que decidió abandonar su participación: sus jugadores pasaron al Lobos FC., un club británico de la provincia de Buenos Aires. En 1899 retornó a la competencia, en la Segunda División creada ese año, de la que fue subcampeón, y en 1900 decidió retornar a la primera categoría, para lo que regresaron sus jugadores originales. El Lobos, asimismo, dejó de competir debido a la obligación de contar con un campo de juego en la ciudad de Buenos Aires; y este dato nos pinta de modo definitivo en qué consistía la “argentinidad” de la Liga fundada en 1895, que se llamaba “argentina”, pero limitaba su práctica a la ciudad de Buenos Aires.

En ese mismo año, la Liga decretó que las escuelas no podían jugar con sus nombres originales en la Primera División, lo que decidió la invención del nombre del club para la participación: entre 1900 y 1911, Alumni ganó 10 de los 12 torneos, perdiendo sólo los de 1904 y 1908, en los que fue subcampeón. Esa serie de triunfos, junto a la condición fundadora de Watson Hutton, fue lo que decidió su entronización definitiva como el club inventor del futbol argentino —aunque, insistimos, haya sido sólo el fundador del futbol de Buenos Aires—.

La creación de una Segunda División en 1899 —y de una tercera en 1904 y una cuarta en 1908— nos habla de un crecimiento importante de los interesados en participar de los certámenes, que ya no podía reducirse a los expatriados británicos. En 1914, el diario *La Argentina* proporciona las siguientes cifras: en 1895 había cinco clubes con 80 jugadores y no más de 100 espectadores en total; en 1914, los clubes ya eran 500, los jugadores 8 000 y los espectadores de la temporada, 25 000. Aunque, como dice el historiador Julio Frydenberg, los datos sean bastante dudosos, cualquier exageración deja intacto el dato clave: el crecimiento había sido explosivo. Más contundente resulta el dato, con más fuentes corroborándolo, de que la final de la protoliga de 1891, entre St. Andrew's y Old Caledonians, habría contado con 500 espectadores, mientras que a la final de la Copa Lipton de 1916 entre Argentina y Uruguay, jugada en el estadio de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, habrían asistido 18 000 personas.

Justamente, la historia de Frydenberg reconstruye con enorme detalle y con una brillante interpretación esas primeras tres décadas, hasta la profesionalización de 1931. Por un lado, como es de esperarse, hay enormes similitudes con el proceso uruguayo: entre ellas, el peso de las ciudades capitales —cuando hablamos del futbol uruguayo y argentino, solemos hablar del montevideano y del bonaerense, que designan a los respectivos países ocultando cualquier rasgo regional—. También, el de las escuelas y los clubes británicos —y, en ambos casos, el de una escuela devenida club,

como el Albion o el Alumni—. Los ferrocarriles —británicos, como en casi toda América Latina— son también origen de clubes, aunque el más importante en Argentina sea el Rosario Central, mientras que en Montevideo sea el Peñarol. En ambos casos —en ambas ciudades— es decisivo el crecimiento de los barrios urbanos y el rol del tranvía, que permite los desplazamientos de los jugadores y de los seguidores. En los dos, también, la explosión urbana de los clubes lleva a la proliferación de éstos y, más tarde, a la abundancia de estadios, una condición que ambas ciudades comparten únicamente con Londres. Las diferencias pasan más por fuera del fútbol: el orden conservador argentino, aunque positivista, distaba del Estado de Bienestar batllista, aunque la aparición de un primer populismo, el del Partido Radical, a partir de 1916, tendió a asemejarlos.

El papel de la prensa es muy activo en Buenos Aires: si el diario en inglés *The Standard* estaba atento a las prácticas deportivas de la colectividad desde 1860, en 1901 *El País* comenzó a comentar los juegos de fútbol, seguido por *La Nación* en 1903, *La Prensa* en 1904 y *La Argentina* en el mismo año, con el agregado de que este último se dedicó con ahínco a propagandizar la constitución de ligas aficionadas por fuera de la Liga oficial —y es la fuente que Frydenberg revisa con exhaustividad para relatar el proceso de popularización acelerado durante toda esa primera década del siglo xx—. En los años posteriores, la fundación del diario *Crítica*, orientado decididamente a los públicos populares, incorporó el fútbol, incluso, a las primeras planas. Frydenberg señala que *Crítica* vendía, en 1922, 145 000 ejemplares diarios; en 1924, 166 000; y que su cobertura de la gira europea del club Boca Juniors en 1925 le permitió elevar la tirada a 300 000 ejemplares diarios. Poco sabemos, en cambio, sobre ese rol en el resto de la región; por otra parte, sabemos que a partir de los años treinta y cuarenta las radiodifusoras nacionales incorporaron las coberturas deportivas masivamente. La historia de Joshua Nadel agrega, en el resto de América Latina, al *Mexican Sportsman* desde 1896 en México, donde en 1933 habrá ocho pu-

blicaciones deportivas; y señala que en Brasil, en 1912 había cinco publicaciones deportivas, que fueron 60 en 1930.

Como en Montevideo, los clubes de Buenos Aires fueron surgiendo de modo vertiginoso a partir de la primera década del nuevo siglo. Primero, originados por la colectividad británica y luego por las burguesías locales, más la entusiasta participación de las escuelas de la colectividad; luego, por las empresas. Como en Montevideo —y, adelantamos, en Santiago de Chile y Lima—, el paso siguiente es el surgimiento de los clubes plebeyos. “Plebeyo” no significa aquí necesariamente “obrero”: se trata más bien, primero, de la iniciativa de sectores medios, agrupados por la comunidad territorial o laboral (es decir, compañeros de algún comercio o empresa, o vecinos de un barrio). En ambas ciudades, el fútbol permitió el establecimiento de núcleos de sociabilidad masculina —invariablemente masculina— en sociedades aluvionales, donde la inmigración de masas europea había trastocado la organización cotidiana de las clases populares. Había que construir nuevos lazos de sociabilidad: los historiadores coinciden en que esos primeros años del siglo xx son de una intensa actividad “asociacionista”, en diversos planos de la vida social de los grupos populares: el de los nuevos barrios formados por la urbanización acelerada o el de los sindicatos en el ámbito del trabajo —en las dos ciudades había una intensa actividad sindical, producto de la presencia de organizaciones socialistas o anarquistas—.

La novedad argentina fue la aparición de las organizaciones de la Iglesia católica, que se reiteró a lo largo y ancho del subcontinente, salvo justamente en Montevideo, donde la modernización fue mucho más drásticamente laica. En Buenos Aires, algunos actores fundamentales fueron los padres salesianos, que incentivaban la práctica del fútbol en sus escuelas como estrategia disciplinadora de las almas y los cuerpos, como ya hemos explicado; eso les permitió pasar a la historia como “responsables” de la fundación de uno de los grandes clubes argentinos, San Lorenzo de Almagro, fundado en 1908 gracias al impulso de un cura salesiano de barrio,

Lorenzo Massa, que les permitía a los jóvenes del vecindario jugar en la parroquia a cambio de que asistieran a misa.

Esa relación estrecha entre territorio y nuevos clubes produjo otro fenómeno interesante: a pesar de que los inmigrantes también tendían a fundar asociaciones de asistencia social o médica basadas en el origen migrante, no hubo nombres de clubes que aludieran a nacionalidades o comunidades originales hasta muy entrado el siglo xx, cuando pudieron surgir clubes como Deportivo Italiano, Deportivo Español o Deportivo Paraguayo. Por otra parte, el territorio que el club afirmaba era el del barrio, es decir, donde se podía inventar una identidad. Así, Boca Juniors debe su nombre al barrio de la Boca del Riachuelo, cerca del puerto; River Plate, a su cercanía al Río de la Plata; Vélez Sarsfield, al barrio y estación de tren donde fue fundado; Defensores de Belgrano, al barrio homónimo. En otros casos de clubes plebeyos, el nombre no delata el territorio, pero el club existe *por* el territorio, y sin esa relación no hubiera sido fundado: Huracán en Parque Patricios o Atlanta en Villa Crespo. En los casos en que el club no nacía de una relación territorial, buscaba establecerla rápidamente: el caso del Independiente, originado en un grupo de empleados de comercio que encontró terrenos en la ciudad lindera de Avellaneda, un suburbio industrial de Buenos Aires, y afirmó desde entonces esa identidad territorial.

El proceso de popularización del fútbol argentino se desarrolló aceleradamente, como dijimos, en la primera década del nuevo siglo: casi todos los clubes que aún hoy juegan en la Primera División fueron fundados antes de 1910, y sólo tres de los 28 participantes en la liga 2017-2018 tienen menos de 100 años de antigüedad. En todos los casos —salvo dos— se trata de clubes plebeyos, y esa calificación incluye los equipos no porteños, incorporados en tandas sucesivas: los clubes de La Plata en 1912, los de Rosario en 1939; los del resto de la Argentina muy progresivamente desde 1967. La primera excepción es el Gimnasia y Esgrima de La Plata, uno de los varios Gimnasia y Esgrima fundados por la burguesía argentina en-

tre 1880 (el de Buenos Aires) y 1931 —el último que pude rastrear, en Jujuy—. La segunda excepción al origen plebeyo es el del rosarino Newell's Old Boys, fundado en 1903 por un grupo de exalumnos del Colegio Comercial Anglicano Argentino de Rosario, que a su vez había sido fundado por el inglés Isaac Newell y de cuyo apellido deriva el nombre del club. La investigación de Franco Reyna en Córdoba señala datos similares respecto del proceso en esa provincia. En el resto de la Argentina, los ferrocarriles aparecen como uno de los actores centrales de la difusión, seguido por las escuelas. Hacia mediados de la década de 1920, había ligas oficialmente conformadas en la mayor parte del país. Desde los años veinte —en 1920 ya hay una transmisión, la primera en el mundo, y desde 1924 se transmitieron juegos regulares—, la radio terminó de difundir el futbol por el territorio, si es que algún fragmento había quedado virgen de su influjo. En 1929 ya había 500 000 aparatos receptores. Los aficionados al futbol ya eran incontables.

EL FUTBOL PLEBEYO

El minucioso trabajo de reconstrucción de Frydenberg nos permite saber que ya en 1907 había una docena de Ligas independientes, sólo en la ciudad de Buenos Aires y sus suburbios, con más de 300 equipos inscritos. Ése es el punto clave de esta historia: no sólo porque es el espacio donde el futbol se propaga, sino porque es donde el futbol se plebeyiza, entendiendo aquí tanto un cambio de clase social de los actores como también una apropiación diferenciada de las reglas y los principios morales del juego. Si unos años antes, en 1904, el diario *La Argentina* anunciaba que “el juego ha entrado de lleno en la masa popular”, debemos preguntarnos qué significaba eso exactamente, además del impacto de los números.

Las Ligas independientes funcionaban como el lugar de expansión de la práctica, aunque todos los participantes tenían a la *Association* como meta —desde 1912, la *Asociación*, aunque sólo en el

peronista 1946 abandonarán el *football* por el *fútbol*—. Sin embargo, la Asociación exigía el requisito de un campo de juego que tuviera además una casilla de vestuario provisto con una ducha, lo que configuraba, en la mayoría de los casos, un requisito inaccesible para los clubes plebeyos —no así para los originados en la colectividad inglesa, la burguesía nativa, los colegios o las empresas—. Aquéllos, en cambio, precisaban lograr el apoyo de su comunidad para, mediante el pago de cuotas o donativos, alcanzar a alquilar un predio y mantenerlo. Al revisar las listas de equipos estudiados por Frydenberg en esos años, se comprueba que la mayoría no pasó la prueba. Del mismo modo, ese crecimiento implicó un fenómeno concurrente: la aparición del simpatizante, primero reclutado entre los jugadores, luego entre la familia y los amigos, finalmente entre la comunidad —cuando el equipo pasaba la prueba de asentarse y perdurar en la Asociación—.

La investigación de Frydenberg se pregunta obsesivamente no sólo por las razones del entusiasmo —que sobre todo giran en torno de lo ya señalado: simplicidad y baratura—, sino por las transformaciones que el juego va sufriendo en este proceso. Para mediados de la segunda década del siglo, es claro que las reglas de la *gentlemanship* —la caballerosidad— habían sido desplazadas. En los testimonios periodísticos aparecían frecuentemente las quejas por el incumplimiento de las reglas, por los enfrentamientos e incluso por las peleas que se desarrollaban en los campos de juego. Ni los jugadores ni el público, acota Frydenberg, guardaban gran apego a los ideales británicos, pero tampoco lo hacían los dirigentes de los nuevos clubes, que desde 1913, con el triunfo de Racing Club en el campeonato de ese año, desplazaron definitivamente a los clubes “nobles” del éxito deportivo. En 1914, el club Porteño —fundado por descendientes de irlandeses— fue el último club británico en obtener un título oficial: después, fue únicamente el turno de los clubes plebeyos. El sistema de valores cambió, desde entonces y para siempre. Si el *fair play* de la moralidad británica defendía el respeto por las reglas del juego, pero también por el

adversario —es decir, un doble sistema de normas morales—, esa concepción fue siendo reemplazada también doblemente. Por un lado, por la defensa de la picardía popular como arma en el juego, aunque significara la violación de la regla. Pero más centralmente, el respeto por el adversario y la consecuente “hidalguía” tanto en la victoria como en la derrota fueron reemplazados por la experiencia de la derrota como vergüenza y como humillación. Una concepción anglosajona del honor dejaba lugar a una concepción mediterránea: la derrota se transformaba en afrenta, que debía, entonces, ser lavada, de ser preciso, con la pelea.

Frydenberg señala, asimismo, dos elementos clave para terminar de entender la popularización vertiginosa del fútbol. El primero, en relación con el total de las prácticas populares del periodo, ubica al fútbol como el esparcimiento que proporcionaba el mayor compromiso a la vez corporal y afectivo: involucramiento de los cuerpos —masculinos— en la práctica, un involucramiento intenso y continuado en el tiempo —podía superar las dos décadas—; pero también de las almas, en tanto el “amor por los colores” implicaba una intensa carga emotiva también duradera en el tiempo —toda la vida—. A finales de la segunda década del siglo, los clubes de la Primera División ya designaban de manera sólida el eje clave de una potente relación afectiva con los territorios.

Por eso, Frydenberg puede afirmar que, en 1920, la concurrencia semanal a la cancha era una práctica universal, aunque por supuesto que ese universo era estrictamente masculino.

* * *

Señalamos antes que la actividad sindical era muy intensa en Buenos Aires desde finales del siglo XIX, y más aún a comienzos del nuevo siglo: en 1903 se fundó una Central Obrera socialista y en 1904 una anarquista. El crecimiento del fútbol entre los sectores populares no fue visto con mucha simpatía por los grupos de izquierda, que lo consideraban una mera disipación de esfuerzos,

cuando no como una maniobra burguesa para distraer a los sujetos de una cultura realmente obrera. A pesar de los intentos románticos de algunas narrativas muy posteriores, las relaciones entre los clubes plebeyos y el movimiento obrero eran muy distantes. Si bien hay señales de politización, son excepcionales: es el caso del club Asociación Atlética Argentinos Juniors, en cuya fundación participan los miembros de un equipo hasta entonces llamado Mártires de Chicago y que elige el color rojo para su camiseta en homenaje a la elección de Alfredo Palacios como primer diputado socialista en 1904; o el de Chacarita Juniors, fundado en 1906 en un local socialista y que también combina el color rojo en su uniforme —con blanco, por la pureza, y negro, por ser vecinos al cementerio local— como afirmación socialista. Ambos son anécdotas: de ningún modo una tendencia.

Sin embargo, como ha afirmado el historiador inglés Eric Hobsbawm, el fútbol se fue constituyendo lentamente como un eje de una identidad de clase. Si para el caso inglés esa identidad fue especialmente obrera, en el caso argentino (y lo podemos extender a todo el subcontinente) el fútbol fue desde tiempos muy tempranos un eje de una identidad popular, donde el adjetivo nos remite a una relación de clase. El fútbol popularizado implicó la afirmación de las masas involucradas, cuantificable en el crecimiento explosivo de jugadores y públicos, pero también respecto del origen de esas masas: eran masas plebeyas, es decir, populares.

Algo de todo esto leyeron los partidos de izquierda: en 1924, la Federación Juvenil Comunista argentina, con el apoyo del Partido, creó una Federación Deportiva Obrera, con cerca de 60 equipos participantes, que fue disuelta en 1930 por el gobierno dictatorial de José Félix Uriburu. Por su parte, el Partido Socialista respondió con una Confederación Socialista Deportiva, creada en 1926, sin mayor repercusión. Ambas federaciones convivían con Ligas empresarias y corporativas —Ferroviaria, Bancaria, Comercial—, lo que demuestra indirectamente que lo que les preocupaba a los trabajadores era, antes que cualquier otra cosa, jugar al fútbol.

De manera atinada, Frydenberg se pregunta si la popularización del fútbol fue la causa o meramente la expresión de lo que llama un “proceso de licuación de la identidad de clase obrera” que, por el contrario, la lucha política expresaba de un modo activo y exactamente al mismo tiempo. De modo paralelo, la clase obrera argentina —aunque, sobre todo, se trataba de la clase obrera urbana porteña, ya que Buenos Aires era la única ciudad con un nivel de industrialización digno de ese nombre— iba desarrollando luchas contestatarias importantes por medio de sus sindicatos y de sus partidos políticos de clase; a la vez, diluía esa identidad clasista en clubes barriales donde no se presentaba ningún enfrentamiento —ni siquiera, en la década de 1920, la lucha por el profesionalismo, aunque será una huelga de jugadores la que finalmente lo impulse, en 1931—. Como mucho, el enfrentamiento era entre pares: los distintos clubes que disputaban la centralidad de un territorio o la supremacía entre dos barrios. No se trata, claramente, de una lucha contestataria o clasista. La pregunta, por supuesto, no puede ser respondida: es probable que los avatares de la lucha política hayan sido bastante independientes de los de las luchas futbolísticas. Hasta que aparezca la intervención activa de los Estados nacionales y los gobiernos en las esferas deportivas, claro, lo que comenzó a ocurrir luego de 1930.

LA “NUESTRA”

El terreno en el que el fútbol argentino, como el uruguayo, se reveló profundamente exitoso fue el de la integración de los migrantes. Frente a la desbordante presencia británica en la fundación, el proceso de popularización también significó uno de criollización, es decir, de incorporación como práctica cultural nativa.

Como en el caso uruguayo, eso exigió la invención de narrativas de diferenciación, entre las que la fundamental fue la del estilo criollo, nombrado como “la nuestra” desde el primer periodismo deportivo argentino, a mediados de la década de 1920. Su principal

inventor y teórico fue el periodista Borocotó, a quien ya nombramos, desde las páginas del semanario *El Gráfico*, fundado en 1919 como revista “para caballeros” y que a comienzos de la década se transformó, decididamente, en revista deportiva. Como era previsible, la diferenciación era respecto de los “ingleses” —que, como ya sabemos, eran muy escoceses—: había que mudar apellidos anglosajones a ítalo-españoles, los grupos migrantes dominantes, pero también nombrar un estilo de juego que se proponía como distinto, sintetizado en el pasaje del pase largo y la carrera al control del balón, el pase corto y la gambeta. Como señaló Eduardo Archetti, quien mejor trabajó estas narraciones en la Argentina, “la nuestra” funcionó especialmente en espejo, en la comparación con el otro y la atención a la mirada del otro: del “otro distante”, los europeos, y del “otro cercano”, los uruguayos. Para Borocotó, ese estilo se volvía algo natural, esencial: simplemente con el contacto con el aire de la pampa, el consumo de mate y la ingesta de asado, los jugadores, ahora hijos de inmigrantes “correctos” (españoles e italianos, no ingleses), comenzaban a jugar con gambetas y a desarrollar disciplinas creativas. Por supuesto, todo eso conformó un lindo mito, pero jamás una explicación antropológica.

Hasta qué punto la narrativa del estilo describe o prescribe es indecidible. Si por razones inexplicables —o por abuso de mate y carne vacuna— los jugadores locales decidieron dejar de correr y enviar centros hacia las cabezas de los delanteros, nunca lo sabremos. Tampoco sabremos si la creciente alfabetización de las masas permitía a esos jugadores leer *El Gráfico* y actuar de acuerdo con lo que Borocotó esperaba de ellos. Lo único indudable es que, al igual que para los uruguayos, el fútbol porteño-argentino constituía, a mediados de la década de 1920, un eficaz relato de integración nacional, coherente y complementario de los relatos que el Estado y la escuela difundían por los canales legítimos, es decir, por los canales letrados. Los canales informales no los contradecían: simplemente, los encarnaban figuras más populares que los próceres, los jugadores de fútbol.



A PÁTRIA DAS CHUTEIRAS

El país más exitoso internacionalmente de toda América Latina en el fútbol mundial, el mayor proveedor de héroes futbolísticos del planeta, el único ganador de cinco Copas del Mundo, el que fue apodado *O país do futebol* o *A pátria das chuteiras* (el país del fútbol o la patria de las botas de fútbol o botines), organizó su Federación nacional en 1914, dos décadas después que Argentina y 15 años más tarde que Uruguay; y sólo tuvo un torneo nacional, una suerte de torneo nacional, en el que participaran equipos de distintas partes del inmenso país (la *Taça Brasil*), en 1959; ese torneo pasó a ser el campeonato más importante del país apenas en un cercano 1971, y su formato definitivo lo implantó en 2002. Al contrario de nuestros casos anteriores, una historia de la invención del fútbol brasileño deberá ser, necesariamente, las múltiples historias de sus múltiples fundaciones. Y de entre ellas, una en particular: la fundación de su fútbol mestizo.

LAS LIGAS ESTATALES

Como señalamos en el capítulo 2, el título de “padre del fútbol brasileño” está muy disputado, más allá de cierto consenso en torno de la figura de Charles Miller, quien indiscutiblemente fue el padre del fútbol paulista. Pero la extensión brasileña vuelve hartamente difícil proponer un relato unificado: incluso, es difícil unificar un relato museístico.

El Museu do Futebol en São Paulo se encuentra en el estadio Pacaembú, en la plaza llamada, precisamente, Charles Miller. En



un principio fue un museo municipal, organizado por la prefectura de la ciudad, aunque hoy depende del gobierno del estado de São Paulo. A su vez, hay otro Museu do Futebol en Rio de Janeiro, en el estadio Maracanã (o Estádio Jornalista Mário Filho), dependiente del gobierno del estado (no del federal), que no es el mismo museo que organizó la Confederação Brasileira de Futebol (la CBF) en el barrio carioca de Barra da Tijuca, aunque en este caso se dedique a la Selección Brasileña. Por supuesto, ninguno de los tres tiene relación con el Memorial das Conquistas, otro museo futbolístico afincado en la ciudad paulista de Santos y dedicado a celebrar, especialmente, las gestas del equipo local, al igual que otro museo santista, el Museu Pelé, organizado por la prefectura de la ciudad en homenaje al jugador más famoso de su club más conocido y homónimo. Ninguno de los cinco tiene relación con Museu Brasileiro do Futebol, ubicado en el estadio Mineirão de la ciudad de Belo Horizonte y que homenajea, a pesar de su invocación nacional, al futbol “mineiro” (es decir, el futbol local, del estado de Minas Gerais).

* * *

Está, como ya dijimos siguiendo al historiador brasileño Fabio Franzini, el pionero Charles William Miller, que llega a São Paulo en 1894 de regreso de sus estudios en Inglaterra. Pero también Oscar Cox, que vuelve de Lausana a Rio de Janeiro en 1897, y Hans Nobiling, alemán que migra a São Paulo y funda el Sport Club Germânia en 1899; pero también el escocés Thomas Donohoe, enviado en 1894 a la fábrica textil de Bangu, en un suburbio carioca. A Rio Grande do Sul, el alemán Johannes Christian Moritz Minnemann llega en 1900. Zuza Ferreira regresa a Salvador desde Inglaterra, en 1901. El pernambucano Guilherme de Aquino Fonseca llega a Recife en 1903. El también brasileño Víctor Serpa regresa a Brasil desde Suiza y va a Belo Horizonte a estudiar, en 1904. Nhozinho vuelve en 1907 a su São Luís de Maranhão. El argentino

Fritz Essenfelder llega a Curitiba en 1909. Ésta es la lista de los padres. Entre 1894 y 1909 el fútbol se derrama por casi todo Brasil. Incluso en la Amazonia: el historiador Gilmar Mascarenhas recuerda que en 1906 había una liga local en Belém, en el estado de Pará. Como afirma el antropólogo e historiador José Sergio Leite Lopes, la invención del fútbol brasileño no dependió de los marineros, sino de los misioneros.

De este mapa surge un dato que es sólo similar, en toda América Latina, al caso colombiano: fueron fundadas en primera instancia las ligas locales, ciudadanas o estatales. La organización de una entidad nacional se produjo en 1914, con la creación de la Confederação Brasileira de Desportos o Confederación Brasileña de Deportes (CBD), que regía todas las prácticas deportivas de la República y que en 1979 se transformó en la Confederação Brasileira de Futebol —por lo que, de las tres asociaciones principales del Cono Sur, fue la única sin rastros anglófonos en sus denominaciones, a diferencia de Argentina y Uruguay—. Antes de la fundación de un ente unificador, ya existían las ligas de São Paulo (1902), Bahía (1905), Rio de Janeiro (1906) y Pará (1906), seguidas por las ligas de Amazonas (1914), Minas Gerais, Pernambuco, Ceará y Paraná (1915), Espírito Santo (1917), Sergipe y Maranhão (1918), Rio Grande do Sul, Paraíba y Rio Grande do Norte (1919). Todas las restantes fueron fundadas después de 1920.

De esa lista sobresalen los casos de Pará y Amazonas, ligas fundadas con anterioridad a las de estados centrales y poderosos —y más tarde, potencias futbolísticas— como Minas Gerais y Rio Grande do Sul. La explicación es sencilla y económica: la explotación del caucho. Como señala Franzini, y como ocurrió en todo el subcontinente, el fútbol brasileño se desarrolló en relación con la integración del país al capitalismo internacional. La preeminencia uruguayo y argentino estaría explicada por el mismo factor: si ese capitalismo era, a finales del siglo XIX, fundamentalmente el británico, la integración de las economías agroexportadoras de ambos países era próspera y “armoniosa”, mientras que en el resto de la

región dependía de economías de enclave, explotaciones específicas o inversiones especiales —como los ferrocarriles, británicos en casi todo el subcontinente—.

En esos enclaves se reprodujo el modelo paulista y carioca, donde se desarrolló con más amplitud. Rio de Janeiro era la capital del país —lo era desde la época del Imperio, entre 1822 y 1889—, mientras que São Paulo se había transformado en potencia económica por la producción y exportación del café, para luego desplegarse como capital financiera e industrial de la República. Pero, a la vez, las dos ciudades desarrollaban visiones competitivas políticas, sociales y culturales: por eso el nacimiento y consolidación del fútbol se dio en forma paralela y también competitiva —en 1901 comenzaron a jugar partidos interestatales, que recién se organizaron como Copa Rio-São Paulo en 1933, disputada por el ganador de cada torneo estatal; aunque el interés de los espectadores siguió enfocado en las ligas locales hasta, por lo menos, 1971 y la creación de un Torneo Brasileño de índole nacional, el que luego se llamaría Brasileirão.

UNA HISTORIA PAULISTA

A pesar de la condición capitalina de Rio de Janeiro, la Liga Paulista fue la primera en ser fundada, y muy posiblemente gracias a la influencia de Charles Miller. Como ya narramos anteriormente, era hijo de un escocés, John Miller, y una brasileña descendiente de escoceses, Carlota Fox, quienes lo enviaron a estudiar a la madre patria, aunque ésta resultó ser Inglaterra. Miller padre era ingeniero de la São Paulo Railway, algunos de cuyos técnicos fundaron en 1888 el São Paulo Athletic Club (SPAC, que no es el actual São Paulo FC), para practicar los deportes metropolitanos —especialmente el cricket, aunque el club es considerado el introductor en Brasil del rugby, del hockey, el squash y el bádminton—. Al regresar Miller hijo en 1894, su equipaje incluía los famosos balones de fútbol, así como las reglas del deporte que Charles había practi-

cado intensamente en su estadía británica. Al igual que el mítico Thomas Hogg en Argentina, Miller practicó todos los deportes —incluso, organizó el primer equipo de rugby del Brasil—, pero su fama depende del hecho de haber organizado el primer juego de fútbol entre los británicos de la São Paulo Railway contra los de la Companhia de Gás, en 1895; Miller jugó para los primeros, por mandato paterno, anotando dos de los cuatro goles de la victoria 4-2. En su vida profesional, Miller fue también agente de la Royal Mail Steamship Company y más tarde vicedéputado británico en São Paulo; es decir, un agente imperial por excelencia, como señala Matthew Brown.

La insistencia de Miller encontró un aliado en el alemán Hans Nobiling, al que un fanatismo similar llevó a formar un cuadro homónimo, el Hans Nobiling Team (o Quadro, en la versión portuguesa), que disputaba juegos amistosos contra quien pudiera. El primero parece haber sido contra estudiantes del Mackenzie College, una institución universitaria derivada de la vieja American School fundada en 1870 por el misionero presbiteriano norteamericano George Whitehill Chamberlain y transformada en College gracias a la donación de un filántropo también norteamericano, John Theron Mackenzie. Uno de sus profesores, Augusto Shaw, impulsó tanto la práctica de deportes —entre ellos, el fútbol— que en 1896 un grupo de exalumnos fundó una Associação Atlética Mackenzie College, uno de los pocos casos brasileños de instituciones educativas que devinieron clubes; y paradójicamente, fue una escuela norteamericana, a diferencia de uruguayos y argentinos. En 1900, un grupo de jóvenes —y adinerados— espectadores de un partido del Mackenzie decidió fundar su propio club, al que llamaron Club Athletico Paulistano. Por su parte, el alemán Nobiling propuso transformar su equipo personal en club en 1899: pero cuando propuso llamarlo Sport Club Germânia, con el apoyo de sus amigos teutones, la mayoría de los integrantes del equipo, basados en su condición intercultural —los había brasileños, ingleses, franceses y portugueses— ganaron la votación y lo llamaron

Sport Club Internacional. Nobiling, enojado por tamaño desagradecimiento, abandonó el nuevo club y días después fundó uno nuevo, ahora sí llamado Sport Club Germânia sin ninguna oposición ingrata.

Los cinco clubes (el Germânia, el Internacional, el Paulistano, el Mackenzie y el SPAC de Miller) fundaron una Liga Paulista a finales de 1901 y disputaron el primer torneo en 1902, ganado por el equipo de Miller, que además fue el goleador del torneo. A ellos se sumó luego la Associação Atlética das Palmeiras (que no es el actual Palmeiras), fundado en 1902 también por paulistanos acomodados, que restringían la participación a doctorandos, ingenieros o bachilleres en Derecho.

Poco sabemos sobre cómo se produjo la popularización del fútbol paulista, originalmente limitado, como estamos narrando, a inmigrantes “nobles” o a sus descendientes, y a jóvenes de la burguesía cafetalera paulista educados en sus mejores colegios. A esa élite se sumó el Sport Club Americano, fundado en la ciudad portuaria de Santos. En 1906 se produjo la fundación del Clube Atlético Ypiranga, el primero en incorporar jugadores plebeyos, y en 1910 la del Sport Club Corinthians Paulista, fundado por trabajadores ferroviarios del barrio de Bom Retiro. El primer presidente del Corinthians fue un sastre llamado Miguel Battaglia, quien habría pronunciado la siguiente frase: “*O Corinthians vai ser o time do povo e o povo é quem vai fazer o time*” (“El Corinthians va a ser el equipo del pueblo y el pueblo es quien va a hacer el equipo”). Paradójicamente o no, el nombre surgió de la admiración que les produjo el juego del correspondiente club inglés, el Corinthian Football Club de Londres, que había jugado en Brasil en una de sus frecuentes giras internacionales. En el mismo año de 1910 se fundó el Palestra Italia (a partir de los años cuarenta, el actual Palmeiras), creado por trabajadores italianos de las Industrias Matarazzo (más precisamente, Luigi Cervo, Vincenzo Ragnonetti, Luigi Emanuele Marzo y Ezequiel Simone).

Este trío de equipos populares accedió a la Liga a partir de disputas entre los clubes fundadores que llevaron a la ruptura en

1913 y a la creación de una liga paralela a la oficial, la Associação Paulista de Sports Athleticos, luego Associação Paulista de Esportes Atléticos (APEA). Las razones de la disputa, anecdóticamente, fueron las diferencias en la elección del campo de juego entre el Velódromo y el Parque Antártica; pero, en realidad, el cisma reflejó la tensión entre la preservación del elitismo y las presiones por el ingreso de los clubes plebeyos (en 1906 se había incorporado el Ypiranga a la liga inicial). El Paulistano, el Mackenzie y la Associação Atlética das Palmeiras fueron los equipos disidentes y radicalmente elitistas que organizaron la APEA y que, en el mismo movimiento y sin habérselo propuesto, permitieron el acceso de los clubes populares a la otra liga. Pero como la APEA se impuso en la disputa por el prestigio y la atención del público, al reunificarse las Ligas bajo esa sigla, en 1917, los clubes plebeyos ya habían ganado su lugar, por lo que la ilusión de un “Torneo noble” fracasó, paradójicamente, por la misma acción de los que la defendían.

La siguiente ruptura, en 1926, fue encabezada también por el Paulistano, pero ahora bajo la forma de la oposición al profesionalismo que ya se había difundido bajo la forma de “amateurismo marrón” o ilegal: el recurso de brindar pagos encubiertos a los jugadores de las clases populares. Al igual que en Uruguay y Argentina, el amateurismo marrón mostraba la presencia ya innegable de los jóvenes plebeyos, que precisaban algún tipo de ingreso que compensara la diferencia económica y la disposición de tiempo libre con los jugadores de la élite paulista. El Paulistano comandó la fundación en ese año de la Liga dos Amadores do Futebol, paralela a la Liga organizada por la APEA. En 1929 se reunificaron, hasta que la APEA organizó en 1933 el primer campeonato profesional paulista, ganado por Palestra Italia, lo que llevó a una nueva ruptura. En 1937, las presiones de la Confederación Brasileña (que, sin embargo, prefería el amateurismo, en tanto sus dirigentes seguían proviniendo de las élites) condujeron a la unificación de una única Liga de Futebol do Estado de São Paulo, que ya fue definitivamente profesional, como todo el fútbol brasileño. El Paulistano, fiel a sus

convicciones amateuristas, se disolvió en 1929, negándose al profesionalismo.

Quien se negó también al profesionalismo fue la primera estrella del fútbol paulista y brasileño, Arthur Friedenreich, conocido también como “El Tigre” o simplemente Fried. Friedenreich, nieto de alemanes, jugó desde 1909 en los principales clubes paulistas de la etapa fundacional: aunque debutó en el obvio Germânia, jugó también para el Ypiranga, el Americano, el Mackenzie, el Paulistano, el Santos (fundado en el puerto homónimo en 1912) e incluso para el carioca Flamengo. Entre 1930 y 1935 jugó para el São Paulo Futebol Clube, fundado en 1930 por jugadores que fusionaron lo que quedaba del Paulistano y de la A.A. das Palmeiras, luego de las derrotas políticas de ambos clubes en las disputas por el poder del fútbol paulista. En 1935 retornó al Flamengo, con ya 43 años, pero se negó a profesionalizarse y se retiró.

En el ínterin, había jugado varias veces para la Selección Brasileña, con la que ganó dos Campeonatos Sudamericanos —entre ellos, el primero del Brasil, en 1919, jugado en casa. Este torneo fue un hito en la popularización del deporte en el país —y Fried su héroe inmarcesible: Brasil triunfó luego de un partido final contra Uruguay que duró 150 minutos, el más largo jugado en la historia latinoamericana. Tras el empate inicial, se jugaron 30 minutos suplementarios; como el empate persistía, se jugaron otros 30. Y Fried fue el que anotó, en el cuarto tiempo suplementario, el gol decisivo que valió el campeonato. Los registros periodísticos de la época señalan el clima festivo y los festejos populares en las calles cariocas luego del partido. Sin embargo, Friedenreich no jugó en la Copa del Mundo de 1930 por las disputas entre cariocas y paulistas: el seleccionado fue puramente carioca.

En una profusión de polémicas estadísticas en tiempos aún muy románticos, la cifra de goles anotados por Fried oscila entre los 554 goles en 561 partidos, según consignan las fuentes periodísticas, o los 1 239 goles en 1 329 juegos, según el registro llevado primero por su padre Oscar y luego por su amigo Mario de Andra-

da. Cualquiera de ambas es una cifra descomunal, aun para los 26 años de carrera de Fried.

Pero en lo que todas las historias del futbol brasileño concuerdan es en que Fried era mulato: su madre era una brasileña, Mathilde de Moraes e Silva, de origen afroamericano, por lo que Fried era un mestizo de tez oscura y ojos verdes. Su calidad excepcional y su condición de descendiente de alemanes habrían facilitado su aparición en un futbol todavía duramente elitista como el paulista de la segunda década del siglo xx, en el mismo momento en que, como veremos, el futbol carioca sufría las consecuencias de su racismo excluyente. La aceptación de Friedenreich por los paulistas fue también mediada por su condición mestiza: después de todo, en dos partidos disputados en 1927 y 1928 para celebrar el aniversario de la Ley Áurea de 1888, que abolió la esclavitud en el Brasil, entre dos equipos denominados Blancos y Pretos, Fried jugó en ambos casos para los blancos. Por las dudas, se cuenta que el jugador alisaba sus cabellos crespos antes de cada partido.

Sin embargo, es un club del interior paulista el que disputa la condición de ser el primero en tener un jugador afroamericano entre sus filas. Se trata de la Associação Athletica Ponte Preta de la ciudad de Campinas, 120 km al noroeste de São Paulo, fundado en 1900 por un grupo de jóvenes entre los que estaba Miguel do Carmo, un empleado negro del ferrocarril paulista, y por lo tanto el primer jugador de origen afroamericano en jugar oficialmente al futbol en Brasil. El Ponte Preta jugó por muchos años en las ligas *caipiras* (del interior del estado), por lo que no disputaba la liga paulista, reservada a los equipos de la capital del estado; esto permitió a Do Carmo pasar relativamente inadvertido para la historia oficial del futbol brasileño, incluso para el mismísimo Mário Filho quien, al escribir en 1947 su *O negro no futebol brasileiro*, no lo registró. En sus partidos en el interior del estado, el Ponte Preta comenzó a ser llamado “macacos” o “macacada” (monos) justamente por su inclusión de jugadores afrodescendientes, lo que llevó al club a asumir el mote orgullosamente: aún hoy se recono-

cen como “Macaca” y se jactan de ser la “*primeira democracia racial do futebol brasileiro*”.

OTRA HISTORIA CARIOCA,
O LOS SENDEROS DEL RACISMO

Por su parte, en la capital del eximperio que había devenido República apenas en 1889 —un año después de la abolición de la esclavitud—, la historia no era muy diferente, aunque la organización de una Liga se demoraría unos años, hasta 1906, cuatro después que los competidores paulistas. Lo que organiza la historia del fútbol en Rio de Janeiro no es la competencia o la comparación con el fútbol paulista, sino su propia relación con el racismo —en tanto esa relación será la organizadora, a su vez, de todo el fútbol brasileño—.

Así como en São Paulo, antes de la aparición del fútbol, existían clubes ingleses dedicados especialmente al cricket: el Paysandú Cricket Club y el Rio Cricket and Athletic Association, ambos fundados en 1872. Entre los fundadores del último se encontraba George Cox, un ciudadano británico pero nacido en Guayaquil, Ecuador, donde su padre era vicecónsul. Cox envió a su hijo Oscar, al igual que el padre de Charles Miller, a estudiar a Europa, pero en su caso prefirió el estudio de humanidades en Lausana. El efecto, empero, fue similar: Oscar Cox regresó también con una pelota en el equipaje, en 1897. La diferencia con los paulistas estuvo también en que la Rio de Janeiro noble no practicaba sólo el cricket, sino también las regatas y el remo: la bahía de Guanabara era una enorme tentación acuática, por lo que entre los primeros clubes que se dedicaron al fútbol se repitieron los que originalmente habían practicado deportes en el agua —como el Club de Regatas Vasco da Gama, el Clube de Regatas do Flamengo o el Botafogo de Futebol e Regatas—. Lo cierto es que el primer juego de fútbol que cumplió todas las reglas se disputó en 1901 entre miembros del Rio Cricket and Athletic

Association en Niterói, en la costa opuesta de la bahía, con la participación de Cox, quien no se detuvo en su entusiasmo hasta fundar en 1902 el Fluminense Football Club, y luego perseveró hasta la creación de una Liga Metropolitana de Foot-Ball en 1905, que organizó el primer torneo en 1906. Los clubes fundadores fueron el Rio Cricket and Athletic Association, el Fluminense Football Club, el Football and Athletic Club (fundado en 1904), el America Football Club (también de 1904), The Bangu Athletic Club (1903), el Botafogo Football Club (1904), el Sport Club Petrópolis (del que no tenemos datos precisos) y el Paysandú Cricket Club (de 1872). Todos ellos clubes de la comunidad británica o de la aristocracia carioca —todavía más elitista que la paulista, ya que era aún deudora de la nobleza del Imperio—. Salvo uno.

La excepción a la regla elitista del futbol carioca era el Bangu, fundado como club deportivo de la fábrica textil del mismo nombre. Como narramos en el capítulo 2, un técnico escocés de la fábrica, Thomas Donohoe, había introducido los primeros balones en 1894 e incentivado la práctica del futbol entre los británicos, misma que se extendió progresivamente a los operarios nativos. En 1903, el inglés Andrew Procter impulsó la fundación del club, que pudo así contarse entre los fundadores de la Liga Metropolitana. Aunque inicialmente el club agrupaba a los técnicos y ejecutivos británicos, su condición fabril y su relativo aislamiento —Bangu es un suburbio de la ciudad— llevaron a la incorporación de los operarios nativos, entre los que más temprano que tarde aparecieron los mulatos. Así, en 1905, el Bangu presentó un jugador negro en su formación: Francisco Carregal —como ya dijimos, el primero en todo Brasil había sido el Ponte Preta de Campinas en 1900—, pero fue antes de la formación de la Liga. Como señala Leite Lopes, la incorporación de los obreros de la fábrica en el equipo de futbol tenía un sentido pedagógico y disciplinario, regulando mediante el deporte el tiempo libre de los operarios.

La condición elitista del futbol carioca fue radical hasta por lo menos 1923, e incluyó en su periplo la extinción de la Liga Metro-

politana de Sports Terrestres, sucesora de la Liga Metropolitana, por una disputa en torno de una explícita cláusula de exclusión racial. Su sucesora, la Liga Metropolitana de Sports Athléticos, mantuvo la cláusula: todos los jugadores debían ser blancos. Pero lo decía de manera indirecta: necesariamente, los no blancos no podían ser amateurs. La nueva Liga no contó, por esa razón y por un tiempo, con la participación del Bangu, y le siguió más tarde, luego de un escándalo de sobornos, la Liga Metropolitana de Desportos Terrestres, en 1917. En 1914, el mulato Carlos Alberto, flamante jugador del Fluminense, decidió cubrir su rostro con polvo de arroz (obviamente blanco) para ocultar el color de su tez: el descubrimiento del truco por parte de los visitantes motivó la aplicación del mote *pô de arroz* para el club. Algunos historiadores afirman este relato, como Leite Lopes; otros, como Victor Melo, sostienen que no hay fuentes que lo prueben definitivamente. Es, de todos modos, una leyenda que merece ser cierta.

A pesar de la aparición estelar del mulato paulista Friedenreich en el Sudamericano de 1919, las tensiones en torno del racismo persistieron incluso en las representaciones nacionales: para el Sudamericano de 1921, jugado en Buenos Aires, el presidente brasileño Eptacio Pessoa impuso su voluntad en el sentido de que el equipo brasileño fuera integrado sólo por jugadores blancos, ya que el año anterior, al pasar por Buenos Aires rumbo al Sudamericano de Chile, los brasileños habían sido tratados de “macaquitos” por la prensa argentina. La reacción de Pessoa no fue la protesta diplomática, sino la exclusión de los jugadores afrodescendientes.

Las novedades más radicales vendrían por el lado de clubes tradicionalmente dedicados a los deportes acuáticos. Por un lado, el Club de Regatas Flamengo, fundado en 1895 y que desarrolló su sección futbolística desde 1912; por otro, el Club de Regatas Vasco da Gama, fundado en 1898 y que comenzó a jugar al fútbol en 1915. El Flamengo era un club de élite, que se integró rápidamente al perfil aristocrático dominante del fútbol carioca; pero muchos años después, en 1936, al comenzar el profesionalismo —y luego

de, incluso, inicialmente rechazarlo—, dio un giro copernicano al incorporar a los más famosos jugadores negros de la época, Domingos da Guia y Leônidas da Silva, lo que “popularizó” definitivamente a sus seguidores —en un sentido clasista: los partidarios del Flamengo pasaron a ser predominantemente de las clases subalternas—. El Flamengo fue entonces apodado *pó de carvão* (polvo de carbón), como un modo de señalar la oposición de clase con los seguidores de su rival Fluminense.

Pero fue el Vasco da Gama el responsable de las transformaciones más drásticas en un sentido democratizador. Como relata Leite Lopes, el Vasco no era un club de la élite carioca, sino de los migrantes portugueses, la mayoría de ellos comerciantes, sin escolaridad universitaria. Por ello, le resultó más sencillo asumir la “proletarización” de sus jugadores: los deportistas comenzaron a ser de otra clase social que la de los dirigentes que, dedicados a la acumulación económica familiar, no disponían del mismo tiempo libre que sus colegas de los clubes aristocráticos. Así, con equipos integrados por obreros, mulatos y negros, el Vasco ganó la Segunda División en 1922 y la Primera en 1923. La respuesta de la élite fue inmediata: abandonaron la Liga y crearon una paralela Associação Metropolitana de Esportes Athleticos (AMEA), en la que prohibieron que atletas de algunas ocupaciones y profesiones, como portuarios, soldados, choferes de taxi o barberos, jugaran en la Primera División —expulsando así, de hecho, al Vasco da Gama—. Esta disputa, magistralmente narrada por Leite Lopes, incluía la exigencia de un estadio propio para incorporarse a la nueva liga (el Vasco no lo tenía) y hasta la realización de una suerte de prueba de alfabetización, en la que cada jugador debía completar una planilla personal de inscripción antes de cada partido. La respuesta del Vasco fue construir en 1927 su estadio São Januário, para 50 000 espectadores —por más de 10 años, hasta la inauguración del Pacaembú en São Paulo, en 1940, el más grande de Brasil; y hasta 1930, cuando se construyó el Centenario de Montevideo, el más grande del subcontinente—, y alfabetizar precariamente a sus jugadores, para permitirles completar la planilla.

Como se puede apreciar, la resistencia de los clubes elitistas incluía tanto consideraciones étnicas —el racismo era vertiginoso— como clasistas: lo que la irrupción del Vasco auguraba era necesariamente el profesionalismo, y con él la definitiva popularización de la práctica del fútbol. En 1925, la popularidad del Vasco forzó a los clubes de AMEA a aceptar su reingreso en la nueva liga. Simultáneamente, la necesidad de competir con el Vasco —y con el São Cristóvão Athletic Club, fundado en 1909 y que también reclutaba jugadores y seguidores entre los grupos populares y de afrodescendientes, campeón carioca en 1926— llevó a los clubes “nobles” a reclutar nuevos jugadores, blancos, pero pobres y en algunos casos del interior del estado de Rio de Janeiro. Como era previsible, estos nuevos jugadores también reclamaban algún tipo de ingreso, lo que transformó al amateurismo carioca en absolutamente insostenible. En 1933, simultáneamente con la liga paulista, el torneo carioca comenzó a profesionalizarse, aunque las disputas continuaron hasta 1937, cuando se produjo la unificación definitiva.

LAS OTRAS LIGAS

Hacer las historias de todas las ligas brasileñas —al menos, sólo las estatales, dejando de lado las del interior de cada estado— sería una tarea entre ímproba y enciclopédica que no podemos emprender aquí. En algún caso, la fundación de la liga fue anterior a la carioca: en 1905 ya había sido fundada una Liga Bahiana de Sports Terrestres en la capital bahiana, Salvador, con cuatro clubes fundadores: São Paulo Clube, que no jugó el campeonato subsiguiente; Clube Internacional de Cricket; Sport Club Victoria (originalmente, Club de Cricket Victoria), y Sport Club Bahiano. El Clube de Natação e Regatas São Salvador se afilió a la liga a tiempo para disputar el campeonato.

En cambio, la extensión del territorio y las dificultades de comunicación demoraron el establecimiento de una liga estatal en Rio

Grande do Sul hasta 1918. Aunque el futbol *gaúcho* —como se conoce a los habitantes del estado más sureño de Brasil— llegaría a ser, junto con el mineiro —el gentilicio de los habitantes de Minas Gerais—, el mayor competidor de la hegemonía carioca-paulista, su desarrollo fue mucho menos centralizado y visible. Si bien favorecido por la cercanía con Uruguay y Argentina (el estado limita al sur y al oeste con ambos países), el futbol *gaúcho* permaneció relativamente aislado del centro brasileño. Sin embargo, tanto la cercanía señalada como la gran migración europea favorecieron un desarrollo temprano: el Sport Clube de la ciudad de Rio Grande, por ejemplo, fundado por el alemán Johannes Minnemann en 1900, es aún el club en actividad más antiguo del futbol brasileño. De 1903 es uno de los clubes más importantes de Porto Alegre, el Grêmio Foot-Ball Porto Alegrense, fundado el mismo día que el Fussball Club Porto Alegre, aunque este último estaba integrado básicamente por migrantes alemanes. Ambos jugaron el primer partido en la ciudad en 1904, aunque recién fundaron una liga en 1914, cuando ya estaba activo el Sport Club Internacional (más conocido como Internacional de Porto Alegre, y así llamado por la relativa diversidad de sus jugadores frente al predominio de los clubes de comunidades migratorias). Un año antes, en 1902, se había fundado el Esporte Clube 14 de Julho en Santana do Livramento, exactamente en la frontera uruguaya, donde se realizó el primer campeonato oficial en territorio *gaúcho* en 1906. La primera liga del estado fue creada en la ciudad de Pelotas, en 1907; la primera liga que reunió a distintos equipos del estado se creó en 1918, con la fundación de la Federação Rio-Grandense de Desportos (luego Federação Gaúcha de Futebol).

En Minas Gerais, por su parte, cuya capital fue establecida en 1897 —la ciudad de Belo Horizonte—, el primer club fue fundado en 1904 por el “misionero” Victor Serpa a su regreso de Suiza, el Sport Club Foot-Ball, luego seguido por el Plínio, un primer Athletico Mineiro —el segundo y definitivo es de 1908—, el Villa Nova —de la ciudad vecina de Nova Lima y británico— y el América, éste

de 1912. El actual Cruzeiro fue fundado en 1921 como Societá Sportiva Palestra Italia, siguiendo la ya reconocible tendencia brasileña de organizar clubes que agruparan comunidades migratorias, a diferencia de, como narramos, los casos uruguayos y argentinos. La Liga Mineira de Desportos Terrestres fue fundada en 1915, organizando el primer campeonato; como era previsible, el torneo se limitó a los clubes de la capital. Los primeros años mostraron la hegemonía del América, con 10 títulos consecutivos. El profesionalismo, como en Rio y São Paulo, provocó una fractura en la Liga, hasta la fundación de la Federação Mineira de Futebol en 1939.

Lo que aparece como notable en ambos casos es la ausencia casi absoluta de ingleses. Si la integración al capitalismo internacional del Brasil priorizó la relación con el Imperio británico, ésta aparece más marcada en las dos grandes ciudades que disputaban la hegemonía política y económica —el eje Rio-São Paulo— o en determinados enclaves, como la explotación del caucho amazónico. En el resto del territorio, o al menos en los dos estados que estamos analizando, la prioridad de la difusión futbolística la tienen las otras comunidades migratorias europeas: los alemanes y los italianos en el sur, los italianos en Minas Gerais. De todas maneras, la importancia del eje hegemónico en el desarrollo y esplendor del fútbol brasileño hasta los años sesenta del siglo xx fue descomunal.

Aunque, con algo de paradoja, ese desarrollo y ese esplendor sería deudor, desde los años treinta, de la acción desarrollada desde el Estado federal por un político nacido en el interior *gaúcho*, en la pequeña localidad de São Borja, y *torcedor* del Grêmio de Porto Alegre: Getúlio Vargas. Sobre él y la relación entre el fútbol y el Estado nacional volveremos más adelante.

* * *

La popularización del fútbol en Brasil, a diferencia de Uruguay y Argentina, ha sido trabajada por los estudiosos fundamentalmente en torno de los procesos de incorporación de los afrodescendien-

tes —negros o mulatos—. Como afirma el historiador brasileño Mauricio Murad, la popularización debe leerse, a la vez, como la ruptura del racismo dominante de las élites brasileñas, las que, como señalamos, concedieron la abolición de la esclavitud apenas pocos años antes de la introducción de los deportes británicos; fue la última sociedad esclavista americana. Sobre cómo se produjo ese proceso, conocemos solamente los datos, no sus modos, aunque toda la bibliografía considera que se trató de un fenómeno similar al de las otras sociedades latinoamericanas. El esquema es siempre el mismo: la difusión entre los grupos populares de una práctica de élite, generalmente a pesar de esa misma élite, que resiste su expropiación refugiándose en el amateurismo como último refugio de su propiedad. Aunque en el caso brasileño el foco se ponga en los afroamericanos, lo mismo ocurrió con los blancos pobres —que no eran pocos—.

La novedad consistió en que, cuando el fútbol brasileño explota internacionalmente, a mediados de los años treinta y luego de la primera hegemonía uruguaya, sus mayores estrellas fueron jugadores afrodescendientes. La tentación —más de una vez recorrida— es entonces explicar las características del fútbol brasileño a partir de este trazo étnico, y esto supone un debate arduo. Lo que afirmamos para los casos rioplatenses —que no existe ningún innatismo que explique cierto tipo o “estilo” de juego, sino una serie de elecciones producidas en contextos muy específicos e irrepetibles que son luego transformadas en “discursos de identidad”— es igualmente válido para el caso brasileño, aunque la aparición de los jugadores negros sea excepcional y decisiva. Es posible que podamos pensar en una explicación más ampliamente cultural, o, como sugiere el periodista brasileño Gustavo Mehl, de una intersección entre cultura, cuerpo y ritmo. Sin entrar en grandes disquisiciones, la relación del fútbol brasileño, tal como saltó a la fama mundial desde los años treinta, con la capoeira y el samba, prácticas populares con estrecha dependencia de la herencia africana, parece innegable.

Lo cierto es que esa aparición permitió que sus discursos de identidad tomaran ese giro etnificado, que rematará en 1958 con el primer título mundial en Suecia encabezado por las estrellas Vavá, Didí, Pelé y Garrincha: tres negros y un mulato.

El investigador norteamericano Jason Borge coloca la diferencia entre rioplatenses y brasileños en un lugar adecuado: se trata, insistimos, de juegos de discurso. La invención rioplatense consiste en narrar una diferencia y una distancia con otro hegemónico: consiste en la criollización del fútbol inglés. La invención brasileña, en cambio, consiste en la integración imaginada de un grupo subalterno interno: el “negro en el fútbol brasileño”, como narró Mário Filho en 1947, realiza una “democracia racial”, aunque ésta sea, inevitablemente, sólo imaginada.



6

ENTRE INGLESES, MESTIZOS Y OBREROS: LA FUNDACIÓN DEL FUTBOL CHILENO

La clave fueron los puertos. No los marineros, como hemos dicho antes, sino los puertos. Y América Latina está llena de puertos. Los inicios del futbol son siempre portuarios: Buenos Aires y Montevideo, Rio de Janeiro, Santos y Salvador. Barranquilla es el lugar de fundación del futbol colombiano, como Guayaquil lo es del ecuatoriano y El Callao del peruano, o Veracruz del mexicano.

En Chile, en consecuencia, tenía que comenzar en Valparaíso. Su originalidad consistió en que en ningún lado hubo tantos ingleses, aunque uno de ellos se llamaba Scott y los escoceses no escaseaban.

UNA BREVE HISTORIA PORTEÑA

El peso de Valparaíso como puerto es tan importante en Chile que su gentilicio es el mismo que el de los habitantes de la ciudad-puerto de Buenos Aires: porteños. Así, fue el principal punto de entrada —y radicación— de la colonia británica en el país, a raíz de la también temprana vinculación con el capitalismo internacional, desde mediados del siglo XIX (aunque, a diferencia de sus vecinos atlánticos, sus exportaciones fueran principalmente mineras y no agropecuarias), y su condición de primer gran puerto del Pacífico, en las épocas anteriores a la construcción del Canal de Panamá.

Consecuentemente, las instituciones británicas florecieron, tanto las escuelas —la principal fue la Mackay and Sutherland School, cuyos fundadores, Peter Mackay y George Sutherland, eran por



supuesto escoceses— como los clubes deportivos: el Valparaíso Cricket Club en 1860, el Viña del Mar Lawn Tennis Club en 1864 y el Valparaíso Paperchase Club en 1870. Junto a ellos se había fundado un infiltrado Club Gimnástico Alemán o Deutscher Turnverein, en 1865. En 1882, la escuela de los escoceses decidió fundar un club especialmente dedicado al fútbol, que recibió el mismo nombre, Mackay and Sutherland Football Club, y que aprovechó el campo de deportes del colegio para la práctica. Aunque el periodo coincide con las otras experiencias escolares en el Atlántico, el Mackay and Sutherland parece haber sido el primero en América Latina en ser un club específico de fútbol, muchos años antes que el Buenos Aires English High School de Watson Hutton: en 1882, éste apenas desembarcaba en Buenos Aires.

Del mismo modo, la fundación de la primera liga es muy novedosa en el tiempo: en 1894 se funda un Committee of Sports que reunió a seis clubes: el Mackay ya citado; el Valparaíso Football Club, conocido como Old Valparaíso, de 1892, aunque sus prácticas se remontan a 1889, por la acción del periodista David Scott, y que sería la institución futbolística más antigua sin relación con un colegio; el National Football Club, fundado en 1899 según sus registros, pero que sin embargo participa de la reunión —un misterio de la mala documentación de esta historia—; el Chilian Football Club, del que no hay ningún registro salvo su nombre, y el Colegio San Luis, del que tampoco sabemos nada. Lo cierto es que, al año siguiente, se sumaron el Victoria Rangers, del que no tenemos datos, y el Valparaíso Wanderers, fundado en ese 1895 para la ocasión, y se retiró el San Luis; los seis clubes fundaron la Football Association of Chile, apenas dos años después que la Football League argentina. Al igual que los porteños del Atlántico, la liga se llamó chilena, pero era estrictamente porteña; al igual que los argentinos, no hay un solo nativo entre sus fundadores y primeros dirigentes —David Scott, Andrew Gemmell (escocés) y Robert H. Reid, bajo la atenta mirada del presidente de la reunión, R.W. Bailey, de quien se afirma que fue la primera persona en importar a

Chile el balón indispensable y mítico—. Y al igual que los argentinos, la nueva liga reclamó el reconocimiento por parte de la Football Association británica.

La diferencia consistió en que Valparaíso no era la capital de la República (ni su ciudad más importante), que está a 120 km y se sigue llamando Santiago de Chile. La hegemonía porteña —de Buenos Aires— jamás fue discutida ni refutada; la de Valparaíso, en cambio, duró sólo 30 años. Las disputas entre Valparaíso y Santiago durante esos 30 años no tienen parangón en el resto de la región.

UNA HISTORIA SANTIAGUINA Y CONFLICTIVA

Aunque la presencia británica en el puerto favoreció el desarrollo temprano del fútbol, también había escuelas y clubes en la capital. Pero sólo en 1903 (casi 10 años más tarde que los porteños) se creó una liga que organizara lo que, hasta ese momento, era una sucesión infinita de juegos amistosos en los que tenían protagonismo las escuelas. Al repasar la lista de los fundadores de la liga santiaguina, sorprende el hecho de que en esa fecha ya había por lo menos 16 clubes activos, mientras que el torneo argentino —nuevamente: porteño, pero de Buenos Aires— fue disputado el mismo año por apenas seis clubes, y la liga carioca ni siquiera había sido fundada.

De los clubes de los que tenemos datos, cuatro tenían su origen directo en escuelas: el Thunder, de 1900, fundado por alumnos del Colegio de los Sagrados Corazones, el colegio aristocrático de Chile; el Britannia, derivado del primitivo Club Atlético Escuela Normal, de 1897, y luego fusionado en 1899 con el de los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios; el Baquedano, de 1901, una ruptura del anterior, pero también integrado por alumnos de las escuelas y que se convirtió en Magallanes en 1904, y el Instituto Pedagógico Football Club, dependiente de la Universidad, en 1902. Otros dos eran comunitarios: el Scotland FC, del que no tenemos más datos,

y el Deutscher Turnverein, cuya sección santiaguina era de 1889. Otros dos pueden ser catalogados como clubes deportivos: el Santiago National FC, de 1900, aristocrático, y el Unión, fundado en 1897 por la fusión del Santiago Athletic y el Santiago Rangers non Sunday Playing Club, siendo este último, por mucho, el nombre más maravilloso que un club haya recibido en todo el subcontinente. Del resto conocemos sólo sus nombres: un Victoria, un Victoria Rangers —el futbol chileno y el uruguayo abundaron en Wanderers y Rangers— y un Willmington, pero todos ellos eran equipos “menores” del Unión— y hasta un Victorioso; un Chile, un Bandera de Chile y un Chilean Star; un Cambridge, un Balmaceda, un Brasil, y hasta un Tucapel, una localidad chilena y sede de una batalla de la conquista española, pero también un nombre mapuche.

El balance habla de una presencia importante de las escuelas, mayor si lo restringimos a los nueve equipos que disputaron la Primera División —ése es otro dato fantástico: la Asociación de Football de Santiago, como se llamó la organización, nació con dos divisiones—. En la Primera, de nueve equipos, tres eran de escuelas, dos de ellas públicas y la otra, católica.

El más importante de los primeros años, empero, fue el Club Atlético Unión, que contaba entre sus fundadores y jugadores con Juan Ramsay, el padre del futbol santiaguino. Ramsay había fundado el Santiago Rangers “que no jugaba los domingos” en 1894; en 1896 participó de la del Instituto Nacional FC, y en 1897 juntó todo lo anterior en el Unión —con lo que éste también tuvo un importante componente escolar. Ramsay jugaba con sus hermanos, todos hijos de un comerciante inglés, y su equipo fue conocido como “Invencible” porque no perdió ningún juego por tres años. Por alguna razón poco clara, de pronto perdieron todos juntos, y en 1906 se disolvieron. Por eso, Ramsay también fundó en 1908 el English FC. Como Hogg en Buenos Aires o Miller en São Paulo, Ramsay era un clásico polideportista británico: practicó atletismo y fundó un Club de Ciclismo. Pero era criollo: y ése era un signo del futbol santiaguino, su característica nativa, frente al “exceso inglés” de los clubes de Valpa-

raíso. A la vez eran criollos pero aristócratas, por lo que resistieron duramente la integración de las ligas “populares”.

La Asociación de Football de Santiago contaba en 1923 con 27 clubes afiliados que estaban integrados por 80 equipos en las distintas divisiones. Pero su restricción de clase motivó la multiplicación de Ligas: una Asociación Arturo Prat (1905), una José Arrieta (1907), una “Nacional” (1908), una Liga Santiago (1914) y una Metropolitana (1917). En 1927, la unificación del futbol santiaguino reunió a 78 clubes de cuatro ligas. La que más nos interesa es una Asociación Obrera de Foot-ball, fundada en fecha tan antigua como 1906, casi 20 años antes que la Federación Deportiva Obrera del Partido Comunista Argentino; originalmente con 12 clubes, llegó a reunir 35, formados por trabajadores. Volvemos sobre ellos.

* * *

Las disputas entre porteños y santiaguinos no tienen parangón en el subcontinente. Si bien en todos los países hay disputas y cismas y rupturas y realineamientos en las disputas por el reconocimiento institucional, una vez que la práctica se difundía y se volvía de masas —y luego incluyó las rupturas por el paso al profesionalismo, que casi sin excepción acarrearán algún tipo de fractura institucional—, la chilena implicó repercusiones internacionales por la doble representación. En realidad, ambas ligas se llamaban “chilenas” o “nacionales” y ninguna lo era: la Asociación de Foot-Ball de Santiago se había integrado en una Federación Sportiva Nacional en 1909, pero seguía regulando estrictamente el futbol de la ciudad. Mientras tanto, el futbol se había expandido tempranamente por el resto del territorio, gracias al ferrocarril invariablemente británico (por ejemplo, en Concepción, al sur, o en Iquique, al norte, tan tempranamente como 1897) o a la consabida integración al capitalismo internacional: la minería llevó el futbol a Antofagasta, donde el Antofagasta Juniors y el Bellavista Sporting

nacieron en 1896. Así, la liga de Valparaíso se renombró, sonoramente, Asociación Atlética y de Foot Ball de Chile en 1912, invitando a las ligas de Antofagasta y de Iquique a disputar un torneo entre seleccionados de cada una, que fue ganado por Antofagasta.

Los escándalos llegaron hasta los Juegos Olímpicos de Estocolmo en 1912, cuando ambas asociaciones —la FSN santiaguina y la AFCh porteña— enviaron equipos olímpicos (no de futbol); el Comité decidió reconocer a los santiaguinos. En 1913, Brasil envió una invitación para un encuentro deportivo, y el gobierno central se lo remitió a la FSN; en consecuencia, la AFCh invitó a jugar a Argentina; dos equipos representaron internacionalmente al futbol chileno casi al mismo tiempo —ambos perdieron—. En 1915, la invitación argentina a un torneo sudamericano de futbol forzó a un armisticio, que se prolongó incluso hasta la fundación de la Confederación Sudamericana de Fútbol (Conmebol) en 1916. Duró poco: en 1923 las disputas arreciaron y llevaron a la suspensión de las afiliaciones internacionales (Conmebol y FIFA). Sólo en 1926, un acuerdo obligado por el Estado nacional unificó las representaciones y estableció una Federación de Football de Chile, reconociendo la antigüedad de la formación de Valparaíso y su continuidad jurídica, pero estableciendo la sede en Santiago. De todas maneras, aun en la etapa profesional —luego de 1933—, el futbol "nacional" fue únicamente metropolitano, como en Uruguay y Argentina; en 1937, Santiago Wanderers (de Valparaíso) participó del torneo, pero jugando en Santiago, y sólo en 1942 pudo acceder el Everton de Viña del Mar.

* * *

En 1925, una ruptura en el Magallanes —que, recordemos, provenía a su vez de distintas fusiones entre clubes de alumnos de institutos escolares— permitió la fundación del Colo-Colo, con el tiempo el club más popular de Chile. El Colo-Colo nos permite marcar dos señales: que el líder de la ruptura fue la primera gran figura criolla del futbol chileno, David Arellano, la primera; la se-

gunda, que el nombre elegido era el de un cacique mapuche, lo que en esos años constituía una afirmación nacionalista —no necesariamente indigenista—. A su vez, en 1927, sucesivas rupturas y reagrupamientos del Instituto Pedagógico desembocaron en la fundación del Club Universitario de Deportes de Chile, más conocido como Universidad de Chile, su eterno rival. Como se ve con claridad, los dos equipos más importantes del luego fútbol profesional chileno nacieron de iniciativas estudiantiles o pedagógicas: la rápida apropiación del deporte como herramienta educativa y disciplinadora por las escuelas, tanto privadas —la tradición británica, recuperada por la Iglesia católica en nuestra región— como públicas, aspecto que en Chile fue más importante que en el resto de los países fundadores del fútbol latinoamericano. Por ejemplo, Joaquín Cabezas, primer presidente de la Asociación de Foot-Ball de Santiago en 1903, era profesor normalista y había sido enviado por el gobierno central a Suecia en 1889, para perfeccionarse en la organización de la educación física; allí estudió en el Instituto Central de Gimnasia de Estocolmo hasta 1893. En 1906, se convirtió en el director del Instituto de Educación Física y Manual. Los estudiantes chilenos, en consecuencia, no tenían más remedio que convertirse en futboleros.

EL PRIMER MÁRTIR (Y EL SEGUNDO)

Y entre esos estudiantes y profesores estaba David Arellano; como dijimos, activo fundador de clubes como estudiante y luego como profesor de educación física. Arellano jugó para los distintos clubes en los que participó como organizador, hasta terminar en el Colo-Colo, siendo reconocido como goleador (aunque jugaba como interior izquierdo, no como centro delantero). En 1926 jugó la Copa América en Chile para el seleccionado local, con un desempeño notable: aunque Chile quedó en tercera posición (perdió con Uruguay, campeón, e igualó con Argentina, subcampeón), las

goleadas a Bolivia y Paraguay le permitieron ser el goleador del torneo, por primera vez para un jugador chileno.

Pero la gloria le llegaría mediante el infortunio. En 1927, el Colo-Colo fue el primer equipo chileno en emprender una gira europea: como veremos más adelante, esas giras —iniciadas en 1925 por Boca Juniors de Argentina, Nacional de Montevideo y Paulistano de São Paulo— constituían un aspecto esencial de la construcción de una narrativa de diferenciación del futbol latinoamericano respecto del europeo, exactamente después de su consagración con el triunfo de Uruguay en los Juegos Olímpicos de 1924. En el caso colocolino, la gira “europea” incluyó juegos en Antofagasta, Iquique, Guayaquil, La Habana y varias ciudades de México, antes de arribar a La Coruña tres meses después de la partida; y luego, al regreso, jugó en Montevideo y Buenos Aires, para entonces regresar a Santiago en tren, evitando así la tentación de seguir jugando. Fueron 44 partidos en seis meses.

Durante sus partidos en España, Arellano popularizó una jugada particular, consistente en “patear el balón alto, con el cuerpo formando 90° con la vertical, elevando las piernas hacia adelante y empujando el balón sobre el cuerpo mientras se está suspendido de espalda en el aire, sin apoyarse en el suelo”, según la describe el diccionario. Se trataba, obviamente, de la llamada “chilena”, nombre que le pusieron los periodistas españoles asombrados por la destreza de Arellano. En realidad, la jugada había sido popularizada en Chile por Ramón Unzaga, un defensa que jugaba en Talcahuano (no en Santiago) y que además era él mismo español. Su primer registro fue en 1914, aunque su repetición en el Sudamericano de 1920 le valió su nominación como “chilena” por la prensa rioplatense. Pero el problema es que también reclaman su invención en el puerto peruano de El Callao a finales del siglo XIX, donde la llamaron “chalaca”, en homenaje, justamente, al gentilicio del puerto. Por ello, la chilena es chalaca desde Arica hacia el norte (en Perú, Ecuador y Colombia) y chilena desde el Pacífico hacia el este (el resto de Sudamérica), aunque la FIFA sólo acepta la versión chilena.

De todas maneras, Arellano entró en el panteón de los héroes —o más precisamente, en el Mausoleo de los Viejos Cracks de Colo-Colo— debido a su muerte, causada por el fútbol. Durante la gira, en mayo de 1927, en un juego en Valladolid, Arellano chocó en el aire con un jugador español y, al caer, golpeó su estómago con sus propias rodillas, lo que le provocó una peritonitis por la que falleció al día siguiente. Una muerte absurda, tanto como la de Abdón Ponte, mediocampista del Nacional de Montevideo y de la Selección Uruguay, campeón con ésta en el Sudamericano de 1917 y que se suicidó de un disparo, en 1918, en el medio del campo del Gran Parque Central de su ciudad porque había perdido el puesto en el equipo. La muerte de Ponte, quien fue el primer mártir del fútbol latinoamericano, inspiró al célebre cuentista uruguayo Horacio Quiroga su cuento “Juan Polti, *half back*”, publicado ese mismo año en Buenos Aires y, posiblemente, la primera ficción dedicada al fútbol en la literatura latinoamericana. La de Arellano, en cambio, sólo inspiró la cinta horizontal de color negro que lleva permanentemente la camiseta blanca del Colo-Colo.

“Dar la vida por el fútbol”: en ambos casos radica el inicio de una metáfora dolorosa. Cuando se vuelve literal, es una metáfora decididamente odiosa.

FUTBOL OBRERO

Lo más interesante del fútbol chileno, empero, no son los conflictos entre capitalinos y porteños, la influencia de las escuelas o el martirologio de Arellano: es la consistencia e importancia de sus clubes obreros.

En su magnífica historia del fútbol chileno, *Citizens and Sportsmen*, Brenda Elsej, historiadora y latinoamericanista norteamericana, afirma que “los clubes de fútbol integraron a los hombres de la clase obrera en la política urbana, los conectaron con partidos políticos, y sirvieron como espacios de la crítica política”. Los clubes

fueron los espacios, afirma Elsey, donde las clases populares debatieron “los paradigmas dominantes de democracia y ciudadanía”. El peso de los clubes obreros fue decisivo en esta dirección: muy superior, por ejemplo, al de las parroquias católicas. Elsey parte de la hipótesis (que compartimos) de que las élites —sociales, culturales, industriales y políticas— intentaron dirigir los hábitos de los trabajadores mediante un estricto control del tiempo, el espacio y la salud, con mecanismos variados en todo el subcontinente: la educación, la religión, la fábrica, el barrio obrero, el higienismo. Una vez iniciado el proceso de popularización del fútbol, éste se reveló como un mecanismo disciplinador del tiempo libre, como hemos visto en todos los casos nacionales anteriores —y como veremos en los posteriores: si el proceso de popularización no fue previsto por las élites, sí fue administrado por ellas, preservando, por ejemplo, el control férreo de las instituciones deportivas—. Pero como sabemos hace tiempo, la intención disciplinadora de algún mecanismo social no garantiza su éxito: una operación “disciplinaria” no garantiza una sociedad “disciplinada”.

Así, Elsey sostiene que los clubes populares fueron parte importante de una red de asociaciones civiles que modelaron la aparición de una identidad de clase obrera urbana. El historiador Joshua Nadel, a quien ya citamos, se basa en la investigación de Elsey para afirmar que los clubes chilenos eran instituciones democráticas que servían para el entrenamiento político: era el lugar donde aprendían a debatir lo social, por medio del fútbol. Por supuesto, también era una herramienta para el control social por parte de las élites: los clubes de empresas, como ya hemos ejemplificado en Uruguay, Argentina y Brasil, pretendían construir “mejores” obreros y ciudadanos —es decir, menos díscolos—. Pero tanto éstos como los clubes obreros se revelaron también como una herramienta para la construcción de una conciencia de clase y étnica —la que oponía lo “criollo”, mestizo, a lo británico, blanco y europeo— y a la vez, por lo tanto, como una vía alternativa de entrenamiento político. De ese modo, acota Elsey, el fútbol fue el espacio donde se

preservaron las estructuras políticas y sindicales durante la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, entre 1927 y 1931. Y su importancia ya había sido detectada en la presidencia de Arturo Alessandri (1920-1925), que apoyó el desarrollo del fútbol e intervino en la crisis institucional entre Valparaíso y Santiago. En su segunda presidencia (1932-1938), Alessandri hizo construir el estadio Nacional de Santiago. Y su hijo Jorge, presidente entre 1958 y 1964, fue el responsable de la organización de la Copa del Mundo de 1962. Nadie puede dudar de que las élites políticas intentaban concentrar la administración del fútbol —y de sus posibles beneficios simbólicos, como veremos más adelante—.

De todas maneras, el fútbol se había transformado cada vez más claramente en cultura de masas, lo que le permitía una mayor democratización que desembocaría en su profesionalización en 1933 —aunque la mayor orientación del fútbol hacia el beneficio económico, producto de esa misma conversión en cultura de masas, redundaría en que al profesionalismo sólo llegó uno de los clubes procedentes de las ligas obreras, el Morning Star, originalmente el Small Chile, de 1907—.

* * *

Brenda Elsey agrega en su libro un debate sobre el proceso de popularización que la bibliografía existente sobre los países del Atlántico no había contemplado. Para ella, la razón económica no es decisiva en la popularización del juego: el espacio público en Santiago y Valparaíso era escaso, lo que limitaba la “baratura” a los que poseían espacios privados —los colegios y los clubes comunitarios—. Del mismo modo, agrega Elsey, la cuota social de los clubes era cara: más que el cine o el baile. Para ella, en consecuencia, el carácter transnacional del deporte —es decir, su carácter moderno e integrado al mundo, como ya hemos dicho—, la calidad de la membrecía al club y la oportunidad que brindaba para socializar “explican su popularidad mejor que únicamente el costo

del equipamiento”. Como venimos sosteniendo, todas las explicaciones sobre la popularización del futbol latinoamericano son hipotéticas, basadas en mejor o peor documentación; la observación de Elsey, sustentada en el peso social y cultural de los clubes para la vida popular en Santiago de las primeras décadas del siglo xx, no es desdeñable, ni mucho menos.

TRADICIONES PERUANAS

Nuevamente los puertos, en este caso El Callao: todo el comercio internacional peruano pasaba por allí, y eso implicaba la entrada de la comunidad británica. Como narramos en el capítulo 2, el pionero habría sido Alexander o Alejandro Garland, hijo de británico, peruano, estudiante en Gran Bretaña, que introduce el fútbol hacia 1872 o 1873: la documentación es muy precaria, aunque hay un Garland en la fundación del Club Lawn Tennis de la Exposición, en 1884.

Jorge Basadre, célebre historiador peruano y uno de los fundadores de su historiografía, fue quien sostuvo la existencia de Garland y también la de los marinos del buque inglés *Anfion*, que habrían jugado en 1899 el primer partido internacional de la historia peruana contra un combinado del Unión Cricket y el Lima Cricket, donde —según Basadre y la leyenda— ganaron los peruanos. Poco tiempo después, los marinos del buque *Líder* vencen al Unión Cricket 5 a 0. Los marinos, como vimos en el caso uruguayo, solían ser los oficiales. Pero esto permite ver que la comunidad británica ya había fundado un Lima Cricket Club, en 1857, y un Lima Lawn Tennis Club, en 1884, que en 1885 se fusionaron originando el Lima Cricket and Tennis Club, y que a su vez se transformó en 1906 en el Lima Cricket & Football Club, uno de los clubes fundadores de la Liga peruana. Por su parte, como también dijimos, el Unión Cricket & Tennis Club se creó en 1893, pero como club de la aristocracia limeña —y podemos destacar, además, la reiterada presencia del tenis junto al cricket—. Basadre le pone fecha al primer juego: el domingo 7 de agosto de 1892, y sostiene que se trató

de dos equipos integrados por ingleses y peruanos que representaban a Lima y al puerto de El Callao. Un nuevo juego registrado en 1894 por el diario *El Comercio* permite listar los jugadores: los limeños formaron con Benavides, Brenner, J. Brooke, A. Brooke, Coello, Conder, Dean, Larrañaga, Mason, Ramírez y Varela Orbegoso. Los chalacos, con Barber, Beach, Campbell, Elliot, Mac Bride, Mac Callum, Mac Coll, Morris, Reid, Voell y White. Los apellidos no nos permiten suponer una gran presencia criolla.

ESCOLARES

Ya en los últimos años del siglo XIX, los comienzos del fútbol peruano están, afortunadamente, bien investigados por los historiadores locales. Hay dos elementos sobresalientes: primero, que entre todas las posibilidades de difusión que hemos analizado hasta ahora en el resto de Sudamérica, en el caso peruano el actor central son las escuelas. Segundo, la temprana vinculación con la política local y nacional, entre otras cosas por la obligatoriedad de la educación física y la introducción del fútbol en las escuelas impuesta por el gobierno en fecha tan temprana como 1906, pero también por la relación que los mismos presidentes o dictadores —Augusto Leguía, José Pardo y Barreda, Óscar Benavides, Luis Miguel Sánchez Cerro— propusieron explícitamente. Si bien éste es un fenómeno expandido en toda la región —aquí y allá los presidentes dan puntapiés iniciales o asisten a juegos especiales—, en el caso peruano la incidencia de los gestos políticos parece haber sido más enfática. Para la élite peruana, la modernización —imperialista, tras la derrota en la Guerra del Pacífico de 1895— tenía dos aspectos clave: el higienismo y la reestructuración educativa, para formar ciudadanos sanos, fuertes y “morales”. La combinación de escuelas y fútbol era, entonces, la indicada.

El primer club derivado de escuelas se fundó en 1898, con alumnos de diversos colegios de Lima —Labarthe, Guadalupe y el

Convictorio Peruano— que crean el Association Foot Ball Club, primer club dedicado expresamente a la práctica del fútbol, y que luego se fusionaría con el Ciclista Lima. Su rival más importante, porque implicaba también la rivalidad geográfica, sería el Atlético Chalaco, fundado por alumnos del Instituto Chalaco (del puerto de El Callao) en 1902. La investigación de Gerardo Álvarez Escalona abunda en datos sobre estos clubes y las escuelas originarias, e incluso los clasifica según se tratara de escuelas que organizan sus propios equipos, especialmente luego de la incorporación del fútbol a los currículos escolares en el Reglamento de Enseñanza de 1908 —como el José Pardo, el Mercedarias o el Guadalupe—, o clubes formados por los estudiantes sin el apoyo explícito de sus autoridades, como el Association o el Chalaco, o también el José Gálvez, de 1908. Este fenómeno estudiantil incluía a las universidades —San Marcos— o a los institutos militares —la Escuela de Ingenieros o la Escuela Militar de Chorrillos. Todos estos equipos disputaban torneos escolares, universitarios o independientes: hasta 1912 no hubo una Liga que los agrupara.

El caso Chalaco es especialmente relevante porque el Atlético vencía fácilmente a sus rivales del puerto, lo que los llevaba a pactar amistosos contra equipos limeños; en esa línea desarrolló una rivalidad clásica contra el Association, y el ímpetu en el juego los llevaba a más de una situación de enfrentamiento. Pero además comenzaron a caracterizarse por un estilo de juego rudo y aguerrido, al que llamaban “la furia”, y que sería el primer caso de una narrativa estilística local.

Álvarez Escalona señala que los barrios limeños no desarrollaron el mismo impulso asociacionista que las escuelas, a pesar de que la difusión por éstas del fútbol en esa primera década nos indica una presencia importante, que en los otros casos nacionales narrados hasta aquí generaba una popularización más o menos rápida; los estudiantes que practicaban el fútbol en Lima pertenecían a sus clases privilegiadas. Para Álvarez, eso sólo se produjo lentamente en la segunda década del siglo, y con más ímpetu en la tercera,

entre otras razones porque los sectores populares no contaban con tiempo libre: la jornada laboral de ocho horas se aprueba apenas en 1919. Por otro lado, las asociaciones de barrio eran mucho más informales que lo que requería la práctica deportiva sistemática.

Apenas aparecieron, en el comienzo de la primera década, dos clubes obreros, pero con sostenimiento de los patrones: el Sport Vitarte, fundado en 1904 en la Fábrica de Tejidos Vitarte, y el Sport Inca, fundado en 1908 en la fábrica de tejidos Inca Cotton Mill; a ellos se les sumó el Sport Progreso, de la fábrica textil Santa Catalina, en 1912. Los tres fueron los únicos clubes obreros que participaron en la fundación de la primera Liga Peruana de Fútbol en 1912 —como en todos los casos que hemos visto, la liga “peruana” era estrictamente limeña—, junto al Association Football Club y el Jorge Chávez (clubes de estudiantes), la Escuela Militar de Chorrillos (militares), el Lima Cricket and Football Club (inglés) y el Sporting Miraflores, autor de la iniciativa y club criollo, y el Sport Alianza, el único club al que podemos llamar “barrial”, aunque deberemos volver sobre él. El Lima Cricket dominó los primeros años, pero luego le siguieron el Sport Jorge Chávez, el Sport José Gálvez y el Sport Juan Bielovucic, todos clubes criollos y más cercanos a las clases medias. Sport Alianza logró su primer bicampeonato al obtener los títulos de 1918 y 1919. Pero en 1920 y 1921, los vencedores de la Liga fueron el Sport Inca y el Sport Progreso, respectivamente, lo que indicó un cambio de clase definitivo: los clubes obreros habían llegado al triunfo, y con ellos los jugadores de clases populares.

En el resto de Perú, la difusión fue más o menos rápida: hay clubes en Cusco (Cienciano, 1901), Iquitos (Athletic Club José Pardo, 1906), Arequipa (FBC Melgar, 1915), Piura (Atlético Grau, 1919), Sullana (Alianza Atlético, 1920) y Tacna (Coronel Bolognesi, 1929). Pero la integración demoraría muchísimo. En 1922, tras muchos problemas organizativos, la Liga dejó paso a una Federación Peruana de Fútbol (FPF), que pudo entonces afiliarse a la Conmebol y a la FIFA, y comenzar sus participaciones internacionales.

De esta segunda etapa es la aparición de otro club grande de Lima, el Universitario de Deportes, fundado en 1924 como Federación Universitaria de Fútbol e integrado por estudiantes de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, que desde 1928 participó en los campeonatos de la Federación. El tercer grande peruano, el Club Sporting Cristal se fundó en 1955 como parte de la cervecería limeña Backus & Johnston.

La creación de la FPF no significó una nacionalización del fútbol. Apenas en 1924 se incorporaron los clubes de El Callao; para el resto del país hubo que esperar a 1962, con la creación de una Asociación Deportiva de Fútbol Profesional, que recién en 1966 organizó un Campeonato Nacional. En realidad, el centralismo limeño no hacía otra cosa que reproducir el montevideano, el bonaerense y el santiaguino; y sólo la dicotomía paulista-carioca evitaba un metropolitanismo brasileño.

LA INVENCION DE UN CLUB POPULAR

Si el tercer grande es el Sporting Cristal y el segundo el Universitario de Deportes limeño, debemos volver al primero, que hasta ahora evitamos: se trata del originalmente Sport Alianza, de 1901, devenido Alianza Lima en 1920. Buena parte de la bibliografía sobre el desarrollo del fútbol peruano pone el foco en el desarrollo del club: tanto Jorge Pulgar Vidal como David Wood, Aldo Panfichi y Steve Stein encuentran en la historia del Alianza una suerte de síntesis de la complejidad del proceso de popularización del fútbol peruano. Hay discrepancias sobre el origen de clase real de los fundadores: hay quienes insisten en que pertenecían a las clases populares, hay quienes sostienen que el club se popularizó sólo en el curso de las dos primeras décadas del siglo. Hay coincidencia en el hecho de que el nombre homenajeó a una caballeriza que era propiedad de Augusto Leguía, ya entonces miembro de las familias aristocráticas y funcionario de gobierno, que llegó a la

presidencia entre 1908 y 1912, y luego fue dictador de Perú en el ciclo conocido como “Oncenio”, entre 1919 y 1930; y también las fuentes coinciden en que nombraron padrino del club a Zenón Mariátegui, un político cercano a Leguía. La caballeriza, en realidad, les permitía un espacio para jugar. Si eran jóvenes populares, sabían buscar aliados.

En lo que todos coinciden es en que entre 1918 y 1919, bienio en el que es bicampeón, y 1930, el Alianza despliega su imagen de club popular, cosa que se duplica con su afincamiento en el barrio de la Victoria y se consagra con la aparición de Alejandro Villanueva, un gran jugador según todas las fuentes y que aquilatava los siguientes méritos: jugó siempre para el Alianza; integró los seleccionados nacionales en el Sudamericano de 1927, en la Copa del Mundo de 1930 y en los Juegos Olímpicos de 1936 —claves en la historia del fútbol peruano, como veremos—; fue multicampeón con el Alianza; era un jugador brillante, apodado “El Maestro”, que combinaba dominio del balón, elegancia y picardía, lo que luego sería llamado “fútbol criollo”; a la vez, era indisciplinado y bohemio, afecto a la vida nocturna. Si todo esto no era suficiente para transformarlo en símbolo del fútbol como definitivamente popular, Villanueva era, además, negro. Por ello, el sociólogo peruano Aldo Panfichi afirma que el Alianza combinaba el sentido de comunidad de un barrio, la cultura afroperuana y la condición de clase obrera. Villanueva coronaba todo eso.

Steve Stein, historiador norteamericano que investigó largamente la vida popular limeña, sostiene que el Alianza permite analizar las relaciones entre las clases sociales limeñas de un modo original: en la década de 1920, afirma, la oposición entre el Alianza y el Universitario —entre el club negro y popular, y el blanco y universitario— escenificaba un conflicto clasista y racial que era escamoteado en la vida pública: de la existencia de ese conflicto estaba prohibido hablar, por más que todos lo vieran. Así, el fútbol permitía una posibilidad democrática ausente en la sociedad peruana “real”: que el pobre, negro y explotado venciera al rico, blan-

co y poderoso. Del mismo modo, esta integración de las clases populares y afroperuanas implicó el desarrollo de una narrativa del fútbol criollo, simbolizada finalmente en el jugador Villanueva, que para el historiador Jaime Pulgar Vidal produjo una suerte de contrahegemonía en el fútbol peruano. Por su parte, David Wood, investigador británico especializado en la cultura popular peruana, complementa esta significación con el hecho político de que el fútbol peruano, ya en la primera década del siglo, como dijimos, pero con más fuerza en el Oncenio de Leguía, se institucionalizó como deporte oficial y se transformó en un mecanismo de control y de disciplina popular: si la popularización era inevitable, como en todo el subcontinente, su control debía ser férreo, también como en toda la región. Leguía construyó e inauguró el estadio Nacional, y luego inauguró el Campeonato Sudamericano de 1927. Wood señala asimismo que tres de los cuatro directivos de la Liga de 1912 eran británicos; y que desde 1922 hasta la actualidad, todos los presidentes de la Federación fueron blancos, sean ellos profesionales, militares o empresarios.

La asociación del Alianza con el afroperuanismo se ratificó en 1929, en un incidente confuso por el que sus jugadores se retiraron del equipo nacional que entrenaba para el Campeonato Sudamericano de Buenos Aires; siete jugadores eran negros, por lo que las fuentes coinciden en que se trató de un episodio racista. El Alianza fue además expulsado de la Federación; y para colmo, el equipo peruano perdió todos los juegos, con 12 goles en contra y uno sólo a favor. En 1930, tras un armisticio entre el club y la Federación, regresaron los aliancistas, incluido Villanueva, al equipo que jugó la primera Copa del Mundo en Montevideo, donde también fueron derrotados en los dos partidos, y tuvieron el primer expulsado de la historia de los mundiales, el centrocampista Plácido Galindo.

De todos modos, Wood recuerda que los primeros clubes andinos, el León de Huánuco y el Cienciano de Cusco, se incorporaron a la Primera División apenas en 1972 y 1973, y que el primero

amazónico fue el Colegio Nacional de Iquitos, en 1975. Y que habría que esperar hasta el gobierno de Juan Velasco Alvarado y la Revolución peruana (1968-1975) para que el fútbol revalorizara a los mestizos indios: los grandes “cholos” del fútbol peruano, Hugo Sotil y Héctor Chumpitaz, las grandes figuras, junto a los afroperuanos Teófilo Cubillas y Julio Meléndez, de la edad de oro del fútbol peruano, entre 1969 y 1978. La férrea negativa de la burguesía limeña a reconocer a sus poblaciones originarias evitó que siquiera la simbólica integración que el fútbol podía permitir se produjera hasta finales del siglo xx.

AL NORTE DE PARAGUAY

El origen del resto de los “fútboles” sudamericanos está mucho menos documentado; casi no han sido objeto de estudios históricos, sino que la información depende en gran medida de historiadores aficionados o periodistas; por ejemplo, buena parte de la información sobre la historia del fútbol boliviano la produjo el expresidente de la nación Carlos D. Mesa Gisbert (2003-2005). En el caso colombiano, donde hay mucha más investigación, ésta se centra en el periodo conocido como “El Dorado”, a fines de los años cuarenta, cuando nace el fútbol profesional. En Ecuador, por su parte, un grupo de estudiosos reunidos por el investigador Fernando Carrión produjo una serie de libros valiosísimos sobre el fútbol ecuatoriano, pero no hay entre ellos ninguna historia minuciosa del periodo de fundación. Miguel Ángel Bestard, quien escribe una historia del fútbol paraguayo en 1996 publicada por la Liga Paraguaya, señala que no hay ningún archivo oficial hasta 1903, y que incluso hasta 1940 todos los documentos están incompletos; alguien afirma que los archivos de la Federación Paraguaya fueron quemados en la Guerra del Chaco, pero la guerra nunca llegó a Asunción.

Entre todas esas debilidades, intentaremos un relato.

EL HOLANDÉS ERRANTE, ENTREGUERRAS

La historia del fútbol paraguayo está atravesada por una larga lista de conflictos internos y externos, en la mayoría de los casos armados, que aquejaron a la joven República luego de, justamente, la

Guerra de la Triple Alianza entre 1865 y 1870. Continuas luchas civiles produjeron una gran inestabilidad política hasta por lo menos 1924; una precaria estabilidad que terminó con la Guerra del Chaco, entre 1932 y 1935; una nueva guerra civil en 1947, coronada con la larga dictadura del militar Alfredo Stroessner entre 1954 y 1989. En todo ese tiempo era difícil pensar en procesos como los que, aun con sus diferencias, hemos narrado hasta aquí, de modernización e integración más o menos armoniosa al capitalismo mundial —y como una de sus consecuencias, el desarrollo del deporte moderno—. Entre otras razones, por eso los primeros éxitos internacionales debieron esperar a 1953.

Como vimos en el capítulo 2, el caso paraguayo cuenta con un componente insólito por la aparición como pionero del único holandés que registran nuestras historias: Wilhelm Paats, nacido en Rotterdam en 1876 y migrante a Sudamérica en 1894 a causa de una afección respiratoria, de la que no podemos entender cómo mejoró en la humedad paraguaya, llegó a Asunción en ese año, previo paso por Buenos Aires, donde su tío era cónsul holandés. Banquero, empresario y masón, Paats fue también instructor de educación física de la Escuela Normal de Asunción, donde organizó el primer partido de fútbol en 1901; el periodista Julio César Maldonado, en su *Historial del fútbol paraguayo [1900-1965]*, afirma que los balones los introdujo Lucio Sila Godoy, socio de las aventuras deportivas del holandés, desde Buenos Aires. Lo cierto es que Paats y Godoy crean en 1902 el primer club, el Olimpia, y en 1906 participan de la fundación de la Liga Paraguaya de Football Association, que en 1941 quitó el Association y en 1957 castellanizó el Fútbol. En el ínterin, se fundó el Guaraní, en 1903, contra el que el Olimpia jugó el primero de muchos clásicos y primer partido entre clubes en ese mismo año. Bestard afirma que el juego no terminó porque Godoy, enojado por un fallo, se llevó la pelota, de la que era dueño.

También se fundaron el Nacional, en 1904, con estudiantes del colegio homónimo, el Libertad, en 1905, y el Club General Díaz (el nombre de un héroe de la guerra de la Triple Alianza), del que no

tenemos datos. Éstos fueron los fundadores de la Liga, a los que se sumó el Cerro Porteño, en 1912. Los clubes de Luque (a apenas 13 kilómetros de Asunción) se sumaron en las décadas siguientes. Hasta hoy, casi todo el futbol paraguayo se concentra en su zona metropolitana.

Nada sabemos sobre cómo se produjo la popularización de la práctica; sabemos, gracias a Bestard, que hubo un rol importante de la Iglesia católica en la difusión del deporte, especialmente por la acción de los curas salesianos, que organizaron una liga deportiva. También sabemos que los contactos con el futbol del exterior fueron escasos hasta 1921: que el primer juego fue contra un seleccionado de la pequeña ciudad uruguaya de Salto, en 1913 (una derrota por 6 a 0), pero que en el Sudamericano de 1921 obtuvieron una inédita victoria contra los uruguayos. También que el profesionalismo, signo clásico de la difusión entre las clases populares del futbol, sólo se formalizó en 1964; que hasta ese momento predominaba el amateurismo marrón. Pero también sabemos que los mejores jugadores paraguayos emigraban rápidamente, entre ellos el que quizá sea el mejor de la historia, Arsenio Erico, que migró con la Guerra del Chaco a Argentina, donde desarrolló su brillante carrera hasta 1947, con un interregno de un año (1942), cuando jugó para el Nacional de Asunción, su club de origen.

ROSTRO BOLIVIA, ESTAÑO Y SOLEDAD

Una breve historia publicada por el periodista Oscar Magne Soto en 1982 nos permite saber que el futbol llegó a Bolivia con el ferrocarril de la compañía británica The Antofagasta (Chili) and Bolivia Railway Co. Ltd., a Oruro, en 1894, lo que permitía enviar el mineral boliviano al puerto del Pacífico y de paso llevar el futbol a Bolivia. No parece un buen intercambio.

El periodista Marco Antonio Peñaloza Bretel, en una historia oficial publicada por la Federación Boliviana en 1993, agrega que el

primer balón lo introdujo Leoncio Suaznábar desde Chile, donde había estudiado. El primer club fue el Oruro Football Club, de 1896, fundado entre otros por Suaznábar —y un conjunto de entusiastas bolivianos: no hay anglos entre los fundadores—, y que jugó su primer partido oficial consigo mismo; recién en 1905 jugó en La Paz contra el Thunder Foot Ball Club. En Potosí, por su parte, se fundó el Club Stormers San Lorenzo en 1897; en 1901, en La Paz apareció el Bolivian Rangers; alrededor de 1905 en Cochabamba se fundó el National Football Club, mientras que en La Paz nació el Thunder. En 1908 se fundó The Strongest, hasta hoy el más popular de Bolivia, constituido, a pesar de su nombre, íntegramente por bolivianos. En 1925 se fundó el Bolívar, explícitamente con un nombre en español: que hasta entonces todos los clubes tuvieran nombres ingleses nos habla de una propiedad clasista, pero no inglesa, del primer fútbol boliviano. El Jorge Wilsterman, de Cochabamba, recién llegaría en 1949, y el Oriente Petrolero, de Santa Cruz, en 1955.

Las distancias y la precariedad de las comunicaciones terrestres hicieron que el fútbol boliviano se desarrollara descentralizadamente: apenas en 1977 se fundó una Liga del Fútbol Profesional Boliviano que reunió a las distintas ligas de los distintos departamentos. Entre 1950 y 1960 se organizaron torneos integrados que disputaban los campeones de las ligas departamentales; en 1960 se creó una Copa Simón Bolívar que permitía definir los representantes a la Copa Libertadores, creada ese año por la Conmebol. Las ligas habían sido creadas con mucha anterioridad: en 1914 la llamada La Paz Football Association, la primera del país; en el mismo 1914, la Asociación Chuquisaqueña de Fútbol; en 1917, la Asociación Cruceña de Fútbol; en 1921, la Asociación de Fútbol Oruro; en 1922, la Asociación Tarijeña de Fútbol; en 1924, la Cochabamba Football Association; en el mismo año, la Asociación de Fútbol Potosí, y en 1936, la Asociación de Fútbol Beni. En 1925, empero, aunque la organización de los torneos continuó descentralizada, se creó una Federación Boliviana de Fútbol con sede en Cochabamba, lo que permitió la afiliación a la Conmebol y la FIFA al año siguiente.

te, momento en el cual se organizó un campeonato nacional, en el que participaron selecciones de cada Liga: el primero fue disputado en Sucre.

Nada sabemos de los modos en que el futbol boliviano se popularizó. Sólo a partir de 1952 y la Revolución Nacional de Paz Estenssoro, sabemos que comenzó el desarrollo del futbol entre las comunidades indígenas; pero esto apenas lo ha comenzado a indagar recientemente el gran sociólogo boliviano Sergio Villena Fiengo.

LA SIERRA Y LA COSTA, O LA DICOTOMÍA ECUATORIANA

Nuevamente un puerto, el de Guayaquil: allí llegan los hermanos Juan Alfredo y Roberto Wright, que traen la pelota desde Gran Bretaña, donde habían estudiado, y fundan el Sport Club en Guayaquil, en 1899, el primer club ecuatoriano. Pero antes habían pasado por Lima y jugado para el Union Cricket, como buenos británicos. Luego lo siguieron el Club Sport Ecuador y la Asociación de Empleados de Guayaquil en 1902; el Libertador Bolívar, el Club Unión y el Club Gimnástico en 1903, y el Sport Patria en 1906, junto a otros clubes luego desaparecidos. En 1929, los trabajadores de la Empresa Eléctrica de Ecuador organizan un club, presidido por el ejecutivo norteamericano George Lewis Capwell, que será conocido por su acrónimo Emelec y que señala la reproducción del modelo del club fabril sudamericano. De 1925 es su rival clásico, el Barcelona, así llamado en homenaje al apoyo de la comunidad catalana —y porque los catalanes presentes en la fundación eran tantos que ganaron la votación—. Sólo en 1922 se crea una Federación Deportiva del Guayas, que unió a los clubes del puerto.

El futbol de la sierra —la provincia de Pichincha, donde está la capital, Quito— está menos documentado, aunque sabemos que en el mismo 1922 una Concentración Deportiva de Pichincha organizó los primeros torneos, en los que participaron clubes como

Gladiator, Gimnástico, Athletic y Cleveland, ya desaparecidos y de los que no tenemos datos. En 1918 se funda la Liga Deportiva Universitaria, originalmente Club Universitario, integrado por estudiantes de la Universidad Central, y que se llamaría LDU a partir de 1930. La Sociedad Deportiva Argentina es de 1940, aunque se transformó en Sociedad Deportivo Quito. El fútbol fabril aparecería en 1945 con la fundación del Aucas, organizado por la petrolera Royal Dutch Shell; en 1960 se creó el Club Mariscal Sucre, después llamado Club El Nacional, en 1964, organizado y apadrinado por las Fuerzas Armadas, uno de los pocos casos en el subcontinente latinoamericano.

En 1925 se organizó una Federación Deportiva Nacional del Ecuador, que se afilió a la FIFA en 1926 y a la Conmebol en 1930. En 1926, en Riobamba, se jugó un primer torneo nacional pero de selecciones provinciales, ganado por Chimborazo. Esto se repetiría entre 1940 y 1946, con la organización del Comité Olímpico Ecuatoriano. En 1951, el fútbol se profesionalizó, pero sólo se organizó un Campeonato Nacional en 1957.

Como en los casos anteriores, sólo podemos suponer cómo se produjo el proceso de popularización, que aquí también implicó de manera importante a la población afroecuatoriana, proveniente sobre todo de la costa del Pacífico, y más especialmente de la provincia de Esmeraldas, en el límite norte con Colombia, la gran productora de futbolistas ecuatorianos: 10 de los 23 jugadores del plantel mundialista de 2014. Si el porcentaje de afroecuatorianos en Ecuador es de 7.2%, en Esmeraldas es de 43.9 por ciento.

Nada hay trabajado sobre esto. En cambio, la bibliografía ecuatoriana insiste en que el seleccionado nacional de fútbol es el único símbolo de identidad nacional que puede superar la dicotomía tajante entre la sierra y la costa. Apenas el Olmedo, de Riobamba, y el Deportivo Cuenca, de Cuenca, y sólo una vez cada uno, han roto el monopolio de los torneos entre Guayaquil y Quito. No es un fútbol centralizado y concentrado como el argentino, el uruguayo o el chileno; es, apenas, enfáticamente bipolar.

FUTBOLEROS EN UNA TIERRA DE PELOTEROS

Aunque el deporte más popular de Venezuela fue el beisbol, el futbol llegó tan temprano como 1876. Eso afirma el periodista Luis Laya, en su historia del futbol venezolano publicada en 2004, recogiendo una tradición oral según la cual el galés A.W. Simpson, maestro que trabajaba para las compañías explotadoras de oro en la región de El Callao, con trabajadores ingleses, franceses, alemanes e italianos, organizó un juego en ese año. Sin embargo, la fuente citada, un periódico titulado *El Correo del Yuruari*, tuvo su primer número el año siguiente, lo que vuelve incierta la versión. Lo que sí es cierto es que en los campamentos mineros y en la explotación de caucho predominaban los europeos, futboleros; pero en Venezuela se producía petróleo desde 1879, y el peso de los capitales norteamericanos fue decisivo para impulsar el crecimiento del beisbol.

Los primeros equipos de futbol, entonces, aparecieron en Caracas en 1902, fundamentalmente en torno de las colonias de inmigrantes europeos. El primer torneo, en ese año, reunió a seis equipos: Universidad, La Salle, Banco Obrero, Deportivo Español, Catalonia y Deportivo Vasco. Otros equipos, reveladores de la presencia de las colonias extranjeras, fueron Arizona, National City, Filadelfia, New Orleans, Centro Atlético, Caracas SC, Olímpico y América. Laya afirma que también las comunidades católicas colaboraron en la difusión del juego, especialmente los jesuitas y los salesianos, a los que ya hemos visto en otros países del área utilizando el futbol como herramienta educativa y disciplinadora.

El auge del futbol en Caracas motivó a la creación de un Alto Tribunal de Foot Ball en 1923, y posteriormente la conformación de una Federación Nacional de Fútbol en 1925, con la participación del Centro Atlético, Venezóleo, Venezuela, Caracas Sport, Barcelona, Loyola, Unión, Nueva Esparta, Alianza, Campeador y Li-

bertad. La Federación se transformó en la Liga Venezolana de Fútbol en 1932, dando paso en 1939 a la Asociación Nacional de Fútbol. Cierta auge en los años cuarenta muestra los diversos equipos de comunidades migratorias, especialmente españolas —Deportivo Español, Deportivo Galicia, Unión Deportiva Canarias—, junto al Club Italia y al Club Portugués. Laya señala que todos los clubes son de las clases medias y la burguesía; la popularización se había centrado en el beisbol.

El golpe de la dictadura de la Junta Militar de 1948 —de la que Marcos Pérez Jiménez surgiría como dictador hasta 1958— organizó en 1951 la Federación Venezolana de Fútbol, que se incorporó a la FIFA y a la Conmebol en 1952 y 1953, respectivamente. La Asociación Nacional era la que preparaba, junto al Comité Olímpico Venezolano, las distintas selecciones nacionales que, a partir de 1938, comenzaron a disputar sus primeros torneos internacionales: los Juegos Bolivarianos de Bogotá y los Juegos Centroamericanos y del Caribe en Panamá. También participaron en los Juegos Panamericanos de Buenos Aires en 1951 y de México en 1955. Sin embargo, sólo participó en torneos de la FIFA en un tardío 1965, en las eliminatorias sudamericanas para la Copa del Mundo de 1966, siendo la última asociación sudamericana en incorporarse. En 1964 se integró a la Copa Libertadores de América, y en 1967 al último Campeonato Sudamericano de Naciones en Montevideo, para luego continuar participando en todos los torneos de la Conmebol.

LA VIDA Y EL FUTBOL, ANTES DE EL DORADO

El sociólogo y antropólogo colombiano David Quitián sostiene que el futbol colombiano nació en 1948, con la fundación en Barranquilla de la División Mayor del Fútbol Colombiano (Dimayor) y su posterior incorporación, muy irregular, de grandes futbolistas sudamericanos a partir de 1949. Quitián, por supuesto, sabe que esto es sólo una metáfora: que la liga profesional que inventó la

Dimayor permitió el despegue del futbol colombiano, en un estallido que duró hasta 1954. Los orígenes fueron, como ya dijimos, muy anteriores.

En el capítulo 2 sintetizamos algunos de esos antecedentes, investigados por el sociólogo colombiano Rafael Jaramillo. El primero fue en Bogotá, donde el coronel estadounidense Henry Rowan Lemly, director de la Escuela de Ingeniería Civil y Militar en Bogotá, organizó un juego en junio de 1892 al que habría asistido el presidente Miguel Antonio Caro; la fuente es el diario *El Telegrama*, que reproduce el reglamento de futbol difundido por el militar norteamericano, un caso único en toda la región. Luego, en 1902, el Polo Club organiza el Foot Ball Club de Bogotá. Junto a los militares y los ingleses, Jaramillo señala a los jesuitas como difusores del juego, como en el resto de Latinoamérica. En Cali, Jaramillo registra a un hermano marista francés, Paul de Leon, que organizaba juegos en el Colegio Republicano de Santa Librada en 1898. En Barranquilla —el puerto que no puede faltar— aparecen los también infaltables empleados británicos del The Colombia Railway Company, en 1900, para luego ser acompañados por jóvenes colombianos educados, como tantos de sus colegas sudamericanos, en el Reino Unido. El primer partido organizado conforme a las reglas de la Football Association se realizó en 1908, por obra y gracia de Arturo de Castro, uno de estos *alumni* que, según el periódico barranquillero *El Herald*, “trajo de Londres el balón, 22 uniformes, el reglamento para trazar el primer campo de futbol que hubo en Colombia. Se vino hasta con el pito para el árbitro”.

En Pasto, un comerciante inglés, Leslie Spain, organizaba partidos con sus empleados de comercio en 1909. En Santa Marta, Jaramillo recoge versiones de un juego ese mismo año entre empleados de la compañía bananera United Fruit. En Cúcuta, dos extranjeros, pero latinoamericanos (el dominicano David Maduro y el venezolano Federico Williams) fundan en 1913 el Club Deportivista, al que sucede en 1914 una Asociación Deportiva Cucuteña y en 1914

el Cúcuta Foot-Ball Club. En Medellín, dos suizos, Juan Henizeger y Jorge Herzig, fundaron el primer club, el Sporting Football Club, en 1912, para luego unir fuerzas con el inglés Harold B. Maynham de Eccles; el interés de los suizos habría sido comercial, vinculado a la venta de artículos deportivos, según relata Luciano López Vélez. Alguna nota periodística de *El Espectador* sostiene que, como en todos lados, el fútbol se jugaba en las escuelas; también sabemos que en 1914 se fundó el Medellín Foot Ball Club, que luego devino Independiente de Medellín, para jugar contra “los extranjeros” (los suizos): éstos vencieron 11 a 0 en el primer partido. En Pereira, Jaramillo nos indica que dos maestros, Enrique Villegas y Arturo Ceballos, difundieron el juego hacia 1920.

La organización inicial fue muy precaria, aislada, dispersa en un país de geografía y comunicaciones difíciles. No en vano, de los equipos que juegan hoy en las tres divisiones colombianas, todos son posteriores a 1920 salvo dos: el Independiente y el Deportivo Cali, fundado como Cali Football Club en 1912. El primer juego entre equipos de dos ciudades colombianas ocurrió en 1914, entre el Colegio San Bartolomé de Bogotá y “los extranjeros” —el Sporting— paisas (como se llama en Colombia a los nativos de Antioquia, el departamento del que Medellín es la capital). El historiador Daniel Polanía Castro agrega otro dato: la inmigración europea fue muy reducida, especialmente en comparación con el resto de América Latina.

En 1918 se organizó una reunión de delegados de ciudades distintas, en Barranquilla, con participación de bogotanos y costeños, pero no del resto del país. La integración se movió al ritmo de la construcción de carreteras y ferrocarriles. Y de la radio, claro, desde mediados de la década de 1930, como veremos especialmente.

El relativo mayor avance de Barranquilla (reitero: el puerto) permitió la creación de una Liga de Football Atlántico, en 1924, en la que participaron 25 clubes. En 1927 el gobierno la reconoció, y eso le permitió transformarse en el centro de la convocatoria futbolera del país. En 1928, la organización de unos primeros Juegos

Nacionales en Cali permitió por primera vez el encuentro de delegaciones deportivas de distintas zonas del país, lo que incluyó el fútbol —Santa Marta venció a Medellín en la final—. Lentamente, comenzaron a afiliarse a la Liga clubes de Medellín, Manizales, Cali, Bucaramanga y Bogotá, lo que permitió un cambio de nombre a Asociación Colombiana de Fútbol (Adefútbol), que pudo así afiliarse a la FIFA y a la Conmebol, en 1936; Colombia fue la penúltima asociación sudamericana: sólo faltaba Venezuela, que ingresó en 1953.

Dos años después, la organización de los Primeros Juegos Bolivarianos en Bogotá, que además celebraba el Cuarto Centenario de su fundación, permitió el primer torneo internacional de fútbol en el que participaron Colombia, Ecuador, Bolivia, Perú y Venezuela, lógicamente dominado por Perú, el que más lo había desarrollado y popularizado. El torneo implicó también la construcción del estadio El Campín, el primero que superó las 10 000 localidades en el país, ya que tenía 25 000. Y, por supuesto, la inauguración a cargo del presidente Eduardo Santos. Polanía señala que en el mismo 1938 arribó el exjugador argentino Fernando Paternoster, que había jugado el primer Mundial de 1930, como entrenador del Deportivo Municipal —luego Millonarios— de Bogotá, y que entrenó a la Selección Colombiana en los Juegos. Paternoster se quedó en Colombia entrenando distintos equipos hasta 1962: lo que los ingleses ausentes no habían hecho en las primeras dos décadas del siglo xx, lo hizo un argentino a partir de la cuarta. Y con él, muchos otros. Polanía Castro afirma que la popularización, lentamente, comenzó sólo en la década de los veinte, con un fuerte impulso luego de los Bolivarianos y otro decisivo, como veremos, en el llamado “El Dorado”, desde 1948. A comienzos de los años cuarenta, el fútbol a duras penas alcanzaba la convocatoria combinada de las peleas de gallos y las corridas de toros.

MUCHO MÁS LEJOS DE DIOS: FUTBOL, BEISBOL Y GARROTE

El futbol se descubre, se copia, se inventa, se funda, se apropia en toda Sudamérica según los ritmos de su integración al capitalismo mundial a finales del siglo XIX y comienzos del XX, y de su relación con el Imperio hegemónico, como habíamos anticipado: por eso Venezuela fue pelotera; por eso Colombia, Ecuador, Bolivia y Paraguay lo desarrollaron con mayor o menor demora respecto de los cinco países que lo hicieron con más potencia: Argentina, Uruguay, Brasil, Chile y Perú.

Del istmo de Panamá hacia el norte ocurre lo mismo, lo que por eso produce situaciones muy distintas. En primer lugar, porque la potencia hegemónica es Estados Unidos, y su hegemonía no se desplegó como influencia, relación económica estrecha, construcción de ferrocarriles o exportación de balones de futbol: significó en reiteradas ocasiones intervención armada y ocupación militar. De allí procedió también una marcada inestabilidad política: y hemos visto que el desarrollo del futbol está ligado a los procesos de modernización capitalista que la sucesión de dictaduras, guerras civiles o intervenciones militares no tendieron, precisamente, a favorecer. Por todo eso, la historia del futbol en América Central es otra muy distinta, aun con procesos y actores similares: hay que llevar balones, debe haber inmigrantes, suelen actuar las iglesias, todos pretenden disciplinar a las poblaciones por medio del deporte, los gobiernos deben prestarle atención. Todos estos elementos se repiten: pero sus plazos e intensidades serán mucho más perezosos, y deben competir, además, con la popularización del beisbol en varios de estos países.

EL BEISBOL EN EL CANAL

Es el caso de Panamá, que se independiza de Colombia en 1903 con estrecha supervisión norteamericana, coronada luego con la ocupación de la llamada Zona del Canal. La presencia norteamericana y la aparición temprana del beisbol se reforzaron con el hecho de que la burguesía panameña enviaba a sus hijos a estudiar al norte, no a Europa. Incluso, al contrario que en Sudamérica, el ferrocarril —el Transistmico— también fue construido por los norteamericanos. De todos modos, hay dos puertos, uno sobre el Atlántico —Aspinwall, luego llamado Colón— y otro sobre el Pacífico, la Ciudad de Panamá, por lo que no pueden faltar nuestros ya inveterados marinos, en este caso de las compañías navieras inglesas West Indian Co., la Royal Mail Steam Packet Company y la Pacific Steam Navigation Company (según afirma la propia Federación Panameña).

En 1890 se creó el Panamá Athletic Club, un club polideportivo que también practicó futbol, pero su actividad central fue el beisbol. En 1894 se fundó el equivalente atlántico, el Colon Sport Club. Pero no habrá mayor desarrollo hasta 1918, cuando la comunidad afroantillana, por un lado —de la que suponemos conocía el futbol por la ocupación británica en varias de las Antillas—, y los profesionales europeos, especialmente de nacionalidad alemana, sudamericanos y centroamericanos, más las comunidades religiosas —los sacerdotes salesianos—, por el otro, intentaron organizar una liga. Hay un pionero que no puede faltar, según las fuentes un guatemalteco y coronel, Gabriel Barrios, pero no tenemos mayores datos de él. Primero lo hicieron los antillanos, que fundaron la Isthmian Football League en 1923, con los equipos Standard Oval y American Cable como animadores; en 1925 se creó la Liga Nacional de Football que, como en todo el subcontinente, no fue nacional sino apenas citadina y que estaba integrada por los clubes Cable, Cecilia, Hottspurs, Coronel Bolognesi, El Panamá y Panamá Hardware, primer campeón.

En Colón, por su parte a apenas 75 kilómetros y unida por un ferrocarril, sólo en 1933 se fundó la Liga Atlántica de Football, con el Colón Rangers como primer campeón. Éste jugó en 1934 una Copa Teatro Strand contra el Roxy, de Panamá, primer juego “nacional”. En 1937 ambas ligas se unieron en una Federación Nacional de Football Association de Panamá, que se afilió a la FIFA al año siguiente —aunque ya en 1930 la Liga de Panamá había recibido una invitación uruguaya para participar en la primera Copa del Mundo, que no pudo aceptar—. El debut informal del equipo nacional fue en un amistoso contra Costa Rica, con un salomónico empate 2 a 2 en 1937. En 1938, Panamá organizó los IV Juegos Centroamericanos y del Caribe y participó en futbol: debutó con un optimista triunfo contra Venezuela, para luego recibir 11 goles de los “ticos”, apenas cuatro días más tarde. Ocho años después, en los V Juegos Centroamericanos, realizados en Barranquilla, Panamá venció 2 a 0 a los ticos, alcanzó la medalla de plata y “una mayoritaria celebración en las calles criollas”, dicen las crónicas, junto a la Condecoración de la Orden al Mérito Vasco Núñez de Balboa, la más alta que se daba por vez primera al deporte, impuesta por el presidente de la República, Enrique Jiménez, un entusiasta del futbol. Como veremos, eran épocas de absoluto involucramiento de los gobernantes en los éxitos deportivos.

El profesionalismo, sin embargo, recién llegó en 1988.

FUTBOL TICO

El infatigable trabajo del historiador nicaragüense Chester Gaitán Urbina es el que nos permite tener buena información sobre el futbol centroamericano. Sabemos así que el futbol en Costa Rica aparece míticamente en 1876, sin ningún documento que lo acredite, y que hay un juego en 1887, organizado por Oscar Pinto Fernández y Gonzalo Quirós Fonseca, de regreso al país procedentes de Inglaterra, quienes armaron dos equipos para disputar un par-

tido con una pelota y uniformes traídos de la metrópoli. Hay, como siempre, un puerto y un ferrocarril inglés: Puerto Limón y la Northern Railway Company, del Ferrocarril al Atlántico, y aunque no se mencionan marinos, sí hay obreros del ferrocarril. De todos modos, Urbina afirma que, en los primeros años, la práctica se limita, al igual que en el resto del subcontinente, a las colonias extranjeras y las burguesías locales. Costa Rica se integra también rápidamente al capitalismo internacional con la producción de café y banana, con una relación más equilibrada con ambas potencias imperiales: Estados Unidos instala la United Fruit, mientras los británicos inician la construcción del ferrocarril.

De este modo, en los primeros años del siglo xx, el fútbol ya era practicado regularmente en San José, Alajuela, Heredia y Cartago, las ciudades del centro del país. Los primeros clubes de fútbol son de fechas tempranas, similares a los de las potencias futbolísticas: el Club Sport El Josefino, el Club Sport Costarricense, el Club Sport El Invencible, el Club Sport Monte Líbano y el Club Sport Domingueño son todos de 1904; y el Club Sport Cartaginés, de 1906 (donde aparece, entre los fundadores, un extranjero, el canadiense William Henry Pirie Wile). Pero la primera liga se fundó sólo en 1921, bajo el nombre de Liga Nacional de Fútbol, con los clubes La Libertad, Sociedad Gimnástica Española de San José, Club Sport Herediano, Liga Deportiva Alajuelense (el más antiguo actualmente en actividad, de 1919), Club Sport Cartaginés, Club Sport La Unión de Tres Ríos y la Sociedad Gimnástica Limonense. El club más exitoso, el Deportivo Saprissa, se fundó en 1935. La Liga organizó el primer torneo nacional en 1921, que ganó el Club Sport Herediano. En 1927 se afilió a la FIFA. En 1931 cambió su nombre por Federación Deportiva de Costa Rica y en 1961 optó por Federación Costarricense de Fútbol.

Urbina afirma que, en 1921, cuando la reciente liga comenzó sus actividades, los trabajadores ya integraban los primeros equipos y la primera selección nacional, que viajó a Guatemala en el mismo año para los Juegos del Centenario de la Independencia.

Costa Rica derrotó a El Salvador 7-0 y a Guatemala 6-0, inicio de una relativa hegemonía centroamericana sólo rebatida por México. Urbina remarca que el futbol siempre fue el deporte más exitoso del pequeño país, que cuenta con una gran cantidad de clubes, mayoritariamente de futbol; entre otras razones, gracias a la práctica por parte de niños y estudiantes del Liceo de Costa Rica, que era el principal centro educativo del país y al que ingresaban a estudiar jóvenes provenientes de lugares alejados del Valle Central, y que esparcieron la práctica al retornar a sus lugares de origen. Como veremos más adelante, Costa Rica fue también el principal iniciador del futbol femenino en toda América Latina, a finales de la década de 1940.

NICARAGUA, EN EL TIEMPO LIBRE QUE DEJA EL BEISBOL

Chester Urbina afirma que Nicaragua se integró al capitalismo internacional, al igual que Costa Rica, mediante la explotación de café a finales del siglo XIX. Sin embargo, el fin de la dictadura modernizadora de José Santos Zelaya, en 1909, significó el comienzo de las intervenciones armadas norteamericanas y el establecimiento de sucesivos regímenes dictatoriales conservadores, lejos de cualquier ímpetu modernizador y democrático. Lo prolongado de las ocupaciones y su continuidad nativa —con dictadores poco futboleros, como la familia Somoza— implicó un claro predominio del beisbol en las preferencias deportivas de la población.

De todos modos, en la historia futbolística nicaragüense hay también un pionero: fue el profesor Napoleón Parrales Bendaña, quien llevó los primeros balones al país desde Costa Rica, donde había estudiado, y organizó los primeros juegos en su ciudad natal de Diriamba, a comienzos del siglo XX. Una fuente sostiene que las familias más pudientes enviaban a sus hijos a Europa, los que regresaban futboleros y crearon una Sociedad de Ahorro, con el fin de recaudar fondos para el fomento y la práctica del futbol en la

ciudad. Otra fuente señala que Parrales y sus amigos organizaron el primer juego nicaragüense en 1910 en su ciudad. Poco más se sabe sobre ellos. Sin embargo, hay un partido de fútbol registrado en 1909, en el Managua Sporting Club, según una crónica del diario *El Comercio*, entre dos equipos nombrados, coloridamente, Blanco, por un lado y triunfador, y Azul y Blanco, por el otro y perdedor. Urbina afirma que el deporte era una práctica estrictamente restringida a jóvenes de las clases acomodadas y a espacios privados, lo que volvía imposible cualquier difusión popular. Otra fuente sostiene que en 1911 había dos clubes en Managua, Atlético y Colón, de sendas trayectorias efímeras. Hasta 1917, entonces, no hay muchas noticias: en ese año se funda el club más antiguo entre los que aún juegan al fútbol, el Diriangén, de Diriamba, entre cuyos fundadores no hay nombres anglosajones, sino de “destacados vecinos”: José Dolores González, Buenaventura Rappaccioli, Demetrio González, Enrique Baltodano, Diego y Carlos González, Ramón Quintanilla y Juan Yuston —a menos que “Yuston” sea el inglés que nos falta—. La página web del club sostiene que jugaba contra “poderosos equipos de Managua” (el Xolotlán y el Atlético), así como con el Metropolitano, de León, vencidos implacablemente.

En el mismo 1917, el Club Metropolitano de Managua concertó un partido de fútbol contra un club de Chinandega, el que sería el primer juego entre equipos de distintas ciudades. En 1920, también en Managua, apareció una selección nacional de fútbol de Nicaragua, en un partido jugado contra “unos futbolistas costarricenses”. El primer torneo de un campeonato nacional de fútbol se jugó en 1933 con la participación de cuatro equipos: Alas, de Managua; Sporting Club, de Corinto; Metropolitano, de León; Diriangén, de Diriamba. Lo ganó el Alas.

Tardíamente, en 1931, la Comisión Nacional de Deportes creó una Secretaría General de Fútbol, cuyo primer secretario general fue Thomas Cranshaw: al menos aquí aparece el inglés, nativo de Manchester, radicado en Nicaragua desde 1917 y, como buen pionero británico, también tenista. La Secretaría funcionó como un

sucedáneo de Liga o Asociación hasta la creación en 1958 de la Federación Nicaragüense de Fútbol (Fenifut). La Secretaría, incluso, fue la que tramitó la afiliación a la FIFA en 1950.

La Selección Nacional debutó oficialmente en el primer Campeonato Centroamericano y del Caribe realizado en San José, Costa Rica, en 1941, para lo cual contrató al técnico húngaro Eduardo Kosovic, que además entrenaba a los equipos de Managua, por la mañana, y a los de Diriamba, por la tarde. Tamaña polifuncionalidad no redundó en grandes rendimientos: Nicaragua terminó última, perdiendo todos los juegos: contra Costa Rica, El Salvador, Curaçao y Panamá, con 29 goles en contra y cinco a favor.

LAS HISTORIAS PROHIBIDAS DEL PULGARCITO

El Salvador también se integró al capitalismo mundial a partir de la explotación de café; las familias cafetaleras fueron las que organizaron, diseñaron y regularon el país a su antojo desde finales del siglo XIX, y sólo cedieron el poder formal, pero no el económico, a las Fuerzas Armadas, a partir de 1931. En ese contexto, el origen del deporte moderno en el país fue resorte exclusivo de la élite de la capital —ubicada en la región central del país— y de Santa Ana, la principal ciudad de la zona cafetalera; entre San Salvador y Santa Ana se concentraron el capital, las vías de comunicación y una mínima infraestructura. Chester Urbina también ha documentado el origen del fútbol en el país: dependió, como dijimos, de la élite cafetalera, así como de algunas —reducidas— comunidades migrantes europeas.

Algunas menciones en crónicas nos permiten saber de encuentros de futbolistas en 1897, en el Campo de Marte de San Salvador. También se refieren a miembros de un Sport Club de San Salvador retornando de un juego de fútbol en Santa Ana, en 1899. El primer juego documentado aconteció en octubre de ese año, entre el Sport Club de Santa Ana y su similar de la capital en el

Campo de Marte, con triunfo de los visitantes. Urbina lista varios de los clubes fundadores: Small Foot Ball Club, Wilson Club Salvadoreño, Foot Ball Haculhuatecan Club y el Palecah Pelota Foot Match. En 1900 aparece un Jolly Boys Foot Ball Club y en 1904 el Club Hércules. En 1906 hay registro de escolares menores jugando futbol, con alumnos del Liceo Santaneco de Santa Ana enfrentando a sus similares del Instituto Nacional Central de San Salvador. El maestro pionero fue, como en Nicaragua, un costarricense, Carlos Gagini.

Entre los factores que ayudaron a cierta difusión popular del futbol, Urbina señala tres: en primer lugar, que en 1914 había un centro social obrero dedicado exclusivamente al futbol; en 1918 se fundó el Club Maratón en el local del Consejo Supremo de la Federación Obrera Salvadoreña; y en el mismo año, el Club Mercurio fue fundado por empleados de comercio de la capital. En segundo lugar, la inclusión de mujeres en las juntas directivas de los clubes, como en el Club Juventud Sportiva de Chinameca, que incluyó entre sus directivos de 1916 a las señoras Emerenciana Granados, Lucila E. Gómez y Bersabé Granados; hasta donde sabemos, ésta es la primera mención de mujeres ligadas al futbol en el subcontinente. En tercer lugar, el futbol se jugaba en las fiestas de El Salvador del Mundo de la capital, lo que permitió que el futbol fuera difundido en el interior del país por aquellos que visitaban la ciudad para las festividades.

Finalmente, en 1917 se creó una Comisión Nacional de Educación Física y en 1919 se instituyó su enseñanza obligatoria en todas las escuelas. Sin embargo, aun con el pequeño crecimiento de la práctica popular y de la difusión escolar, el deporte no se transformó en fenómeno de masas, por varias razones: entre ellas, que no hubo ningún tipo de inversión estatal en la educación y que las condiciones de vida de las clases populares seguían siendo decididamente paupérrimas. La misma Comisión fue la que organizó desde 1921 la Semana Nacional de los Deportes, un evento anual, a finales de diciembre de cada año, y en 1924 se agregó el futbol: el

Hércules derrotó en la final al Chinameca Sporting Club por 4 a 0, convirtiéndose en el ganador de lo que puede ser entendido como un primer torneo nacional. Al año siguiente repitió título y marcador, pero frente al Santiagueño. La Comisión Nacional estableció que a partir de 1926 ese torneo se convertiría en el Campeonato Nacional, en el que se enfrentarían tres equipos representantes de cada una de las tres zonas del país (occidental, central y oriental): fueron el Nequepio, el Chinameca y el Olímpic, venciendo el Chinameca. Este formato se mantuvo varios años, aunque con múltiples problemas y discontinuidades. La organización pasó en 1935 a manos de la nueva Federación Salvadoreña de Fútbol, que en 1938 se afilió a la FIFA. El profesionalismo se introdujo en un tardío 1947.

Por su parte, la selección nacional de El Salvador debutó en los Juegos Centroamericanos de Guatemala en 1921, siendo derrotado por Costa Rica por 7 a 0. Apenas volvió a jugar en 1928, esta vez ante su público, en el Campo de Marte de San Salvador, contra Honduras, venciendo 5 a 0. A partir de 1930 participó en los torneos centroamericanos regulares; ese año, al igual que Nicaragua años más tarde, decidió contratar a un director técnico extranjero, un norteamericano, Mark Scott Thompson. En 1943 conquistó la segunda edición de la Copa de la Confederación Centroamericana y del Caribe de Fútbol (CCCF), jugando como local: se presentaron también Guatemala, Costa Rica y Nicaragua, y empataron el primer puesto El Salvador y Guatemala, que se retiró sin jugar el desempate a causa de “un ambiente de inseguridad” con “ánimos caldeados”, según las fuentes periodísticas. En ese torneo, Nicaragua perdió sus seis juegos, con 39 goles en contra.

LOS “CATRACHOS”

Que nunca nos falte un puerto: el futbol llega a Honduras por Puerto Cortés, en 1896. Que nunca nos falte una leyenda: es la de Julio César Ustariz, miembro de una familia tradicional del puerto, de

origen francés, a quien le habrían regalado, ese año, balones traídos en un barco europeo. Que no nos falte la banana, principal producción hondureña desde comienzos de siglo. Y tampoco nos falta autoritarismo, dictaduras, “supervisión” norteamericana, enfrentamientos y levantamientos internos: la misma inestabilidad política y el mismo conservadurismo y represión sobre las poblaciones originarias y los sectores populares que en todos sus vecinos. Un contexto poco apto para experiencias modernizadoras y auges futbolísticos.

Sin embargo, en 1906, y suponemos que como reflejo “modernizador”, el gobierno contrató a un profesor guatemalteco para enseñar a jugar al fútbol en la Escuela Normal de Tegucigalpa, Miguel Saravia; tres años después, un cura español, el padre Niglia, hizo lo mismo en el Instituto Salesiano San Miguel en la ciudad de Comayagüela. Poco a poco, el fútbol se fue expandiendo entre las clases dominantes, aunque competía en desventaja con el béisbol. En 1917, un equipo dedicado a este deporte, el Juventud Olímpica, fundado en 1912, cambió su nombre por Olimpia y se dedicó al fútbol. A partir de ese momento comenzó un proceso que, hacia 1930, instaló al fútbol como el deporte más popular, especialmente entre la comunidad afrodescendiente. El historiador Joshua Nadel dedicó parte de su historia del fútbol latinoamericano a ese fenómeno: Honduras es un país que acepta tener sólo 2% de población negra, en tanto se proclama país mestizo, blanco e indígena. Sin embargo, más de la mitad de los jugadores de fútbol de su selección son afrodescendientes. O se trata de sobrerrepresentación o es más probablemente una invisibilización de la población negra.

A la par del Olimpia, se fundaron en Tegucigalpa los clubes Lituania, Signos, Trébol, Honduras, Atlético Deportes, Nueva Era, Colón y Spring. En 1925, en la segunda ciudad del país, San Pedro Sula, se creó el Marathón, y en Puerto Cortés el Excélsior. En 1926, se fundaron el Argentina y el España en San Pedro Sula. En 1928 nació el Motagua, en Tegucigalpa, y un año después el Naco, en La

Ceiba. Esta proliferación de clubes, sin embargo, no permitió la organización de una liga nacional ni una asociación hasta 1948, realizando sólo torneos regionales de aficionados: apenas en ese año, los clubes Olimpia, Federal, Motagua, Argentina y Real España organizaron una Liga Mayor. El éxito del torneo llevó al gobierno a organizar una Federación Nacional de Deportes Extracurriculares de Honduras, en el ámbito del Ministerio de Educación, que se afilió a la FIFA en 1951 y fue reemplazada en 1980 por la Federación Nacional Autónoma de Fútbol de Honduras. De todas maneras, la organización de una Liga Nacional debió esperar hasta 1964, con la fundación de la Liga Nacional de Fútbol No Aficionado de Honduras, que organizó el primer torneo profesional al año siguiente.

Una selección nacional de futbol comenzó a participar desde 1921, en el torneo del Centenario en Guatemala, donde perdió 10 a 1 frente al local. En los Juegos Centroamericanos de 1930, en Cuba, fue su primera participación en un torneo organizado por una asociación regional: ese año pudo vencer a Jamaica y El Salvador, aunque perdió frente a Costa Rica y el equipo local, alcanzando una medalla de bronce en su segundo campeonato. Nada mal: un buen augurio para los éxitos que alcanzaría en el siglo XXI.

EL FUTBOL GUATEMALTECO

Como en el resto del istmo centroamericano, el futbol guatemalteco se desarrolló tempranamente, pero a los tumbos, y también en competencia con el beisbol, trasplantado por la influencia norteamericana desde comienzos del siglo XX. Como en el resto del subcontinente, tardó en popularizarse, debido a las condiciones feroces de explotación económica de sus clases populares: el mundo indígena, numeroso en Guatemala, jamás fue incorporado a la práctica deportiva —incluso, ni siquiera fue incorporado al capitalismo, permaneciendo sujeto a condiciones de vasallaje y

semiesclavitud—. Por eso, la historia del futbol guatemalteco permaneció ligado a las dos ciudades centrales: la capital política, Guatemala, y Quetzaltenango, la capital del eje cafetalero.

Los deportes aparecieron en Guatemala a finales del siglo XIX, como en toda la región, especialmente entre las reducidas colonias europeas. De 1902 son las primeras menciones locales de juegos de futbol; hay una leyenda respecto de cuatro guatemaltecos enviados a estudiar a Inglaterra, entre 1896 y 1901 —Delfino Sánchez Lator, Eusebio Murgalos y los hermanos Jorge y Carlos Aguirre Matheu—, que habrían jugado allí para el colegio Saint George's, en Sussex; algunos de ellos habrían participado en la fundación de un Guatemala Foot Ball Club en 1902. El primer juego registrado es del 15 de noviembre de 1903, con jugadores identificados con los colores de la bandera nacional.

En 1906 apareció un Quetzaltenango Foot-Ball Club, en la ciudad homónima, del que apenas hay noticias de un juego verificado en junio de 1907; pero sí hay registros de un partido entre nacionales y extranjeros a finales de 1906, ganado por los nativos. El tímido desarrollo del futbol encontró un clímax en 1909, durante las llamadas Fiestas Minervalias o de Minerva, una celebración anual instaurada por el dictador Manuel Estrada Cabrera en 1899. Ese año se decidió incluir al futbol en las celebraciones: el 29 de octubre jugaron dos equipos escolares de la Escuela Práctica de Varones; al día siguiente, los equipos de los clubes Gay y Olympic, partido del cual saldría el “primer campeón” de Guatemala, el Gay; los participantes fueron premiados con trofeos entregados por las esposas de los embajadores de Brasil y El Salvador, trofeos que fueron enviados por el mismísimo presidente.

La oposición entre las dos ciudades importantes del país implicó el desarrollo autónomo de dos ligas: el primer juego entre ambas se llevó a cabo en 1919, con el triunfo del Hércules de la ciudad capital. Las ligas permanecerían autónomas hasta la creación de un torneo unificado en 1942, momento en el cual se profesionalizó. La Federación Nacional de Fútbol de Guatemala se

fundó en un temprano 1919, aunque sólo se afilió a la FIFA en 1946. El debut de un equipo nacional fue en un amistoso contra Honduras en 1921, al que derrotó por 10 a 1. A partir de allí, el equipo nacional guatemalteco participó en las copas regionales, con poco éxito: en los Juegos Centroamericanos y del Caribe debutó en 1930, obteniendo tres derrotas, 24 goles en contra y 4 a favor; sólo obtuvo un segundo puesto en 1950, cuando los organizó. En la Copa de la vieja Confederación Centroamericana y del Caribe de Fútbol (CCCF), obtuvo tres segundos lugares consecutivos en 1943, 1946 y 1948, y un tercer puesto en 1953. Al igual que Nicaragua, jamás clasificó a una Copa del Mundo. Lo mismo ocurrió con el territorio límite con Guatemala, la excolonia británica de Belice, antiguamente llamada Honduras Británica: aunque difícilmente podemos incluirla en una historia latinoamericana, tiene un equipo de futbol semiprofesional que comenzó a competir en los torneos regionales en 1995, cuando Guatemala aceptó su independencia, sin mayor éxito.



10 ¡QUE VIVA MÉXICO!

Hay puertos y hay ingleses. Pero también minas y ferrocarriles, y escoceses, belgas y muchos españoles. Y además, también beisbol. Y un país gigante, y una Revolución enorme que dura 10 años. La historia de la fundación del futbol mexicano es una de las más complejas del subcontinente, en lo que tiene de continuidad con el resto y también en sus diferencias.

* * *

Joshua Nadel, que dedica un largo capítulo a México en su historia del futbol latinoamericano, afirma que el Porfiriato —la larga tiranía de Porfirio Díaz entre 1884 y 1911— puede ser visto como una primera modernización mexicana, que entre otros factores que nos importan implicó la radicación de capitales extranjeros y el tendido de ferrocarriles y telégrafos, lo que resultaba indispensable para la conexión de un país casi continental. En relación con el deporte, esa modernización incluía sólo a las élites y sectores privilegiados de las clases medias, pero especialmente implicaba la llegada de cuadros técnicos migrantes, tanto europeos como norteamericanos. Se repitió, entonces, el fenómeno del Cono Sur: la aparición de las prácticas deportivas traídas por los “expertos” extranjeros y su reproducción epigonal por las élites locales.

Las diferencias, empero, son dos, y son decisivas: la primera, que la cercanía con Estados Unidos implica también la presencia —enorme— de su cultura y sus prácticas, y en consecuencia el rápido surgimiento del beisbol, establecido en el país antes del



final del siglo XIX y que llegó a tener una liga muy competitiva entre 1940 y 1950, gracias a la guerra y a la política de captar jugadores negros, segregados en Estados Unidos. El beisbol funcionó, además, y en la línea que venimos siguiendo, como una práctica moderna. Si el deseo de modernización fue uno de los factores más importantes en la constitución de los deportes como prácticas atractivas en el comienzo del siglo XX, el beisbol tenía todas las de ganar.

La segunda es la Revolución mexicana de 1910, que en general interrumpe el desarrollo que se había generado en la primera década del siglo XX. Como es sabido, es un conflicto nacional, de gran violencia, que atraviesa verticalmente toda la sociedad mexicana, sin dejar demasiado lugar a prácticas de esparcimiento y tiempo libre, pero al mismo tiempo permite la popularización: por las enormes modificaciones sociales que produce y por las nuevas prácticas sociales y culturales que facilita.

La historia del futbol mexicano es similar a la rioplatense: clubes de la comunidad británica, instalada en el país para atender inversiones locales, que crearon espacios de sociabilidad comunitaria e incorporaron los deportes como práctica indispensable de esa socialización. Primero fue el cricket, como en el sur: el club más antiguo es el México Cricket, fundado en 1827. Hacia finales del siglo XIX comenzaron a incorporar el futbol por influencia de profesores del English College, que lo habían jugado en la metrópoli y lo reproducían en la periferia neocolonial. En esa práctica coincidieron con otros dos clubes comunitarios: el Reforma Athletic, fundado en 1894 y que comenzó a practicar futbol en 1901, y el British Club, de 1899, y que también incorporó el futbol en 1901. En el Reforma estaba Robert J. Blackmoore, a quien la leyenda menciona como el introductor de los primeros balones, que no podían faltar. En ese año, los tres clubes empezaron a disputar partidos amistosos. La relación con el English College es importante, porque allí también comenzaron a jugar estudiantes de las élites locales. La importancia de la colectividad británica en México puede verse en el hecho de

que, entre 1902 y 1911, el año deportivo se cerraba con un juego de futbol amistoso entre equipos denominados England y Scotland, un caso único en América Latina, a pesar de la sobreabundancia de escoceses que hemos encontrado en los capítulos anteriores.

Lo cierto es que en 1902 los tres clubes decidieron iniciar una liga, pero lo hicieron con una novedad: invitaron a dos clubes de fuera de la capital, de Orizaba y Pachuca. Las tres ciudades estaban interconectadas por el ferrocarril, con lo que dos símbolos de la modernización —el tren y el futbol— aparecían enlazados en una sabia alianza.

En Pachuca, los ingleses y escoceses de las compañías mineras británicas Pachuca Mining Co. y Real del Monte Co. fundaron en 1892 el Pachuca Football Club, el más antiguo creado especialmente para la práctica del futbol. El nuevo club se fusionó en 1895 con el Pachuca Cricket Club y el Velasco Cricket Club para formar el Pachuca Athletic Club. Por su parte, en Orizaba, el origen fue una fábrica textil dedicada a la explotación del yute, la Santa Gertrudis Jute Mill Company Ltd., propiedad de un escocés, Thomas Francis Kinnell. Entre 1898 y 1900 el club fue apenas el equipo de cricket de la Santa Gertrudis; en 1901 su nombre cambió al de Orizaba Cricket Club, y en 1902, a Orizaba Athletic Club.

Los cinco clubes, entonces, fundaron la Liga Mexicana de Football Amateur Association en 1902 y disputaron el primer torneo formal, un torneo casi sólo británico, pero al mismo tiempo radicalmente original en el contexto latinoamericano: es la única liga que, en su fundación, no se restringió a una única ciudad. Como digno remate, el primer campeón fue el veracruzano Orizaba.

De todos modos, a pesar de esta novedad, el futbol mexicano continuó organizado en torno de los equipos capitalinos. Paralelamente, se desarrollaron clubes y ligas regionales, en todas las ciudades en las que se reproducía la existencia de comunidades o sujetos migrantes. La más notoria —en especial, por el peso que luego tendría en la configuración definitiva del futbol mexicano ya nacionalizado, a partir de la década de 1940— es la Liga Tapatía de Futbol,

también conocida como Liga de Occidente o Federación Deportiva de Occidente de Aficionados, en el estado de Jalisco y en torno de la ciudad de Guadalajara: allí se registran juegos desde 1906, año en el que se fundó el Unión Foot Ball Club por el impulso, como narramos en el capítulo 2, del belga Edgar Everaert y el francés Calixto Gas. El Unión se transformó en el Guadalajara Foot Ball Club en 1908, para luego convertirse en Club Deportivo Guadalajara en 1923. En 1916 se fundó el Atlas Football Club, con la participación, entre otros, de los estudiantes del Colegio Ampleforth; el Atlas estaba ligado a los hijos de la burguesía tapatía que habían estudiado en Inglaterra, mientras que el Guadalajara, fundado por empleados de comercio —aunque migrantes, principalmente franceses— tuvo características más plebeyas. La Liga se creó en 1908, con la participación de los clubes Guadalajara, Atlético Occidental, Excélsior, Liceo de Varones, Cuauhtémoc e Iturbide. Hacia 1915, había Ligas constituidas en Jalisco, Veracruz y Guanajuato; en 1921, el gobierno de Álvaro Obregón organizó un Torneo del Centenario —conmemorando la Independencia mexicana: Obregón dio el puntapié inicial del primer juego— que congregó equipos de la capital, Jalisco, Veracruz, Morelos e Hidalgo: fueron Germania, España, Asturias, América, México, Deportivo Internacional, Amicale Française, Luz y Fuerza del Centro y Morelos, todos de la capital; y Sporting de Veracruz, Iberia de Córdoba, ADO de Orizaba, Atlas y Guadalajara de Jalisco, y Pachuca de Hidalgo. De 1922 es la primera serie de juegos entre equipos de las ciudades de Irapuato y León, y de 1924 un torneo en León, aunque la Liga demoraría hasta 1931. De todas maneras, la integración nacional del fútbol no se lograría sino hasta 1943.

LAS DÉCADAS ESPAÑOLAS

La reciente —y excelente— investigación de Daniel Efraín Navarro Granados es una fuente ideal para reconstruir el periodo de fundación y expansión del fútbol en la Ciudad de México. La Re-

volución de 1910 encontró al fútbol de la ciudad de México aún dominado por los clubes británicos: casi una década había transcurrido sin muchas señales de nacionalización. Asimismo, la Revolución provocó una mayor retracción: los torneos de 1910-1911 y 1911-1912 se jugaron sólo con el Reforma, el British y el Pachuca. La guerra de 1914 agravó el cuadro, en tanto los clubes británicos también mermaron su práctica —muchos de sus jugadores se enrolaron en el ejército de la madre patria—. La excepción fue el inglés Alfred C. Crowle, jugador del Pachuca —recordemos que también era un equipo británico—, quien vivió todo este periodo jugando para su club original, y luego se incorporó como director técnico del Necaxa desde el momento de su fundación hasta mediados de los años 1930; su carrera se coronó como entrenador de la Selección Mexicana en su primer título internacional, los III Juegos Centroamericanos y del Caribe de San Salvador, en 1935.

Ése es entonces el momento del inicio de la criollización, con la aparición del México Football Club, fundado como Club San Pedro de los Pinos en 1910 por jóvenes mexicanos, como Alfredo B. Cuéllar, Jorge Gómez de Parada y Alberto Sierra. Y también, el de la aparición de las otras comunidades migrantes: a los británicos fundadores —a los que se sumó el Rovers, en 1912— se les añadirían los franceses —el Club L'Amicale Française es de 1911— y los alemanes —el Germania, de 1915—, pero muy especialmente los españoles: el España en 1912, el Deportivo Español en 1914 —luego Asturias, en 1918—, el breve Catalunya en 1917, el vasco Aurrerá en 1919; y en el resto del país, un Iberia en Veracruz y otro en Córdoba (ambos en 1915), un Cervantes en Orizaba (1915), otro España en Puebla (1915). Los clubes españoles dominaron el fútbol mexicano de la segunda y la tercera décadas del siglo xx, no sin conflictos.

Esta agrupación étnica de los clubes de fútbol fue original en la historia del fútbol del subcontinente. Narramos antes cómo, por ejemplo, en el caso argentino, los clubes comunitarios sólo aparecen tardíamente, luego de la década de los cincuenta; tanto allí

como en Uruguay, Chile o Perú, las afiliaciones tuvieron más que ver con los territorios o los barrios ciudadanos. En Brasil, las afiliaciones étnicas también existían —el Vasco da Gama, el Germania, los Palestra Italia—, pero no se instituían como dominantes. Una situación similar, como veremos en el próximo capítulo, se produjo en Cuba, donde la colectividad española fue la fundadora del fútbol isleño.

Simultáneamente, confluyeron la expansión del fútbol y las transformaciones de la Revolución, con el comienzo de la preocupación higienista del Estado por la salud de la población, la incorporación de la educación física en los programas escolares e, incluso, la exención impositiva que el gobierno de Venustiano Carranza concedió en 1915 a la importación de equipamientos deportivos. Más tarde, el gobierno creó la Escuela Universitaria de Educación Física (1927), el Consejo Nacional de Cultura Física (1932) y la Escuela Normal de Educación Física (1936), además de establecer la obligatoriedad de la práctica deportiva en el Ejército (1935).

Todo esto permitió la aparición de nuevas agrupaciones, en algunos casos criollas pero en otros, además, plebeyas. En 1916 se fundó el América —el nombre es toda una señal de identidad afirmativa—, creado por estudiantes de colegios católicos —maristas y jesuitas—. En 1922 hizo su aparición otro de los elementos que hemos desplegado a lo largo de esta historia: el club de fábrica. En este caso, se trató del Necaxa, originalmente Luz y Fuerza, organizado por el ingeniero inglés W.H. Fraser, gerente de la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza Motriz, e integrado por los obreros de la misma. Hacia 1918, por su parte, un migrante sueco, Pablo Alexander, creó una Liga de aficionados reclutada entre los que se conocerían como equipos “llaneros”, debido a que jugaban en los espacios públicos abiertos (llanos) por su condición popular; la Liga contó con el auspicio de la compañía fabricante de implementos deportivos Spaulding, de la que tomó su nombre. Esta liga paralela —y económica— se transformó en el espacio donde los equipos plebeyos comenzaron a surgir: Nadel sostiene que hacia 1927

había más de 200 equipos de futbol en la Ciudad de México. Entre ellos estaba el Atlante, fundado por trabajadores del calzado en 1918 como Sinaloa, para ser Lusitania en 1919, U-53 en 1920 y Atlántico en 1921; la mera pronunciación lo transformó en Atlante. En 1927 se incorporó a la Liga mayor, invitado por su condición de bicampeón de la Liga Spaulding; sus jugadores fueron entonces conocidos como los “prietitos” —morenos—, una doble afirmación étnica y de clase que le permitió ser considerado el “equipo del pueblo” en la década siguiente.

Mientras tanto, las organizaciones cambiaban de nombre: la Liga primitiva viró a Asociación de Aficionados de México en la Liga de Foot-Ball en 1912 y luego a Liga México de Aficionados de Football Asociación en 1916, la que incorporó el requisito de tener campo propio —el requisito de la propiedad funcionaba en todo el subcontinente como un límite clasista, que excluía a los clubes sin respaldo económico. Esta Liga duró hasta 1922, pero sufriendo una escisión en 1919 liderada por el España, acompañado por el América, el Luz y Fuerza, el Reforma y el Amicale Française, que fundaron la Liga Nacional, mientras que en la original permanecían el Asturias, el Deportivo Internacional, el México, el Morelos y el Germania. Las Ligas se reunificaron en 1922, creando una común Federación Mexicana de Foot-Ball Asociación y un torneo que pasó a ser llamado Campeonato de Primera Fuerza de la FMF. Ésta volvió a cambiar de nombre en 1927, variando sólo el nombre del deporte (*Football*, aún en inglés), pero reivindicando un carácter nacional que le permitió afiliarse a la FIFA en 1929 y participar en los Juegos Olímpicos de 1928 (perdió contra España por 7 a 1 y contra Chile 3 a 1) y en la primera Copa del Mundo en Montevideo en 1930 (perdió los tres juegos, con 13 goles en contra y cuatro a favor). Son los años de la primera internacionalización, con giras de equipos sudamericanos y españoles —ya habíamos anotado que el Colo-Colo de David Arellano pasó por México rumbo a Europa en 1927—, con pocas salidas al exterior, por países vecinos: el América viaja a Guatemala en 1923... y no hay mucho más.

* * *

Los españoles constituían una colonia importante desde el fin del régimen colonial y habían aumentado su número durante el Porfiriato mediante la inmigración, aprovechando la bonanza económica en distintos sectores, especialmente el comercio. Aunque no eran numéricamente importantes, como afirma Efraín Navarro, sí lo eran cualitativamente por sus vinculaciones con el poder económico y político. A pesar de ciertas rispideces en la relación con el mundo criollo, luego de la Revolución, la colectividad española creó nuevos símbolos de identidad en los clubes de fútbol, también como un medio de reivindicarse como élite. Deportivamente lo lograron, con los éxitos de esos equipos —sobre todo, el España y el Asturias—. Ambos clubes, incluso, fueron los que inauguraron dos de los principales campos deportivos, los parques de España (1926) y de Asturias (1936), respectivamente; el segundo tenía 25 000 localidades. El peso simbólico de esos clubes para la colectividad se puso de manifiesto con la concesión en 1919, por parte del mismísimo rey Alfonso XIII, del título de “Real” al club España —dos años antes que al Real Madrid—.

El problema es que esa centralidad de la comunidad la hizo blanco de la disputa deportiva. Si cierta condición hispanófoba de la Revolución y la posrevolución es aún objeto de debate, en el fútbol la hispanofobia fue la norma: sencillamente, los clubes criollos decidieron afirmar su propia construcción de identidad en la oposición con los clubes españoles —así como la disputa con los británicos había estructurado el relato rioplatense—. Entre la creación de la Federación y la Primera Fuerza, en 1922, y el profesionalismo, en 1943, los clubes españoles ganaron ocho de los 20 torneos (el España ganó seis de los ocho); los clubes criollos, 12 (el América y el Necaxa, cuatro cada uno; dos el Atlante y dos el Marte, que había sido creado en 1921 como Guerra y Marina, y que era, como es obvio, el equipo de los militares futboleros).

Las historias de desavenencias y oposiciones son muchas. En 1927, la visita del Nacional de Montevideo —el fútbol uruguayo ya había obtenido la medalla de oro olímpica en 1924— despertó una gran expectativa, pero también fue una buena señal de esta xenofobia interna: Nacional enfrentó a dos selecciones, una integrada por jugadores de los equipos españoles y otra por los de los clubes nativos. No importaba la nacionalidad, sino el encuadramiento (había nativos en ambos bandos). Nacional derrotó a ambos, pero los “criollos” se burlaron de los “españoles”, lo que fue duramente reprochado por el periódico *El Nacional*. El torneo de 1925-1926 terminó con tres juegos de desempate entre el América y el Asturias porque, por protestas sobre el juego regular de la temporada entre ambos, no se sabía quién era el campeón. Los tres juegos se transformaron en cuatro, ya que el tercero —ganado por el Asturias— fue anulado porque llovió. Finalmente venció el América; el Asturias protestó y la Federación envió el reclamo a un tribunal de honor que nunca dictaminó. El campeón fue, obviamente, el América.

Tensiones de este tenor desembocaron también en situaciones de violencia en los estadios. Un amistoso de 1931 entre el Racing de Madrid y el Atlante terminó con desórdenes, golpes y los jugadores españoles presos. Al comenzar la Guerra Civil española en 1936, la situación se agravó —entre otras razones, porque la colonia española era mayoritariamente franquista, mientras que el gobierno mexicano de Lázaro Cárdenas apoyaba a la República—. Una gira del Barcelona en 1937 fue aprovechada por varios jugadores para quedarse jugando en México; una gira de la Selección Vasca, que no podía regresar a España por el triunfo franquista en el País Vasco, terminó en la constitución de un equipo que intervino efímeramente en el campeonato local, el Euzkadi, que fue subcampeón del torneo 1938-1939.

El punto álgido llegó en marzo de 1939, cuando un juego decisivo entre el Necaxa y el Asturias no finalizó debido a los desórdenes —el escándalo más habitual consistía en arrojar los cojines de los asientos al campo de juego— y a las hogueras que los parti-

darios del Necaxa encendieron en las maderas de la tribuna de Sol —el nombre de los asientos populares, frente a los de Sombra, más caros—. Esas hogueras culminaron en el incendio total de la tribuna, quedando sólo la estructura metálica que sostenía las maderas.

PROFESIONALISMO Y CRIOLLISMO

El punto final de la disputa ocurrió a partir de 1943. El semi-profesionalismo se transformó en profesionalismo explícito —aunque nunca había sido prohibido, a diferencia del resto del subcontinente, y por ello no había aparecido como parteaguas—. La Liga Mayor era hasta entonces centralmente capitalina: de los ocho equipos del torneo de 1942-1943, cinco eran de la Ciudad de México —América, Atlante, Marte, Asturias y España—. De los otros tres, la excepción fue el Moctezuma de Orizaba, que continuó jugando. Necaxa desapareció por problemas económicos a la muerte de su fundador, William H. Fraser. La Selección Jalisco, hasta entonces integrada por jugadores de los clubes Guadalajara, Oro y Atlas de la Liga de Occidente, y que participaba como invitada, desapareció para que ingresaran formalmente Atlas y Guadalajara. Se sumaron el Veracruz —fusión de Iberia y Sporting, que ya habían jugado en la Liga— y el ADO de la Liga Veracruzana. Y surgió un campeonato nacional.

En 1945, el presidente Manuel Ávila Camacho dictó un decreto que creaba la Comisión de Fomento Deportivo del Distrito Federal; a la vez, establecía un impuesto sobre la recaudación de las taquillas del fútbol metropolitano y regulaba la cantidad de jugadores extranjeros permitidos por equipo. Efraín Navarro afirma que, a pesar de que el Estado federal llevaba ya varios años interesado en el desarrollo de las actividades deportivas, en este caso se trataba de una maniobra política: el decreto estaba hecho a la medida de los clubes criollos, porque establecía un mínimo de seis jugadores mexicanos “por nacimiento” por equipo para 1945, que se elevó a siete en

1946. Aunque otros límites fueron fijados para otros deportes, eso no le importó a nadie: el decreto era portador de una xenofobia defensiva cuyos destinatarios eran los clubes de la comunidad española. Cuando éstos plantearon el debate en la Federación, los representantes de Atlante, América y Marte reconocieron que ellos mismos habían solicitado la reglamentación. Los equipos tapatíos, Atlas y Guadalajara, la respaldaron en el debate —recordemos que las Chivas, como se conoce al Guadalajara, hasta el día de hoy mantienen una estricta norma de incorporar sólo mexicanos a sus planteles—.

El argumento explícito era el nacionalista; el oculto, que el poderío económico de los clubes españoles, respaldados por los empresarios adinerados de la comunidad, les permitía la contratación de jugadores extranjeros. En 1943, 38% de los jugadores de la Liga eran extranjeros: no se trataba sólo de hijos de la comunidad o migrantes, sino también jugadores contratados en el exterior, por ejemplo, argentinos. Cuando el León se integró a la Liga, en 1944, lo hizo contratando varios argentinos, aprovechando que el decreto regía sólo en el Distrito Federal. Desde 1947, la Liga incorporó la regulación como propia, por lo que todos los equipos debieron sujetarse a ella.

Como relata Efraín Navarro, los argumentos nacionalistas de los clubes nativos funcionaban sólo cuando los beneficiaban. En 1948, el América olvidó provisionalmente ese discurso, solicitando autorización formal del gobierno para tramitar la inmigración de jugadores húngaros, y luego apoyo económico para pagarlos. Las difíciles relaciones entre los clubes mexicanos y los españoles desembocaron en el retiro del España y el Asturias en 1950, invocando dificultades económicas —pero el retiro ocurrió también luego de dos partidos entre la Selección Española, de visita en México antes de la Copa del Mundo de Brasil, y la mexicana, que terminaron con renovados desórdenes y reclamos—. La Liga quedó, entonces, en manos decididamente criollas: aunque fueron manos provincianas, considerando la hegemonía de los clubes de Guanajuato y Jalisco en los años siguientes.



LAS INVENCIONES ISLEÑAS

En las Antillas hay fútbol, mucho fútbol. Deberíamos revisar hasta qué punto incluirlas en una historia del fútbol latinoamericano: la enorme mayoría de los 31 países caribeños que integran la Confederación de Norteamérica, Centroamérica y el Caribe de Fútbol (Concacaf) fueron colonias europeas hasta finales del siglo xx —e incluso varios aún tienen estatuto colonial o semicolonial, como es el caso de Puerto Rico—. Fútbol caribeño, entonces, que no es necesariamente latinoamericano. Para agregar una complicación, tres de los países que integran la Concacaf, y que en particular están en su Zona Caribeña —es decir, disputan entre sí las zonas clasificatorias para los distintos torneos continentales e internacionales, como las Copas del Mundo— están geográficamente en territorio sudamericano: Guyana, Guayana y Surinam (la ex Guayana Holandesa). De las tres, Guayana está afiliada a la Concacaf, pero no a la FIFA, ya que a su vez está afiliada a la Federación Francesa de Fútbol.

Las ligas más antiguas —las fundadas antes de 1930, tomando esta fecha por el inicio de las competencias de la FIFA— corresponden a países que pertenecían al Imperio británico, con la excepción de Surinam, posesión holandesa, y a los dos países de independencia más antigua, Haití y Cuba. La República Dominicana, que integra este lote, no tuvo federación local ni liga hasta 1953, y más de la mitad de los clubes que disputan su Liga Profesional fueron fundados con posterioridad al año 2000. El historiador Tony Mason señala que en 1955 República Dominicana era el único país del hemisferio occidental sin afiliación a la FIFA. Como ya dijimos en el



capítulo 1, Dominicana es, junto a Cuba, el centro de gravedad del beisbol latinoamericano, lo que explica la condición periférica del futbol. En los países antillanos de dominación británica hay una presencia importante del cricket, pero éste, en cambio, no desplazó al futbol como deporte dominante.

Pero la secuencia que describe el futbol en las islas es similar en todos los casos: lo introducen las potencias imperiales, fundan las ligas, crean los equipos; cuando las colonias se transforman en países independientes —proceso que ocurre en simultáneo en casi todos ellos, y es a la vez contemporáneo de la descolonización africana—, inmediatamente se afilian a la FIFA. Dejando de lado los casos cubano y haitiano, que nos exigen una atención particular, y tomando sólo las ligas con fundación anterior a 1930, la más antigua es la de Guyana, creada en 1902 —antes que la mayoría de las latinoamericanas—: el país se independiza en 1966, y en 1968 se afilia a la FIFA. Le sigue Trinidad y Tobago, creada en 1908, independiente desde 1962 y afiliada a la FIFA en 1963, y luego Jamaica, creada en 1910, independiente en 1961 y afiliada a la FIFA en 1962. Guyana es un ejemplo discordante, en tanto que, siendo la liga más antigua del Caribe, no es del Caribe ni isleña, y nunca tuvo un rendimiento destacado en los campeonatos regionales. En cambio, tanto Jamaica como Trinidad son las dos potencias antillanas, y las únicas Ligas del viejo Caribe británico en participar en Copas del Mundo; ambas, además, fueron la cuna de destacados futbolistas de la liga inglesa. Trinidad también proveyó al futbol continental con la figura de Jack Warner, presidente de la Trinidad and Tobago Football Federation por más de 20 años (1990-2011) y acusado de ser uno de los líderes de la corrupción entre las autoridades de los organismos futbolísticos internacionales; pero sobre esto volveremos más adelante.

El resto sigue, dijimos, la misma secuencia. Barbados creó su liga en 1910, se independizó en 1966, se afilió a la FIFA en 1968; Granada, en 1924, 1974 y 1978, respectivamente; Antigua, en 1928, 1967 y 1970. El caso excepcional es Surinam, la antigua

Guayana Holandesa. En primer lugar, porque está en territorio continental sudamericano, como Guyana; en segundo, porque su liga se creó en 1920, pero se afilió a FIFA en 1929, en tanto se independizó recién en 1975; y en tercer lugar, porque sus mejores jugadores fueron rápidamente reclutados por los clubes de la metrópoli, sin jugar para la selección del país. Entre ellos, están nada menos que Edgar Davids, Clarence Seedorf y Jimmy Floyd Hasselbaink, mientras que Ruud Gullit, Frank Rijkaard, Royston Drenthe y Patrick Kluivert son hijos de inmigrantes surinameses en los Países Bajos.

LE FOOTBALL HAÏTIENNE

Por su parte, Haití es una excepción más radical aún en el fútbol antillano. La pequeña república caribeña es el país independiente más antiguo de todo el continente, con la excepción de Estados Unidos: logró su emancipación de Francia en 1804, y al mismo tiempo fue el primer país del mundo en el que la revolución independentista implicó, también, la abolición de la esclavitud; actualmente, 95% de su población es afrodescendiente. La historia política haitiana es compleja y dolorosa, atravesada por dictaduras, guerras civiles y ocupación norteamericana (entre 1915 y 1934), factores todos que, como hemos visto, no suelen ser muy favorables para el desarrollo del fútbol.

Sin embargo, ya en 1904 había una Union Sportive Haitienne, luego Fédération Haïtienne de Football, y tres de los clubes que aún juegan la liga haitiana son tan antiguos como varios del resto de Latinoamérica: el Violette Athletic Club es de 1918, el Racing Club Haïtien de 1923, el AS Capoise de 1930. En 1925, la selección nacional disputó un partido contra Jamaica (una derrota 1 a 2); en 1933 se afilió a la FIFA y disputó la eliminatoria para la segunda Copa del Mundo, siendo derrotada por Cuba. En 1957 ganó la vieja Copa CCCF, en su octava edición, disputada en Curaçao, en la que jugaron el local, Haití, Honduras, Panamá y Cuba.

Pero el mayor logro del fútbol haitiano fue la conquista de la Copa Concacaf, organizada en Puerto Príncipe, la capital haitiana, en 1973, que era asimismo clasificatoria para la Copa del Mundo de Alemania de 1974. En la liguilla final participaron Haití, Trinidad y Tobago, México, Honduras, Guatemala y Antillas Neerlandesas (la extinta *Nederlands Antilliaanse Voetbal Unie*, que reunía a Aruba y Curaçao), que terminaron el torneo en ese orden. La eliminación de México fue la sorpresa del torneo: aunque hasta entonces había clasificado siempre a las Copas como representante centroamericano, entre 1950 y 1970, en esta ocasión tuvo un pobre desempeño en el que sólo ganó dos juegos de los cinco y fue goleado 4 a 0 por Trinidad y Tobago. Ésta fue, a su vez, la estrella del torneo, hasta que el 4 de diciembre de 1973 se enfrentó a la selección local, perdiendo 2 a 1. Este juego y su resultado son de los más dudosos en la historia del fútbol mundial: el árbitro salvadoreño José Roberto Henríquez estableció el récord de cinco goles anulados a Trinidad, de los que todas las fuentes aseguran que tres, al menos, fueron válidos. El escándalo fue de tal magnitud que la FIFA suspendió de por vida al árbitro y al juez de línea canadiense James Higuét. El presidente haitiano era Jean-Claude Duvalier, conocido como Bébé Doc o Baby Doc, el hijo de Papá Doc, François Duvalier, dictador haitiano desde 1954, a quien Bébé Doc había sucedido como “presidente vitalicio” en 1971. Todas las fuentes coinciden en que la influencia del dictador fue, por decirlo elegantemente, importante.

El desempeño de Haití en Alemania fue muy pobre: perdió los tres juegos contra Italia, Polonia y Argentina, con 2 goles a favor y 14 en contra. Para peor de males, el defensa Ernst Jean-Joseph dio positivo en control de *doping*, por lo que fue expulsado del torneo. Las autoridades haitianas lo devolvieron a la isla, donde fue encerrado en un campo de “reeducación” por la dictadura.

El impulso duvaleriano alcanzó para obtener el subcampeonato de la Concacaf en 1977 y la Copa de la CFU (la sección caribeña) en 1979. Las distintas crisis políticas —y humanitarias— sufridas

por Haití en los años posteriores motivaron, incluso, su retiro de la Concacaf entre 1986 y 1990.

CUBA Y LOS ESPAÑOLES (UNA VEZ MÁS)

Como relatamos en el capítulo 1, el predominio del beisbol en la isla fue absoluto, organizado incluso por su antiimperialismo finisecular: el blanco de la resistencia fue el imperialismo español, potencia colonial en la isla hasta 1898. Así, el símbolo de modernidad deportiva lo constituía el deporte norteamericano, mientras que el futbol, paradójicamente, significaba el lastre colonial.

Por eso, para desarrollar el futbol fue necesaria una alianza entre los españoles, que a pesar de la derrota en la guerra contra Estados Unidos siguieron siendo una colonia importante, y los escoceses. En 1907 un grupo de aficionados españoles, encabezados por Manolo Rodríguez —que había estudiado en Gran Bretaña— y Raúl Lombardo, crearon una Football Association de Cuba. Santiago Prado-Pérez, historiador cubano, sostiene que la Federación se creó en 1911, mientras que en 1907 se fundó el primer club, el Sport Club Hatuey, y en 1909 el Prado Football Club, luego transformado en Rovers. El nuevo nombre se debió al infaltable escocés, William A. Campbell, quien convocó a jugar en el nuevo club a la colonia británica. Apenas en 1911 se jugó el primer partido documentado entre ambos clubes: el Hatuey alineó cubanos y españoles, mientras que para el Rovers jugaron apellidos tales como Thompson, Meyers, Tucker, Onfroy, Orr (el capitán), Stone, Evered, Lismore, Webber, Tomey, Ogilvis, Davis, Houldsworth y Edwards.

En los años siguientes comenzaron a disputarse torneos organizados, mientras que el futbol se extendía también a Cienfuegos, donde el Fútbol Club de la Colonia Española se fundó en 1912. Sucesivamente se crearon el Deportivo Hispano América, en 1912, y el Iberia Football Club, en 1915 (que alcanzaría más tarde el título de “Real”), y en fechas posteriores, el Cataluña, el Euskeria, el Juventud

Asturiana, la Sociedad Gimnástica Española y el Club Deportivo Centro Gallego. Aunque la Federación fue refundada en 1916, presidida por el escocés Campbell, el predominio de la colectividad española fue, como queda claro, absoluto. Para remate, el primer visitante extranjero fue el Galicia Sport Club de Nueva York, que visitó La Habana en 1925. En ese mismo año, la Federación se afilió a la FIFA.

Entre 1925 y 1930 se desarrolló un calendario nutrido de visitas: el Español de Barcelona, el Real Madrid, el Colo-Colo de Chile, el Nacional de Montevideo. El fútbol cubano mostraba un crecimiento importante, rematado en la conformación de una Selección Cubana de fútbol para los II Juegos Centroamericanos y del Caribe de 1930 en La Habana, los primeros en los que se jugó al fútbol. Cuba derrotó a Jamaica por 3-1 el 16 de marzo de aquel año, en lo que fue su primer cotejo internacional. Luego derrotaría a Honduras por 7-0, pasando a la ronda final. En ella, venció a Honduras (5-0) y luego a Costa Rica (2-1) y a El Salvador (5-2). En su primer torneo, Cuba ganó la medalla de oro de los juegos regionales. No volvería a ocurrir hasta 1970, en Panamá, donde inició una serie de cuatro medallas de oro en cinco Juegos, hasta 1986 (fue bronce en 1982, paradójicamente en La Habana).

El entusiasmo llevó a los cubanos a disputar la eliminatoria para la Copa del Mundo de 1934: eliminó a Haití tras jugar tres encuentros en Puerto Príncipe (3-1, 1-1, 6-0), pero fue derrotado por México, también en tres partidos jugados en la Ciudad de México (2-3, 0-5, 1-4). En 1938, Cuba tuvo la revancha: se retiraron Estados Unidos, Costa Rica, México, El Salvador y Guayana Holandesa, por lo que Cuba quedó automáticamente clasificada. Todos sus jugadores eran españoles nacionalizados, mientras que el director técnico, José Tapia, mantuvo su ciudadanía española. En la Copa derrotaron a Rumanía por 2 a 1 en un partido de desempate, tras haber finalizado 3 a 3 en el primer juego. Allí terminó la felicidad cubana: en cuartos de final, Suecia la venció 8 a 0, en la peor derrota de la historia de la selección. Aun con un final doloroso, fue

la primera disputa de un equipo caribeño en las Copas del Mundo; fue, claro, la única cubana. Sólo en 1998, 60 años después, una selección caribeña vencería en un juego de Copa del Mundo (Jamaica derrotó a Japón 2 a 1, en la Copa disputada en Francia).

El peso popular del beisbol y el monopolio del futbol por la colonia española dificultó su desarrollo. Aunque ya existía profesionalismo desde 1931, el futbol no consiguió nunca recaudar suficientes fondos como para ser atractivo como opción laboral frente al beisbol. La Revolución socialista de 1959 y la consiguiente supresión del profesionalismo en el deporte condenó al futbol a un lugar secundario frente al beisbol, más allá de cierto mayor atractivo entre los aficionados en fechas más recientes.



TERCERA PARTE
El juego del pueblo



COBRAR POR JUGAR, JUGAR PARA COBRAR

El paso al profesionalismo desató cismas en las primeras cuatro asociaciones nacionales sudamericanas en introducirlo: las de Argentina, Uruguay, Brasil y Chile, entre 1931 y 1933. En Paraguay, la Guerra del Chaco introdujo un corte exactamente en esos años: no hubo torneos entre 1932 y 1934, y las fuentes afirman que desde 1935 se instauró un semiprofesionalismo que, en los clubes menos importantes, dura hasta nuestros días —en el sentido de que las legislaciones son imprecisas y nunca lo establecieron definitiva y universalmente. En el resto del subcontinente, el profesionalismo llegó a partir de 1950 —con la excepción de México, en 1943, y de Colombia, el caso más interesante y que nos exigirá atención especial, en 1948.

Como ya hemos visto en los capítulos anteriores, el profesionalismo funcionó en el subcontinente como una línea de corte entre dos etapas. La primera y fundacional, que tratamos de describir en los capítulos precedentes, en la que se produjeron las invenciones de los futboleros locales: la apropiación de las prácticas deportivas modernas y anglosajonas por parte de las élites, pero también la progresiva y dificultosa apropiación por parte de las clases populares —los procesos de popularización, que no fueron en una dirección “de arriba abajo”, sino venciendo en muchos casos la resistencia de las élites—; en varios casos, la utilización de mecanismos estatales —especialmente, los escolares— como formas de disciplina y difusión “controlada” y “controladora” de los deportes (vale la pena anotar aquí: casi sin excepciones, difusiones masculinas hacia sujetos masculinos). La segunda, la que nos ocupará en los siguientes

tes capítulos: la constitución definitiva —sin retorno a la vista— del futbol como el deporte más popular en —casi— toda la región.

“Una dirección de arriba abajo”: no cabe duda de que, sin excepciones y en toda América Latina, los deportes modernos —el futbol, como deporte predilecto en la mayoría de nuestras sociedades— fueron introducidos, apropiados y practicados por las élites —más burguesas, menos aristocráticas, más nacionalistas o menos migrantes, pero siempre élites. Pero, incluso en los casos en que los Estados nacionales decidieron introducir la práctica como currículo escolar, la difusión “hacia abajo” buscaba únicamente fines disciplinadores y de control social: la idea de que las clases populares iban a ser “mejores” (es decir, mejores obreros, mejores ciudadanos, más sanos, menos susceptibles a las tentaciones del alcohol, la fiesta, la disipación o la huelga, entendiendo todos como peligros casi equivalentes) gracias a la práctica deportiva. No había Estados nacionales “democráticos”, en el sentido fuerte de la palabra, en el comienzo del siglo xx latinoamericano: las élites no buscaban pueblos felices, sino pueblos obedientes que contribuyeran a maximizar sus tasas de ganancia.

Por eso, los procesos de popularización del futbol refutaron esas intenciones: porque se convirtieron en modos en que las clases populares se adueñaron de la práctica como espacio para afirmar identidades “populares” —es decir, no elitistas, e incluso “contra-elitistas”—, para inventar nuevos relatos “populares” —el principal, el del ascenso social por el mérito deportivo— y para, nada más y nada menos, ejercitar un goce “popular”: posiblemente, la razón principal, y que no debe ser olvidada, por la que los hombres de las clases populares latinoamericanas comenzaron a jugar al futbol es porque la pasaban bien, muy bien. Se divertían, hacían amigos, defendían el honor del barrio, eran objeto de la admiración de hombres y mujeres de sus comunidades. Más tarde, salían en los diarios y revistas —porque para colmo habían aprendido o estaban aprendiendo a leer—, aparecían en las radios, ¡salían sus imágenes en el cine!

Y luego, algunos, los mejores o los más afortunados, ganaban dinero por hacerlo.

UN CAMBIO DE ÉLITES

Por eso el profesionalismo significaba el fin de una etapa: las élites debían aceptar definitivamente que los jugadores de las clases populares habían pasado a dominar el juego. Pero a la vez significaba un cambio en esas élites, que ya no eran las mismas que habían introducido el fútbol. Los cismas que se produjeron en las asociaciones y ligas sudamericanas hablan exactamente de eso: de un desplazamiento en el seno de los grupos dominantes. Entre los refractarios al cambio, permanecieron los grupos ligados a las viejas aristocracias, que habían sido ellos mismos practicantes del juego según los viejos códigos del *fair play* y el modelo británico del *sportman*; para ellos, la mera idea de que eso pudiera ser considerado un trabajo era una afrenta. Un dato interesante es que, entre los primeros dirigentes de ligas y viejos clubes, como hemos relatado, hay una larga lista de jugadores y exjugadores. Pero cuando comienza el profesionalismo, éstos desaparecen: no volveremos a encontrar exjugadores entre los dirigentes del fútbol latinoamericano —al menos, hasta fechas muy recientes, cuando también se produjo un desplazamiento en las clases sociales de origen de los nuevos jugadores—. Los dirigentes que administraron el paso al profesionalismo ya no eran aristócratas o miembros “nobles” de las viejas burguesías: eran de las nuevas burguesías locales, que empezaron a administrar el fútbol como territorio de negocios. Se dedicaron a fabricar y vender mercancías: entradas a estadios y jugadores populares.

Por supuesto, esto es una generalización. Entre esas nuevas dirigencias que tomaron el comando del fútbol entre los años treinta (en el sur) y cincuenta (más al norte) del siglo xx también se contaron sujetos comprometidos con sus comunidades, que entendían al club del barrio o del pueblo como un objeto de amor compartido con sus vecinos y vecinas, y decidían invertir tiempo, dinero y esfuerzo en aquilatar la gloria o tratar de conquistarla. Pero, aunque

las intenciones fueran diferentes, lo que era común era la pertenencia de clase: los jugadores habían pasado a ser “populares”, porque eran ídolos de masas, pero también porque procedían de las clases más postergadas. En toda América Latina, la aparición de un jugador proveniente de las clases medias era un hecho destacado y celebrado justamente por su excepcionalidad. Entonces, los dirigentes “debían ser” —así se lo autorrepresentaban— sujetos con mayores habilidades escolares y profesionales. Las ligas obreras y los clubes plebeyos no pudieron integrarse a la etapa profesional; entre los últimos, siempre aparecía el médico o el abogado o el pequeño industrial del territorio para hacerse cargo de aquello que los “pobres” no podían hacer: “dirigir”.

El mejor trabajo en el subcontinente sobre este fenómeno lo escribieron hace muchos años los argentinos Héctor Palomino y Ariel Scher, sociólogo y periodista respectivamente, haciendo una historia de las dirigencias de la Asociación del Fútbol Argentino desde su fundación hasta finales de la década de 1980, desde Alexander Watson Hutton hasta Julio Grondona: desde el profesor escocés que nunca abandonó la docencia hasta el comerciante del barrio de Avellaneda que manejó como un caudillo el fútbol argentino, entre dictadores y presidentes democráticos que le rendían pleitesía, entre negocios ilícitos y corruptelas de todo tipo, locales, latinoamericanas y hasta globales. Como es sabido, Grondona fue mano derecha de João Havelange hasta 1998, primero, y de Joseph Blatter hasta 2014, año en que murió el argentino, durante los inolvidables años de sus fechorías en la FIFA.

LOS CISMAS Y LOS GOBIERNOS

A finales de la década de 1920, en todos los fútboles sudamericanos (y también en el mexicano) era común la práctica del amateu-rismo marrón, para describir la remuneración indirecta a los jugadores para de esa manera garantizarse sus servicios —permi-

tirle entrenarse disponiendo de tiempo libre y asegurarse de que no cambiara de club—. La palabra parece proceder del francés *marron* (clandestino) o *marronnage*, que puede ser traducido a la vez como “ejercicio ilegal de una profesión” o como “salida de la esclavitud”. En ambos casos, las significaciones son bastante atinadas: los pagos eran ilegales según las normativas de las primeras federaciones, que defendían el amateurismo como principio moral —y de clase, como ya hemos argumentado—, y los jugadores estaban obligados a permanecer en los clubes, atados por cláusulas de propiedad de la ficha —cláusulas que surgieron para proteger a los clubes ante las transferencias súbitas mediante promesas clandestinas—.

Pero en esos años, también, la popularización de la práctica había desembocado en la paralela y concurrente popularización de la asistencia a los estadios, que en las ligas rioplatenses ya superaban el aforo de 20 000 asistentes. Asistencia que era, por supuesto, onerosa: así, los clubes pasaron a ser recaudadores de sumas importantes de dinero del que los jugadores comenzaron a reclamar su parte. Sencillamente, para ganar asistencia y dinero, los clubes debían retener a los jugadores populares —de nuevo: por su clase de origen y por su convocatoria de masas—. Al mismo tiempo, debido a la internacionalización del fútbol —volveremos sobre esto en el próximo capítulo—, aparecía un nuevo riesgo: que el fútbol europeo, ya profesionalizado, capturara a los jugadores con ofertas irresistibles. En 1925, Julio Libonatti, jugador argentino del Newell's Old Boys de Rosario, fue transferido al Torino italiano, sin haber pasado por el fútbol porteño; había jugado para la Selección Argentina, y luego lo hizo para la Italiana; fue, a la vez, el primer latinoamericano transferido a Europa, el primer oriundo —era de origen obviamente italiano— y el primer jugador en desempeñarse en dos selecciones nacionales (aunque no en Copas del Mundo). Pocos años después, lo seguirían uruguayos y brasileños.

Los cismas en las asociaciones habían sido, hasta entonces, disputas por el poder y el prestigio —las disputas incesantes entre Valparaíso y Santiago, por ejemplo—. A partir de 1920, la disputa pasó

a ser por el poder económico —las recaudaciones— o moral —el respeto o el abandono del *fair play* y el amateurismo—. Dos cismas paralelos en Argentina y Uruguay anunciaron esta tendencia: entre 1919 y 1926, la Asociación Argentina de Football tuvo que lidiar con una Asociación Amateurs de Football; entre 1922 y 1926, lo mismo ocurrió en Uruguay, donde la Asociación Uruguaya de Football alternó con una Federación Uruguaya de Football —en este caso, el cisma permitió la aparición de una buena cantidad de clubes plebeyos que alcanzaron, de ese modo, la entrada en una liga oficial—. Lo más interesante de ambos casos es que las reunificaciones fueron resueltas con la intervención de los Estados nacionales, encarnados por sendas máximas autoridades. En 1926, el presidente argentino Marcelo Torcuato de Alvear dictó, a pedido de los dirigentes de fútbol, un laudo oficial en el que se disponía el modo de la reunificación; en el mismo año, el presidente uruguayo José Cerrato dictó un equivalente oriental. Por supuesto, todas las asociaciones los acataron; el poder político ya demostraba su interés atento por los avatares de lo que se había constituido en espectáculo de masas. La argentina se unificó en una Asociación Amateurs Argentina de Football; la uruguaya, en la vieja Asociación.

En abril de 1931, los jugadores argentinos se declararon en huelga. Lo que reclamaban no era el profesionalismo, sino la libertad de pase: no pedían por salarios —ilegales— que ya recibían, sino por el fin de la esclavitud que los ataba a su club hasta que éste decidiera liberar la ficha. Los dirigentes de los principales clubes resolvieron que era la oportunidad para implantar un profesionalismo flagrante, y crearon una Asociación Argentina de Football, mientras que los disidentes creaban una Liga Argentina de Football, amateur —luego de la intervención de un nuevo presidente, en este caso el dictador general José Félix Uriburu—. En definitiva, los jugadores no obtuvieron lo que pedían, pero los dirigentes sí consiguieron lo que querían.

* * *

El profesionalismo uruguayo no podía demorarse. No sólo por una cuestión de cercanía o de hermandad —por el contrario, Uruguay y Argentina ya animaban la mayor rivalidad futbolística mundial luego de la de Inglaterra y Escocia—, o de similitud de ambos procesos, como hemos narrado —y que los sendos laudos presidenciales de 1926 sólo contribuían a ratificar—, sino, por un lado, por el papel de la prensa: en 1930, la prensa deportiva no se limitaba a informar sobre la actualidad y los quehaceres locales, sino que incluía las escenas deportivas cercanas o rivales. Las noticias del profesionalismo argentino, por lo tanto, llegaban instantáneamente a la costa de enfrente del Río de la Plata, y suponían un nuevo problema: la posibilidad de la emigración de jugadores en busca de ingresos hacia Buenos Aires.

En 1932, los clubes profesionales, encabezados por los ya dominantes Nacional y Peñarol, crearon una Liga Uruguaya de Football Profesional, reunificada en 1936 en la Asociación Uruguaya de Football. Desde 1932 hasta 1976, todos los torneos fueron ganados por Peñarol o Nacional; en ese año, el campeón fue el Defensor Sporting, entonces llamado Club Atlético Defensor. En el caso uruguayo, la profesionalización significó, también, una hiperconcentración del poder económico y la capacidad de convocatoria.

* * *

Las dos grandes ligas brasileñas repitieron la dinámica de cisma-profesionalización, aunque con alguna consecuencia original. Por un lado, la Liga Carioca, que ya tenía alguna experiencia en disidencias y rupturas —la creación en 1923 de la Associação Metropolitana de Esportes Athleticos como refugio exitoso de las élites blancas, que ya hemos narrado—, sufrió una escisión en 1933 con la creación de la Liga Carioca de Football, profesional, encabezada por America, Bonsucesso, Bangu, Fluminense y Vasco da Gama, frente a las resistencias de Botafogo, Flamengo y São Cristóvão. La tenacidad de Flamengo duró muy poco y solicitó su ingreso al

nuevo torneo en el mismo año. La reconciliación —y definitiva profesionalización— del futbol carioca ocurrió en 1937, con la creación de la Liga de Futebol do Rio de Janeiro.

Simultáneamente, avatares similares ocurrían en São Paulo. El ímpetu profesionalizante de la APEA, como ya narramos, llevó a un cisma en 1926 liderado por el club Paulistano, que creó la Liga dos Amadores de Futebol, extinguida en 1930. La consecuencia original estuvo aquí: el Paulistano prefirió extinguirse junto con la Liga que había creado, transformándose en el último bastión del amateurismo paulista —blanco y burgués—. Sin embargo, el primer torneo profesional sólo ocurrió en 1933, el Paulistão de ese año, organizado por la APEA. Las interferencias políticas de la Confederação Brasileira de Desportos (la vieja CBD, que ya mencionamos), favorable al amateurismo, demoró la unificación hasta 1936, cuando se creó la Liga de Futebol do Estado de São Paulo y se instauró definitivamente el profesionalismo.

Lo que no podía demorarse: en 1934, el defensa carioca Domingos da Guia abandonó el Vasco da Gama para jugar en el Nacional de Montevideo; retornó al Vasco en 1935, para volver a migrar a Boca Juniors de Buenos Aires al año siguiente. Sin el profesionalismo, posiblemente Da Guia no hubiera regresado al Brasil para jugar en el Flamengo, donde estuvo siete años, ganó tres títulos cariocas y lo transformó, de club elitista y amateurista, en el club más popular de Brasil —además de jugar por Brasil la Copa del Mundo de 1938, en la que obtuvo el tercer lugar y el lanzamiento al estrellato internacional del futbol brasileño, como veremos en el próximo capítulo. Todo esto, gracias al profesionalismo —sin querer hacer un ejercicio contrafáctico—.

* * *

A Chile llegaban las noticias transandinas —y los jugadores extranjeros, que cobraban clandestinamente—. Además, el Colo-Colo había conocido el futbol profesional europeo en 1927. El profesionalismo,

entonces, no era un secreto, sino más bien una necesidad, frente a los gastos encubiertos y la necesidad de optimizar los presupuestos de los clubes. En 1933, por lo tanto, los ocho clubes de la División de Honor de la Asociación de Football de Santiago (Audax Italiano, Colo-Colo, Green Cross, Magallanes, Morning Star, Santiago Badminton, Santiago National y Unión Deportiva Española) decidieron fundar la Liga Profesional de Football de Santiago. En este caso, el cisma fue breve por exitoso: la Federación de Football de Chile decidió reintegrar a los disidentes, aceptando el profesionalismo en el mismo año. La organización del fútbol chileno, sin embargo, aún pasaría por nuevas desavenencias, hasta la fundación de una Asociación de Football Profesional de Santiago en 1937 y la definitiva organización de una Asociación Central de Fútbol de Chile en 1938.

* * *

Salvo el profesionalismo mexicano, que comienza oficial y definitivamente en 1943 —pero que tampoco era clandestino con anterioridad— y el cubano —donde la existencia paralela de un beisbol profesional obligó a la profesionalización del fútbol en un temprano 1931—, en el resto de América Latina el profesionalismo debió esperar hasta la década de 1950, cuando ya todo el fútbol de la FIFA era profesional —con la excepción de los países de Europa Oriental, amateurs hasta la caída de la “cortina de hierro” en 1989—.

En Paraguay, el periodista Miguel Ángel Bestard afirma, en una historia publicada por la propia Liga Paraguaya de Fútbol, que el profesionalismo nunca comenzó oficialmente; la contratación de futbolistas extranjeros por el club Guaraní en 1964 funcionó como una suerte de profesionalización abierta, en un fútbol en el que la dominante fue el marronismo durante buena parte del siglo —lo que llevó a que los mejores jugadores de su etapa clásica, como Arsenio Erico o Delfín Benítez Cáceres, jugaran profesionalmente en Argentina.

En Perú comenzó en 1940, con la creación de una Asociación No Amateur —la afirmación por la negativa—; sin embargo, no pudo

institucionalizar definitivamente el profesionalismo hasta 1951, cuando la Asociación Central de Fútbol organizó el primer torneo profesional —limitado a clubes de Lima y El Callao, como ya dijimos—. Sólo en 1966, el fútbol peruano nacional fue profesional. En Ecuador, el profesionalismo comenzó en la provincia de Guayás (cuya capital es el puerto, Guayaquil) en 1951 y en la de Pichincha (donde está Quito) en 1954. Sólo en 1957 hubo un campeonato profesional nacional, interrumpido de 1958 a 1960 y reanudado desde ese año hasta hoy. Como en Perú, son varias las asociaciones provinciales que definen su profesionalismo por la negativa: Asociación No Amateur.

En Bolivia, la Asociación de Fútbol de La Paz aceptó el profesionalismo en 1950. La siguieron Cochabamba y Oruro en 1954, Santa Cruz en 1965, Chuquisaca en 1969, Potosí en 1970, Beni en 1975 y Tarija en 1985, pero la Liga de Fútbol Profesional de Bolivia recién fue fundada en 1977. En Venezuela, finalmente, el profesionalismo comenzó en 1957, aunque sólo en el siglo *xxi* se estabilizó como deporte popular —nuevamente, por la competencia del beisbol—.

El profesionalismo centroamericano siguió los mismos pasos: todas las federaciones lo instauraron de 1951 en adelante —las primeras fueron Costa Rica y Honduras, en el mismo año—. Según el historiador Urbina, a quien hemos recurrido repetidamente, el origen del profesionalismo costarricense se debe al director técnico brasileño Otto Pedro Bumbell, que se hizo cargo del Saprissa y lo modernizó, entre otras cosas exigiendo el salario para sus jugadores —y llevándolo a ganar un campeonato en 1952—.

Pero el proceso de profesionalización más original —y hasta divertido— es el caso colombiano. Por mucho.

UN FUTBOL COLOMBIANO Y DORADO

Según el sociólogo y antropólogo colombiano David Quitián, a quien ya hemos citado, en el principio fue la radio, y luego el “Bogotazo”, y luego el “Dorado”. Vayamos en orden.

Como narramos en el capítulo 8, el fútbol colombiano nació dificultosamente en contra de su geografía, que volvía muy ardua su nacionalización. Ligas aisladas con poco contacto entre sí, una tardía afiliación a la FIFA y Conmebol en 1936, una primera aparición oficial de su selección nacional en 1938, en los IV Juegos Centroamericanos y del Caribe —y en el mismo año, en los Juegos Bolivarianos de Bogotá—, un primer Campeonato Sudamericano en 1945 —cuando fue derrotada por los cuatro grandes, Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, pero venció a Ecuador e igualó con Bolivia—. En esos Juegos bogotanos de 1938, Quitíán señala la aparición de una figura clave: la del relator radiofónico Carlos Arturo Rueda, que comenzó con las primeras transmisiones nacionales de eventos deportivos. Rueda fue el inventor del relato deportivo colombiano, no sólo del fútbol sino también del ciclismo, que pocos años después se volvería el segundo deporte nacional. La radio fue además el primer integrador nacional, hecho que la bibliografía comunicacional ha descrito profusamente, aunque sin prestar especial atención al peso del deporte en su programación. Ocurrió en Colombia, pero también en el resto de América Latina: se ha estudiado el peso del melodrama radiofónico o del noticioso, pero poco el del relato de los partidos de fútbol metropolitanos. Sin ellos, que en Argentina, Uruguay y Brasil estaban afirmados a comienzos de la década de 1930, la idea de un fútbol nacional hubiera sido imposible.

Lo mismo ocurrió en Colombia, pero con un cariz político. En 1948 se produjo el llamado Bogotazo, la sublevación popular ante el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, el político liberal progresista bogotano, sublevación seguida de centenares de muertos en la represión y del inicio de la década de enfrentamientos entre liberales y conservadores conocido como “La violencia”, entre 1948 y, por lo menos, 1958. La toma de las radiodifusoras por los liberales el día del crimen llevó al gobierno conservador a cancelar las licencias y a establecer dos grandes cadenas nacionales: Radio Cadena Nacional (RCN) y Cadena Radial Colombiana (Caracol), con un control estricto sobre las transmisiones, que pasaron a estar orientadas fé-

rramente hacia el entretenimiento y la despolitización. La radio se transformó, entonces, como dice Quitián, en un factor central para la consolidación de una audiencia y un mercado nacional, y en el advenimiento de una sociedad urbana de entretenimiento. Dos “programas” fueron decisivos para esto: uno fue la transmisión del ciclismo, especialmente con la creación en 1951 de la Vuelta a Colombia —con la significación añadida de que se trataba de una prueba que unía físicamente aquello que la radio proponía simbólicamente: un territorio nacional—.

El otro, claro, fue el fútbol.

* * *

La representación nacional residía en la Adefútbol, con sede en Barranquilla —recordemos que el puerto había sido la sede del primer desarrollo futbolístico—, que permanecía impertérritamente amateur —y costeña. Un grupo de dirigentes-empresarios decidió entonces, en 1948, impulsar una liga profesional, a la que llamó Dimayor —División Mayor del Fútbol Colombiano—. El primer torneo profesional colombiano comenzó así el 15 de agosto de 1948 en Medellín, con la participación de 10 equipos de seis ciudades: Millonarios e Independiente Santa Fe, de Bogotá; América y Deportivo Cali, de Cali; Atlético Municipal (hoy, Atlético Nacional) e Independiente, de Medellín; Junior, de Barranquilla; Deportes Caldas y Once Deportivo, de Caldas, y Universidad Nacional, de Bogotá, aunque jugó en Pereira. El colombiano fue, entonces, el torneo profesional más extenso de América Latina, con distancias promedio de 500 km entre las ciudades sede —recordemos los 120 km entre Santiago y Valparaíso, los 297 entre Buenos Aires y Rosario, los 442 entre Rio y São Paulo, o los 3 km que median entre el estadio Centenario y el parque Rodó, en Montevideo—. El campeón fue el Independiente Santa Fe.

Pero lo verdaderamente entretenido comenzaría al año siguiente, cuando se inició lo que sería conocido como “El Dorado”, para

calificar una suerte de época de oro del fútbol colombiano —al que sería más adecuado llamarlo “del fútbol *en* Colombia”—. En 1948 había comenzado una larga huelga de jugadores de fútbol en Argentina reclamando por salarios y, nuevamente, por la libertad de contratación. El director técnico de Millonarios, el argentino Carlos Aldabe, vio la oportunidad y viajó a Buenos Aires a buscar refuerzos, a quienes ofreció salarios mucho más elevados que los que recibían en Argentina. El primer seducido fue Adolfo Pedernera, exjugador de River Plate, que había sido ídolo de su club y de la Selección Argentina, integrante de una de las delanteras míticas del fútbol latinoamericano (Muñoz, Moreno, Pedernera, Labruna y Loustau). A los pocos meses, Pedernera invitó a su vez al volante Néstor Raúl Rossi y a un joven delantero, Alfredo di Stéfano, quien a finales de la década siguiente se transformó en el mejor jugador del mundo y uno de los mejores de toda la historia, jugando para el Real Madrid español. Esa combinación transformó al Millonarios, conocido como el “Ballet Azul”, en uno de los mejores equipos de la historia del fútbol colombiano, campeón de 1949 y tricampeón entre 1951 y 1953.

La jugada se basó, como afirma Quitián, en varios factores: la huelga argentina, por un lado, pero también la informalidad tributaria de Colombia y la relativa fortaleza del peso de entonces (2.25 por dólar). Sin embargo, posiblemente el elemento decisivo fue su ilegalidad: la Dimayor, que no era la liga reconocida por la Conmebol y la FIFA, simplemente desconocía toda la normativa internacional de transferencias entre clubes: lo que quería, lo tomaba y le pagaba directamente al jugador —lo que, de esta manera, significaba el advenimiento del pase libre que habían reclamado los argentinos 15 años antes—.

El ejemplo se expandió: en 1949 jugaron aproximadamente 109 extranjeros, de los cuales 57 eran argentinos, entre ellos Adolfo Pedernera, Alfredo di Stéfano, Pipo Rossi, Antonio Sastre, René Pontoni y Julio Cozzi. El reparto fue así: 12 en Independiente Santa Fe, 10 en Universidad Nacional, ocho en Deportes Caldas, siete

en Millonarios, cinco en América de Cali, dos en Boca Juniors de Cali, tres en Once Deportivo, cinco en Bucaramanga de Santander, uno en Deportivo Medellín y uno en Deportivo Pereira. Según los cálculos de Quitián, 80% de los jugadores de los equipos colombianos eran extranjeros, de los que 52% eran argentinos, 15% paraguayos y 11% uruguayos.

En los años posteriores, como “argumento de ventas”, se distribuyeron nacionalidades: los paraguayos se radicaron en Pereira, para ser llamados los “guaraníes”; los uruguayos en Cúcuta, donde eran conocidos como “charrúas” (el Cúcuta Deportivo llegó a jugar con 11 uruguayos, y le sobraba otro como suplente); los peruanos, en Cali y Medellín (el Independiente contrató 12 peruanos, por lo que fue apodado “La Danza del Sol”); los argentinos, obviamente los “gauchos”, se concentraban en Armenia y Bogotá, mientras que los brasileños, ampliamente llamados “cariocas”, solían desempeñarse en Barranquilla. En 1951 el Quindío contrató a toda la plantilla del Wanderers argentino, apenas un club amateur que visitaba el país. No conformes con la latinoamericanización de su fútbol, los clubes Samarios, de Santa Marta, y Junior, de Barranquilla, se repartieron por mitades, entre 1951 y 1952, a los jugadores de una selección húngara, que había ido de gira colombiana. Entre los extranjeros también había yugoslavos, italianos, españoles, ingleses, bolivianos, chilenos, costarricenses y ecuatorianos, y hasta un austriaco y un lituano. Y para coronarlo, árbitros de seis países diferentes. Como no podía ser de otra manera, un club se manifestó orgullosamente “criollo” frente a semejante maremágnum migratorio: el Atlético Municipal de Medellín fue el único en contratar sólo nacionales.

El objetivo inicial fue cumplido: Colombia tuvo un fútbol profesional y un torneo nacional, con una enorme demanda del público, mientras el locutor Rueda transmitía los juegos del campeonato al que apodó “El Dorado”. Quitián sostiene que la responsabilidad de Rueda es sólo una presunción, pero creíble por su trayectoria (y por su ingenio en los motes): lo cierto es que el apodo se instaló y llevó al dictador Gustavo Rojas Pinilla a llamar del mismo modo al

aeropuerto de Bogotá. El Dorado había dejado de ser una leyenda de la conquista española y se impuso como la marca reconocida del campeonato de fútbol más insólito del mundo.

El problema fueron las consecuencias. Por un lado, que tamaño aluvión de extranjeros atrajo al público pero retrajo a los futbolistas nativos, que no tenían oportunidades de jugar. Cuando la situación se normalizó —veremos cómo—, los 18 equipos de 1951 se transformaron en los 10 de 1954, sumergiendo al fútbol colombiano, como describe Quitián, “en un periodo de languidez” del que sólo emergió en el “segundo Dorado”, el del auge del narcotráfico en las décadas de 1980 y 1990, que produjo una nueva explosión del fútbol colombiano con argucias similares: mucho dinero, omisión tributaria, decenas de estrellas extranjeras y un final caótico por la ruptura del modelo.

La otra consecuencia fue la expulsión del fútbol colombiano de los organismos internacionales, que lo declararon “pirata”. La Dimayor aprovechó esa exclusión para proponerse como una suerte de centro del mundo futbolístico: en 1951 organizó un Campeonato Sudamericano, con la participación de “Argentina, Paraguay, Uruguay y Colombia”, con el único mecanismo de usar a los jugadores que se desempeñaban en su liga —sin que las respectivas asociaciones nacionales tuvieran ninguna injerencia—. Como remate, en 1952 el Real Madrid español invitó al Millonarios de Bogotá —en el que jugaban sólo dos colombianos, Alcides Aguilera y Gabriel Ochoa— a un amistoso en Madrid, en el que el Ballet Azul le propinó un 4 a 2 —goles de los argentinos Di Stéfano (2), Pedernera y Báez—, por lo que lo proclamaron el mejor equipo del mundo. Pero el paraíso dorado no tenía futuro. En 1951, la Dimayor aceptó el pacto de Lima, firmado con la Conmebol, por el que los futbolistas extranjeros debían regresar a sus clubes originales —aunque Millonarios aprovechó para vender a Di Stéfano al Real Madrid en 1953, en un trato oscuro que debió ser aceptado por River Plate de Argentina, dueño del pase y que lo había vendido, a su vez, al Barcelona. Aún hoy se sospecha de alguna mano franquista—.



LA INTERNACIONAL FUTBOLÍSTICA

La antropóloga brasileña Simoni Lahud Guedes, una de las grandes estudiosas del fútbol brasileño y latinoamericano, encontró en una *Historia do futebol brasileiro* —publicada en 1950 y escrita por un periodista, Olympicus (Thomaz Mazzoni)— una cita que no hemos podido verificar. Según Olympicus, cuando en 1919 se realizó el tercer Campeonato Sudamericano en Rio de Janeiro, se organizó también un Congreso Sudamericano de Fútbol para recibir a las delegaciones participantes, que habían sido las fundadoras de la Confederación Sudamericana de Fútbol, tres años antes: Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. En un brindis, relata el periodista, el delegado brasileño Coelho Neto pronunció una frase inmortal: “Todo nos une y nada nos separa”.

Hasta aquí la leyenda. Y ahora, los problemas.

UNIDOS Y SEPARADOS

En realidad, si rastreamos la frase, la primera fuente que hallamos es la del presidente argentino Roque Sáenz Peña, quien la habría acuñado unos años antes, en 1912, en una carta al barón de Rio Branco (José Maria da Silva Paranhos Junior, diplomático brasileño), para referirse al enorme potencial futuro de las relaciones entre Argentina y Brasil. En ese mismo 1912, el presidente argentino encargó una misión diplomática en Rio de Janeiro al expresidente Julio Roca (1880-1886 y 1898-1904), quien aprovechó una visita de un combinado argentino a Brasil para acompañarlo en dos jue-



gos amistosos contra combinados cariocas y paulistas —la Selección Brasileña aún no se había inventado—. Roca ya había llevado al equipo argentino en 1908 en otra visita diplomática: en el partido entre la selección y un combinado carioca-paulista, el equipo rioplatense ganó por 3 a 2. Los partidos de 1912 fueron en ambas ciudades brasileñas, lo que permitió que en São Paulo jugaran los paulistas (perdieron 6 a 2) y en Rio, salomónicamente, los cariocas (perdieron 4 a 0).

Evidentemente, al expresidente argentino le gustaba el fútbol, ya que en 1904 había sido el primer presidente latinoamericano en presenciar un juego internacional —la derrota del argentino Alumni frente al inglés Southampton por 3 a 0— que fue el primer partido internacional de la historia futbolística argentina y, posiblemente, en todo el continente. El día del segundo partido en Rio nació otra leyenda: al finalizar el primer tiempo, con goles de Ernesto Brown, Alberto Ohaco y dos de Harry Hayes —que nunca nos falte un inglés, pero éste era nativo de la ciudad de Rosario, y se llamaba Enrique—, Argentina ya ganaba 4 a 0. Roca fue al vestuario argentino y pidió a los jugadores “dejarse ganar por la patria” (así lo cuenta Maximiliano Susán, delantero argentino presente en el juego). Como la estadística afirma que el partido terminó con los mismos cuatro goles de diferencia, cabe pensar que la influencia política de Roca —militar y político que dominó 40 años de la escena argentina, desde 1879 hasta su muerte en 1914— era inversamente proporcional a su influencia futbolera. Por otro lado, una leyenda paralela relata que el capitán del equipo argentino, el mítico Juan Brown, jugador del Alumni, le respondió: “General, la política es la política y el fútbol es el fútbol”.

* * *

Los problemas de la frase no terminan con esta leyenda, aunque los partidos existieron realmente, y hay fotos de Roca en el estadio Das Laranjeiras junto al presidente brasileño, el mariscal Hermes

Rodrigues da Fonseca, y el ministro Manuel Ferraz de Campos Sales; la alta política de ambos países.

Cuando la frase reaparece en el contexto futbolístico, según Olympicus, la pronuncia un “delegado brasileño” al congreso de la reciente Conmebol, Coelho Netto. El único personaje con ese apellido en la cultura brasileña es el escritor Henrique Maximiano Coelho Netto, uno de los primeros intelectuales brasileños en escribir —amorosamente— sobre futbol, deporte que había practicado y del que era fanático. Incluso, dos de sus hijos jugaron para su Fluminense y uno de ellos, conocido como Preguinho, jugó para la selección nacional en la Copa del Mundo de 1930 (además de practicar natación, remo, waterpolo, saltos ornamentales, atletismo, basquetbol, voleibol, hockey sobre patines y tenis de mesa). El otro hijo, Emmanuel, murió en 1924 luego de un partido contra el São Cristóvão, a causa de un golpe que le provocó una hemorragia interna. Pero, para completar la información, el poeta Coelho Netto habría participado en la primera invasión del campo en el futbol carioca, en un Fluminense-Flamengo en 1916, ante un fallo arbitral que el escritor juzgó desacertado y decidió remediar con sus propias manos.

* * *

En la década de 1920, la frase aparece atribuida al gran intelectual peruano José Carlos Mariátegui, un poco ampliada: “Somos muy pocos para dividirnos. Todo nos une, nada nos separa”. Pero Mariátegui ya no hablaba sobre futbol, sino sobre la política en América Latina.

* * *

Como dice Simoni Guedes, la frase es muy bonita para hablar de política latinoamericana, pero muy mala para hablar de futbol. Cuando los países latinoamericanos empezaron a desplegar sus futboleros, una de las primeras cosas que precisaron hacer fue competir internacionalmente: primero contra sus vecinos inmediatos,

luego ampliando la mira hacia otros rivales. En ese momento, cuando comenzaron los enfrentamientos deportivos entre países, la frase reveló su inversión: “Todo lo que nos une, nos separa”. La afición futbolística unió rápidamente a las naciones, primero a las sudamericanas, luego al resto del subcontinente, pero no para celebrar la unidad, sino para disputar, hasta el día de hoy, quién es el mejor. En última instancia, es la reproducción internacional de un fenómeno local: el fútbol permitía la construcción de identidades locales, ligadas a pertenencias territoriales, que defendían el honor de la comunidad frente a las comunidades vecinas o más alejadas. Lo mismo podía hacerse fingiendo que la comunidad representada era la nación. Como veremos, en 1896 se había inventado una ficción equivalente, en la que muchos hombres competían en deportes individuales o de equipo haciendo de cuenta que representaban a los pueblos de sus naciones. Esa ficción se llamó Juegos Olímpicos.

Por eso, ya en 1901 hubo un partido amistoso entre dos equipos que se autoasignaron el nombre de “combinados nacionales”, de Uruguay y Argentina, en Montevideo —en realidad, el equipo uruguayo fue el Albion, con la camiseta del Albion—. En 1902, ya fueron equipos organizados por ambas Ligas, y en 1905 disputaron por primera vez un trofeo, la Copa Lipton. Como ya dijimos, es el clásico más antiguo del fútbol mundial, después de Inglaterra vs. Escocia, que juegan desde 1872.

VENCER AL PADRE

Paralelamente, uruguayos, argentinos y brasileños necesitaron comprobar hasta qué punto había sido exitosa su apropiación del juego británico. Para eso, había que jugar contra los maestros, aunque los que disputaron esos partidos fueran clubes o combinados que no reivindicaban su categoría de selección nacional. La primera visita fue en 1904: el Southampton inglés fue el primer equipo en

visitar ambas capitales, propinando sendas goleadas a sendos combinados de liga: 5 a 3 a los argentinos, 8 a 0 a los uruguayos, más otros 24 goles que propinó al Alumni, al Belgrano Athletic, a un combinado de jugadores británicos y a otro de “argentinos”. Un año después llegó el Nottingham Forest, que anotó 57 goles en ocho juegos —recibió sólo tres; el arquero se aburrió soberanamente—, entre ellos, seis al Alumni argentino y otros seis al CURCC montevideano.

En 1906 fue invitado un combinado de la South African Football Association, inicialmente para un torneo triangular en el que participaría el Fulham inglés —que desistió del viaje transatlántico—. El 24 de junio, el equipo sudafricano fue derrotado por Alumni en Buenos Aires por 1 a 0, en la primera victoria de la historia latinoamericana entre un equipo del subcontinente y otro ajeno —aunque, recordemos, Sudáfrica era una colonia británica, por lo que los argentinos rápidamente decidieron que debía ser considerada como la primera victoria contra los “ingleses”, ya desde entonces una obsesión criolla—. El equipo sudafricano perdió sólo ese partido: los otros 11 los ganó, con 60 goles a favor y seis en contra —incluyendo un 6 a 1 contra la Liga uruguaya y un 6 a 0 contra un combinado paulista, en São Paulo—. En 1909 fue el turno del Everton y del Tottenham Hotspur, que vencieron en todos sus juegos en Buenos Aires, Rosario y Montevideo. El Corinthian británico, entre tanto, viajó por Brasil en 1910 y 1913: en la primera gira anotó 23 y recibió tres, pero en 1913 fue derrotado por un combinado carioca, en el primer triunfo internacional brasileño —nadie supo que iba a ser apenas un comienzo— 2 a 1 (después venció en otros cuatro cotejos y empató el último).

La gira del Swindon Town en 1912 mostró que el nivel comenzaba a emparejarse: de ocho partidos, los ingleses empataron dos en Buenos Aires, vencieron en otros cuatro, más otros dos en Montevideo y Rosario. Finalmente, el Exeter llegó en 1914, venció en seis juegos en Buenos Aires y Rosario, cayó derrotado en uno y el restante, sin definición por invasión del campo. El periodista An-

dreas Campomar afirma que, en su partido contra el Racing Club, cuando el equipo inglés vencía 3 a 0, un dirigente argentino ingresó al campo armado con un revólver; el juego se suspendió, y cuando el árbitro lo reanudó poco después, sancionó inmediatamente un tiro penal para el local. Según la estadística disponible, Exeter venció 2 a 0 al Racing y 3 a 0 a un combinado “del Sur”, por lo que hay un error o el penal fue fallado: pero el relato de un argentino ingresando armado al campo merece ser cierto.

Luego comenzó la guerra europea y terminaron las goleadas. En la década siguiente, habría nuevas visitas, entre ellas de dos equipos escoceses: el Third Lanark, en 1923, y el Motherwell, en 1928, junto a los ingleses Plymouth Argyle, en 1924, y Chelsea, en 1929. El Peñarol uruguayo —había dejado de ser el CURCC— venció a todos, salvo al Plymouth Argyle, contra el que jugó la mismísima Selección Uruguayaya empatando y perdiendo —pero importaba poco: los uruguayos ya eran campeones olímpicos—.

Esta primera etapa de partidos internacionales se concentró en clubes británicos y sólo ocurrió en Argentina, Brasil y Uruguay: por un lado, por la capacidad económica de los tres países, que podían correr con los costos organizativos; por otro, porque el recorrido de los barcos pasaba por los grandes puertos del Atlántico —Rio de Janeiro, Santos, Montevideo, Buenos Aires—; en tercer lugar, porque la narrativa de nacionalización era, en la segunda década del siglo, muy potente y exigía confrontar con un espejo que devolviera una imagen adecuada: jugar contra el padre y el fundador, para poder saber dónde estaban parados. En términos de capacidades de juego, es otra de las razones que explican la notoria diferencia que los tres grandes sudamericanos establecieron con el resto de la región hasta finales del siglo xx —cuando todo comenzó a emparejarse—.

Y finalmente, claro, porque los juegos concentraron multitudes de algunos miles de espectadores cada uno. Por ejemplo, 10 000 personas presenciaron la derrota del Alumni porteño frente al Nottingham Forest, en 1905.

Una segunda etapa la constituyeron las giras de los equipos sudamericanos a Europa. El dato fantástico es que en el mismo 1925 viajaron tres equipos de los tres países: el Boca Juniors argentino (entre marzo y junio, por España, Alemania y Francia: 15 juegos ganados, uno empatado, tres derrotas), el Nacional uruguayo (entre marzo y agosto, mucho más extensa, por Francia, Italia, España, Países Bajos, Checoslovaquia, Bélgica, Suiza, Austria y Portugal: 26 ganados, siete empatados, cinco derrotas) y el Paulistano brasileño (entre marzo y mayo, por Francia, Suiza y Portugal: nueve triunfos y una derrota, con 30 goles anotados, 12 de los cuales fueron de nuestro ya conocido mulato Arthur Friedenreich). El historiador Julio Freydenberg señala que la gira de Boca Juniors fue la primera ocasión en que el fútbol argentino fue acompañado por una operación de la prensa de masas: el diario popular *Crítica* de Buenos Aires alentó, difundió y celebró la gira como el triunfo definitivo del fútbol argentino sobre el europeo.

LA PATRIA GRANDE FUTBOLERA

En 1916, y coincidiendo con la retirada de los equipos británicos de las giras sudamericanas —la guerra en Europa era una preocupación mayor—, la Liga Argentina decidió participar de la celebración del Centenario de la Independencia del país con un torneo de fútbol internacional, que reunió al anfitrión, a Uruguay (contra el que se venían jugando partidos, como dijimos, desde 1901), a Brasil (habían jugado sólo los partidos de 1914) y a Chile (contra el que habían disputado otros tres en 1910). El torneo fue un éxito de público, aunque lo ganó, por supuesto, Uruguay; Chile protestó su derrota contra el campeón (por un modesto 6 a 1) alegando, como ya hemos contado, que los uruguayos alistaron dos “africanos” y, por ende, “profesionales” —eran los jugadores afrodescendientes Gradín y Delgado—. Inmediatamente, el dirigente uruguayo Héctor Rivadavia Gómez —a la sazón, periodista, político, diputado y fun-

cionario del Partido Colorado batllista— propuso la organización de una Confederación Sudamericana de Fútbol que se fundó el 9 de julio de ese año, y que Gómez presidió por 10 años. La Conmebol —cuyo acrónimo procede de los comunicados cablegráficos: *Confederación Sudamericana de Fútbol*— fue la primera confederación regional del mundo, antecediendo por casi 40 años a la europea (fundada en 1954), la asiática (del mismo año) y la africana (de 1957); la de Oceanía es aún más reciente, de 1966.

Un dato interesante es que las otras confederaciones regionales americanas también antecedieron a las del resto del mundo: la Confederación Centroamericana y del Caribe de Fútbol (CCCF) fue fundada en 1934 y la North America Football Confederation (NAFC), que incluía a México, en 1946. Ambas se unieron en 1961 para integrar la Confederación de Fútbol Asociación de Norte, Centroamérica y el Caribe, la Concacaf.

La Conmebol empezó a organizar a partir de 1917 el Campeonato Sudamericano de Selecciones, al que sólo llamó Copa América desde 1974, reconociendo al torneo de 1916 como el primero. Entre 1916 y 1927 el torneo fue anual; pasó después a ser bianual, aunque no se disputó entre 1929 y 1935; con dificultades e intervalos mayores, se hizo cuatrienal en 1959, bianual —y obligatorio para todas las asociaciones— nuevamente en 1987 y, finalmente, cuatrienal desde 2007. La incorporación de los restantes países sudamericanos a la Conmebol siguió el ritmo de crecimiento de los distintos futbolés, tal como lo narramos en los capítulos anteriores: el primero fue Paraguay, en 1921; lo siguieron Perú (1925), Bolivia (1926), Ecuador (1927), Colombia (1936) y Venezuela (1953), aunque la primera Copa en la que participaron todas las selecciones nacionales fue la de 1975 —justamente, la primera vez que se la llamó Copa América, aunque no fue americana (sino sudamericana, y como mucho con invitados)—.

La Conmebol llegó a niveles elevados de ridiculez cuando invitó a jugar, en 1999, a Japón, que aceptó; en 2011 repitió la invitación, pero los japoneses alegaron un terremoto reciente para no

tener que explicar su “condición americana”; en 2015 reiteraron la invitación, nuevamente declinada, por lo que la Conmebol decidió dar un nuevo salto al ridículo e invitó a China, que también decidió que no era tan latinoamericana como para enredarse en estos menesteres. La Copa del Centenario, en 2016, fue realmente americana, en tanto participaron México y Estados Unidos, más otros cuatro seleccionados Concacaf: los ganadores de las secciones Centroamérica y Caribe —Costa Rica y Jamaica, respectivamente— más Haití y Panamá, ganadores de sendos repechajes. Por supuesto, no debemos ver en esto un replanteo político-cultural o ideológico respecto de la “condición americana”: la Copa se jugó en Estados Unidos y la participación de invitados tuvo que ver con decisiones de mercado televisivo.

En el establecimiento de competencias más o menos regulares en el subcontinente, el siguiente paso se dio en Centroamérica, con la creación de los Juegos Centroamericanos y del Caribe en 1926, que incluyeron el fútbol desde 1930, en la competencia realizada en La Habana y ganada, justamente, por Cuba. Los Juegos aún continúan, pero el fútbol dio paso a torneos de selecciones juveniles a partir de 1990. Una nueva competencia fue creada en 1938, con una edición bogotana, llamada Juegos Bolivarianos, que incluía a Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela (Panamá no jugó al fútbol) y cuyas dos primeras ediciones ganó Perú. Al igual que el caso anterior, el fútbol fue, desde la competencia de 1985, un torneo de juveniles.

Al crearse la CCCF en 1938, también se creó un torneo, la Copa CCCF, disputada entre 1941 y 1961, en el que participaban los países mesoamericanos y los caribeños, y cuyo gran ganador fue Costa Rica —venció en siete de las 10 ediciones: el resto fue obtenido por El Salvador (1943), Panamá (1951) y Haití (1957)—. Por su parte, la confederación de Norteamérica, la NACF, fue creada en 1946 para disputar una Copa homónima, pero sólo organizó dos ediciones, en 1947 y 1949, ambas ganadas por México. La clave del fracaso estuvo en que la NACF afiliaba sólo a cuatro países —Estados

Unidos, Canadá, México y Cuba—. Por eso, en 1961 se unieron las dos asociaciones para crear, como dijimos, la Concacaf, que empezó a organizar desde 1963 la Copa de Naciones de Concacaf; la primera sede fue El Salvador, el primer ganador fue Costa Rica. Desde 1991, se llamó Copa de Oro Concacaf.

A esta lista le podríamos sumar los Juegos Deportivos Panamericanos, iniciados en 1951 en Argentina, y que desde 1999 se redujeron a juveniles, aunque siempre incluían limitaciones a los jugadores profesionales —recordemos que hasta 1988 el olimpismo prohibía la participación de atletas pagados—. Pero tanto los Panamericanos como los Centroamericanos y los Bolivarianos fueron y son torneos regidos por los Comités Olímpicos nacionales y regionales, y no por las asociaciones futbolísticas: apenas nos sirven como enumeración de antecedentes. En varios casos, esos Juegos fueron la primera oportunidad en que una selección nacional de fútbol jugaba un partido internacional. Los torneos internacionales de fútbol reconocidos por practicantes, dirigentes, periodistas y públicos fueron, desde mediados de siglo, los que organizaban las dos grandes asociaciones regionales, la Conmebol y la CCCF-Concacaf.

Fuera de ellas, sólo importaban los Juegos Olímpicos. Y luego, las Copas de Mundo.

LA REPRESENTACIÓN Y EL ESPEJO:

CITIUS, ALTIUS, FORTIUS

La internacionalización deportiva había comenzado en 1896, cuando la iniciativa del barón Pierre de Coubertin resultó en los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna, en Atenas. Atletas de 14 países compitieron en 11 deportes y 43 pruebas. Como la representación no era necesariamente nacional —un concepto que se hizo más estricto a partir de 1908, cuando los atletas desfilaron encabezados por las banderas—, todavía se discute qué países participaron. No hay certeza definitiva, pero parece que uno de los

241 participantes —todos hombres— fue un chileno, Luis Subercaseaux, que habría corrido los 100 metros planos. Los Juegos se repitieron en 1900 en París, ahora con 24 países, 997 atletas (975 hombres y 22 mujeres) y 95 pruebas de 19 deportes olímpicos. Entre ellos, estaban Perú, Argentina y Cuba. En 1904, en San Luis, Misuri, Estados Unidos, Cuba volvió a estar presente; fueron 651 atletas (645 hombres y 6 mujeres) de 12 países, que compitieron en 91 pruebas de 16 deportes olímpicos. En 1908, en Londres, ya hubo 2 008 atletas (1 971 hombres y 37 mujeres) de 22 países, que compitieron en 110 pruebas de 22 deportes olímpicos. Uno de ellos fue un argentino residente en Londres, Héctor Torroné, que participó en patinaje artístico porque, claro, le quedaba cerca de su casa. En 1912, en Estocolmo, fueron 2 407 atletas (2 359 hombres y 48 mujeres) provenientes de 28 países, en 102 pruebas pertenecientes a 14 deportes olímpicos. Los Juegos ya eran definitivamente exitosos, pero el único país latinoamericano participante fue Chile. La guerra interrumpió el proceso de crecimiento, que se reanudó en Amberes, Bélgica, en 1920: fueron 2 626 atletas (2 561 hombres y 65 mujeres) de 29 países, en 22 deportes, con 156 pruebas y con representación nacional estricta, por medio de los Comités Olímpicos Nacionales. Quizá por eso participaron los latinoamericanos Argentina, Brasil y Chile, que ya estaban en pleno despliegue de su modernidad deportiva.

Pero el clímax llegaría en París, en 1924.

* * *

El antropólogo argentino Eduardo Archetti, a quien ya hemos citado, afirmaba que, por medio de los Juegos Olímpicos y, posteriormente, con otras competiciones en diversos deportes, se impuso la ficción de una coronación de los mejores del “mundo”. El deporte pasó a ser así un espejo en donde verse y ser, al mismo tiempo, mirado. Estar entre los primeros era importante; pero, paralelamente, era decisivo “ser visto” representando “algo diferen-

te”. La globalización temprana del deporte no era un proceso de homogeneización, sino un espacio donde producir imaginarios, símbolos y héroes que establecieran diferencias: para sí y para el resto —y con respecto al resto—. Los países latinoamericanos comenzaron a afirmar esa diferencia desde 1924: centralmente, lo hicieron en el fútbol.

En su Congreso de 1924, la FIFA decidió que tomaría a su cargo la organización de los Torneos Olímpicos de Fútbol, y que los mismos serían considerados como campeonatos mundiales. Por eso, en París participaron 16 equipos: 12 eran europeos, uno africano (Egipto), uno tanto europeo como asiático (Turquía), uno norteamericano (Estados Unidos) y un solo latinoamericano: Uruguay, el único que decidió someter su fútbol a la prueba del espejo que señalaba Archetti. Argentina, Brasil, Chile y Cuba también participaron, pero en otros deportes: Argentina obtuvo cuatro medallas en boxeo (tres de plata, una de bronce), un bronce en salto triple, y el oro en polo, con un equipo integrado por cuatro apellidos ingleses: Nelson, Miles y Kenny, junto al hispánico Padilla (y Brooke Naylor como quinto jugador). Todos los anglos eran hijos de británicos y hacendados —es decir, de la burguesía terrateniente, que le prohibía jugar a los obreros rurales acusándolos de profesionalismo, porque recibían un salario que ellos mismos pagaban—; Padilla, el criollo, era coronel del ejército.

La leyenda uruguaya afirma que, sabedores de que su nivel de juego era desconocido para el resto de los contendientes que estaban observando sus entrenamientos —no eran tiempos de grabaciones en video y de búsquedas en You Tube—, los jugadores fingieron un desempeño lamentable. Gracias a eso, llegó la sorpresa: el 26 de mayo de 1924 golearon a Yugoslavia 7 a 0; el 29 de mayo, 3 a 0 a Estados Unidos; el 1 de junio, 5 a 1 a Francia. En la semifinal, el 6 de junio, debieron dar vuelta al marcador inicialmente en contra para vencer 2 a 1 a los Países Bajos. Finalmente, el 9 de junio de 1924 golearon 3 a 0 a Suiza y se transformaron en los primeros campeones mundiales de fútbol, con 20 goles a favor y sólo dos en

contra. El título es deliberado: ganaron la medalla de oro olímpica en futbol en la primera vez que esa competencia incluyó equipos de más de dos continentes —es decir, fue realmente mundial— y, además, lo hicieron en un torneo reconocido como propio por la FIFA. Fueron los primeros campeones mundiales de la historia. El día de la victoria, los jugadores celebraron dando una vuelta al campo de juego, instaurando la “vuelta olímpica”. Y como dato final, la gran estrella fue Héctor Scarone, que luego jugaría un año para el Barcelona de España en 1926; pero junto a él brillaba José Leandro Andrade, un jugador maravilloso apodado, como ya dijimos, “La Maravilla Negra”: porque era afrodescendiente.

Los vecinos argentinos celebraron la victoria tratando de colocarse frente al mismo espejo: era un éxito del futbol rioplatense, lo que los incluía. Por eso, Boca Juniors realizó una gira por Europa al año siguiente —al igual que Nacional de Montevideo y Paulistano de Brasil, y dos años después Colo-Colo de Chile— el espejo había comenzado a funcionar, y todos querían reflejarse en él y así ser vistos. Entre tanto, la celebración incluyó la disputa de un partido amistoso entre Argentina y Uruguay el 21 de septiembre de 1924 en Montevideo, un salomónico 1 a 1. La revancha se organizó para el 28 en Buenos Aires, para que asistieran los 20 000 espectadores que podía albergar el estadio de Sportivo Barracas, pero hubo 30 000, lo que obligó a suspender el cotejo. Según el diario porteño *La Nación*:

Mentiríamos si dijésemos que nos ha sorprendido lo que ocurrió. Aún más, nos animamos a afirmar que cada uno de los asistentes al salir de su respectivo domicilio para encaminarse a la cancha preveía los acontecimientos. Se culpa a más de una autoridad el desborde de público. Hay quienes acusan a las autoridades de la Asociación de vender un número excesivo de localidades dando rienda suelta al deseo de lucrar. Otros atribuyen a la policía falta de vigilancia en la tarea de contener al público ubicado en las proximidades del estadio y que, en un momento dado, atropelló las puertas y escaló las paredes.

Para poder jugar el partido, el 4 de octubre, los argentinos instalaron una valla de alambre en todo el contorno del campo de juego, que pasó a ser llamado “alambrado olímpico”. El primer gol lo anotó el argentino Cesáreo Onzari con un tiro directo desde la esquina, que había sido considerado como válido poco tiempo atrás: por supuesto, se le llamó “gol olímpico”. Finalmente, Argentina venció 2 a 1, y la revista *El Gráfico* afirmó:

Pocas veces hemos experimentado en un campo de juego la impresión dolorosa, de desconcierto, que sufrimos ante el epílogo que tuvo el encuentro. Las escenas de guerrillas entre los campeones olímpicos y el público, aquella otra de Scarone luchando a brazo partido con los agentes de policía, procurando impedirle que abandonase el field, no tienen precedente en las luchas internacionales rioplatenses. De cómo se pudo llegar a esa exaltación y falta de buen tino, es lo que no nos explicamos, y si buscamos su origen debemos decir en honor a la verdad, que lo encontraríamos por igual en la conducta de ambas partes [...] No de otra manera se explica el juego algo brusco de los visitantes cuando comprobaron el poder del team argentino, como tampoco se explican las botellas y piedras que por tal causa les fueron arrojadas, sobre todo aquellas primeras dirigidas al arquero Mazali, que ninguna participación tenía en las violentas intervenciones de sus compañeros. La nota máxima de la locura diéronla la casi totalidad de los campeones olímpicos dejando de jugar para entregarse a una verdadera batalla con el público [...] Cuando los uruguayos abandonaron la cancha, los hombres del team argentino fueron detrás de ellos a fin de pedirles que cambiaran de actitud. No habiendo obtenido resultado su intervención, volvieron para cumplir con el reglamento que obliga a permanecer en el field hasta expirado el tiempo de juego.

Los textos son de 1924. Como hemos visto hasta aquí, las referencias a desórdenes entre hinchas o jugadores en los campos de juego latinoamericanos están por todos lados.

TRICAMPEONES MUNDIALES

El éxito uruguayo implicó que cuatro años después, en los Juegos de Amsterdam de 1928, al defensor del título se sumaran Argentina, Chile y México. Chile perdió en una etapa preliminar (contra Portugal, 4 a 2); México, en primera ronda (contra España, 7 a 1). Los uruguayos y los argentinos batieron a todos los rivales: Uruguay lo hizo con los Países Bajos, Alemania (entonces, la República de Weimar) e Italia; Argentina, con Estados Unidos, Bélgica y Egipto. En la final igualaron 1 a 1, por lo que debieron repetir el juego tres días después. El 13 de junio, Uruguay venció 2 a 1 con goles de Figueroa y Scarone, mientras Argentina anotó por medio de Monti. Era el bicampeonato, junto a la medalla dorada. Pero además significaba que definitivamente el fútbol rioplatense podía arrogarse la preeminencia mundial: sólo faltaba algún partido con Inglaterra, que se resistió hasta 1950 a disputar su condición de fundadores, padres, dueños y administradores del fútbol —y cuando lo hicieron, en la Copa del Mundo disputada en Brasil ese año, sólo vencieron a Chile y fueron derrotados por España y Estados Unidos—.

La FIFA decidió entonces organizar un torneo mundial en su congreso de 1928, y le asignó la sede a Uruguay, doble campeón olímpico. La razón decisiva, además del honor del campeón y la insistencia uruguaya para festejar, coincidentemente, el Centenario de su Constitución independiente, fue el compromiso uruguayo de costear los viajes y estadías de todos los equipos europeos, así como de construir un estadio nuevo. Sin embargo, los equipos europeos boicotearon la participación: a la cita de 1930 sólo concurrieron Francia, Bélgica, Rumania y Yugoslavia; el presidente de la FIFA era el francés Jules Rimet, que presionó a su propia asociación, y el vicepresidente era el belga Rudolf Seedrayers, que hizo lo mismo con la suya; finalmente, Rimet le pidió ayuda al monarca rumano, que obligó a concurrir a su equipo, seleccionado por sorteo entre los obreros de una petrolera. A ellos se sumaron el local, los archi-

rivales argentinos, Brasil (que concurrió sólo con jugadores cariocas, dejando así sin Copa del Mundo al gran *Friedenreich*), Bolivia, Chile, México, Paraguay y Perú, la más grande representación latinoamericana que haya habido nunca en una Copa del Mundo —hasta hoy—. Finalmente, también concurrió Estados Unidos que, para haber tenido hasta hacía poco tiempo un fútbol mediocre y tan poco popular, participó en muchos torneos internacionales.

Para organizar la Copa, el Estado uruguayo construyó en poco tiempo la mole del estadio Centenario, que fue inaugurado con el torneo ya iniciado. La construcción fue parte de un programa de obra pública tendiente a subsanar los efectos que la crisis económica de la Gran Depresión de 1929 había comenzado a causar en el país. La popularidad del fútbol convertiría al torneo en un éxito: el Centenario tuvo una media de 30 000 asistentes a cada juego, aun cuando uno de los partidos que se jugaron en el estadio Pocitos, Rumania vs. Perú, tuvo sólo 300 espectadores —según el libro *Guinness*, la menor asistencia a un juego por Copa del Mundo—. Como era esperable, Uruguay y Argentina ganaron todos sus juegos, disputando la final el 30 de julio ante un público oficialmente calculado en 93 000 espectadores: Uruguay venció por 4 a 2, luego de ir perdiendo 2 a 1 al finalizar el primer tiempo. Los jugadores argentinos denunciaron presiones y amenazas; la policía argentina debió reprimir una manifestación que amenazaba la embajada uruguaya en Buenos Aires; los periodistas uruguayos inventaron el mote de la “garra charrúa”, aunque los aborígenes habían sido exterminados en el siglo XIX. El torneo se transmitió radiofónicamente por 12 estaciones y tuvo una amplísima cobertura de la prensa latinoamericana.

Uruguay alcanzó un tricampeonato mundial que nunca fue reconocido: el historiador inglés Tony Mason a duras penas le reconoce al torneo uruguayo la condición de Copa del Mundo, alegando que no hubo una auténtica representación mundial —por el boicot europeo— y que la prensa británica le dedicó pocas líneas. La posición hegemónica del fútbol latinoamericano en 1930 sólo puede ser rebatida por argumentos eurocéntricos: el hecho de que la siguiente Copa,

la de 1934 en Italia, haya contado con sólo cuatro equipos no europeos (Argentina, Brasil, Egipto y Estados Unidos) no le merece a Mason ningún comentario. Argentina concurreó con un equipo amateur (los clubes, ya profesionales, negaron sus jugadores) y fue derrotada fácilmente por Suecia, mientras que España hizo lo mismo con Brasil.

El fútbol latinoamericano, sin embargo, volvería a ganar la Copa: entre los italianos ganadores del torneo estaban Luis Monti, Raimundo Orsi, Enrique Guaita (los tres jugaron la final, e incluso Orsi anotó uno de los goles del ganador), Atilio Demaría y Anphiloquio Guarisi Marques, más conocido como Anfilogino Guarisi. Los cuatro primeros habían nacido en Argentina y el quinto era brasileño, nativo de São Paulo. Todos jugaban en equipos italianos, transferidos por sus clubes de origen entre 1928 y 1933. Incluso, Monti y Demaría habían jugado en el equipo argentino cuatro años antes en la Copa uruguaya —Monti, además, bromeaba con las presiones del dictador italiano Mussolini, que exigía el triunfo en la Copa italiana con amenazas de muerte, diciendo: “En 1930, en Uruguay, me querían matar si ganaba, y en Italia, cuatro años más tarde, si perdía”—. Como señalamos en el capítulo anterior, el argentino Libonatti había migrado en 1925, al Torino; lo siguió Orsi en 1928, a la Juventus, luego de disputar la final de los Olímpicos de ese año. En 1931, ocho jugadores brasileños jugaban para la Lazio; en el torneo italiano de 1939-1940 jugaban 19 argentinos y 11 uruguayos.

El fútbol no se había globalizado: para eso, le faltaba televisión, instantaneidad, disolución de la distancia y el tiempo. Pero se había mundializado, y los jugadores latinoamericanos eran su emblema máspreciado.

PERÚ EN BERLÍN:

LA PARANOIA COMO POLÍTICA DE ESTADO

Otro rasgo del internacionalismo futbolero puede verse en los avatares de la participación peruana en los Juegos Olímpicos de Ber-

lín de 1936. Como narramos en el capítulo 7, el Estado peruano se había involucrado activamente en el desarrollo del deporte y del fútbol, incorporándolo al currículo escolar y construyendo estadios —el Nacional inaugurado por el dictador Leguía en 1923, que también se hizo presente para la apertura del Campeonato Sudamericano de 1927 en Lima—. Esa política fue continuada por el general Óscar Benavides, dictador entre 1933 y 1939, con la construcción de campos deportivos o de infraestructura afín en barrios obreros. Sin embargo, cuando el Comité Olímpico peruano decidió participar en los Juegos de Berlín, tuvo que recurrir a una colecta para financiar el viaje, debido al poco apoyo estatal. Perú envió por primera vez una delegación importante: 40 deportistas, todos hombres, para participar en fútbol, basquetbol, atletismo, natación, ciclismo, boxeo y esgrima. No obtuvieron ninguna medalla, sino algo mejor: una épica.

Al torneo de fútbol de los Juegos de 1936 concurrió Perú como único equipo latinoamericano: la prohibición de participar con jugadores profesionales dejó fuera a Uruguay, Argentina y Brasil. En su debut, venció a Finlandia por 7 a 3, lo que le otorgó el pase a cuartos de final contra Austria, que había vencido a Egipto. El partido se jugó el 8 de agosto y terminó en un escándalo. Perú perdía por 2 a 0, hasta que igualó con goles de los afrodescendientes Jorge Alcalde —jugador del Sport Boys— y Alejandro Villanueva —jugador del Alianza Lima y el más popular de la década, como ya narramos—. El empate obligó a un suplementario, y allí comenzaron los problemas. Perú anotó dos goles más (Lolo Fernández, ídolo de Universitario, y nuevamente Villanueva), y le fueron anulados otros tres. Pero los austriacos alegaron una invasión de campo por parte de hinchas peruanos que lastimaron a un jugador austriaco, dejándolos en inferioridad numérica. La invasión está documentada, pero los peruanos argumentaron, tiempo después, que no se trataba de peruanos sino de espías enviados por el célebre ministro nazi de propaganda Joseph Goebbels. Lo cierto es que el Comité Olímpico decidió repetir el juego: la delegación peruana no llegó a

tiempo a la reunión, por lo que no pudo hacer el descargo. El nuevo partido se fijó para el 10 de agosto, y luego se pasó al 11: los peruanos desconocieron la resolución y retiraron toda su delegación, que llegó a Perú el 17 de septiembre. El resto de las delegaciones latinoamericanas expresaron su solidaridad, pero ninguna se retiró.

Los jugadores fueron recibidos en Lima como héroes, víctimas de un complot internacional alimentado por el nazismo; Alemania había sido derrotada por Noruega en su primer juego, y Austria podía funcionar como su sucedáneo: tanto, que dos años después fue anexionada por el nazismo. El abanderado de la delegación era un afrodescendiente, Villanueva, por lo que las sospechas de racismo contribuyeron a la hipótesis paranoica. La dictadura de Óscar Benavides agitó la narrativa conspirativa, instaurando el relato oficial de, como dice el periodista peruano Luis Carlos Arias Schreiber, “brillo, injusticia y despojo”, aunque estuviera basado en un par de falsedades. Lo cierto es que el gobierno de Benavides recurrió al argumento del complot nazi, así como un mes después usó el del complot comunista: en octubre, anuló las elecciones presidenciales en medio del escrutinio, que daba ganador a Luis Antonio Eguiguren, candidato socialdemócrata apoyado por el aprismo. Por primera vez en la historia del fútbol latinoamericano, un torneo internacional fue catalogado como “cortina de humo” que presuntamente distrajo la atención popular de la realidad política.

Benavides continuó como dictador hasta 1939, lo que le permitió celebrar el triunfo peruano en los Juegos Bolivarianos de 1938 y en el Campeonato Sudamericano de 1939, nuevamente disputado en Lima. El historiador Jaime Pulgar Vidal relata que, tras el último juego victorioso contra Uruguay, que les diera el título, “los peruanos partieron en un ómnibus rumbo al Callao y visitaron en la residencia del presidente de la República, en La Perla, al general Óscar Benavides”. Aún faltaban 40 años para Pinochet y Videla.



A mediados de la década de 1930, el fútbol latinoamericano —deberíamos decir, con más precisión, el fútbol sudamericano— estaba bien asentado: las cifras de asistencia a los estadios daban cuenta de su enorme popularidad, sus mejores jugadores eran solicitados en Europa, las cuatro ligas principales se habían profesionalizado, Uruguay había ganado tres títulos mundiales y Argentina dos subcampeonatos. Y especialmente, los nuevos medios de comunicación de masas ocupaban espacio y minutos con las transmisiones y coberturas deportivas: el gran medio era la nueva radiofonía, pero también la prensa de masas. En 1919 había nacido la revista semanal argentina *El Gráfico*, de gran importancia en la invención del relato argentino del “estilo criollo” (“la nuestra”), pero también en la popularización del fútbol argentino como modelo mediante su difusión latinoamericana —se leía en toda la región y su información se reproducía en las prensas locales—. Como dijimos, no era una etapa global, pero sí transnacional, y los Campeonatos Sudamericanos, aunque adolecieron de alguna discontinuidad a partir de la década de 1930, ganaban participantes (en 1936 se incorporó Colombia, y sólo restó la afiliación de Venezuela, para lo que faltaban dos décadas), ediciones y campeones, inevitablemente seguidos por el gran público.

LA DEMOCRACIA RACIAL BRASILEÑA, PRIMER INTENTO

La hegemonía rioplatense comenzó a ser disputada con éxito por Brasil a partir de 1938. En la nueva década, el fútbol brasileño fue



ganando institucionalidad y popularidad, a lo que también contribuyó la prensa: en 1931 había aparecido el periódico *O Mundo Esportivo*, fundado por el periodista Mário Leite Rodrigues Filho, conocido como Mário Filho, quien simultáneamente comenzó a publicar sus crónicas y coberturas en el diario *O Globo*. Filho fue uno de los grandes inventores de la crónica deportiva brasileña: se le adjudica la creación de la expresión Fla-Flu, como síntesis de la rivalidad entre los dos grandes clubes cariocas, Flamengo y Fluminense. En 1936, el dueño de *O Globo*, Roberto Marinho, le encargó la dirección del *Jornal dos Sports*. En la década siguiente fue el principal impulsor de la organización de la Copa del Mundo de 1950 y de la construcción del estadio más importante de fútbol de toda América Latina: el Maracanã. Los cuatro grandes “templos” del fútbol latinoamericano son el Maracanã de Rio de Janeiro, el Centenario de Montevideo, el Monumental de Buenos Aires y el Azteca de México —los cuatro grandes estadios de las Copas del Mundo del subcontinente, junto al Nacional de Santiago de Chile, un poco más pequeño y que saltó a la fama por otra razón, no futbolística, que trataremos más adelante—. Pero el Maracanã tendrá siempre el récord de la mayor asistencia a un juego de Copa del Mundo —los 199 854 espectadores de la final de la Copa de 1950, sobre la que inevitablemente volveremos—, de haber sido el espacio de la mayor épica de los fútboles latinoamericanos —nuevamente, el “Maracanazo”— y de ser el único cuyo nombre conmemora a un periodista: el nombre oficial del estadio es Jornalista Mário Filho.

Filho fue un actor principal en la popularización y nacionalización del fútbol brasileño. El periodista inglés David Goldblatt sostiene que su alianza con el presidente del club Flamengo, José Bastos Padilha, fue decisiva para la transformación del club en el más popular del Brasil —un equipo nacional, antes que un club carioca—, transformación en la que colaboró la contratación de los más importantes jugadores afrodescendientes de la década: Fausto dos Santos (“La Maravilla Negra”), Domingos da Guia (“El Maestro Divino”) y Leônidas da Silva (“El Diamante Negro”). De club aris-

toocrático de regatas a ser el club de fútbol más popular de Brasil, reconocido por sus jugadores negros: ése fue el periplo de Flamengo —aunque 35 años después también fue el hogar del mejor futbolista blanco: Arthur Antunes Coimbra (Zico)—.

En 1938, ese renovado fútbol brasileño decidió concurrir a la Copa del Mundo organizada por Francia, a pesar del boicot explícito decidido por sus vecinos: los uruguayos seguían enojados con los europeos por el boicot de 1930, mientras que los argentinos sostenían que la Copa debió haber tenido lugar en su país. Finalmente, sólo Brasil y Cuba participaron de la Copa: Cuba eliminó a Rumania en la primera rueda, para luego caer ante Suecia por un abultado 8 a 0. Brasil, en cambio, llegó a semifinales, venciendo a Polonia (¡6 a 5!) y a Checoslovaquia, en este caso en un segundo partido de desempate, 2 a 1 (luego de un 1 a 1 tan violento que fue llamado “La batalla de Burdeos”). Las semifinales lo enfrentaron con Italia, campeón vigente, y el director técnico Ademair Pimenta decidió dejar fuera a sus mayores estrellas: Leônidas, Tim y Brandão. Italia venció 2 a 1, condenando a Brasil a jugar por el tercer puesto, que obtuvo venciendo a Suecia por 4 a 2. Leônidas fue, además, el goleador de la Copa, con siete goles.

Pero lo más importante ocurría lejos del estadio y lejos de Francia. El 17 de junio de 1938, en el *Diario de Pernambuco*, periódico de la ciudad nordestina de Recife, se publicó un artículo con el título “Foot-ball mulato” que comenzaba diciendo: “una de las condiciones de nuestros triunfos, este año, es el coraje, que finalmente tuvimos, de enviar a Europa un equipo fuertemente afro-brasileño. Blancos, algunos, es cierto; más un gran número de negros [pretalhões, en el original] bien brasileños y mulatos aún más brasileños”. El autor proseguía elogiando el estilo de juego del equipo nacional, afirmando que sus características de “sorpresa, maña, astucia, ligereza y al mismo tiempo espontaneidad individual” era más propio de la “danza y de la capoeira”, para concluir: “el estilo mulato, afro-brasileño, de foot-ball es una forma de danza dionisíaca”.

El autor no era un periodista deportivo ni un ignoto aficionado: era Gilberto Freyre, sociólogo y antropólogo formado en Estados Unidos con Franz Boas, el padre de la antropología norteamericana. Freyre ya había publicado sus dos grandes obras, *Casa-grande e senzala*, de 1933, y *Sobrados e mucambos*, de 1936, los primeros textos que indagaban en la problemática racial del Brasil y la herencia esclavista desde una perspectiva no racista. La lectura sobre el fútbol era novedosa, porque brindaba legitimidad teórica e intelectual al proceso de incorporación de los afrodescendientes al fútbol brasileño. Si, como narramos en el capítulo 5, se trató de un proceso difícil por las resistencias racistas de las burguesías paulista y carioca, las afirmaciones de Freyre clausuraban la discusión dando un paso adelante: el fútbol brasileño sólo podía ser exitoso gracias a sus jugadores negros y mulatos, que lo volvían, además, arte. Esta idea del fútbol brasileño como “fútbol-arte” fue exitosísima —transformada en eslogan popular por los periodistas deportivos— y trabajaba en el sentido que señalamos en el capítulo anterior: el fútbol proveía relatos de identidad y de diferenciación en un contexto transnacional. El Brasil iba a ser reconocido en el mundo por su fútbol, una expresión artística popular que debía ser, además y obligatoriamente, mulata.

Si hemos citado antes a Mário Filho es porque entre Freyre y Filho se produjo una alianza única en toda América Latina: el antropólogo y el periodista terminaron colaborando, casi 10 años más tarde, en un libro excepcional en el subcontinente. En 1947 Filho publicó su *O negro no futebol brasileiro*, en el que relataba la incorporación de los jugadores negros en el fútbol local para concluir en la misma dirección que Freyre: que el fútbol había realizado una democracia racial a la que la sociedad brasileña se había resistido hasta entonces. Y la confluencia se ratifica en que Freyre escribió el prólogo del libro, un texto en el que sostenía que el fútbol era el medio más importante de ascenso social de negros y mulatos, el lugar donde desplegaban formas creativas insuperables. Pero, a la vez, este elogio democrático también se veía aque-

jado de cierto racismo conservador: porque Freyre agregaba que el fútbol permitía canalizar “impulsos irracionales” que, sin el fútbol, encontrarían otros canales de expresión más peligrosos. Como señala el antropólogo José Sergio Leite Lopes, a quien ya citamos, los negros conservaban, en estos “elogios”, ciertos rasgos negativos esencializados y racializados que el fútbol sólo disimulaba. Aunque tales teorías admitiesen cualidades y habilidades corporales en los negros y mulatos, asociadas a la música y la danza, en los deportes tales habilidades tendrían, como contrapartida, su presunta “inestabilidad emocional”.

* * *

En 1950, Brasil organizó la cuarta Copa del Mundo, segunda en América Latina. Argentina decidió no participar —nunca se sabrá si como protesta por haber sido desplazada como organizadora, por otras desavenencias, por decisión del gobernante peronismo —que no quería exponerse a un fracaso deportivo luego de la gran huelga de jugadores de 1948— o por simple desidia. A pesar de esa ausencia, hubo una gran participación latinoamericana: el organizador, Uruguay, Paraguay, Chile, Bolivia y México, frente a los europeos Italia, Suecia, España, Suiza, Yugoslavia y la novedad de la presentación de Inglaterra en las competencias internacionales. También participó nuevamente Estados Unidos, que dio la gran sorpresa derrotando a Inglaterra, al igual que España. El autor del único gol norteamericano fue el haitiano Joe Gaetjens (todo el plantel era un combinado multicultural de jugadores amateurs de distintas procedencias que residían en Estados Unidos), quien finalizó su carrera jugando en y para Haití —luego fue asesinado por la policía secreta haitiana en 1964, en la dictadura de Duvalier—.

España, Suecia, Uruguay y Brasil avanzaron a una ronda final todos contra todos. Los triunfos por sendas goleadas del local frente a Suecia y España (7-1 y 6-1, respectivamente) aseguraron a público, prensa y dirigentes que la victoria en la Copa era inevitable,

ya que sólo restaba un empate frente a Uruguay, ganador a duras penas frente a Suecia (3-2) y que había empatado con España (2-2). El 16 de julio de 1950 se enfrentaron en el Maracaná frente a casi 200 000 personas. Brasil se puso 1 a 0 a los pocos minutos del segundo tiempo con gol de Friaça, ante la excitación victoriosa de la multitud. A los 66', Alcides Gigghia desbordó a la defensa brasileña y puso un pase para Juan Carlos Schiaffino, que igualó. Y en el minuto 79, Gigghia volvió a desbordar al zaguero João Ferreira (Bigode), pero esta vez eligió desorientar al arquero Moacyr Barbosa rematando al primer poste: fue gol, el 2 a 1 que sentenció la derrota brasileña y la cuarta —y última— Copa para Uruguay.

Bigode y Barbosa eran negros: rápidamente, esa sociedad que se presumía integrada prefirió retomar su más crudo e inveterado racismo, alegando que los negros no tenían el coraje suficiente para ser campeones, porque habían sido amedrentados por las bravatas de Obdulio Varela, el capitán uruguayo —quien era, a su vez, mulato, conocido como “El Negro Jefe”—. Años después, Barbosa, que llegó a ser echado de un entrenamiento de la Selección Brasileña en 1993, acusado de traer “mala suerte”, dijo: “la pena máxima en Brasil por un delito son 30 años, pero yo he cumplido condena durante toda mi vida”. Y todo por descuidar su poste.

* * *

En un cortometraje brasileño de 1998, dirigido por Jorge Furtado y Ana Luisa Azevedo, un hombre construye una máquina del tiempo. Su objetivo es poder regresar al 16 de julio de 1950, al estadio Maracaná, ponerse junto al poste izquierdo del arquero brasileño y avisarle, en el momento justo, que no descuide el palo, que no busque un centro atrás que jamás llegará. El corto se llama *Barbosa*.

El protagonista del film, interpretado por Antonio Fagundes, relata haber estado de niño en el Maracaná, esa tarde, con su padre; recuerda que tras el gol brasileño recibió el único abrazo que su padre le dedicó en toda su vida; recuerda los llantos, las congojas,

la tristeza infinita. Y recuerda la condena a Barbosa, que en el momento de la ficción aún permanece intacta (Barbosa murió en 2000). Por eso construye la máquina del tiempo: para volver a esa tarde, para cambiar la historia.

El protagonista narra en primera persona su retroceso en el tiempo: su llegada al estadio, donde ve a la multitud, donde se ve a sí mismo con su padre —donde se ve abrazado por su padre tras el gol de Friaça—, donde ve la resurrección uruguaya y el gol de Schiaffino. Entonces busca un túnel de acceso al campo, en el momento justo, pero es detenido por un guardia. Intenta escapar, intenta llegar hasta el arco de Barbosa; ve el desborde de Ghiggia, ve cómo su grito inútil —un ¡Barbosa! que inunda la pantalla— no llega a destino, ve como la pelota entra, como Barbosa descuida su palo buscando un centro que Ghiggia nunca va a mandar. Y entonces vuelve a ver los llantos, las congojas, la tristeza infinita. Todo había sido inútil: aunque el protagonista explicara, al comenzar el film, que todo eso había sido hecho “para salvar la vida de ese hombre, o mi propia vida”.

Es posiblemente la película más bella sobre fútbol, aunque dura sólo 11 minutos. Posiblemente porque la historia del Maracanazo es la mejor narración épica de la historia del fútbol latinoamericano. También para el Uruguay: fue el cierre definitivo del periodo batllista y el inicio de una larga decadencia del fútbol oriental, sólo alterada por algunos éxitos de clubes en las competencias regionales, hasta el proceso que se iniciaría en 2010 con la Copa de Sudáfrica. Durante 60 años, el fútbol uruguayo vivió sólo del mito del Maracanazo.

LA DEMOCRACIA RACIAL BRASILEÑA, SEGUNDA PRUEBA

Sin embargo, Brasil no podía jugar sin sus jugadores afrodescendientes. En 1954 participó en la Copa del Mundo organizada por Suiza; Brasil, Uruguay y México fueron los únicos latinoamerica-

nos. México fue eliminado por Brasil y Yugoslavia. Uruguay, por su parte, venció a Checoslovaquia y Escocia, para luego demoler a Inglaterra —que había asumido su retorno a las copas como un sendero de fracasos— 4 por 2, y caer en semifinales frente a Hungría, la gran favorita. Brasil venció a México y empató con Yugoslavia, por lo que debió jugar en cuartos contra Hungría: el partido fue conocido como “La batalla de Berna” —una nueva batalla en el campo de juego, como 16 años antes— por la cantidad de golpes que se propinaron ambos equipos, incluso fuera del campo. Hungría venció 4 a 2 y siguió su marcha hacia la final, en la que perdería sorpresivamente con Alemania.

Todo cambió en 1958, en Suecia. Inopinadamente, Paraguay dejó fuera a Uruguay en la clasificación, acompañando así a la Argentina —vencedora de Chile y Bolivia, pero con una derrota en La Paz— y a Brasil —vencedor de Perú por muy poco: un empate en Lima, y sólo un 1 a 0 en Rio de Janeiro—. Por Norteamérica clasificó México, que eliminó a Canadá y Estados Unidos en primera ronda clasificatoria, y luego a Costa Rica en una final. Paraguay fue eliminada por Francia y Yugoslavia, aunque derrotó a Escocia. Brasil empató la clasificación con la Unión Soviética —fue el debut de esa selección— y pasaron ambos a cuartos de final. México sólo empató con Gales —su primer punto en una Copa— y fue eliminado por sus derrotas frente a Suecia y Hungría.

La peor parte la llevaron los argentinos, que regresaban al fútbol mundial luego de 24 años de concentrarse sólo en las competencias sudamericanas. Incluso, el año anterior habían ganado el Campeonato Sudamericano de Lima brillantemente, con sólo un partido perdido frente al local —luego de ya haberse consagrado campeón—, 25 goles a favor y seis en contra: le anotó tres a Brasil, uno a Perú, ocho a Colombia, tres a Ecuador, seis a Chile y cuatro a Uruguay. Sus estrellas fueron sus delanteros Maschio, Angelillo, Sívori, Corbatta y Cruz: los tres primeros fueron transferidos meses después al fútbol italiano; el entrenador Stábile y los dirigentes argentinos decidieron prescindir de ellos, convencidos de que la ca-

lidad de sus jugadores era tanta y tan extendida que eran fácilmente reemplazables. El regreso a la Copa del Mundo debía ser, entonces, la sanción definitiva de la hegemonía argentina en el fútbol mundial. En el debut fue vencida 3 a 1 por Alemania Occidental; en el segundo juego alcanzó un modesto 3 a 1 frente a Irlanda del Norte. El 15 de junio de 1958 jugó su último partido de la fase contra una desconocida Checoslovaquia, que le ganó por la módica suma de 6 a 1. Fue una tragedia nacional: los jugadores fueron recibidos en el aeropuerto, a su regreso, por una lluvia de monedas lanzadas por los enfurecidos hinchas argentinos. Aunque luego Argentina jugó en las Copas de 1962 y 1966, sus desempeños fueron mediocres, y la década se coronó con la eliminación a manos de Perú en 1969 en la clasificación para México 1970, la única vez en que Argentina no clasificó a una Copa. La derrota de 1958 —el partido con los checos fue conocido como “el desastre de Suecia”— significó una crisis moral: una humillación excesiva para el narcisismo argentino, que durante dos décadas se había autopercebido como el mejor fútbol del mundo. Pero, también, una crisis futbolística: fue la crisis del relato de “la nuestra”, esa narrativa que le había permitido al fútbol argentino inventarse como distinto del fútbol europeo —que lo había vapuleado—.

Por su parte, Brasil se tomó las cosas muy en serio. Antes de la disputa de la Copa, había enviado “espías” a ver juegos de las clasificaciones europeas, para evitar sorpresas —exactamente las que sufrió Argentina—. Pero, además, esos enviados viajaron a Suecia y dejaron reservados los hoteles que ocuparía la delegación. A su vez, el equipo fue disciplinado férreamente —se establecieron códigos de vestimenta y conducta, por ejemplo— y la delegación incluyó un nutriólogo, un dentista y un psicólogo. Justamente, este último sometió a estudios a todos los jugadores e informó al director técnico Vicente Feola que dos de los jugadores, el negro Pelé y el mulato Garrincha, eran débiles mentalmente, por lo que recomendaba no incluirlos en el equipo. Las dos grandes estrellas del plantel, los negros Vavá y Didí, exigieron a Feola la inclusión

de ambos: Pelé, nacido 17 años antes como Edson Arantes do Nascimento y jugador del Santos, debutó en el tercer juego, contra la URSS, y fue sucesivamente el jugador más joven en disputar una Copa, en anotar un gol y en ganarla. Garrincha, por su parte, nacido 25 años atrás como Manuel Francisco dos Santos e ídolo del Botafogo, comenzó a gambetear rivales en el mismo partido contra los soviéticos y dejó de hacerlo cuatro años después, luego de ganar la Copa del Mundo en Chile, en 1962, sin Pelé, lesionado en la primera ronda.

La aparición simultánea de Pelé y Garrincha en 1958 es, posiblemente, uno de los sucesos más felices de la historia del futbol latinoamericano, porque la actuación del equipo —al que le sobraban los grandes jugadores, como los ya mencionados Vavá (Edvaldo Izidio Neto) y Didí (Waldir Pereira), pero también Nilton Santos (Nilton Reis dos Santos) o Zagallo (Mário Jorge Lobo Zagallo)— fue de una brillantez unánimemente elogiada por la prensa de todo el mundo —agreguemos: una brillantez que ya podemos disfrutar nosotros mismos, gracias a que las Copas comenzaban a televisarse y eso nos permite disfrutar de registros en video, fácilmente accesibles en You Tube—. Por primera vez, además, un equipo latinoamericano vencía en una Copa disputada en Europa —también por última vez—. Era el futbol-arte proclamado por Gilberto Freyre 20 años antes, pero ahora victorioso y multiétnico: blancos, negros y mulatos. Leite Lopes sostiene que fue el primer equipo mestizo en ganar una Copa del mundo frente a los blancos europeos; los uruguayos también habían ganado con jugadores negros, pero frente a Argentina (podríamos discutir esa preeminencia, considerando que el jugador afrodescendiente Andrade jugó la final de los Olímpicos de París, en 1924, frente a los suizos).

Joshua Nadel sostiene que fue el momento en que la narrativa creada por Gilberto Freyre y Mário Filho se volvía historia. Es una buena idea. Al menos, lo fue para Filho, quien en 1964 —luego de que Brasil repitiera el título en Chile, en 1962— reeditó su libro de 1947, nuevamente con el prólogo de Freyre, pero con una conclu-

sión añadida, que podría sintetizarse en algo así como “ahora sí que tengo razón: Brasil ha construido su democracia racial gracias al fútbol”. Filho reconocía que su diagnóstico de 1947 había sido apresurado, y que la condena racista de Bigode y Barbosa por el partido del Maracanazo demostraba ese apuro; pero ahora podía proponer una línea continua que unía a Friedenreich y Leônidas con Pelé y Garrincha: los cuatro héroes de esa —inevitablemente imaginaria— democracia racial.

Para Leite Lopes, en cambio, la figura clave fue Garrincha, a quien el público apodaba “La Alegría del Pueblo”. Mané —como se le llamaba— portaba, en su cuerpo débil, contrahecho y mal alimentado, las marcas y estigmas de las clases populares brasileñas; pero las transformaba en un estilo inusual y desconcertante que sólo el fútbol brasileño podía mostrar. Garrincha llevó a ese fútbol a ganar dos Copas. La primera, junto a Pelé. La segunda, solo. Su muerte en 1983, pobre y solitario, fue, según Leite Lopes, el fin de la edad dorada del fútbol brasileño.

POPULISMOS FUTBOLEROS

En los capítulos anteriores señalamos en más de una oportunidad la presencia de los jefes de Estado latinoamericanos junto a hechos futbolísticos: inauguraban estadios, entregaban trofeos, presenciaban juegos importantes, incluían el fútbol en los currículos escolares, intervenían para solucionar crisis institucionales en las asociaciones futbolísticas —el caso simultáneo de Argentina y Uruguay en 1926—. Desde apenas iniciado el siglo xx, pero muy especialmente cuando los procesos de popularización estaban avanzados —y, por ende, el fútbol se transformaba en un hecho de masas—, los políticos de toda laya y nivel se enfrascaron en los avatares futbolísticos. Imaginaban, sospechaban o comprendían que los deseos populares encontraban en el fútbol un campo fértil para crecer, y decidían aplicar el viejo *panem et circens* (pan y circo), en la idea

(falaz) de que el entretenimiento futbolístico los preservaba de otros riesgos, como las huelgas y las rebeliones.

Por supuesto, éste es un campo de opiniones contrapuestas, que nunca ha saldado la discusión sobre la eficacia. Una mirada rápida a la historia latinoamericana nos diría que las huelgas y las rebeliones se expandieron por todo el subcontinente —incluso, las revoluciones—, sin que la utilización política del futbol haya hecho mucho para evitarlas o prevenirlas o, al menos, demorarlas. En general, la historia política no le ha prestado atención a la mayor o menor presencia del futbol en una sociedad para explicar causas o consecuencias de fenómenos políticos, económicos y sociales; nadie se ha animado a afirmar nunca que alguna insurrección o protesta popular dejó de producirse porque los sujetos estaban demasiado ocupados viendo los juegos de Pelé.

Sin embargo, esa discusión sobre la eficacia política de la instrumentación desde el poder de “cortinas de humo” futboleras coincide, sí, en una cosa: los gobernantes creyeron y creen a pie juntillas en que esa eficacia es indudable, y que cuanto más futbol se les brinde a las masas, menos estarán dispuestas a la revuelta o la protesta; y que cuantos más éxitos deportivos acredite un político en su periodo de gobierno, más posibilidades tendrá de pasar a la historia o, al menos, a la memoria popular. Es decir: esa relación no existe —jamás ha sido probada—, pero los grupos dominantes creen en ella como verdad revelada.

Es difícil encontrar casos en los que la atención política sobre los fenómenos deportivos proceda de vocaciones populares y democráticas: de que alguna política deportiva se plantee la necesidad de expandir la práctica y el consumo del deporte simplemente como derecho popular. Es posible que las excepciones hayan sido la política deportiva del primer peronismo; o más drásticamente, el caso cubano luego de la Revolución de 1959, o incluso su imitación por la Nicaragua sandinista de 1979, pero en ambos casos, el futbol no estaba involucrado. Por otro lado, el futbol se volvió muy tempranamente un hecho de masas y, en consecuencia, un espectáculo,

una mercancía, de la que los Estados nacionales tenían pocas posibilidades de adueñarse y menos intenciones aún de distribuirla democráticamente. Es posible que la excepción más marcada sea la muy reciente nacionalización de las transmisiones televisivas futbolísticas en Argentina, entre 2009 y 2016; pero incluso esta misma, el más notorio avance sobre la propiedad “privada” de los monopolios televisivos sobre el relato futbolístico en la región, tuvo mucho más que ver con el objetivo del gobierno kirchnerista de atacar al Grupo Multimédios Clarín —el propietario y usufructuario de los derechos televisivos— que con la alegada “democratización” que pregonaron.

Sin embargo, como dijimos, la presencia de los gobernantes y de las políticas estatales acompaña hasta hoy todo el proceso que estamos narrando. Si la mera concurrencia al estadio ya es una señal —el presidente argentino Julio Roca asistiendo en 1904 al juego entre Alumni y Southampton compartía, en última instancia, un espectáculo de su propia clase social para sí misma—, eso se vuelve sistema luego de 1930 con la dictadura —y posterior gobierno democrático— de Getúlio Vargas en Brasil, según afirma el historiador alemán Stefan Rinke, a quien ya hemos citado. Hasta ese momento, lo que había era la intervención más o menos activa en los ámbitos escolar o institucional, o meramente honorífica —la concesión de un premio, por ejemplo. Desde los años treinta, en toda Latinoamérica aparece la intervención activa en la construcción de estadios, en algunos casos propiedad estatal —el Nacional de Lima, inaugurado por el dictador Leguía en 1923 y reinaugurado por el dictador Odría en 1952; el Nacional de Santiago de Chile, inaugurado por Arturo Alessandri en 1938 y reinaugurado (para la Copa del Mundo) por su hijo, también presidente, Jorge Alessandri en 1962. Pero también ocurre con los estadios propiedad de clubes: tanto el Monumental, de River Plate, como la Bombonera, de Boca Juniors, se construyen en la misma década —1938 el de River, 1940 el de Boca— y en ambos casos gracias a la concesión de créditos baratos por el Estado nacional —presidido por el gene-

ral Agustín Pedro Justo, surgido del fraude conservador de esos años. Como nota “pintoresca”, el estadio de River fue a su vez remodelado y reinaugurado en 1978 por la dictadura del general Jorge Rafael Videla para que fuera sede central de la Copa de ese año.

El varguismo, si aceptamos esa denominación para el periodo de la historia política brasileña que va de 1930 al suicidio de Vargas en 1954, fue el primer populismo exitoso en América Latina; la enorme atención que le prestó al deporte sólo pudo ser emulada por el segundo gran populismo, que fue el peronismo argentino entre 1945 y 1955, con reiteraciones entre 1973-1976, 1989-1999 y 2002-2015. Esa atención la podemos ver en la construcción de estadios —especialmente, el Pacaembú, de São Paulo, inaugurado en 1940; el Maracanã no fue construido por Vargas sino por su sucesor, Gaspar Dutra— o en la creación de un Conselho Nacional de Desportos (CND), en 1941, la primer institución política dedicada a desarrollar, justamente, políticas deportivas con alcance nacional —recordemos que Brasil era, hasta esos años, un país poco integrado por su extensión geográfica y sus disparidades sociales, económicas, políticas y culturales—. Y también en la atención brindada por la flamante Rádio Nacional, creada por Vargas en 1936, con sede en Rio de Janeiro pero con alcance nacional, y que contribuyó a la difusión del fútbol en todo el territorio.

Más ampliamente, lo que el varguismo desplegó fue una operación por la que capturó las grandes formaciones culturales populares —el samba, el fútbol, el carnaval, la capoeira— para volverlas símbolos nacionales propuestos por el Estado central, según analizó el antropólogo brasileño Renato Ortiz. Los éxitos futbolísticos desde 1938 en adelante, en el nivel sudamericano y luego en el mundial, entonces, contribuyeron a esta operación: permitían escamotear las desigualdades raciales con el mito de la democracia racial futbolística —como acabamos de analizar—; o permitían combatir el “*complexo de vira-lata*” (una traducción aproximada sería “complejo de perro callejero”), una expresión acuñada por el periodista y dramaturgo Nelson Rodrigues, her-

mano de Mário Filho, para denominar un presunto “complejo de inferioridad” brasileño, que los éxitos entre 1958 y 1970 desmentían futbolísticamente. Y para seguir invocando a Filho: el primer desfile de escuelas de samba (*escolas de samba*) en el Carnaval carioca fue un invento de su jornal *Mundo Esportivo*, en 1932, para cubrir los meses de menor información deportiva por la falta de torneos. Al poco tiempo, como sabemos, los carnavales se convirtieron en uno de los mayores atractivos turísticos de la ciudad y otro de los símbolos nacionales.

* * *

Como analizamos en nuestro libro *Fútbol y patria*, la relación entre el Estado argentino y el fútbol fue muy cambiante, pero explotó durante el peronismo: las historias deportivas, en las que héroes plebeyos alcanzaban la gloria internacional representando al “pueblo”, eran minuciosamente coherentes con las narrativas propuestas por el Estado peronista entre 1945 y 1955, lo que puede verse en los relatos periodísticos —el gobierno editaba una publicación semanal de masas específicamente deportiva, *Mundo Deportivo*, que competía con la revista *El Gráfico*, proponiendo la “interpretación peronista” de los sucesos deportivos— y también los cinematográficos —que no eran estatales, pero estaban organizados por un “clima de época”—. Pero el peronismo también actuó en planos más concretos y pedestres, no sólo en los narrativos. En un libro reciente sobre el periodo, el historiador israelí Ranaan Rein, organizador del volumen, afirma que el peronismo se presentó simultáneamente como muchas cosas: propaganda estatal, por supuesto, e intentos de control social amparados en la presunta “reconciliación de clases” que el populismo intentaba —e intenta—; pero, a la vez, el peronismo propuso, como dijimos, la producción de narraciones democráticas en las que los héroes populares deportivos podían representar lo patriótico; y también, el establecimiento de políticas deportivas de masas. En

los casos que analizan Rein y sus colaboradores, se ve con claridad que la intervención del gobierno era compleja. Por ejemplo, en la huelga de jugadores de futbol de 1948, que mencionamos en el capítulo anterior, se puede ver la negociación entre distintos actores: funcionarios, figuras clave del gobierno —la misma Eva Perón—, dirigentes deportivos, sindicalistas, con posturas que incluso contradecían las directivas oficiales y que no fueron autoritariamente sofocadas; la resolución del conflicto distó de responder a las expectativas oficiales.

A su vez, la investigación de Rein parte de la base de que los clubes deportivos, asociaciones civiles en la Argentina, fueron mediadores importantes en la organización del fenómeno: el análisis de distintos casos muestra las distintas relaciones que los clubes populares entablaban con el Estado nacional o el provincial, negociando con minucia la pleitesía —moderada o desbordada— y los beneficios, generalmente en forma de créditos para instalaciones deportivas o simplemente para salir de situaciones difíciles. Si bien cierta mitología destaca el caso del Racing Club, favorecido por créditos oficiales para la construcción de su nuevo estadio —al que bautizaron, por supuesto, Presidente Perón—, la investigación histórica revela dos cosas: por un lado, que el actor principal era el ministro Ramón Cereijo, hinchista fanático de Racing, y no directamente Perón —de quien nunca se supo con claridad si era partidario de Racing, de Boca o si de plano le importaba muy poco el futbol; por el otro, el hecho de que un decreto de 1947 que habilitaba la concesión de préstamos a las instituciones deportivas reproducía uno similar dictado, 10 años antes, por la presidencia conservadora del general Justo.

De todas maneras, el éxito deportivo más importante del peronismo no estuvo en el futbol, sino en el automovilismo —Perón apoyó la carrera de Juan Manuel Fangio en Europa, donde llegó a ser quíntuple campeón mundial de Fórmula 1—, el boxeo —además de obtener varias medallas olímpicas, el peronismo acompañó a Pascual Pérez, boxeador peronista que obtuvo el primer tí-

tulo mundial para el boxeo argentino—, el atletismo —el corredor Delfo Cabrera, también peronista, obtuvo la medalla de oro en la maratón olímpica de Londres, en 1948— y el basquetbol —el equipo argentino, en el que todos eran peronistas, ganó el primer Campeonato del Mundo, disputado en 1950 en Buenos Aires—. Incluso, el peronismo organizó los primeros Juegos Panamericanos en 1951, quedando primero en el medallero general por única vez en la historia.

En el fútbol, en cambio, aunque obtuvo algunos campeonatos sudamericanos —Argentina fue tricampeón entre 1945 y 1947—, la selección nacional no participó en las Copas de 1950 y 1954, como ya vimos. Sin embargo, en 1951 el propio Perón propuso competir contra Inglaterra; ambas selecciones de fútbol nunca se habían enfrentado oficialmente. Junto a los sociólogos británicos Chris Young y Alan Tomlinson, propusimos en un artículo, hace varios años, que las similitudes entre ambas culturas futbolísticas eran mayores que lo que estaban dispuestas a aceptar: ambas se autoperciben como fundadoras —Inglaterra, del fútbol mundial; Argentina, del latinoamericano—, ambas se piensan como superiores al resto, ambas escatimaron su participación en competencias mundiales dando por sentada su superioridad, ambas sufrieron derrotas catastróficas cuando se reintegraron a las Copas del Mundo: Inglaterra en 1950, Argentina en 1958.

En 1951, Argentina e Inglaterra jugaron el primer partido de su historia en Wembley: venció el equipo inglés por 2 a 1, lo cual los argentinos juzgaron una derrota digna en la que el arquero Miguel Rugilo fue el héroe infaltable (fue apodado “El León de Wembley”). La revancha se jugó dos años después en Buenos Aires y Argentina derrotó por primera vez a “la pérfida Albión” por 3 a 1: el héroe fue en este caso el jugador Ernesto Grillo, que anotó un gol tildado como “rioplatense” por la eufórica prensa deportiva de la época —la calificación aludía a que el gol había combinado sorpresa, gambeta y calidad, rasgos típicos del “estilo criollo”—. El escritor argentino Osvaldo Bayer, en el guión que escribió para

el film documental *Fútbol argentino*, afirma haber encontrado un diario de la época en el que se dijo: “Primero nacionalizamos los ferrocarriles [Perón lo había hecho en 1949], hoy nacionalizamos el fútbol”.

El partido se jugó el 14 de mayo de 1953: en su recuerdo se celebra el Día del Futbolista Argentino, en un nuevo rasgo del invariable narcisismo criollo.

LA GUERRA POR OTROS MEDIOS

Podemos ver con cierta facilidad las destrezas de Pelé y Garrincha, como no pudimos ver las de Leônidas o Adolfo Pedernera. Hay imágenes repartidas por todo el mundo de You Tube de cualquier equipo o jugador, desde los años sesenta en adelante. Sencillamente, porque en 1954 nació Eurovisión, en la transmisión televisiva del Mundial de Suiza de ese año; porque había habido transmisiones experimentales de futbol desde antes de la segunda Guerra (lo había intentado la BBC británica, con un Preston North End vs. Huddersfield en 1938), pero a fines de los cincuenta ya eran transmisiones regulares; porque desde la nueva década, con el crecimiento exponencial de la cantidad de aparatos receptores de televisión, la transmisión del futbol se volvió una costumbre, a la que sólo faltaba agregarle posibilidades técnicas y tecnológicas —el color, la repetición de jugadas, la cámara lenta—; la más importante sería, claro, la transmisión satelital, que llegaría a América Latina con la Copa del Mundo de 1970, en México. Gracias a esa profusión de imágenes, tenemos multiplicidad de archivos; si esto no fuera una página de papel, sino una pantalla, podría colocar el *link* a un video con el resumen del juego final entre Brasil y Suecia en 1958: <https://www.youtube.com/watch?v=JmlRnvr4dXM>.

La multiplicación de archivos e imágenes nos permite ver hoy cómo jugaban los héroes futbolísticos desde Pelé y Di Stéfano en adelante; hacia atrás, ese futbol pertenece a la letra impresa o a la fotografía. Pero más importante es que la paulatina incorporación del futbol al mundo televisivo comenzó a cambiar el propio mundo futbolístico. Algo de eso imaginaba el peronis-

mo argentino, que inauguró sus transmisiones televisivas mostrando experimentalmente la imagen de Eva Perón y un acto político en octubre de 1951, pero que comenzó sus transmisiones regulares con un juego entre San Lorenzo y River Plate, un mes más tarde. El deporte —pero muy especialmente el fútbol— se transformó en la mercancía por excelencia de la televisión; años después, sobre todo desde los años noventa del siglo pasado, la televisión se transformó en una decisiva fuente de ingresos para un fútbol que, hasta ese momento, vivía de la venta de entradas para los estadios o, en menor medida, de las transferencias de jugadores. Primero el directo, luego el satélite, finalmente la codificación: la televisión cambió al fútbol mundial. También al latinoamericano.

EL MUNDO EN DOS CONTINENTES

El crecimiento del mercado futbolístico en la posguerra, de la mano de la incorporación creciente de las masas al consumo de espectáculos en todo el mundo, implicó la necesaria multiplicación de la oferta. Los europeos, que crearon la UEFA, como dijimos, apenas en 1954, inventaron primero la competencia continental por equipos (la Liga de Campeones de Europa, en 1955) y luego por naciones (la Copa de Europa de Naciones, hoy Eurocopa, en 1960); ésta de naciones ya existía en América Latina desde 1916 (el Campeonato Sudamericano) y 1941 (la Copa CCCF).

Los latinoamericanos siguieron el camino europeo respecto de las competencias de clubes: en 1960, la Conmebol inventó la Copa Campeones de América, llamada Copa Libertadores de América desde 1965, que en su primera edición disputaron Bahía (Brasil), Jorge Wilstermann (Bolivia), Millonarios (Colombia), Olimpia (Paraguay), Peñarol (Uruguay), San Lorenzo (Argentina) y Universidad de Chile (Chile). El primer partido en la historia del certamen se jugó el 19 de abril de 1960, entre Peñarol y Jorge Wilstermann.

Peñarol ganó 7 a 1; más tarde fue el primer campeón sudamericano, venciendo en la final a Olimpia, de Paraguay.

Por su parte, la ya renovada Concacaf creó su Copa de Campeones en 1962; su primer campeón fue el Deportivo Guadalajara de México y subcampeón el Herediano de Costa Rica, participando también el Alajuelense costarricense, el Águila de El Salvador, Comunicaciones de Guatemala, Olimpia de Honduras, Etoile Haïtienne y el RKV F. C. Sithoc de las Antillas Holandesas, hoy Curaçao. Los clubes mexicanos fueron amplios dominadores de la Copa: obtuvieron 33 títulos en 54 ediciones, con siete títulos del América, seis del Cruz Azul y cinco del Pachuca.

Había existido, sin embargo, un antecedente organizado en 1948 en Santiago de Chile: el campeón chileno Colo-Colo invitó a un Campeonato Sudamericano de Campeones a seis equipos sudamericanos, que en algunos casos no eran campeones nacionales respectivos, sencillamente porque ese campeonato nacional no existía: eran campeones de sus ligas nacionales River Plate de Argentina, Nacional de Uruguay o el mismo Colo-Colo, pero el Deportivo Municipal limeño era sólo subcampeón del campeonato peruano, el Vasco da Gama era el campeón carioca, el Emelec era el campeón del Guayás ecuatoriano y el Litoral boliviano era sólo un campeón paceño. El torneo fue muy exitoso en asistencia de público al estadio Nacional (un promedio de 39 549 espectadores) y fue ganado por el Vasco da Gama, que casi 50 años más tarde, en 1996, consiguió que la Conmebol le reconociera esa victoria como una suerte de campeón precursor; de todas maneras, el Vasco consiguió una Copa Libertadores de América en 1998.

En este mismo 1998, la Conmebol invitó a participar a la Federación mexicana: los campeones y subcampeones de su liga se incorporaron a la Copa Libertadores, hasta que en 2017 no pudieron coordinar los calendarios anuales y dejaron de disputarla. No la ganaron nunca, aunque el Cruz Azul perdió ante Boca Juniors la final del 2001; las Chivas de Guadalajara, la del 2010 contra el Internacional de Porto Alegre, y los Tigres de Monterrey, la del 2015 contra el River

Plate argentino. La invitación —en la línea de las múltiples invitaciones de la Conmebol a países de Concacaf y viceversa para torneos como la Copa América o la Copa de Oro— no tenía ningún sentido de integración latinoamericanista ni vocación de “patria grande”; no se trataba, parafraseando a Rubén Blades, de la pretensión de una “Latinoamérica Unida, una raza unida, la que Bolívar soñó”.

Se trataba, simplemente, de expandir los mercados televisivos.

* * *

A eso habría que agregarle la creación de una Copa Intercontinental en 1960, por acuerdo de la UEFA y la Conmebol: un trofeo a ser disputado entre los campeones por equipos de Europa y Sudamérica. La hegemonía futbolística detentada por ambas organizaciones les permitía prescindir de las otras federaciones regionales (centroamericana, asiática y africana, todas ellas existentes en ese momento) y pretender para sí la organización de una suerte de Campeonato Mundial de Clubes disputado, escuetamente, por dos equipos. Aunque la Copa fue llamada también, con más decoro y precisión, Europeo-Sudamericana, moralmente equivalía a una copa del mundo por equipos, al menos, para los seguidores de ambos continentes. El primer campeón fue el Real Madrid de Alfredo di Stéfano; el segundo, el aguerrido Peñarol uruguayo de Sasía, Spencer y Joya; las dos copas siguientes fueron del Santos de Pelé. Hasta 1979, la Copa se jugó con partidos de ida y vuelta en ambos continentes, y con un tercer partido de desempate en caso necesario. La transformación de estos eventos en mercancías televisivas, como dijimos, llevó a que desde 1980 la Copa se decidiera en un único partido entre ambos campeones continentales a jugarse en una ciudad tan poco futbolística como Tokio, la capital japonesa. A pesar de la anomalía horaria a la que los hinchas locales eran sometidos —en el caso sudamericano, todos los juegos fueron durante la noche o a la madrugada—, lo que importaba no eran los fanáticos ni las recaudaciones del estadio: lo decisivo era

el mercado televisivo y la creación de nuevas audiencias, además de la aparición de nuevos y más ubérrimos patrocinadores.

Como es sabido, la Copa desapareció en 2004, para ser reemplazada por un Campeonato Mundial de Clubes, ahora organizado por la FIFA, que incorporó a los representantes de Concacaf, Asia, África y Oceanía. La dependencia de la organización respecto de los patrocinadores llevó a que todas sus ediciones fueron disputadas en Japón, Marruecos o Abu Dhabi. Tomando en cuenta ambas competencias, la Intercontinental y el Campeonato Mundial, sólo equipos de cuatro países latinoamericanos ganaron al menos un torneo: los tres grandes (Argentina, Brasil y Uruguay) y Paraguay —en 1979, el campeón fue el Olimpia de Asunción que venció al sueco Malmö—. El mayor goleador de todas las copas jugadas desde 1960 es aún Pelé, que marcó siete goles en las dos finales que jugó, y que por supuesto ganó el Santos.

* * *

Pero la Copa Libertadores implicó otra novedad, hasta entonces inexplorada: las rivalidades internacionales de clubes. La competencia entre países no desapareció, aunque el Campeonato Sudamericano se volvió irregular e incluso desapareció entre 1967 y 1975; las selecciones nacionales se enfrentaban sólo en amistosos o en las eliminatorias mundialistas —o en torneos excepcionales, como la Copa de las Naciones organizada por Brasil en 1964—. Esos encuentros fueron reemplazados por los juegos entre clubes en la Libertadores. Y fue mucho peor.

La Libertadores se transformó, rápidamente, en un torneo exitoso y por lo tanto deseado. Era el espacio en el que los clubes, originalmente ciudadanos o incluso barriales, se proyectaban internacionalmente, con lo que eso suponía para el prestigio —y también, para las tesorerías: aunque las cifras pagadas por la televisión fueron inicialmente reducidas, siempre suponían un ingreso mayor que el suministrado por las ligas locales; y eso no hizo sino agravarse

en años recientes—. La condición de campeón sudamericano era una tentación demasiado grande como para que los clubes no cedieran a ella: costara lo que costara. La Copa se volvió así el territorio de batallas campales históricas, donde se ponían en juego oposiciones nacionales —el futbol chileno contra el peruano, el uruguayo contra el brasileño, el argentino contra todos los demás— o tradiciones de clubes breves pero importantes, a partir de ciclos exitosos particulares: el del argentino Estudiantes de La Plata, por ejemplo, ganador de tres copas consecutivas entre 1968 y 1970; el del también argentino Independiente, tetracampeón entre 1972 y 1975; la irrupción del Olimpia paraguayo en 1979 —primer torneo ganado por un equipo fuera de los tres países hegemónicos—; la presencia del América de Cali en tres finales consecutivas entre 1985 y 1987, en el nuevo Dorado del narcotráfico.

El clímax llegó en la Copa de 1971, con el mayor escándalo de esta historia. En un partido de fase de grupos entre el argentino Boca Juniors y el peruano Sporting Cristal, se desarrolló un combate entre todos los jugadores que terminó con todos ellos detenidos por la policía, varios heridos de consideración y 19 expulsados: todos los jugadores de campo menos los dos arqueros y el zaguero, boquense pero peruano, Julio Meléndez Calderón —uno de los defensas más exquisitos que haya pisado un campo de juego en toda América Latina, dicho sea de paso—.

* * *

El predominio del formato de la competencia de clubes permitió, asimismo, la aparición por primera vez de una competencia regular entre equipos de las dos confederaciones latinoamericanas. Entre 1969 y 1998 se disputó la Copa Interamericana, que enfrentaba a los campeones de ambas: el campeón de la Copa Libertadores contra el vencedor de la Copa de Campeones de la Concafa. En las 18 ediciones, todos los ganadores fueron equipos sudamericanos, con la única excepción de tres ocasiones que fueron mexica-

nos (el América, en 1978 y 1991, y los Pumas de la UNAM, en 1981). Insospechadamente, en la última edición de la Copa, en 1998, el campeón fue una excepción más radical: el DC United norteamericano, que venció en dos partidos disputados en Estados Unidos (por obvias razones comerciales) al Vasco da Gama brasileño. Dado que la competencia desapareció, el campeón vigente de ambas Américas será, por los siglos de los siglos, un equipo estadounidense. Los espíritus de Leônidas, Di Stéfano y Obdulio Varela se revuelven en sus tumbas.

* * *

Los conciertos de puntapiés y puñetazos que dominaban las copas internacionales de clubes disputadas en Sudamérica se trasladaron también a las finales con los equipos europeos: tres de ellas fueron definidas como batallas por la prensa de ambos continentes —la que enfrentó al argentino Racing Club con el escocés Celtic, en 1967, y la que jugaron el inglés Manchester United y el argentino Estudiantes de La Plata en 1968, en ambos casos, con victorias argentinas y golpes de los dos bandos; y la que enfrentó nuevamente a Estudiantes con el italiano Milan en 1969, con victoria italiana y venganza a los golpes de los jugadores argentinos, que pasaron esa noche en la cárcel. Posiblemente, en los primeros casos haya influido el marco general de las relaciones argentino-británicas, que nunca fueron muy afectuosas. En la Copa del Mundo disputada en Inglaterra poco antes, en 1966, el entrenador inglés Alf Ramsey había calificado a los jugadores argentinos como “*animals*” luego del juego de cuartos de final entre ambos equipos, en el que venció Inglaterra 1 a 0 y fue expulsado el capitán argentino Rattin.

Esa Copa fue jugada por los invariables Argentina, Uruguay, Brasil y México; éste fue eliminado por Uruguay y el local, con dos empates, mientras que Brasil fue derrotado por Hungría y Portugal (sólo venció a Bulgaria) y quedó eliminado en la primera ronda; Pelé fue eliminado, a su vez, por los puntapiés salvajes de los búl-

garos, que lo dejaron fuera del equipo en el juego contra Hungría y lo hicieron cojear contra Portugal. En el primer partido jugaron por última vez juntos Pelé y Garrincha; ambos hicieron los dos goles del 2 a 0. Por su parte, Uruguay y Argentina pasaron a los cuartos de final; como dijimos, Argentina fue eliminada por Inglaterra y Uruguay por Alemania. Aunque las derrotas fueron inapelables (Uruguay encajó cuatro goles), el hecho de que fuera un inglés quien arbitrara a Uruguay y un alemán a Argentina permitió el surgimiento de varias leyendas conspirativas, en un momento en que en los países latinoamericanos éstas abundaban.

Porque, en esos tiempos, casi toda la región vivía bajo regímenes militares, lo que fue perfeccionado para los tres campeonatos mundiales siguientes; en 1978, sólo México, Costa Rica y Venezuela disfrutaban de regímenes democráticos, mientras que Colombia vivía en la guerra civil; dejó de lado las Antillas europeas en esta generalización. Los modos en que el fútbol experimentaba las consecuencias de los totalitarismos latinoamericanos fueron bastante distintos, y merecen que los narremos.

TIEMPOS MILITARES

Posiblemente, el caso más interesante sea el peruano: estos años coinciden con su ciclo dorado, que se inició cuando en 1969 impidió clasificar a Argentina a la Copa del Mundo de México 1970, vencéndola en Lima e igualando en Buenos Aires. Perú tuvo un gran desempeño en la Copa, siendo eliminado en cuartos de final por el que fue campeón: Brasil. En 1975, la misma generación de jugadores ganó la Copa América por segunda vez (había vencido en el Sudamericano de Lima, en 1939). En 1978 volvieron a clasificar a la Copa de Argentina, en la que pasaron a la segunda fase y fueron vencidos por Polonia, Brasil y Argentina —este último juego merecerá un relato especial, más adelante. En 1982 también clasificaron a la Copa española, pero fueron eliminados en primera ron-

da. Allí concluyó el ciclo dorado: Perú no volvió a clasificar a una Copa, hasta hoy, en que clasificó por repechaje para Moscú 2018.

En Perú, la dictadura contemporánea fue la de uno de los pocos gobiernos militares reformistas latinoamericanos, la del general Velasco Alvarado, entre 1968 y 1975 (luego continuada por el general Francisco Morales Bermúdez hasta 1980, que giró drásticamente a la derecha y se asoció con el resto de las dictaduras fascistas del subcontinente). La dictadura de Velasco intentó un modelo nacionalista que incluía la reivindicación de los eternos invisibilizados en Perú: las poblaciones originarias. Como ya señalamos en el capítulo 7, los afrodescendientes habían sido parte de un primer proceso de democratización del fútbol en los años treinta; en los sesenta, lo fueron los descendientes de los antiguos incas, los llamados “cholos”. La Selección Peruana más exitosa de su historia, la que jugó entre 1969 y 1980, era un equipo de negros y cholos; algunos de ellos estuvieron entre los mejores jugadores de la historia latinoamericana, como el ya citado zaguero Julio Meléndez, ídolo del Boca argentino, y junto a él, los cholos Héctor Chumpitaz y Hugo Sotil, y el negro Teófilo Cubillas, un jugador inolvidable.

* * *

La dictadura comenzó en Uruguay en 1973, poco después de su muy buena participación en la Copa de 1970, en la que obtuvo el cuarto lugar luego de ser derrotado en semifinales por el campeón Brasil —que dejó así sucesivamente fuera a dos equipos sudamericanos—. Luego comenzaron los tiempos de decadencia, sólo suspendidos cuando obtuvo, en 1980, un “Mundialito” (oficialmente llamado Copa de Oro de Campeones Mundiales de FIFA) venciendo a Brasil en la final —torneo en el cual, asimismo, se comenzó a escuchar en los estadios el cántico “se va a acabar/se va a acabar/ la dictadura militar”—. En la Copa de 1974 fue eliminado en primera fase; en 1978 no llegó a la Copa, al igual que en 1982. Regresó a los mundiales en 1986 (fue eliminado por el campeón

Argentina en segunda ronda, después de haber sido derrotado por Dinamarca por 6 a 1). Hasta fechas muy recientes, el futbol uruguayo permaneció organizado, como dijimos, por la memoria del Maracanazo, su última épica.

* * *

Las cosas no fueron mejores para Chile, que obtuvo el tercer puesto en su propia Copa, en 1962 —dos años antes de la misma había sufrido un terrible terremoto que oscureció el clima futbolero; como sabemos, esa cadena de hechos se repitió 20 años más tarde en México, que sufrió un devastador terremoto en 1985, un año antes de su segunda Copa del Mundo—. En 1966, Chile fue eliminado en la primera ronda, con apenas un empate ante Corea del Norte. En 1970 no pudo clasificar, eliminado por Uruguay. Lo peor aún no había ocurrido.

En 1973, el general fascista Augusto Pinochet derrocó sangrientamente al gobierno democrático del socialista Salvador Allende, en el mismo momento en que la selección jugaba la eliminatoria mundialista. Chile eliminó a Perú luego de tres juegos, pero debió jugar un repechaje contra la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, después del golpe de septiembre. Chile igualó en Moscú el 26 de ese mes y la revancha debía jugarse en Santiago el 21 de noviembre. Pero el estadio Nacional, el espacio designado para el juego, había sido transformado por la dictadura en campo de concentración y exterminio de detenidos políticos; la URSS, entonces, protestó ante la FIFA y solicitó jugar en una ciudad neutral. Después de muchos debates, la FIFA aceptó enviar una inspección, que no encontró nada que objetar y obligó a la URSS a jugar el partido. Los soviéticos se negaron; Chile salió a la cancha el 21 de noviembre y se le reconoció ganador del partido. Jugó la Copa obteniendo apenas un gol y dos empates, quedando eliminado en la primera ronda. Luego de ser eliminado en la clasificación de 1978, llegó a España en 1982, donde fue derrotado en los tres juegos de la primera ronda.

Fueron los años en los que jugaron dos de los mejores jugadores chilenos de la historia latinoamericana: el zaguero Elías Figueroa y el delantero Carlos Caszely. El primero era un ferviente pinochetista; el segundo, proveniente de clases populares politizadas, era izquierdista y mantuvo tensas relaciones con la dictadura pinochetista. En 1988, en el plebiscito que inició la salida de Pinochet del poder dos años más tarde, Caszely protagonizó un emotivo corto publicitario a favor de los grupos democráticos y en contra de la permanencia del tirano.

El gobierno pinochetista tuvo una activa injerencia en el mundo futbolístico, interviniendo la Asociación y forzando dirigencias adictas, que llevaron al fútbol chileno a una aguda crisis económica; entre otras cosas, inventaron un torneo de 26 equipos en 1984, que fue un notorio fracaso de asistencia a los estadios. Pero el peor hecho ocurrió al final de la dictadura. En la clasificación de 1989 para la Copa de 1990, en un partido decisivo contra Brasil en el Maracanã, el arquero chileno Roberto Rojas simuló ser herido por una bengala y el equipo abandonó el campo argumentando falta de garantías. La investigación de la FIFA reveló que Rojas se había herido a sí mismo con una hoja de afeitar escondida; la Selección Chilena fue eliminada y sancionada, por lo que no pudo jugar tampoco la eliminatoria siguiente.

* * *

La dictadura paraguaya del general Alfredo Stroessner fue la más prolongada de la región: comenzó en 1954 y duró hasta 1989. Pero no afectó decisivamente el fútbol “guaraní”; sencillamente, el fútbol en Paraguay experimentó en toda su historia problemas derivados de la informalidad, la dependencia de las crisis políticas, las guerras civiles o las guerras internacionales (contra Bolivia, entre 1932 y 1935), la corrupción de sus dirigencias. Paraguay ganó el Campeonato Sudamericano de 1953, del que fue sede, pero jugando el torneo en Lima —en 1924 había ocurrido lo mismo, pero se jugó en Montevideo; en ambas ocasiones, la Liga Paraguaya

debió organizar el torneo en otro país por falta de infraestructura adecuada—. Sólo en 1999 organizaría una Copa América en territorio paraguayo. Jugó las Copas del Mundo de 1930, 1950 y 1958, con malos resultados; sólo pasó a octavos de final en México, en 1986, lo que repitió en Francia, en 1998, donde fue derrotada por el local (y a la postre campeón). Esa historia política inestable, más sus desempeños irregulares y su informalidad institucional —recordemos que el profesionalismo nunca fue instaurado legalmente— condujeron a que los grandes jugadores paraguayos alcanzaron el estrellato jugando en el exterior: Arsenio Erico, quien posiblemente haya sido en los años treinta el mejor jugador del mundo, brilló en Independiente de Argentina y es aún el más grande goleador de la historia del fútbol argentino; Delfín Benítez Cáceres fue figura del Boca Juniors en la misma década; Roque Santa Cruz lo fue en Alemania en la primera década de este siglo; Julio César Romero fue ídolo del Cosmos norteamericano y del Fluminense brasileño en los ochenta; José Luis Chilavert fue la estrella del Vélez Sarsfield argentino, multicampeón en los noventa y mejor arquero del mundo en la Copa de Francia, en 1998.

Pero además de esta historia futbolera, Paraguay legó a América Latina una historia de su dirigencia, herencia de la dictadura stroessnerista. En 1986 llegó a la presidencia de la Conmebol el paraguayo Nicolás Leoz —que ya era vicepresidente desde 1980, bajo la conducción del peruano Teófilo Salinas—. Lo hizo en alianza con el poder continental representado por el mandamás argentino, Julio Grondona —presidente de la AFA entre 1979 y 2014—, y el brasileño, Ricardo Teixeira —presidente de la CBF entre 1987 y 2012, y yerno de João Havelange, presidente a su vez de la FIFA entre 1974 y 1998—. Leoz consiguió mudar la sede de la Conmebol a Luque, ciudad vecina de Asunción, en 1988, donde el gobierno paraguayo le concedió al edificio un insólito estatuto extraterritorial. En 2012, Leoz fue elegido presidente vitalicio de la Conmebol. De todos ellos, Grondona se salvó de la cárcel porque murió antes del escándalo de 2015; Leoz fue obligado a renunciar a la Confedera-

ción y está procesado con prisión domiciliaria, al igual que Teixeira, renunciante a la CBF en 2012. Havelange fue procesado, pero escapó a la cárcel con el mismo recurso que Grondona: se murió en 2016. Todos ellos fueron los grandes responsables de la extraordinaria corrupción del fútbol sudamericano, especialmente vinculada a la venta ilegal de derechos televisivos o de votos en la elección de las sedes de las Copas del Mundo —en alianza con Sepp Blatter, sucesor de Havelange en la FIFA desde 1998 hasta su expulsión en 2015—.

* * *

El puesto del suceso más nefasto del fútbol en esos años oscuros lo disputan la Copa del Mundo jugada en Argentina en 1978 y la mal llamada Guerra del Fútbol de 1969, que enfrentó a Honduras y El Salvador. Comencemos por esta última.

La guerra transcurrió en cuatro días de julio de 1969, dos semanas después de la semifinal jugada entre ambos países por la clasificación a la Copa de México 1970. La coincidencia temporal desató la asociación causal: dos periodistas, el polaco Ryszard Kapuściński y el jamaiquino Bob Dickens, usaron la expresión “Guerra del Fútbol” para denominar los combates entre ambos países. En realidad, los incidentes durante los juegos —agresiones a hinchas visitantes y presiones a los jugadores respectivos en ambas capitales, para sendos partidos— no desencadenaron ninguna guerra: los enfrentamientos entre ambos países —o, con más precisión, entre la larga serie de dictaduras que habían asolado y asolaban ambos países— tenían razones económicas y sociales muy determinadas, ligadas a la concentración de la tierra en El Salvador, la migración de campesinos pobres de éste a Honduras y la expropiación de sus tierras en 1969 por parte de la dictadura hondureña. En suma, los enfrentamientos derivaron de los desplazamientos poblacionales entre ambos países producto de la concentración de la tierra en pocas manos a ambos lados de la frontera, de la que eran víctimas, por supuesto, los campesinos pobres sin mucha distinción de nacionalidad.

El hallazgo narrativo de Kapuściński y Dickens —el primero publicó años más tarde un muy conocido libro con ese título— tuvo una consecuencia lamentable: el uso posterior del caso como un argumento que servía para criticar los extremos a los que llevaba la pasión futbolística en nuestros países. Pero a la vez, hablar de algunos excesos de los fanáticos como explicación para una guerra —un argumento un tanto desmesurado— funcionaba como excusa para ocultar lo real: la opresión de las burguesías continentales, en alianza con sus ejércitos, sobre las clases populares. Poco tiempo después, El Salvador entraba francamente en una guerra civil. Por cierto, clasificó a la Copa de 1970, donde perdió sus tres juegos con nueve goles en contra y ninguno a favor. En las 100 horas de la guerra murieron 2 000 personas, en ambos países.

ARGENTINA, CAMPEONA DE LA SOSPECHA,
LA CORRUPCIÓN Y LA TORTURA

Argentina fue elegida sede de la Copa del Mundo de 1978 en 1966; en ese momento había un presidente democrático; cuando los dirigentes regresaron a Argentina, reinaba el dictador Juan Carlos Onganía. Los primeros pasos serios de la organización se dieron durante el gobierno democrático de 1973; la organización definitiva la tuvo la peor dictadura de la historia argentina, que se instaló en 1976 y duró hasta 1983.

Argentina ganó su propio campeonato —fue el último país-sede en hacerlo hasta Francia 1998, y desde entonces no ha vuelto a repetirse. Tanto la organización como el desarrollo del torneo se hicieron en un clima ominoso y represivo, que incluyó la prohibición explícita de criticar en los medios deportivos el desempeño de la selección de fútbol. El estadio donde se jugaron el partido inaugural y la final, el Monumental de River Plate, estaba a 200 metros de distancia del peor campo de concentración y exterminio de la dictadura, la tenebrosa Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Los

costos fueron elevadísimos, muy superiores al del torneo siguiente, en España, a pesar de que hubo ocho equipos menos disputando partidos. Los grupos de exiliados políticos en Europa se movilizaron en favor de un boicot de los equipos europeos, alegando las desapariciones y torturas que practicaba el gobierno militar, pero ningún gobierno o asociación deportiva lo respaldó. Mucho menos lo hizo la FIFA, que desde 1974 estaba encabezada por el único latinoamericano que llegó a presidirla, el brasileño João Havelange, quien apoyó explícitamente a la dictadura argentina —después de todo, era un reconocido partidario de la contemporánea dictadura brasileña—. No conforme con el apoyo, Havelange nombró como vicepresidente de la FIFA, en los años siguientes, al argentino Lacoste, oficial de la Marina, principal responsable de la organización de la Copa y reiteradamente acusado por la corrupción desenfrenada que la rodeó.

De todas maneras, también se jugó al fútbol, con la presencia del todavía buen equipo peruano que ganó su grupo; un Brasil que no acababa de procesar la herencia posterior a Pelé y que pasó con lo justo a la segunda ronda, y un México que fracasó con dureza: tres jugados, tres perdidos, 12 goles en contra y sólo dos a favor. Pero los tres equipos sudamericanos quedaron en el mismo grupo en la segunda ronda, junto a Polonia. Perú perdió con Brasil y Polonia con Argentina en la primera fecha; Perú volvió a ser derrotado por Polonia en la segunda, mientras Brasil y Argentina igualaban a cero. En la tercera fecha, Brasil venció a Polonia por 3 a 1, dos horas antes del partido entre Argentina y Perú, obligando al equipo local a vencer por cuatro goles para poder pasar a una final con Holanda.

Como todo el mundo sabe, Argentina venció 6 a 0.

La discusión sobre el partido con Perú comenzó mucho después del torneo: nadie puso en duda, en Argentina, la legitimidad y legalidad del triunfo, a pesar de que en el resto del mundo —en primer lugar, en la prensa brasileña— el partido fue rápida y reiteradamente calificado como producto de un acto de corrupción, de negociaciones gobierno a gobierno, de sobornos masivos. En 1979, el jugador peruano Rodolfo Manzo, a la sazón jugando en Vélez

Sarsfield de Argentina, afirmó en una conversación con sus nuevos compañeros que todos los jugadores peruanos cobraron sobornos, con la excepción de Juan José Muñante. Por su parte, el periodista argentino Pablo Llonto obtuvo el testimonio del jugador Juan Carlos Oblitas, quien en 1986 sostuvo: “Cuatro o cinco jugadores peruanos recibieron dinero”.

Años después, en 1999, el periodista inglés David Yallop publicó su *Cómo se robaron la Copa*, en el que enumeró, como donativos oficiales del gobierno argentino: 35 000 toneladas de granos, el descongelamiento de una línea de crédito a Perú por 50 millones de dólares y sobornos menores a funcionarios mediante cuentas de la Armada. También agregó 20 000 dólares que habrían sido entregados a tres jugadores por medio de un “antiguo miembro de la Junta peruana”, pero no dio más detalles al respecto.

Por su parte, Ricardo Gotta, el periodista argentino que trabajó con más detalle el partido fatídico, enlista, en la confesión de Manzo, ciertas llamadas sospechosas entre funcionarios argentinos y peruanos, la donación de trigo —que estima en dos millones de dólares—, la fluidez del contacto entre ambas dictaduras y que el propio hijo del dictador peruano Morales Bermúdez presidiera la delegación. Pero, además, despliega un análisis del partido en el que resalta una larga serie de errores de los defensas peruanos —especialmente, el propio Manzo—, errores inexplicables en ese nivel.

La mejor interpretación la ofreció el documental *Mundial 78: la historia paralela*, con guión del periodista deportivo argentino Ezequiel Fernández Moores, de 2003. El film fue el primero en afirmar el hecho de que el dictador Videla visitó el vestuario peruano, acompañado nada menos que por el exsecretario de Estado norteamericano Henry Kissinger, para hablar de la unidad latinoamericana y desear suerte a los deportistas. Juan Carlos Oblitas, en el documental, no duda en señalar el hecho como una presión, aunque desconoce la existencia de sobornos u otras sugerencias explícitas, a pesar de que había dicho otra cosa en 1986. Como presión para los jugadores peruanos parece suficiente: no se sabe que Videla haya viola-

do la intimidación del vestuario argentino en ninguna oportunidad antes de los partidos —aunque siempre visitó a los jugadores después— y su presencia esa noche parece haber funcionado como una exitosa y sugerente maniobra. Con sobornos o sin embarques de trigo: con la presencia de Videla debe haber sido suficiente.

EL SINUOSO CAMINO ENTRE PELÉ Y MARADONA

Aunque hasta ahora el clima de este capítulo no parezca permitirlo —hemos hablado de dictaduras y de guerras, de corruptos y torturadores, de golpes y puntapiés—, el periodo también incluye uno de los hechos más luminosos de la historia del fútbol latinoamericano: el triunfo de Brasil en la Copa del Mundo de 1970, realizada en México. El equipo ganó todos los partidos, desde el debut hasta la final; venció a seleccionados latinoamericanos y europeos; venció a Inglaterra, Rumania, Checoslovaquia e Italia, y también a Perú y Uruguay; ganó seis juegos con más de tres goles por partido (19 en total); tuvo a un gran goleador como Jairzinho, sólo superado por el alemán Gerd Müller (aún hoy récord en las Copas, con 10 goles). Pero, especialmente, se mantiene en la memoria de los espectadores —algunos cientos de millones: fue el primer torneo transmitido por satélite a todo el mundo— y en el juicio de la crítica periodística como el mejor equipo de la historia de las Copas. Por lo menos, el del fútbol más bello, organizado desde un volante central como Clodoaldo hasta el juego deslumbrante de cinco volantes que funcionaban a la vez como atacantes: Gerson, Tostão, Jairzinho, Rivelino y el monumental Pelé, en su última Copa luego de cuatro participaciones y tres triunfos —aunque en Chile 1962 apenas jugó: ésa fue la Copa de Garrincha.

Brasil obtendría dos copas más —Estados Unidos 1994 y Corea-Japón 2002— y tendría otros muchos jugadores excepcionales —Toninho Cerezo, Zico, Sócrates, Bebeto, Romario, Rivaldo, Ronaldo y Ronaldinho, Kaká y el actual Neymar—, pero el triunfo de

1970 ocupó un lugar sobresaliente por la calidad del juego desplegado y por el clímax de la figura de Pelé, 12 años después de su debut con apenas 17 años en el triunfo en Suecia. En todos esos años, Pelé ocupó con holgura el lugar de mejor jugador del mundo: fue el primer jugador mundial, tanto por la aparición de la televisión que permitió ver las Copas —especialmente la última— como por las interminables e incesantes giras de su club, el Santos, que lo hizo pasear por todo el mundo para ser admirado en infinitos juegos amistosos o de exhibición.

En 1976, mientras Pelé jugaba sus últimos partidos en un sedentario Cosmos neoyorquino, debutó, con 15 años, en la Primera División del club Argentinos Juniors de Buenos Aires un nuevo niño prodigio del fútbol latinoamericano, llamado Diego Maradona. Sus actuaciones le valieron rápidamente la expectativa argentina de convertirse en el sucesor de Pelé, el que recuperaría la antorcha de Di Stéfano como mejor jugador del mundo. En 1978 participó en el plantel que se preparaba para la Copa de ese año, pero fue dejado de lado en el último corte: eso le impidió debutar en una Copa (y ganarla) con 17 años, como Pelé. En 1979 jugó con una Selección Argentina sub 20 que ganó el campeonato mundial de la categoría en Japón; en 1981 pasó al Boca Juniors y lo sacó campeón; inmediatamente fue transferido al Barcelona de España.

Pero en 1982, ya figura central del equipo argentino, jugó una Copa mediocre (Argentina ganó dos juegos y perdió tres, quedando eliminada en segunda ronda), de la que se despidió expulsado por un violento puntapié contra el brasileño Batista —Brasil tenía, a su vez, un equipo maravilloso—, mientras Argentina era derrotada militarmente por Inglaterra en las Islas Malvinas. La gloria le llegó sólo cuatro años más tarde, exactamente en el mismo espacio de la consagración de Pelé: el estadio Azteca de México. Maradona jugó una Copa excepcional, fue goleador de su equipo campeón y en el Azteca produjo lo mejor de su mejor torneo: primero, convirtió dos goles contra Inglaterra —el primero con la mano; el segundo, el más bello de la historia de las Copas, driblando a

cinco contrincantes, incluido el arquero, antes de anotar—, en un partido disputado cuatro años después de la guerra entre ambos países. Luego, se consagró campeón contra Alemania (entonces, Occidental), un 3 a 2 en el que Maradona dio el pase final para el gol de la victoria. Los años ochenta y la primera mitad de los noventa fueron, entonces, los años maradonianos (Argentina llegó nuevamente hasta la final en Italia 1990, siendo esta vez derrotado por Alemania, ahora unificada), hasta su expulsión de la Copa de Estados Unidos en 1994 por *doping*. Si Pelé fue el primer jugador mundial, Maradona fue el primero global. Y aún faltaban Messi, Neymar y Suárez.

LUCES Y SOMBRAS

En medio del dolor y la represión de las dictaduras, el fútbol funcionó a veces como un espacio de liberación. Por supuesto, esto supone contrariar la tesis del “opio moderno de los pueblos”, que cundió entre los sectores intelectuales desde finales de los años sesenta en el subcontinente; según dicha tesis, el fútbol aparecía como sucedáneo de la religión a la hora de embrutecer y alienar las conciencias populares. Gracias al fútbol, se afirmaba, los públicos distraían su atención de lo realmente importante —la explotación, el totalitarismo— para ocuparse de banalidades tan enormes como los goles de Pelé o Maradona.

Esta tesis fue ampliamente rebatida a comienzos de los ochenta por los primeros estudiosos del fútbol en la región, especialmente el antropólogo brasileño Roberto da Matta. En 1982, en una compilación titulada *O universo do futebol*, Da Matta rechazaba esa interpretación mostrando cómo el mundo del fútbol permitía una representación de los dilemas y conflictos de la sociedad brasileña —su injusticia, su racismo— y no su ocultamiento. Pero, al mismo tiempo, el fútbol permitía una ficción, que todos los fanáticos entendían como tal pero a la vez disfrutaban: la de la igualación tran-

sitoria, la de una democracia imaginada en el espacio del juego, la del espacio donde el débil puede vencer al poderoso. De ese modo, la dictadura brasileña podía festejar el triunfo de México 1970 como propio, mientras los públicos se entregaban (¿con astucia?) a la celebración carnavalesca —es decir, esa celebración que invierte las jerarquías y libera los cuerpos y las almas, aunque no sea más que transitoriamente—. Lo mismo podría decirse de las celebraciones populares en la Argentina de 1978: fueron las únicas veces en que se pudieron ocupar las calles, en medio del terror dictatorial, celebrando un triunfo deportivo que no incluía a los opresores —las movilizaciones porteñas evitaron pisar la Plaza de Mayo, el centro político del país, a donde concurrían habitualmente las manifestaciones políticas populares—. Los aficionados celebraban a sus jugadores, no a sus dictadores. Ambas dictaduras, indiscutiblemente, buscaron capitalizar políticamente los éxitos; nunca pudo probarse, sin la menor duda, que lo hayan conseguido.

Hacia el final de la dictadura brasileña, el futbol fue el escenario de una experiencia democrática inédita e irrepetida: posiblemente, irrepetible. El Corinthians paulista atravesaba una crisis económica y deportiva de envergadura: a comienzos de 1982, un nuevo presidente, Waldemar Pires, nombró a un sociólogo como director deportivo, Adilson Monteiro Alves, que inició junto a los jugadores la experiencia que sería conocida como Democracia Corinthiana. Monteiro Alves contó con la colaboración de un grupo excepcional de futbolistas politizados, como Sócrates, Wladimir, Casagrande y Zenon, que le permitieron construir lo que ha sido definido como el mayor movimiento ideológico en la historia del futbol brasileño —podríamos decir: latinoamericano y también mundial—. Sencillamente, todas las decisiones empezaron a ser tomadas por votación de los jugadores y el cuerpo técnico, con igualdad de voto: contrataciones, reglas de concentración, derecho al consumo de bebidas alcohólicas, la expresión de opiniones políticas; es decir, una experiencia autogestionaria, que tuvo excelentes resultados deportivos: Corinthians ganó los torneos paulistas de

1982 y 1983, y alcanzó las semifinales del Brasileño, pagó sus deudas y obtuvo superávit.

Los jugadores, además, comenzaron a estampar sus camisetas con leyendas políticas, entre ellas dos favoritas: “Diretas-já” (Directas ya) y “Eu quero votar para presidente” (Quiero votar para presidente). Con esto aludían al movimiento iniciado en 1983 para exigir el retiro de la dictadura mediante la celebración de elecciones directas y democráticas; el gobierno militar había planteado la salida mediante una elección indirecta a cargo de un parlamento poco representativo. De esta manera, los jugadores articulaban sus demandas con las que planteaban los movimientos sociales y políticos del final del proceso militar, resistiendo las presiones que comenzaron a sufrir por parte de los dictadores, temerosos de la amplificación que podía otorgar el fútbol, a su vez, en uno de los clubes más populares del país.

El final del proceso ocurrió en 1984, por la confluencia de varios factores: el fin de los éxitos deportivos, la aparición de modelos “modernos” de gestión en clubes rivales y, especialmente, la derrota del movimiento Diretas já en la votación parlamentaria de abril de 1984. Sócrates, uno de los líderes centrales del proceso entre los jugadores, había prometido abandonar el fútbol brasileño si la enmienda era rechazada: cumplió su palabra, marchándose a la Fiorentina italiana.

* * *

Exactamente en esos años, el narcotráfico colombiano había ganado peso político y financiero gracias a las ingentes ganancias que le reportaba la producción y tráfico de cocaína hacia Estados Unidos. En 1983, el ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla declaró públicamente que “los equipos de fútbol profesional en poder de personas vinculadas al narcotráfico son Atlético Nacional, Millonarios, Santa Fe, Deportivo Independiente Medellín, América y Deportivo Pereira”. El flujo de dinero generado por el narcotráfi-

co había sido incorporado a la economía nacional sin demasiadas objeciones por parte de las clases dominantes, ya que permitía mejorar la situación crítica de finales de la década anterior. Sin embargo, esta tolerancia financiera no incluía la tolerancia social: las viejas élites no reconocían ninguna legitimidad a los nuevos ricos que lideraban las actividades clandestinas de tráfico, aunque se enriquecieran desmesuradamente. Por ello, los líderes de los cárteles narcos volcaron enormes cantidades de dinero hacia actividades sociales que les granjearon simpatías populares. Una de ellas fue el fútbol colombiano, que languidecía entre la pobreza económica y la pobreza de resultados.

Pero, además, el “patrocinio” del narcotráfico permitía otra operación en gran escala: sencillamente, el blanqueo de ganancias por medio de las inversiones futbolísticas. Así, a comienzos de la década de 1980, los principales clubes colombianos se habían transformado en empresas cuasipersonales de las principales figuras del narcotráfico, que invertían sumas cuantiosas en contratos y compras de jugadores extranjeros. Los Rodríguez Orejuela, líderes del cártel de Cali, coparon al América; los ejecutivos ligados a Pablo Escobar Gaviria, del cártel de Medellín, controlaron al Atlético Nacional y al Deportivo Independiente Medellín; Gonzalo Rodríguez Gacha, vinculado a Escobar, controló al Millonarios de Bogotá; el multimillonario Octavio Piedrahita, a quien se relacionaba también con Pablo Escobar, se adueñó del Deportivo Pereira.

Las consecuencias fueron de todo tipo. La contratación de futbolistas y técnicos extranjeros permitió un crecimiento en la calidad del juego, y los equipos colombianos comenzaron a tener mejores desempeños en la Copa Libertadores. El América de Cali disputó tres finales consecutivas, siendo derrotado en las tres: en 1985 por Argentinos Juniors, en 1986 por River Plate y en 1987 por Peñarol; tendría una nueva oportunidad en 1996, cuando fue derrotado nuevamente por River Plate. Pero la relación con el narcotráfico era tan estrecha que también hubo consecuencias políticas: el primer extraditado a Estados Unidos por narcotráfico fue Hernán Botero, presi-

dente del Atlético Nacional, lo que llevó a la Dimayor a suspender, como protesta, la fecha futbolística del 15 de noviembre de 1984; evidentemente, el narco ya tenía influencias sobradas en todos los niveles de las instituciones futbolísticas.

Lo peor fue la violencia: varios dirigentes del fútbol fueron asesinados producto de la guerra entre los cárteles. En 1989, el asesinato de un árbitro, Álvaro Ortega, puso de manifiesto que estas relaciones complejas no tenían demasiados límites: Ortega fue asesinado por orden de Pablo Escobar. La Dimayor llevó a cabo un hecho único en la historia del fútbol latinoamericano: sencillamente, canceló el Campeonato colombiano de ese año.

El nuevo Dorado del narcotráfico produjo, empero, algunos resultados deportivos: en 1989, el Atlético Nacional de Medellín ganó la Copa Libertadores que se le había escapado tres veces al América de Cali. Y en 1993, la Selección Colombiana se clasificó a la Copa del Mundo de Estados Unidos de 1994 venciendo a la Argentina por 5 a 0 en el mismísimo estadio Monumental de Buenos Aires. En esos años se dio una generación brillante de jugadores, desde el arquero René Higuita hasta el volante creativo Carlos “El Pibe” Valderrama, pasando por Fredy Rincón, Leonel Álvarez e Iván Valenciano, que convirtieron a Colombia, por primera y hasta hoy única vez en la historia, en la gran candidata a ganar la Copa de 1994.

Dos derrotas ante Rumania y Estados Unidos eliminaron a Colombia en la primera ronda del certamen. Pocos días después, sicarios del narcotráfico asesinaron en Medellín a Andrés Escobar, capitán del equipo, que había metido un autogol en el juego con los norteamericanos.



EPÍLOGO:
ANTES DE MOSCÚ

¿Dónde debe terminar una historia que continúa en el presente?
¿Cuál es el corte que debemos introducir a un flujo de tiempo tejido con cada palabra que estamos escribiendo? ¿Cuáles los faltantes que cualquier lector podrá reprocharnos?

En el tiempo que este libro nos ocupó, transcurrió la mitad de las eliminatorias latinoamericanas para la Copa de Rusia, en 2018. En ese lapso, arrancamos con el Chile campeón por primera vez de una Copa América —más aún, de dos consecutivas, en 2015 y 2016— y culminamos con el mismo Chile eliminado de esa Copa del Mundo que animó en las últimas dos ediciones; comenzamos a escribir con Perú nuevamente eliminado, como ocurre desde 1982, y lo abandonamos clasificado; pensamos que la Concacaf clasificaría a México y Estados Unidos, y nos encontramos con los norteamericanos eliminados y los panameños clasificados por primera vez en la historia.

Eso se llama la magia del fútbol, como diría un periodista deportivo mientras revisa su lista de lugares comunes. Pero es el lugar común más atinado de la lista; el fútbol permite, favorece, insiste en esos imprevistos. Posiblemente por eso nos gusta tanto: durante algunos minutos, Argentina estuvo fuera de la Copa; 85 minutos después, era cabeza de serie en Rusia.

* * *

Al fútbol mundial le han ocurrido muchas cosas en los últimos 30 años, desde esa Copa de Italia 1990 que toda la bibliografía coin-

cide en señalar como la bisagra en la historia: todo fue distinto desde entonces, porque el fútbol se volvió mercancía global, porque sus audiencias fueron globales, porque los niños sudamericanos se vuelven hinchas de un equipo local y de otro europeo —y los niños asiáticos suelen serlo solamente del Barcelona o del Real Madrid.

Al fútbol latinoamericano también le han ocurrido hechos e historias importantes en las últimas décadas. ¿Cuáles debemos contar? ¿Cuáles no podemos dejar de contar?

* * *

¿Las apariciones? ¿Las consolidaciones? ¿Los retornos?

El fútbol mexicano es hoy una Liga poderosa, atractiva para los extranjeros, con importante asistencia a los estadios. Ya fue dos veces subcampeón, tres veces semifinalista y tres veces cuartofinalista de la Copa América, que ahora disputa regularmente; otras dos veces fue campeón Mundial sub 17 y ganó la medalla de oro en los Olímpicos de Londres 2012. Costa Rica ya ha participado en cuatro Copas del Mundo; en Brasil 2014 fue cuartofinalista, eliminada por Holanda y sólo en los penales. Ecuador ya clasificó a tres Copas, y en una pasó a la segunda ronda. Venezuela, el eterno décimo equipo de la Conmebol, fue subcampeón mundial sub 20 este año. Hicimos una historia en la que las derrotas eran el horizonte habitual. No podemos prometer una nueva historia donde estas apariciones, consolidaciones o retornos se transformen en hegemonías o en rachas victoriosas.

* * *

¿Y las mujeres latinoamericanas? Hicimos una historia masculina, porque la historia del fútbol latinoamericano es casi con exceso una historia de hombres que excluye a las mujeres, y porque las fuentes eran, hasta muy recientemente, muy escasas.

Sin embargo, el futbol femenino latinoamericano es antiguo: hay datos de juegos por lo menos en 1921. Pero si esta historia no se desplegó no fue por descuido o por falta de atención, sino por exceso de prohibiciones. La Football Association británica prohibió el futbol practicado por mujeres apenas concluida la Primera Guerra, en 1921. En Brasil, un decreto de Getúlio Vargas hizo lo mismo en 1941, alegando los riesgos de golpes en los genitales que “dañarían el aparato reproductivo”; esto revelaba que el rol asignado a las mujeres era meramente el de madres y que nada debía obstaculizarlo. Lo más grave es que el decreto duró, oficialmente, hasta 1979. Semejante obstáculo impidió la realización de un torneo brasileño hasta 2007, la Copa de Brasil de Fútbol Femenino, luego seguida por un Campeonato Brasileño de Fútbol Femenino apenas en 2013. En la mayor potencia mundial del futbol masculino, hace apenas 10 años que hay torneos regulares. Su mejor jugadora, la notable Marta (Marta Vieira da Silva), ha sido elegida la mejor jugadora del mundo por cinco años consecutivos, de 2006 a 2010; su carrera profesional ha transcurrido —ha debido transcurrir— fundamentalmente en Suecia y Estados Unidos. Joshua Nadel, a quien hemos citado ampliamente, dedica un largo capítulo de su libro al futbol de mujeres en América Latina, donde afirma que el enorme peso del futbol masculino en la construcción de narrativas nacionales y unitarias conlleva que el futbol femenino haya sido percibido como amenaza: si la nacionalidad es un relato masculino, ocupa todo el espacio disponible; no hay lugar para heroínas.

Quizá por eso es que el desarrollo más intenso del futbol femenino haya ocurrido en Costa Rica a mediados del siglo pasado, cuando aún el futbol masculino no era tan central en las narrativas patrióticas. Desde 1949, el Deportivo Femenino Costa Rica Football Club impulsó la conformación de equipos de mujeres que disputaban juegos amistosos, entre los que se contaba el Club Sport La Libertad, que en 1950 viajó a El Salvador para juegos de exhibición. En 1951, el Costa Rica jugó con un combinado guatemalteco el primer partido internacional femenino del subcontinente. Chester

Urbina Gaitán, el historiador nicaragüense que todo lo sabe sobre el fútbol en América Central, señala también la gira del La Libertad por México, en 1952, y las de los clubes Odeca e Independiente por Honduras y El Salvador en 1961 —y también la existencia de otro club de la época, llamado Evita Perón, en homenaje a la esposa del presidente argentino—. Urbina afirma la existencia de un campeonato a comienzos de los años sesenta, con cinco equipos, pero sólo hay una federación formal, la Asociación Deportiva de Fútbol Femenino, en 1989, reemplazada 10 años después por la Asociación Deportiva Liga de Fútbol Femenino. En ese mismo 1999, Costa Rica ganó el bronce panamericano de Winnipeg; en 2001 y 2013, el oro centroamericano.

¿Qué podríamos narrar del fútbol femenino latinoamericano sin las prohibiciones? ¿Qué podremos narrar en los próximos 10 años?

* * *

Otra historia del fútbol latinoamericano podría haber sido la de su violencia. Que no es sólo historia, sino un dato cotidiano. Podríamos ceder a la tentación de algunos colegas aquejados de etnocentrismo y hablar de *hooliganismo global*: reducir el espesor y complejidad de los fenómenos de violencia en la región a una mera exportación y epigonismo de la violencia británica. Sería un error grave: no hay tal globalización del hooliganismo. Hemos ido anotando, a lo largo de esta historia, muchas ocasiones en que los asistentes a los estadios —y, en ocasiones, los mismos jugadores— reaccionaban en exceso a las injusticias arbitrales o a las provocaciones de espectadores victoriosos. Esas “muchas ocasiones” se remontan, por lo menos, a los años veinte del siglo pasado, mucho antes de que a los británicos se les ocurriera llamar *hooligans* a sus hinchas más connotados.

En el caso sudamericano, los primeros muertos datan de 1922 y 1924. El 21 de octubre de 1922, en la cancha de Tiro Federal, en Rosario, el local le ganó 2 a 0 a Newell's Old Boys en el torneo Es-

título de la 1ª División local. En el segundo tiempo una discusión entre dos espectadores terminó cuando Francisco Campá, protesero de Newell's, mató de un balazo a Enrique Battcock, obrero ferroviario y exjugador y exdirigente de Tiro Federal. Campá reprochó a Battcock un comportamiento agresivo y éste agredió de un puñetazo a Campá, quien un rato después regresó con un arma y le disparó. El 2 de noviembre de 1924 fue asesinado en Montevideo, de un balazo, el hincha local Pedro Demby, luego de la final del Campeonato Sudamericano entre Uruguay y Argentina. El asesino fue un argentino, José Lázaro Rodríguez, alias "El Petiso", conocido hincha de Boca, que fue atrapado el 24 de noviembre en Buenos Aires, pero nunca fue deportado a Uruguay.

Los pliegues y recodos de una historia de la(s) violencia(s) en los estadios latinoamericanos podría ocuparnos otro libro entero, porque sería una historia y también una sociología, en la que las transformaciones de clase vividas por los públicos sería un dato importante. Y no en un sentido lineal: tampoco sería suficiente una explicación miserabilista, según la cual la violencia es un recurso exclusivo de los públicos populares, porque los datos disponibles hablan de una mayor "democratización" de una violencia que es transclasista —así como muestran los cambios de los públicos en los estadios: el juego del pueblo ya no es, en todo el subcontinente, una propiedad popular—.

Sólo anotaremos aquí —postergando un programa a futuro, la posibilidad de una historia de la violencia en el fútbol en el subcontinente— los dos peores desastres de la historia latinoamericana. El 24 de mayo de 1964, en Lima, una final entre Perú y Argentina por un torneo preolímpico clasificatorio para los Juegos de Tokio fue interrumpido por protestas de la concurrencia por un gol anulado al local. Los disturbios, lejos de ser calmados, fueron agravados por la represión policial, que disparó gases lacrimógenos contra las tribunas: los espectadores intentaron escapar, pero se encontraron con las puertas cerradas. Jamás se hizo una investigación oficial, lo que permitió incluso el surgimiento de leyendas sobre fosas comu-

nes y muertos por disparos de armas de fuego. Las cifras oficiales informaron 320 muertos: con eso alcanza para que la tragedia sea la peor de la historia del fútbol mundial.

Apenas cuatro años más tarde, el 23 de junio de 1968, una serie de incidentes entre la policía y los partidarios de Boca Juniors que habían concurrido al estadio de River Plate para asistir a un partido entre ambos rivales terminó con una aglomeración de público intentando salir por puertas que estaban, nuevamente, cerradas. Murieron 71 personas, y tampoco hubo investigación oficial que explicara los hechos, aunque nunca hubo dudas de la responsabilidad policial.

Nuestros hinchas son terribles, apasionados, a veces se comportan con excesiva violencia frente a los rivales; es imperioso construir esa historia y esa sociología que nos ayude a entenderla y a modificarla. Pero, provisionalmente, los responsables de las dos peores masacres del fútbol latinoamericano fueron las fuerzas policiales y su desprecio por la vida de los ciudadanos. Una vez más.

* * *

El fútbol latinoamericano existe como conjunto en estas coincidencias lamentables, en estas continuidades que deberíamos resolver: la violencia y la corrupción que lo rodea, su hipermasculinidad y su consecuente desprecio por el fútbol femenino, la mercantilización desmesurada de lo que fue —ha sido, sigue siendo— un núcleo fuerte de una identidad popular. Existe en los estilos cada vez más comunes de una afición que comparte carnavalizaciones y “aguantes”, incluso repitiendo cánticos en las tribunas —evidenciando, según afirman colegas latinoamericanos, una cierta “argentinización” en el estilo de los fanáticos, seducidos por el hinchismo agonístico, hiperpasional y desgarrado de los rioplatenses—. También existe en el achatamiento y mediocrización de sus narrativas periodísticas, cada vez más uniformadas por el peso de las grandes cadenas —que permiten, como acento local, simplemente la exacerbación del tribalismo nacionalista—.

Pero producto de décadas de circulación de jugadores, directores técnicos, historias y memorias, campeonatos internacionales, el futbol latinoamericano existe como un espacio compartido de fantasías. Aunque esto también pueda ser transformado en mercancía —todo puede ser mercancía en el capitalismo global—, sigue siendo el terreno compartido del sueño: los latinoamericanos *siempre* vencemos al poderoso en el futbol. O mejor aún: sigue siendo la única posibilidad de vencer al poder, hasta cuando esa posibilidad está gestionada por el mismo poder que deseamos vencer. Una contradicción más, de las que estamos plagados. El futbol latinoamericano sigue siendo deseo, que es siempre de lo que nos falta: alegría y democracia.

* * *

¿Cuáles son, entonces, las historias que una historia no puede olvidar, aunque se reclame una historia mínima? Permítanme terminar con dos historias del presente.

* * *

En mayo de 2015, una investigación del FBI norteamericano condujo a la detención en Zurich —donde se encontraban asistiendo a una reunión de la FIFA— de 16 dirigentes del futbol latinoamericano, a quienes luego se sumaron otros procesados para los que se reclamó la extradición a Estados Unidos. Prácticamente, todas las cúpulas de Conmebol y Concacaf fueron detenidas o debieron renunciar por sus procesamientos. El único que quedó a salvo fue el argentino Julio Grondona, que tuvo la fortuna de morir un año antes. Los involucrados fueron los paraguayos Nicolás Leoz y Juan Ángel Napout, el uruguayo Eugenio Figueredo, los hondureños Alfredo Hawit Banegas y Rafael Callejas, el norteamericano Jeffrey Webb, el costarricense Eduardo Li, el nicaragüense Julio Rocha, el venezolano Rafael Esquivel, el brasileño José María Marín y el trini-

tense Jack Warner. También fueron procesados Ariel Alvarado (Panamá); Bryan Jiménez, Rafael Salguero y Héctor Trujillo (Guatemala); Reynaldo Vásquez (El Salvador); Manuel Burga (Perú); Carlos Chávez (Bolivia); Luis Chiriboga (Ecuador); Marco Polo del Nero (Brasil); Eduardo Deluca y José Luis Meiszner (Argentina); Romer Osuna (Bolivia); Ricardo Teixeira (Brasil); Luis Bedoya (Colombia), y Sergio Jadue (Chile). Junto a ellos se detuvo o se pidió la detención de cuatro empresarios argentinos: José Lázaro Margulies (que reside y trabaja en Brasil), Alejandro Burzaco y Hugo y Mariano Jinkis, más uno brasileño, José Hawilla, dueño de la empresa de *marketing* deportivo Traffic. Todos fueron acusados de corrupción en las negociaciones por los derechos televisivos de las competencias internacionales de sus confederaciones y de la FIFA. La razón alegada por el FBI para la investigación fue que los involucrados habrían usado cuentas en bancos norteamericanos para sus transferencias de los fondos corruptos. También se ha señalado que la saña del FBI contra la FIFA podría obedecer a una disputa de poder por el control del fútbol global —y no es una hipótesis a desatender—.

Todas las cúpulas latinoamericanas, más empresarios televisivos argentinos y brasileños. No hay mexicanos en la lista, pero recientemente el *New York Times* denunció que los derechos televisivos de los mundiales hasta 2030 —cuya negociación oscura disparó los procesos judiciales— eran propiedad de un Mountrigi Management Group Ltd., una pequeña compañía radicada en Suiza pero controlada por los empresarios mexicanos Mario Alberto García Pérez y Diego José Pani Villalobos. El *New York Times* sospecha que la compañía es una subsidiaria de Televisa. Burzaco, el empresario argentino, era el CEO de Torneos y Competencias, que durante dos décadas monopolizó las transmisiones televisivas del fútbol argentino. Hawilla es el dueño de la brasileña Traffic, empresa agente de jugadores, dueña de los derechos televisivos de numerosos campeonatos y organizadora de la Copa América.

Como afirmamos varias veces a lo largo de esta historia, las élites latinoamericanas abandonaron el juego, pero jamás el poder.

Los cambios de esas élites son los mismos que experimentaron las burguesías latinoamericanas: ya no se trata de las burguesías tradicionales, e incluso puede haber personajes procedentes de las clases populares que ascienden socialmente mediante el parentesco o el sindicalismo —el caso del argentino “Chiqui” Tapia, hoy presidente de la AFA—. Pero las unifica la búsqueda obsesiva del enriquecimiento personal y de la acumulación de poder político. El fútbol les importa bastante poco, salvo como moneda de cambio.

* * *

La última historia intenta devolver el fútbol latinoamericano al territorio del placer.

Desde el comienzo de la temporada 2014-2015 del fútbol europeo, hasta el final de la 2016-2017, el trío de Leo Messi, Neymar y Luis Suárez combinaron 450 juegos entre los tres (Messi jugó 158, Suárez 147 y Neymar 145). Por supuesto, la mayoría de ellos de modo coincidente. En esos partidos, el trío anotó 364 goles, lo que significa un promedio de 0.81 goles por partido. Messi anotó 153 goles (¡en 158 partidos!), Suárez 121 y Neymar 90. Además, entre los tres acumularon 173 asistencias (muchas de ellas, entre sí). El ciclo completo otorgó dos Ligas de España (¡de tres!), tres Copas del Rey, una Champions League y una Copa del Mundo de Clubes. Han sido la mejor delantera de la historia del fútbol global: un argentino, un uruguayo y un brasileño.

Los tres jugarán la Copa de Rusia en 2018, junto al colombiano James Rodríguez, el peruano Paolo Guerrero, el mexicano Chicharito Hernández, el panameño Ismael Díaz y el costarricense Keylor Navas —un arquero es siempre imprescindible—. Hemos preferido delanteros y goleadores, salvo Navas, que deberá cubrirnos la retaguardia; porque, es hora de confesarlo, lo mejor de la historia del fútbol latinoamericano —o, al menos, los que más han enriquecido sus historias— son sus atacantes y sus goles.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía sobre el fútbol latinoamericano es enorme y al mismo tiempo reducida. *Es enorme*: la producción periodística o de historiadores aficionados es cuantiosa, especialmente en el nivel nacional —y luego, a su vez, local: las historias de clubes o equipos o figuras, una cuantiosa producción que se multiplica en relación proporcional con la importancia relativa del club, el equipo o la figura—. La bibliografía pelé-ológica o maradoniana admitirían sendas bibliotecas, por ejemplo. *Es reducida*: porque los historiadores profesionales sólo recientemente han comenzado a producir materiales más rigurosos, científicamente producidos —es decir: desmontando mitos con base en datos—. Hay algunas historias antiguas muy relevantes; van surgiendo materiales que proceden de tesis de grado o de posgrado, en todo el subcontinente, que han sido de invaluable ayuda; en los Agradecimientos trataremos de revisar esas deudas personales.

HISTORIAS GENERALES

Como señalamos en la Introducción, hay sólo tres historias que propongan a Sudamérica o Latinoamérica como marco: la primera fue *Passion of the people?: Football in South America* (Londres-Nueva York, Verso, 1995), de Tony Mason. Las más recientes son la periodística de Andreas Campomar, *Golazo!: The Beautiful Game from the Aztecs to the World Cup: The Complete History of How Soccer Shaped Latin America* (Londres, Riverhead Books, 2014; su versión en español es *Golazo: de los aztecas a la Copa del Mundo: la historia comple-*

ta del fútbol en América Latina, Buenos Aires: Club House, 2014) y la más académica, pero muy atractiva, de Joshua Nadel, *Fútbol!: Why Soccer Matters in Latin America* (Miami, University Press of Florida, 2014). Sin embargo, hay otros trabajos generales: por ejemplo, las compilaciones de Joseph L. Arbeno, *Sport and society in Latin America: diffusion, dependency, and the rise of mass culture* (Nueva York, Greenwood Press, 1988) o *Sport in Latin America and the Caribbean* (Wilmington, Del., Scholarly Resources, 2002), además de su maravillosa, aunque antigua, bibliografía *Latin American sport: an annotated bibliography, 1988-1998* (Westport, Greenwood Press, 1999).

Por supuesto, también está el celebrado libro de Eduardo Galeano, *El fútbol a sol y sombra* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2010), aunque el entusiasmo de Galeano lo lleva en muchas ocasiones a presentar mitos como datos (o a inventar nuevas leyendas). Más riguroso, pero también bellamente escrito, es el de Juan Villoro, *Dios es redondo* (México, Planeta, 2006).

En los argumentos de los capítulos 1 y 2 son muy importantes las tesis de Allen Guttman, en su gran *Games and empires: Modern sports and cultural imperialism* (Nueva York, Columbia University Press, 1994), así como un artículo del historiador alemán Rinke Stefan: “¿La última pasión verdadera? Historia del fútbol en América Latina en el contexto global” (*Iberoamericana*, año 7, núm. 27, septiembre de 2007, pp. 85-100). Hay referencias también a dos clásicos: el de Edward Said, *Cultura e imperialismo* (Barcelona, Anagrama, 1996) y el de Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México, Fondo de Cultura Económica, 1996), aunque no haya en ellos una palabra sobre fútbol. Lo mismo ocurre con el libro de Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* (Buenos Aires, Nueva Visión, 1988), del que tomamos el concepto, justamente, de modernidad periférica. En cambio, el libro de Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780* (Barcelona, Crítica, 1998) fue el primero en tomar en cuenta el fútbol como una suerte de “identidad de clase obrera”.

Hemos utilizado para el análisis el reciente y excelente trabajo de Matthew Brown, “British Informal Empire and the Origins of Association Football in South America” (*Soccer & Society*, vol. 16, núm. 2-3, 2015, pp. 182-196), y también, aunque más centrado en la historia deportiva europea, el de Maarten van Bottenburg, “Beyond Diffusion: Sport and Its Remaking in Cross-Cultural Contexts” (*Journal of Sport History*, vol. 37, núm. 1, primavera de 2010, pp. 401-413). Brown debate con otras dos lecturas indispensables: una es la del sociólogo escocés Richard Giulianotti en *Football: A sociology of the global game* (Londres, Polity Press, 1999; editado en portugués como *Sociologia do futebol. Dimensões históricas e socioculturais do esporte das multidões*, Rio de Janeiro, Nova Alexandria, 2010). La otra es la de David Goldblatt, tanto en su libro dedicado al fútbol brasileño *Futebol nation: The story of Brazil through soccer* (Nueva York, Nation Books, 2014) como en su obra más importante, *The Ball is Round: A Global History of Soccer* (Londres, Riverhead Books, 2008).

Como obras generales, también son muy recomendables una compilación reciente de Héctor Fernández LHoeste, Robert McKee Irwin y Juan Poblete: *Sports and nationalism in Latin/o America* (Nueva York, Palgrave-Macmillan, 2015); una presentación antropológica de los brasileños Ruben Oliven y Arley Damo, *Fútbol y cultura* (Buenos Aires, Norma, 2001), y un interesante reportaje de Chris Taylor, *The Beautiful Game: A Journey through Latin American Football* (Londres, Phoenix, 1998). Dos de los pocos colegas británicos que han mirado el subcontinente de conjunto son Rory Miller y Liz Crowley, quienes organizaron hace años una muy buena compilación: *Football in the Americas: Fútbol, Futebol, Soccer* (Londres, ISA, 2007). La introducción de Miller (“Introduction: Studying Football in the Americas”) es imprescindible.

Una gran maestra de todos quienes estudiamos estas cosas en América Latina es la antropóloga brasileña Simoni Lahud Guedes, que hizo una comparación entre Argentina y Brasil en un artículo maravilloso: “Las naciones argentina y brasileña a través del fútbol” (*Vibrant — Virtual Brazilian Anthropology*, vol. 6, núm. 2, julio-

diciembre de 2009), que puede encontrarse en la web (y recomendamos buscar).

Finalmente, valen la pena las dos compilaciones que organizamos para Clacso, porque presentan autores de varios países en perspectivas complementarias: la primera fue *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina* (Buenos Aires, Clacso-ASDI, 2000); la segunda fue *Futbológicas. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (Buenos Aires, Clacso-ASDI, 2003).

URUGUAY

Nunca una bibliografía nacional será exhaustiva, a menos que el investigador sea, justamente, local. Para este libro, han sido decisivos los libros de Juan Carlos Luzuriaga, *El football de novecientos: orígenes y desarrollo del fútbol en el Uruguay (1875-1915)*, (Montevideo, Taurus-Fundación Itaú, 2009) y el de Alejandro Giménez Rodríguez, *La pasión laica: breve historia del fútbol uruguayo* (Montevideo, Rumbo Editorial, 2014). El primer encuentro con bibliografía uruguaya fue, hace mucho tiempo, el libro de Pablo Rocca, *Literatura y fútbol en el Uruguay* (Montevideo, Arca, 1991). Hay materiales muy interesantes en dos compilaciones recientes: la de Diego Armus y Stefan Rinke, *Del football al fútbol/futebol: historias argentinas, brasileras y uruguayas en el siglo xx* (Madrid, Iberoamericana; Fráncfort del Meno, Vervuert; Toulouse, AHILA, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos, 2014), y otra sin editor (aunque también participa Rinke), *A romper la red. Abordajes en torno al fútbol uruguayo* (Cuadernos de historia/8, Montevideo, Biblioteca Nacional, 2012).

La tesis sobre los cuatro mundiales ganados por Uruguay la hemos tomado del trabajo de Pierre Arrighi, “1924: cuando la academia se equivoca”, que publicamos en 2014 en los *Cuadernos del Mundial*, una serie de textos que editamos para Clacso durante la Copa de Brasil, todos ellos disponibles en su sitio web.

ARGENTINA

Hemos afirmado continuamente la centralidad que tuvo para esta investigación el libro de Julio Frydenberg, *Historia social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2011). El inventor y padre intelectual de todos nosotros fue el antropólogo Eduardo Archetti, cuyas obras clave son *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001) y *Masculinidades. Fútbol, polo y el tango en la Argentina* (Buenos Aires, Antropofagia, 2003).

En varias ocasiones, tomo ideas y materiales que trabajé en mi *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina* (publicado originalmente por Prometeo Libros en 2002, y luego reeditado, ampliado, en 2008). Las otras obras utilizadas y citadas son el libro de Héctor Palomino y Ariel Scher sobre la AFA, *Fútbol, pasión de multitudes y de élites: un estudio institucional de la Asociación de Fútbol Argentino (1934-1986)* (Buenos Aires, Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración, 1988), y la compilación de Ranaan Rein, *La cancha peronista: fútbol y política 1946-1955* (San Martín, Argentina, Unsam Edita, 2015), así como el libro de Osvaldo Bayer *Fútbol argentino* (Buenos Aires, Sudamericana, 1990). Para la Copa de 1978, las fuentes son: Abel Gilbert y Miguel Vitagliano, *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78* (Buenos Aires, Norma, 1998); Pablo Llonto, *La vergüenza de todos* (Buenos Aires, Editorial de las Madres de Plaza de Mayo, 2005); Fernando Ferreira, *Hechos pelota. El periodismo deportivo durante la dictadura militar (1976-1983)* (Buenos Aires, Ediciones Al Arco, 2008), y Ricardo Gotta, *Fuimos campeones. La dictadura, el Mundial 78 y el misterio del 6 a 0 a Perú* (Buenos Aires, Edhasa, 2008). Una buena compilación de los datos recolectados por Ezequiel Fernández Moores está en “Botas y botines”, en el portal <<http://www.elortiba.org/mundial78.html>> (consultado en diciembre de 2013). La versión inglesa está

en David Yallop, *How They Stole the Game* (Londres, Constable, 2011). De las pocas historias locales (más precisamente, cordobesa), es imprescindible la de Franco Reyna, *Cuando éramos footballers. Una historia sociocultural del surgimiento y la difusión del fútbol en Córdoba (1900-1920)* (Córdoba, Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S.A. Segreti, 2011).

Hay, claro, otras fuentes, de las que hemos tomado datos aquí y allá: una *Historia del fútbol argentino* en tres tomos, de varios autores (Buenos Aires, Eiffel, 1955). La excelente *Breve historia del deporte argentino*, de Ezequiel Fernández Moores (Buenos Aires, El Ateneo, 2010) está aún en el mercado. Mucho más difíciles de encontrar son los libros de Ernesto Escobar Bavio, *El football en el Río de la Plata* (Buenos Aires, 1923) y *Alumni, cuna de campeones y escuela de hidalguía* (Buenos Aires, Editorial Difusión, 1953). Reciente e indispensable, pero difícil de conseguir, es el de Jorge Iwanczuk, *Historia del fútbol amateur en Argentina* (Buenos Aires, Autores Editores, 1992) o el de Daniel Ginhson, *Alumni: la historia de un club* (Buenos Aires, Asociación Alumni, 2001).

Sobre la relación entre Argentina e Inglaterra escribimos hace muchos años con dos colegas británicos, Alan Tomlinson y Chris Young: “Argentina versus England at the France ‘98 World Cup: Narratives of nation and the mythologizing of the popular” (en *Media, Culture & Society*, vol. 23, núm. 5, Londres, Sage, 2001, pp. 565-584).

BRASIL

El primer autor académico en trabajar sobre el fútbol brasileño fue el gran antropólogo Roberto da Matta, que compiló *O universo do futebol: esporte e sociedade brasileira* (Rio de Janeiro, Pinakothek, 1982). La expresión *pátria em chuteiras* está tomada de Nelson Rodrigues, *Brasil: a pátria em chuteiras: novas crônicas de futebol* (São Paulo, Companhia das Letras, 2002).

Para el capítulo 5, fue decisiva la compilación de Mary del Priore y Victor Andrade de Melo, *História do esporte no Brasil: do Império aos dias atuais* (São Paulo, Editora Unesp, 2009), en la que están los trabajos de Fabio Franzini (“A futura paixão nacional: chega o futebol”, pp. 107-132) y de Simoni Lahud Guedes (“Futebol e identidade nacional: reflexões sobre o Brasil”, pp. 453-481). También, el tomo compilado por Andrade de Melo y Francisco Pinheiro, *A bola ao ritmo de fado e samba: 100 anos de relações luso-brasileiras no futebol, 1913-2013* (Porto, Edições Afrontamento, 2013). Es muy interesante el libro de David Goldblatt, que citamos antes, *Futebol nation: The story of Brazil through soccer* (Nueva York, Nation Books, 2014). El clásico de Mário Filho es *O negro no futebol brasileiro* (Rio de Janeiro, Editora Civilização Brasileira, 1964). José Sergio Leite Lopes, antropólogo e historiador, no tiene libros publicados sobre el tema de los afrodescendientes en el fútbol brasileño, pero puede consultarse su “Fútbol y clases populares en Brasil. Color, clase e identidad a través del deporte”, en la revista *Nueva Sociedad* (Caracas, núm. 154, marzo-abril de 1998, pp. 124-146) o su trabajo con Sylvain Maresca: “La muerte de ‘la alegría del pueblo’”, *Revista del Museo de Antropología*, vol. 4, núm. 4, 2011 (Universidad Nacional de Córdoba), ambos disponibles en la web.

Otras fuentes fueron Gilmar Mascarenhas, *Entradas e bandeiras: a conquista do Brasil pelo futebol* (Rio de Janeiro, Eduerj, 2014); Waldenyr Caldas, *O pontapé inicial: memória do futebol brasileiro* (São Paulo, Ibrasa, 1990); José Miguel Wisnik, *Veneno remédio: o futebol e o Brasil* (São Paulo, Companhia das Letras, 2008); la biografía de Charles Miller por Josh Lacey, *God is Brazilian: Charles Miller, the man who brought football to Brazil* (Stroud, Gloucestershire, Tempus, 2005), e Hilário Franco Jr., *A dança dos deuses: futebol, cultura, sociedade* (São Paulo, Companhia das Letras, 2007).

El film citado en el capítulo 14 es *Barbosa*, de 1988, dirigido por Jorge Furtado y Ana Luisa Azevedo (con guión de ambos y Giba Assis Brasil), basado en *Anatomia de uma derrota*, de Paulo Perdigão, y producido por Embrafilms.

La cita final del capítulo 5 es de Jason Borge, “Hinchas, Cracks and Letrados: Latin American Intellectuals and the Invention of Soccer Celebrity”, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* (vol. 33, núm. 2, invierno de 2009, pp. 299-316).

El material producido en tesis de posgrado a lo largo y ancho de las universidades brasileñas se cuenta por centenares. Pero entre esa producción, nos fue de gran utilidad la tesis de doctorado de Sarah Teixeira Sotomayor, porque nos reveló los detalles de la historia futbolística mineira: *O futebol na cidade de Belo Horizonte: amorosismo e profissionalismo nas décadas de 1930 e 1940*, presentada en la UFMG en 2017.

La referencia al trabajo de Renato Ortiz puede condensarse en su artículo de 1991: “Lo actual y la modernidad”, publicado en la revista *Nueva Sociedad* (núm. 116, noviembre-diciembre de 1991, pp. 94-101).

CHILE

La información sobre Chile procede de dos fuentes básicas: el espléndido *Citizens and sportsmen: Futbol and politics in twentieth-century Chile* (Austin, University of Texas Press, 2011), de Brenda Elsey, y un pequeño pero fantástico libro de Eduardo Santa Cruz A., *Origen y futuro de una pasión: fútbol, cultura y modernidad* (Santiago de Chile: Arcis Universidad-LOM Ediciones, 1996). También consultamos a Edgardo Marín, *Historia del deporte chileno: entre la ilusión y la pasión* (Santiago de Chile, Comisión Bicentenario, Presidencia de la República, 2007) y a Antonino Vera, *El fútbol en Chile* (Santiago de Chile, Editora Nacional Quimantú, 1973). Se está produciendo nueva investigación en Chile, pero poca de ella es histórica. Merece atención el esfuerzo local de Bernardo Guerrero en Iquique, quien ha desplegado una vasta obra sobre el deporte iquiqueño, no sólo el fútbol.

PERÚ

La primera incursión a la bibliografía peruana la hicimos con el excelente libro de David Wood, *De sabor nacional: el impacto de la cultura popular en el Perú* (Lima, IEP–Banco Central de Reserva del Perú, 2005), de quien también recomendamos su artículo en la compilación de Miller y Crolley que citamos anteriormente. La segunda, un tomo coordinado por el sociólogo Aldo Panfichi, *Ese gol existe: una mirada al Perú a través del fútbol* (Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008; reeditado y aumentado en 2016). Ambos nos remitieron al libro de Steve Stein, *Lima obrera, 1900-1930* (Lima, Ediciones El Virrey, 1986). Una serie de comunicaciones personales nos permitió consultar las tesis de Gerardo Tomás Álvarez Escalona, “La difusión del fútbol en Lima”, presentada en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, y “Espectáculo deportivo y formación de identidades en el fútbol. Lima, primera mitad del siglo xx”, su tesis de doctorado en El Colegio de México, de 2013. También, la de Jaime Francisco Pulgar Vidal Otálora, “Selección nacional de ‘fulbo’, 1911-1939. Fútbol, política y nación”, presentada en la Pontificia Universidad Católica del Perú en 2016, y la de Alonso Roberto Pahuacho Portella, “La representación de la rivalidad futbolística Perú/Chile en la prensa escrita peruana. Análisis de los diarios *El Comercio*, *La Prensa* y *La Crónica* (1935-1947)”, presentada en la misma Universidad en 2017.

PARAGUAY, ECUADOR, BOLIVIA Y VENEZUELA

La historia del fútbol paraguayo no tiene bibliografía académica, por lo que debimos consultar dos trabajos periodísticos: el de Julio César Maldonado, *Historial del fútbol paraguayo [1900-1965]* (Asunción, 1965), y el de Miguel Ángel Bestard, *Paraguay: un siglo de fútbol* (Asunción, Liga Paraguaya de Fútbol, 1996). La de Ecuador,

en cambio, cuenta con los cinco volúmenes editados por Fernando Carrión Mena, la Biblioteca del Fútbol Ecuatoriano, de la que recomendamos su tomo 4, *Quema de tiempo y área chica: fútbol e historia* (Quito, Flacso Ecuador–Municipio Metropolitano de Quito–Empresa Metropolitana de Alcantarillado y Agua Potable–*El Comercio*, 2006). En nuestra compilación *Futbologías* está el trabajo de Jacques Ramírez, uno de los primeros en indagar la problemática.

La bibliografía boliviana cuenta con la novedad del libro del expresidente boliviano, Carlos Mesa Gisbert, *La epopeya del fútbol boliviano: 1896-1994* (La Paz, Periodistas Asociados–Federación Boliviana de Fútbol, 1994). Junto a él, hemos consultado a Marco Antonio Peñaloza Bretel, *Historia contemporánea del fútbol boliviano, 1960-1993* (La Paz, Federación Boliviana de Fútbol, 1993), a Diego Morales Roca, *¿Existe el fútbol boliviano?: problemas del fútbol nacional* (La Paz, Ediciones Galaxia, 1977) y a Oscar Magne Soto, *El fútbol en Bolivia* (Oruro, Quelco, 1982). Muy recientemente, el colega Sergio Villena Fiengo nos envió su “¿DES-gol-ONIZACIÓN? Fútbol y política en los movimientos indígenas de Bolivia”, publicado en la *Revista Crítica de Ciências Sociais* de diciembre de 2016. La primera recopilación académica dedicada íntegramente al fútbol boliviano es de 2014, y la editaron Juliane Müller y Mario Murillo con el título *Otro fútbol. Ritualidad, organización institucional y competencia en un siglo de fútbol popular en Bolivia, 1896-2014* (La Paz, Plural, 2014).

El fútbol venezolano ha sido estudiado por Luis Laya, *El fútbol en Venezuela* (Caracas, Fundación Bigott, 2004). No hemos podido hallar otras fuentes, a excepción de materiales de aficionados en la web.

COLOMBIA

Hay mucha bibliografía colombiana, toda reciente y de excelente calidad. Como texto general utilizamos Guillermo Ruiz Bonilla, *Historia del fútbol profesional colombiano* (Bogotá, El Espectador, 1999). El primer trabajo académico que conocimos fue el de An-

drés Dávila y Carolina Londoño, “La nación bajo un uniforme”, que incluimos en *Futbologías*, ya citado. Para reconstruir los años de fundación utilizamos un trabajo de Rafael Jaramillo, “El surgimiento del fútbol en Colombia: aspectos fundacionales” (Ponencia del X Congreso Nacional de Sociología, Cali, noviembre de 2011) y una tesis de Fernando Polanía Castro, “Fútbol y ocio. Del circo de toros a la época de El Dorado, Bogotá 1850-1953” (presentada en la Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, Bogotá, 2012). El texto de Matthew Brown ya citado nos puso en contacto con la historia del fútbol antioqueño de Luciano López Vélez, *Detrás del balón: historia del fútbol en Medellín, 1910-1952* (Medellín, La Carreta, Colección Ojo de Agua, 2004).

Son muy interesantes los trabajos de Ingrid Bolívar, entre ellos “Los futbolistas en la recreación de la historia de Colombia: 1959-1979”, que será incluido por Alejandro Villanueva y Juan Rivera en *Reflexiones socioculturales y políticas sobre el fútbol en Medellín, Colombia. Una cuestión de pelotas* (Alcaldía Mayor de Medellín, en prensa).

El amigo y colega David Quitián es un trabajador infatigable en la producción de materiales simultáneamente rigurosos y atractivos. Utilizamos sus libros *Fútbol sin barrera: reseñas y semblanzas de protagonistas emblemáticos del balompié mundial* (Armenia, Editorial Kinesis, 2006) y *Naciones en campo: fútbol, identidades y nacionalismos en América Latina* (Armenia, Editorial Kinesis, 2014), y sus artículos “Deporte y modernidad: caso Colombia. Del deporte en sociedad a la modernización de la sociedad” (*Revista Colombiana de Sociología*, vol. 36, núm. 1, enero-junio de 2013, pp. 19-42); “El Dorado: un bocado internacional con sabor rioplatense” (en *História(s) do Sport*, blog del grupo de investigación Sport: Laboratório de História do Esporte e do Lazer, Universidade Federal do Rio de Janeiro, 2016); y el que publicara junto a Olga Lucía Urrea, “Fútbol, radio y nación: una visión antropológica de la violencia en Colombia” (*Revista Espacio Abierto, Cuaderno Venezolano de Sociología*, vol. 25, núm. 2, abril-junio de 2016, Universidad de Zulia, pp. 51-66).

CENTROAMÉRICA

Como dijimos, todo lo que se sabe sobre el fútbol centroamericano es un hallazgo del colega Chester Urbina Gaitán, del que conseguimos sus libros *Costa Rica y el deporte, 1873-1921: un estudio acerca del origen del fútbol y la construcción de un deporte nacional* (San José, Editorial Universidad Nacional, 2001) y *Deporte y nación (1881-1950): el caso del fútbol en Guatemala* (Guatemala, Editorial de Ciencias Sociales–Flacso, 2007). Su artículo “The Catholic Church and the Origins of Soccer in Costa Rica in the Early 1900s” está en la compilación de Arbena ya citada. Su trabajo sobre el fútbol femenino costarricense, “El fútbol femenino en Costa Rica (1924-2015)”, está en <Efdportes.com>, un sitio argentino donde puede encontrarse muy buen material.

Hemos consultado también el libro de José S. García, Mario Griffin Cubas y Héctor Miguel Maradiaga, *Historia y desarrollo del fútbol en Honduras* (Tegucigalpa, Fenafuth, 2000). Joshua Nadel, al que ya citamos, dedica un muy buen capítulo al fútbol catracho.

La cita del libro de Ryszard Kapuściński es *La Guerra del fútbol y otros reportajes* (Barcelona, Anagrama, 2008).

MÉXICO

El clásico de los clásicos es el monumental *El libro de oro del fútbol mexicano*, de Juan Cid y Mulet publicado en cuatro volúmenes entre 1960 y 1964 (México, B. Costa-Amic, 1960, 1961 y 1964). Es imprescindible también el libro de Jesús Galindo Zárate y Gustavo Abel Hernández Enríquez, *Historia general del fútbol mexicano. Federación Mexicana de Fútbol: 80 años* (México, FMF, 2007), una historia oficial editada por la Federación. El material decisivo para la organización del capítulo nos lo ofreció la tesis de maestría de Daniel Efraín Navarro Granados, “Españoles contra mexi-

canos en el fútbol de la ciudad de México (1920-1950)", presentada en la UNAM.

El trabajo infatigable de Samuel Martínez López para organizar el trabajo de los colegas mexicanos es insoslayable, como puede verse en su compilación *Fútbol-espectáculo, cultura y sociedad: una revisión crítica al negocio mundial* (México, Universidad Iberoamericana, 2010). Entre las investigaciones sobre historias locales debe consultarse la de César Federico Macías Cervantes, "La Revolución en carne y hueso. Las prácticas deportivas como evidencia del cambio social en México y Guanajuato 1920-1960", su tesis de doctorado en la Universidad Autónoma de Puebla, así como la de Gabriel Angelotti Pasteur, "Chivas y Tuzos. Íconos de México. Identidades colectivas y capitalismo de compadres en el fútbol nacional" (México, El Colegio de Michoacán, 2010), que regresa sobre lo que durante mucho tiempo fue el único material sobre la historia del fútbol tapatío, el clásico de Andrés Fábregas Puig *Lo sagrado del rebaño. El fútbol como integrador de identidades* (Guadalajara, El Colegio de Jalisco, 2001).

Recientemente, junto a la de Daniel Efraín Navarro Granados, han aparecido nuevas investigaciones académicas: la de Ana Laura de la Torre Saavedra, "La cultura física en la Ciudad de México: recreación, internacionalismos y nacionalismos, 1896-1936", su tesis de doctorado en historia (México, El Colegio de México, 2017) y la de Benoît Perrot, "Football, région et nation au Mexique: Guadalajara face à l'unité nationale dans la post-révolution (1919-1922)", su memoria de investigación en Estudios internacionales/Estudios latinoamericanos/Opción historia (Paris, Université Paris 3, Sorbonne Nouvelle, 2016).

LAS ANTILLAS

Sobre el fútbol isleño hay muy poca información, salvo en el caso cubano, para el que pudimos consultar de Santiago Prado Pérez

de Peñamil, *El fútbol y los clubes españoles de La Habana, 1911-1937: asociacionismo y espacios de sociabilidad* (La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2013). Hay, claro, más información sobre beisbol, como la *Enciclopedia biográfica del beisbol cubano* organizada por Juan A. Martínez de Osaba y Goenaga, Félix Julio Alfonso López y Yasel Enrique Porto Gómez (La Habana, Editorial José Martí, 2015). Pero también hallamos dos libros sobre el futbol haitiano: el de Louis Chauvel, *Le football haïtien à travers les âges: 1900-1977* (Puerto Príncipe, s.e., 1977) y el de Patrice Dumont, *François Duvalier et le football haïtien: un contrôle totalitaire* (Puerto Príncipe, s.e., 2015).

AGRADECIMIENTOS

En el final, debo recuperar el tono personal, porque las deudas son muchas. Quedó dicho desde el comienzo que este libro no existiría sin la obra, las ideas y la invención de Eduardo Archetti, Roberto da Matta y Simoni Lahud Guedes, los maestros de tres generaciones de estudiosos del deporte latinoamericano. Pero tampoco existiría sin la voluntad de Pablo Yankelevich, quien tuvo la osada idea de proponerlo y luego la paciencia de esperarlo; sus sugerencias han sido por demás generosas y atinadas. La colega y amiga común Patricia Funes fue la que tuvo la idea de presentarnos: ella tuvo, entonces, la culpa de todo. Las indicaciones de revisores anónimos de la primera versión no hicieron más que enriquecerla.

Para la investigación, conté con el apoyo de la Universidad de Buenos Aires y el Conicet, por medio de dos líneas de apoyo a la investigación (Ubacyt y PIP, respectivamente). La crisis que está experimentando el financiamiento científico en Argentina no nos impide agradecer lo poco que aún tenemos; consultar las fuentes para un trabajo de esta amplitud hubiera sido imposible sin dos visitas a centros extranjeros, que a su vez hubieran sido imposibles sin ese apoyo.

La investigación pudo completarse gracias a dos estadías en sendos centros clave para la bibliografía latinoamericana: la Biblioteca Benson del Teresa Lozano Long Institute of Latin American Studies, en la Universidad de Texas, en Austin, y la Biblioteca del Instituto Iberoamericano, en Berlín. Fue una experiencia muy fuerte tener que salir de América Latina para poder estudiar América

Latina; pero creo que en ningún otro lado hubiera encontrado, como pude hacer allí, libros sobre el fútbol haitiano o guatemalteco. En ambos casos, tengo agradecimientos personales: fui a Austin gracias al apoyo de Javier Auyero y allí sumé el de Daniel Fridman, dos grandes colegas con quienes, inevitablemente, hablamos de fútbol. La generosidad de Barbara Göbel, directora del Instituto Iberoamericano, es ampliamente conocida por todos los colegas que han pasado por Berlín: fue gracias a ella y su cálida recepción en el Instituto que encontré los últimos materiales antes de emprender la escritura de este libro. En Berlín, dos argentinos, Leandro Uría y Verónica Orsi, lo hicieron todo más sencillo.

En estos meses, hubo algunos lectores que criticaron con generosidad inimitable algunos borradores: los brasileños Sarah Teixeira y Gustavo Mehl, el chileno Rodrigo Soto Lagos, el uruguayo Juan Carlos Luzuriaga, el argentino Juan Branz. Por supuesto, ninguno de ellos es responsable de mis errores. Rodrigo fue también una gran ayuda en la orientación respecto de fuentes, como lo fue, como siempre lo ha sido, el querido David Quitián en Colombia. Chester Urbina contestó con entusiasmo algunas de mis dudas centroamericanas; sin él, este libro estaría fatalmente incompleto. Los colegas peruanos Alonso Pahuacho Portella y Jaime Pulgar Vidal también me enviaron muy buenas fuentes, y debo al amigo y colega David Wood el ejemplar de su libro sobre la cultura popular peruana, además de su conversación generosa. Entre los colegas no latinoamericanos, la investigación se benefició largamente de los intercambios con David; pero debo agradecer también a Brenda Elsey, norteamericana y gran latinoamericanista, y a David Goldblatt, sociólogo y cronista, pero además un intelectual entusiasta y comprometido. En los últimos años encontré también al inglés Matthew Brown y al alemán Thomas Fischer, magníficos colegas preocupados por América Latina. Hace muchos más que conozco a Richard Giulianotti; el tiempo y la distancia han suspendido nuestra complicidad, pero no nuestro cariño. En el inicio, hace 20 años, está la poderosa figura del inglés Alan Tomlinson, un gran

inventor de la sociología británica del deporte y generoso director de mi tesis de doctorado sobre el fútbol y los relatos nacionales en Argentina.

Hace ya varios años que mis primeros discípulos argentinos se han vuelto mis indispensables colegas: toda línea que escribo sobre fútbol le debe algo a Verónica Moreira y a José Garriga Zucal. Ellos, a su vez, son los maestros de una nueva generación de estudiosos, tan jóvenes como entusiastas, tan rigurosos como creativos: son Juan Branz, Ramón Burgos, Nicolás Cabrera, Federico Czesli, Diego Murzi, Juan Manuel Sodo, Sebastián Sustas, Javier Szlifman y Nemesia Hijós.

La lista de los colegas latinoamericanos es muy larga como para incluirla completa aquí. Se ha puesto tan larga que cualquier intento implicaría, necesariamente un olvido. Desde 1999, con la primera invención de un Grupo de Trabajo en Clacso, hemos tejido, con paciencia, voluntad y buen humor, una gran red de intercambio y diálogo: sin esa red, sin lo que pude aprender sobre el subcontinente en casi 20 años de intercambio con ellos, este libro no existiría, definitivamente. Permítanme sintetizar ese agradecimiento infinito en los pocos colegas con los que nos encontramos un diciembre de 1999 en Cochabamba: el argentino Juan Pablo Ferreiro, los bolivianos Adolfo Mendoza, Sergio Villena Fiengo y Luis Antezana, los brasileños Antonio Jorge Soares y Carlos Alberto Pimenta (más Ronaldo Helal y Hugo Lovisoló, que no pudieron llegar, pero estaban en nuestro primer encuentro carioca). Después de esa reunión boliviana comenzó todo. Ese periplo culmina, entonces, en esta página. Lo que vendrá es la tarea de las nuevas generaciones de estudiosos que dialogaron a lo largo y a lo ancho de este libro.





*Historia mínima
del fútbol en América Latina*

se terminó de imprimir en marzo de 2018,
en los talleres de Editorial Color, S.A. de C.V.,
Naranjo 96 bis, P.B., Col. Santa María la Ribera,
06400, Ciudad de México.

Portada de Pablo Reyna.

Composición tipográfica y formación:
Socorro Gutiérrez, en Redacta, S.A. de C.V.
Cuidó la edición Eugenia Huerta.

